UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

PROSAS MEDULARES

DONATO - LIBRERIA Y PAPELERIA
MEDELLIN
COLOMBIA

PRINTED IN SPAIN

UNIVERSIDAD EAFIT

JOSE ANTONIO RESTREPO

PROSAS MEDULARES

PRÓLOGO

DE

MARIO VERDAGUER

PRIMERA EDICIÓN

DANTE - LIBRERIA Y PAPELERIA
MEDELLIN
COLOMBIA

EDITORIAL LUX
Coello, 162
BARCELONA
1929

UNIVERSIDAD EAFIT

ES PROPIEDAD
Queda hecho el depósito que exige la ley.

De esta obra se han tirado 20 ejemplares numerados del 1 al 20, en papel Ofsset. Precio: 12 pesetas.

NÚÑEZ Y C.ª S. EN C., S. RAMÓN, 6.—BARCELONA.

INDICE

	Págs.
Prólogo	VII
Miguel de Cervantes Saavedra y la muerte de Ezpeleta.	1
Medellín	9
G. G. G.	25
El Doctor José María Rojas Garrido y la cuestión religiosa en la América Española.	47
Prólogo para las poesías de Juan José Botero	75
Liberalismo, Tolerancia y Cultura	103
Proporciones básicas o prologómenos ilustrativos del criterio científico en legislación	119
Con ocasión de un mal libro.	169
La Universidad Libre de Bogotá.	229
Las obras completas de D. Francisco Antonio Zea	238
Americanismo	294
La fiesta de la Raza en Bogotá	306
Las conspiraciones de Catalina Aca.	313
El Centavo Liberal	329
José Asunción Silva	330
Del primer novelista Antioqueño.	335

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

PRÓLOGO

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

No sabemos, a la verdad, lo que es más admirable en ese gran escritor colombiano don Antonio José Restrepo, si su figura o su obra. Ambas cosas andan parejas y se unen y entrelazan de tal modo que pensamos que su vida, por si solo, constituye un magnífico ejemplo y que, con tal linaje de vida, con tal energía e ímpetu de espíritu, se es, necesariamente, un gran escritor.

Para nosotros, los que con ojos maravillados contemplamos el espectáculo magnífico de las tierras hermanas de América desde la patria antigua y desde el solar de cuyo puerto salieron un día las simbólicas carabelas, que iban a ensanchar el horizonte ibérico y a llenar las selvas lejanas y vírgenes con el alma de una lengua que, por el hechizo de América, iba a convertirse en una lengua imperial, la figura de don Antonio Restrepo nos parece condensar el emblema de todas esas virtudes y de todas esas promesas; virtudes de la vieja raza, realización de todo lo que la antigua estirpe prometía al ponerse en contacto, al sentirse independiente y libre en un mundo nuevo.

Ese escritor colombiano es verdaderamente hijo legítimo del esplendoroso clasicismo español; en su pluma, como en la de Ricardo Palma, el peruano; como en la de Larreta, el argentino, vibra potente la rancia sonoridad de un idioma puro que no ha per-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dido, a través del tiempo, su meollo bajo otro cielo magnífico en cuya comba no se iluminan las mismas constelaciones que en el cielo de España. Y es en Colombia, la de los múltiples estados llenos de oro y de selvas que se aunan y juntan bajo la enseña republicana de Bogotá, donde don Antonio José Restrepo ha sabido continuar la tradición literaria que llena todavía con sus palpitaciones el noble corazón americano, amante de su libertad y de una lengua que es también una lengua de España.

El conquistador de Colombia, don Gonzalo Giménez de Quesada, dejó en su testamento una pequeña suma para que con ella se mantuviese en el Alto de Limba una cántara de agua fresca que apagase la sed de los viandantes que por aquel camino ardiente y seco pasasen, al hallarse entre Tocaima y Guataquí. Don Antonio José Restrepo ha subido a ese Alto de Limba y ha bebido largamente en esa cántara simbólica y tradicional, magnífica herencia que dejara un conquistador en lo más alto de una montaña.

De esa agua límpida y purísima, de esa forma armoniosa y maternal de la simbólica cántara, está saturado ese libro de don Antonio José Restrepo, que acaba de aparecer y que lleva el título de «Prosas Medulares».

Si en su obra capital: «El Cancionero de Antioquia» expresó Restrepo toda el alma popular y ardiente de Colombia, en «Prosas Medulares» nos manifiesta toda la inquietud y toda la actividad de una vida nacida en ese suelo paradisíaco y consagrada por entero a la gloria de su país. Y es en ese libro, realmente admirable, donde nos aparece estrechamente unida la figura de este ciudadano de América con su obra literaria.

Si don Antonio José Restrepo es por su prosa un clásico español por lo que dice en ese explendoroso lenguaje de España, se nos revela como uno de esos fuertes pioniers americanos que han engrandecido la

cultura y ensanchado los caminos que América se ha visto precisada a abrir a través de sus selvas vírgenes. Y esto lo ha realizado Restrepo idealmente con la pluma y materialmente con el hacha, en pleno corazón de Colombia, en los parajes todavía sin nombre, eriazos y bravios, echando lo que se llaman allá «galgas», es decir, picando a penas con el hacha treinta o cuarenta árboles menores y echándoles luego encima un árbol corpulento, situado convenientemente para arropar con sus ramas y envolver a todos los otros y con ellos irse al suelo, con estrépito ensordecedor de aquellas cañadas. El, entonces, parado en pie del madrino que acababa de crujir y desprenderse en el vacío, exclamaba cual el Adamastor de aquellas selvas: ¡Yo los tumbo, que venga el diablo a pararlos! Esto hace cuarenta años y esto ha continuado haciendo en la literatura americana desde hace treinta años más. Restrepo ha desbrozado las selvas literarias de su país, ha hecho numerosas y geniales «galgas», y ha contribuído en gran manera a abrir el camino de la cultura y a despejar los horizontes espirituales que la selva oculta muchas veces en América.

Sus «Prosas Medulares», la mayoría de ellas con un marcado sabor autobiográfico, están llenas de ese ímpetu magnífico de una raza joven que marcha a la conquista de un ideal de belleza por un camino nuevo. Si España le dió el lenguaje preciso y claro, Colombia le dió el venero de sus minas, donde él también trabajara antaño, y su selvática fecundidad. «Prosas Medulares» es una de las más características obras del alma americana. Colombia tiene en Restrepo a uno de los más puros y mejores literatos de la América Latina, uno de los hombres de más vasta y sólida cultura indígena y, por lo tanto, de originalidad.

A los setenta años cumplidos esa gran figura americana, que tan bien ha sabido destacarse actualmente en la vida internacional representando a su país en la Sociedad de las Naciones en Ginebra, continúa

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mostrándose joven y jugosa como siempre, continúa enriqueciendo como lo demuestra su último libro, la literatura de habla castellana con elementos nuevos, reveladores del alma gigantesca, llena de savia ibérica, que se estremece y vive a lo largo del espinazo atlántico de los Andes.

MARIO VERDAGUER.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA Y LA MUERTE DE EZPELETA

Como todo lo que atañe al grande español cuyo nombre queda escrito, tiene para los que hablamos la lengua de que él es uno de los grandes maestros, tanto aprecio y veneración, quiero decir que me leí con sostenido interés el artículo de don Alfredo Opisso, publicado en los dos últimos números del cada día más atractivo *Nuevo Tiempo Literario*, y que es un resumen microscópico, pero hermoso, de la vida y eternos sufrimientos y pesares del que llamó Navarro Ledezma «El ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra».

Dióle asa para su narración a Opisso, aquel trance congojoso por que tuvo de pasar el denodado héroe de Lepanto, cuando, establecido «en Valladolid la rica», que por entonces cantara Quevedo, vióse de repente con un moribundo caballero agonizando en la puerta de su modesta casa; con un alboroto endemoniado de alguaciles y mujeres sollozantes, y con las garras crueles del Alcalde Villarroel en el cuello, conduciéndolos, a él, y a los más queridos seres de su corazón, a la inmunda cárcel pública, bajo la miserable sospecha y el cargo atroz de proxenetismo, vulgo alcahuetería y posible participación en el homicidio del caballero vizcaíno, D. Gaspar Ezpeleta. ¡Con cuánto menor dolor no entrara a las mazmorras argelinas el caballero sin tacha, que portaba para el rey

Felipe II las premiosas recomendaciones de don Juan de Austria, número primero en gallardía?

Pues con perdón de Opisso, y aun de Navarro Ledezma en su libro inmortal, paréceme que el incidente no está en ellos bien narrado, históricamente; paréceme que pasan sobre él como sobre ascuas; que no le aplican el criterio jurídico analítico necesario, para destruir la alcaldesca sospecha, y que dejan siempre (particularmente Opisso) cernerse una duda acerba sobre la honestidad de las mujeres de quienes era Cervantes padre, tío, hermano y esposo, y sobre la severa vigilancia con que él las recatara del mundo y de la carne. Algún otro aspecto de la antigua bizarría castellana y de la donosura de la lengua, se pierden bajo la pluma del autor reproducido por *El Nuevo Tiempo*.

Por reverente y filial respeto al genio que más nos honra y por no dejar enmohecer por tanto tiempo mi vieja péñola, colgada al alcornoque donde gemir solía, voy a restablecer los hechos, desfigurados por Opisso, presentándolos como resultan ellos de la sumaria abierta en averiguación del matador de Ezpeleta, el hidalgucho vizcaíno, paisano de don Sancho Azpeitia, que cayó acuchillado mortalmente en los umbrales del caserón de Cervantes. Y digo caserón de éste, no porque fuera suyo ¡ojalá! sino porque en él vivía como inquilino desmedrado, en unión de una matracalada de familias, de entre las cuales la sumaria saca apenas como de notoria limpia conducta a la de doña Luisa Montoya, viuda del coronista Garibay.

Antes que todo, debemos recordar que en aquellos medios era Valladolid teatro estrepitoso de unas fiestas, las mayores que vió la señora del Pisuerga, por motivo y ocasión de una cierta paz con Inglaterra, reales bodorrios y cumplimentaciones, de que eran protagonistas el Rey de las Españas y el almirante Howard y su oficialidad y acompañamiento, y a que se habían dado cita todos los ingenios, nobles, grandes, hidalgos, poetas, cómicos, tunantes y lazarillos

de la tierra de María Santísima. Por más señas, y quizá como triste compensación al carcelazo que Villarroel le deparara, Cervantes, ya puesto en libertad, fué honrado con el pagado encargo de cantar y relatar aquel festarrón desaforado.

El bueno de Ezpeleta, hidalgo como el que menos y pobre como el que más, se había venido de sus sierras pirenaicas, al olor de los guisos de la Corte, en acaecimiento tan conspicuo y sortario y a lugar tan propicio de aventuras, como Valladolid ahora, verdadero puerto Lápice de todos los Sanchos y Quijotes de aquel tiempo.

Traía por matalotaje este desgraciado caballero, su coraje a toda prueba, su tizona pendiente del tahalí, sus bragas acuchilladas, su capa inseparable, ya raída, y su ferreruelo volante como las alas de su esperanza. Otro sí; unas cartas de entrada, o introducción que ahora se dice, para gentes de alcurnia y de garnacha, que tenían mesa puesta y mano larga en la nueva y pronto abandonada capital del Reino.

Remaneció perfectamente probado en autos (los autos de la sumaria) que Ezpeleta comía de gorra en casa de algún señorón, su amigo o pariente, y que llegó a tal refugio hospitable sin con qué hacer cantar a un ciego, como hubiera dicho don José de Hermosilla. Esto ha de tenerse muy en cuenta; y, además, que el vizcaíno infeliz, a quien el Alcalde supuso rondador enamorado y fortunoso, era forastero en aquellos lugares donde vino a perder la vida, y no consta que fuese un Apolo del Belvedere.

Era ya la noche, y no se veía a siete sobre un burro, cuando desembocó por el callejón del Río el joven pegote, frente a la vivienda de Cervantes. Acababa de comer en compañía de su protector, y salía a dar una caminata al azar de sus piernas. Paróse en la esquina un instante, irresoluto de su ruta y su destino. De pronto, una voz, cortante como navaja de Alba-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

cete, le dijo, en la galanura terrible de la época y con la arrogancia de las gargantas de entonces:

—¡Largo de ahí!

—¡Tarde será!—respondió sin vacilación el montañés.

La voz salía a su siniestra mano, de un portal obscuro que hacía juego al de la casa donde, en ese supremo lapso, Cervantes departía tranquilamente con sus buenos y leales amigos don Hernando de Toledo, señor de Cigales, y el querendoso portugués Méndez, que tanto le sirviera y fué bien correspondido, desde la estada en Lisboa, donde se conocieron y amigaron, del invicto soldado en la conquista de Terceira.

Tras la intimación imperiosa y la negativa firme, hendió las sombras una toledana, de ancha hoja y filo agudo (como la herida fatal lo demostró en seguida), y se topó en el aire con la que ya salía a su encuentro, asida por la mano de Ezpeleta. Dos lances, rápidos como un pestañear, y el caballero vizcaíno caía para no volver a levantarse. El matador escurrió el bulto en la nocturna maraña, y a los ayes de socorro del moribundo salieron los hijos de doña Luisa Montoya y gentes de la casa de Cervantes, a recogerlo bañado en sangre, a subirlo a lo alto (pues la casa era de balcón) y a cuidar de él mientras muriese.

¿Qué relaciones existían entre Ezpeleta y alguna persona, hombre o mujer, de la dependencia del Ingenioso hidalgo? Ningunas, responde la sumaria. ¿Qué relaciones pudieron existir entre el incógnito matador y alguna de las mismas personas? Ningunas, responde asimismo la pesquisa.

El valeroso Ezpeleta pudo declarar, y declaró en efecto, que había sido muerto, o mortalmente herido, en leal arremetida, sin cruzarse con su contrario otras palabras que las atrás copiadas, y sin que le fuese posible conocer a su agresor, quien, al parecer, pelaba la pava al favor y recuesto del portal frontero.

¿Por qué se le metió en la cabeza al duro Villarroel que para esa muerte hubo faldas en medio y que esas faldas dependían de los gregüescos del de Saavedra?

Aunque Cervantes no lo había dicho todavía, o por lo menos no lo había publicado, no hay duda de que este indicio travieso le salió a Villarroel del propio fondo amargo de aquella sentencia lastimosa: «Si es que el pobre puede ser honrado», sentencia cervantina que pesa como una sospecha, como un argumento, como una presunción concluyente, contra el hombre a quien la suerte puede escoger, entre otros, para objeto de sus burlas.

En la España caballeresca y truhanesca de aquellos tiempos, muertes como la de Ezpeleta no eran un suceso extraordinario. La daga y la espada no se cargaban entonces para lujo. Por dácame esas pajas se desenvainaban en el aire y se perdían en las carnes del prójimo. Un poco antes, o poco después, que recordemos, Quevedo, espadachín de toda cuenta, había matado a un canalla que maltrataba a una dama en plena iglesia de la calle Mayor, en Madrid; por allí mismo fué acuchillado misteriosamente aquel buen Escobedo, secretario leal de don Juan de Austria; y todos sabemos que don Agustín de Moreto mató sin ser matarife, y que a Villamediana le dejaron boqueando, para no rimar de nuevo, en la misma fatídica Mayor. Cuando el Miguel sin segundo dijo de su hidalgo Manchego, que «sus fueros eran sus bríos, y sus prematicas su voluntad», pintó a todos los hidalgos y señores de su tiempo, pero también a todos los hampones y truhanes. Los que mantearon a Sancho en la reidora Venta, no eran menos «hombres» que Pantoja (por cuyos manes recomendaba Quevedo que jurasen los valentones), ni que García de Paredes, o el marqués de Santa Cruz, o Cervantes mismo, o don Sancho Girón, Duque de Osuna. Las Ventillas de Toledo, el Potro de Córdoba, el Puente de Triana, los Percheles de Málaga, etc., etc., daban entonces aque-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

llos soldados que fueron los tercios de Italia y Flandes, que apresaron a Francisco I y saquearon a Roma «con Borbón por Carlos Quinto» ; y aquella gente marinera, aquellos mismos galeotes, que tripularon las naos de Lepanto y hundieron la Media Luna, salvando de inminente peligro a la Libertad y Civilización modernas, como lo reconoce y lo ensalza Mac Carty.

El autor del Quijote, siempre respetuoso y dulce para con los humildes y desdichados, casi como que descubre su vieja cabeza cana ante el cortejo triste de encadenados malandrines que llevan de fuerza «por músicos y cantores» a remar en las galeras del Rey. ¿Acaso no sabía él, por sí mismo, que de esa gentuza tosca y encenagada en los vicios, salían en la hora suprema del peligro, los que en las costas de Méjico hacían quemar las naves y en la isla del Gallo trazaban, con la punta de la espada, la raya por sobre que saltaban a la gloria y a la inmortalidad los Corteses y Pizarros?

Que el matador de Ezpeleta no fué un caballero de aquel tiempo, ni de ninguna época, se desprende sin forzarlo de que nunca se presentó a responder de su acto ; de que huyó súbitamente, dejando agonizante a su víctima en el suelo, y de que consintió, incógnito y mudo, en la prisión y vergüenza de otras víctimas, tan inocentes como dignas de compasión. Hubiera sido un hidalgo ; hubiera corrido por sus venas sangre heredada de algún nombre ; hubiera conocido las leyes del honor, a que todos entonces se rendían—si no eran meramente matones de ocasión y de alquiler—y se le habría visto correr a presentarse a la justicia y a reclamar su fortuna de haber herido primero en leal combate, como lo había confesado el mismo con quien trabó su espada, por probarla, cual era usanza entre los de su clase, como probaban la pluma los poetas para hacer un madrigal o un soneto.

Hubiera sido un caballero, un hidalgo de aquel entonces quien cruzó su colada con el vizcaíno, ¿qué

habría podido temer del señor Alcalde de Corte, ante las declaraciones exculpativas que rindió el herido, antes de rendir el alma? ¿Qué hubiera podido temer ese caballero, ni de la pública opinión, ni de su dama, en una tierra donde el mismo Cid había dicho a su mujer :

«Maté a tu padre, Jimena,
Pero no con deshonor?»

Y si no era una persona de suposición el embozado del portal, ¿qué pava ni qué niño muerto podía estar pelando allí, caída ya la noche, y con intencionados suspiros a los balcones de la familia Cervantes? Conviene remembrar que en aquel caserón vivía mucha ralea de gentes, entre las cuales la sumaria no distingue si no es a las familias ya nombradas, del novelador y del cronista, que fueron las únicas que acorrieron a prodigar sus cuidados al expirante joven. Si la noche «estaba como boca de lobo», según era de obscura, ¿qué pava podía pelar ningún nacido, desde el portal a los balcones? ¿Qué pava podía pelar con ninguna de las de Saavedra y Obando, si en esos momentos estaban de visita en casa dos amigos de la familia, con quienes se departía en corro, y a quienes se debía, y se pagaba, el respeto y atenciones que ambos y cada uno se merecían en aquel hogar?

Todo conspira, pues, a persuadirnos que fué una mano diestra, pero de plebeya puntería, la que produjo aquella consternación, orillas del Pisuerga y durante los memorables agasajos al almirante Howard. En casa de Cervantes había pobreza y había orgullo, ¿qué tenían que hacer allí los pelones mal nacidos de cualquier parte, ni los pelones bien nacidos de Vizcaya? Ya por aquellos días requintaban en las guitarras y panderetas de toda la madre Iberia, aquella copla popular, que viene como de pelo en esta coyuntura ;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

«Que hombre pobre no enamora
La razón lo está diciendo:
El que no tiene qué dar,
¿Cómo ha de dentrar pidiendo?»

¿Sería posible olvidar tampoco que en la Venta reidora, al propio tiempo que Don Quijote arremete a los odres, y las damas duermen, y canta el doncel,

«Siguiendo voy a una estrella
Que desde lejos descubro,
Más clara y resplandeciente
Que cuantas vió Palinuro,»

el arriero socarrón acecha el instante en que Maritornes se desperece y cumpla lo prometido? ¿Ese arriero, cogido infraganti, no habría matado diez Quijotes? Si estaba pelando la pava el del portal, convengamos en que no era señora pava, mas algún avechucho doméstico, de tan bajo volar como era baja la mano que había de torcerle el pescuezo.

Vuélvese, pues, contra su romo cacumen; vuélvese contra su ciega inclemencia, la sospecha acerba de Villarroel, y brilla, más y más pura, la mansedumbre honrada de Cervantes, al par que se acrecienta la no interrumpida serie de sus desdichas. Dijérase, leyendo esta vida hazañosa y lastimera, que el hijo de Alcalá de Henares acumulaba méritos y sobrellevaba pruebas con tal subyugadora bondad, como para merecer algún día puesto privilegiado en el gran calendario de la Historia, siendo el mártir mayor de toda la cristiandad.

¿O sí sería Cervantes, amigo lector, en su ánima y en sus hechos, un estoico sublime, superior a Cenón y a Marco Aurelio?

MEDELLIN

(En el 5.º cincuentenario de su fundación)

Mis recuerdos de esta ciudad, hoy opulenta, poblada de 100,000 almas y anhelante como siempre de progreso, bienestar y luces, cruzada por un gran ferrocarril, por varias líneas de tranvías, con magníficas carreteras sobre las cuales hormiguean centenares de automóviles y carruajes de toda suerte; mis recuerdos, digo, de la capital del Estado Soberano de Antioquia y hoy Departamento del mismo nombre, datan de cincuenta y siete años...

Eso hace, como quien no dice nada, cuando, caballero en una mulita baya plomiza, que en los prados de mi pueblo natal, Concordia, se había criado y embarnecido, y que, como yo, por primera vez pisaba a Medellín, llegamos a la posada cubiertos de pantano hasta las orejas, como que entonces apenas si había caminos transitables entre mi distante y querido pueblucho y la incipiente Villa de la Candelaria, como se la llama también por su patrona reverenciadísima.

Vine entonces de paseo, chicuelo de trece años y apenas si pude darme cuenta completa del estado de la ciudad, su importancia y su empuje civilizador. Volví a ella dos años después, en 1870, ya como estudiante de un colegio que acababa de fundar allí un bogotano muy sonado como buen institutor, señor don Graciliano Acevedo. Como recuerdos singulares de aquella mi segunda estada en la reina del Valle de Aburrá, guardo los dos siguientes:

El haber conocido a nuestro gran poeta regional, don Gregorio Gutiérrez González, que del brazo de dos amigos suyos, subía por la plazuela de San Roque, hacia su casa, por los lados de San Francisco. Admiré su rostro largo y un tanto desencajado, a que daban relieve y enmarcaban unas patillas que fueron negras de azabache, sin duda, y que a la sazón más eran blancas que al. Ya Gregorio era célebre, ya nos había entusiasmado a todos los antioqueños con su inmortal poema del Maíz, y yo reputé siempre como una gran fortuna para mí, el haberme topado con aquel grande hombre en la hermosa plazuela por donde yo transitaba todos los días de mi posada al colegio. Fortuna que cogí por los cabellos, que en él eran luengos y en bucles de bomba por detrás. Fortuna de última hora, como que yo me volvía a mi pueblo, decepcionado del muy mediano colegio, y el gran poeta revolvería ya por todos los rincones de su memoria fatigada, aquel su «Aleluya». o saludo victorioso a la muerte, que rondaba junto a él y le hacía decir :

«¡ Aleluya !, Aleluya ! Ya la muerte.
Con su mano de hielo me tocó...»

El otro recuerdo, que me asalta ahora, como si lo estuviera viviendo en este instante, fué el haber visto al célebre matemático y abogado doctor Juan Esteban Zamarra, muerto cuanto uno se puede morir y estirado cuan largo era, en una pobre tarima desvencijada, en la calle de Guayaquil, con unos trapos sucios en forma de rollete (o chipa, como dicen aquí) levantándole un poco la cabeza, la boca desmesuradamente abierta, los gruesos labios caídos y los ojos extraviados, vuelto lo negro de la niña hacia dentro, y formando todo él un conjunto lamentable de pobreza, de abandono, de soledad y olvido. Unos pantalones de dril aplomado, de guasca, que llamábamos, le cubrían

las luengas piernas y canillas, que remataban en dos zapatos sin calcetines, tan viejos como el difunto y que por lo grandes y deshormados «pudieran ser tumba a dos filisteos», según la descripción salerosa de Quevedo sobre los del licenciado Cabra, en su regocijado «Buscón...»

Este doctor Zamarra fué el defensor de Mosquera en el ruidoso proceso político que le siguieron los radicales legalistas. Fué Procurador General de la Nación a los veinticinco años, y fué el que habiendo encontrado alguna vez, aquí en Bogotá, a un ladronzuelo que se entró en su habitación, a vaciar una gaveta donde había mucho dinero, le dijo dulcemente : «No se azore usted por mí intempestiva llegada ; coja, coja más dinero, coja todo el que necesite, que usted es padre de familia ; yo soy soltero y necesito de poco». Y le ayudó a llenar los bolsillos con los patacones que aun quedaban en el fondo del arcón. Zamarra era nativo de la ciudad de Antioquia, vivió muchos años en la capital de la República y murió en Medellín, tan pobremente como lo hemos descrito atrás, y en ejercicio de la profesión de abogado, ya con mínima clientela, porque el demonio alcohol le había hecho perder fuerzas, reputación y vida. Recuerdo que el colegio de don Graciliano era en el edificio donde luego han levantado la torre para los teléfonos, y en el otro extremo, hacia el río, eran los dos juzgados de Circuito en lo criminal, adonde los estudiantes nos complacíamos en acercarnos a escuchar a los famosos defensores de entonces, un doctor Pedro Antonio Restrepo, un doctor Camilo Antonio Echeverri, un doctor Hermenegildo Botero, un don Alberto Gómez Madrid, un Juan Crisóstomo Soto y un Juan Esteban Zamarra, que ya no podía con los años y los infortunios que lo abrumaban, pero que siempre planteaba los problemas jurídicos con una lucidez sorprendente. Cuando iba a los juzgados a ver las causas de sus clientes, se paseaba agachado y con las manos cruzadas por detrás, lar-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Juan Roberto Jaramillo Arango

gas horas, en el largo corredor del edificio, entre los juzgados y el colegio. Al pasar por frente a éste, cuyas puertas estaban veladas por sendos biombos de liencillo blanco, oía él lo que se decía por el maestro y las respuestas de los alumnos. A la moda bogotana, donde les tienen miedo a ciertos acentos, como los de país, baúl, embaúcar, pronunciaba el señor profesor don Graciliano, *pedagogia* y le respondíamos los discípulos, naturalmente, *pedagogia,* por aquí, *pedagogia* por allí. Entonces asomaba su cabeza amedusada el señor doctor Zamarra, por entre el biombo y el ala de la puerta y alzando los ojos turbios hacia nuestro profesor que tronaba en su tribuna, le repetía, separando las sílabas de la palabra por largas pausas: «Pe-da-go-gía ! ! ! Pe-da-go-gía ! ! !».

Cuando volví a Medellín, en el año de 1875, a seguir estudios en la Universidad, ya la Villa de la Candelaria comenzaba a ser una ciudad encantadora, rica y sabia, con aquel centro docente y muchísimas escuelas y colegios de primera fuerza. El doctor Berrío, que ya no era el Presidente ilustre de Antioquia, y que al comenzar aquel año yacía moribundo en el vecino pueblo de Santa Rosa de Osos, había traído para impulsar la instrucción pública en el Estado, una Misión pedagógica alemana que había renovado en aquellas montañas todos los métodos educativos, y puesto al Estado conservador por excelencia, a mayor altura quizá que la lograda para el resto de la nación por el Presidente Salgar y su ministerio incomparable. Regía ya los destinos de Antioquia un ilustre hijo de Medellín, don Recaredo de Villa, y se contrataba por entonces la construcción del primer ferrocarril, intentado en aquellas abruptas y mortíferas selvas que mediaban entre Barbosa y Puerto Berrío. Ya se fundían metales preciosos en Titiribí por los mismos sistemas que en Freiberg, y ya M. Bonnet planeaba los fundamentos de la ferrería de Amagá. Desgraciadamente ya

se planeaba también la feroz guerra civil de 1876 y 77, que quebrantó hasta los huesos las fuerzas propulsoras de Medellín, de Antioquia y de todo el país. Como se sabe, el doctor Berrío, con su sentido práctico y su patriotismo de buena ley, mantuvo a raya los movimientos bélicos y los propósitos turbulentos de los conservadores, cuandoquiera que no están en el Poder y lo disfrutan a sus anchas para oprimir y vejar a todo el que no piense como ellos. Muerto el doctor Berrio, subido al Poder el honorable banquero y débil gobernante, señor de Villa, quedaba la guerra casada, cual suele decirse. El propio pueblo, el bajo pueblo antioqueño, que es muy inteligente, cantador y medio adivino, formuló el problema político de aquellos días, en la siguiente copla, glosada en cuatro décimas que Espinel no hubiera desdeñado:

«Ya murió el doctor Berrío,
Cabeza de Medellín;
Quedó Recaredo Villa
Esperando el porvenir...»

En febrero de ese año de 1875, me tocó ver también el cadáver, todavía caliente en su lecho mortuorio, del gran gobernante de Antioquia. Fué ello en la misma calle que comunica las plazas de San Roque y San Francisco, la calle aquella por donde había de subir Gutiérrez González en vía para su casa. Apenas amanecía en un día de aquel mes, y estando de pie contra las dos alas del portón de la casa que tapa la calle de El Palo, que era donde vivía mi condiscípulo y amigo fiel Antonio M.ª Restrepo Cadavid, al lado de su tío, el canónigo de la Catedral, don Sebastián Emigdio Restrepo, llegó éste, como entraba en su casa, a tomar el desayuno, después de decir su misa y dar una vuelta por la ciudad, y sin saludarnos siquiera nos dijo, inclinándose con cierta satisfacción: «Caballeros, ha muerto el Juliano el Apóstata de An-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

tioquia... !» Fuímonos inmediatamente a la casa antigua del cura de Rionegro, cuando la Convención, don Joaquincito Restrepo, y allí vimos, todas las ventanas y puertas de par en par y alguna gente llorosa por los pasillos y alcobas, al grande hombre extendido de largo a largo en una cama de negra caoba.

Medellín se extremeció entonces en todos sus ámbitos y Antioquia lloró lágrimas vivas, menos los liberales, que tenemos las vesículas de las lágrimas cansadas de llorar por los de nuestra casa. En la Catedral antigua (que hoy tiene la ciudad una famosa en el barrio que llamábamos entonces de Villa Nueva), se celebraron las honras fúnebres del doctor don Pedro Justo, «Justo en el nombre y en los hechos justo», como dijo un poeta de los que enlutaron su lira en aquellos días por la muerte de aquel modelo de gobernantes honrados, progresistas, no hipócritas ni farsantes...

Medellín fué cantada por Gregorio, con amor y respeto la una vez, y con fingida y ajena cólera la otra. Dijo ya :

«Allí está Medellín, la hermosa villa,
Muellemente tendida en la llanura...»

Esta aliteración de elles o dobles eles me recuerda que nuestra ciudad potente del Aburrá, fué bautizada así por complacer al conde de Medellín, Ministro del idiota Carlos II *el Hechizado*, Rey de España, que otorgó las licencias para la fundación. Ese conde de Medellín sería, sin duda, señor de la pequeña Villa pastoril que demora en la Extremadura, provincia de Badajoz, partido judicial de San Benito, con 1,700 habitantes, como enseña mi diccionario, fundada ésta por los romanos, que establecieron allí una colonia, bajo la advocación de alguno de los Metellos, ilustres guerreros y prohombres de la vieja Roma. De este Metello, Metellina, vino a formarse, siguiendo las

leyes idiomáticas y fonéticas, la hermosa palabra Medellín, que tanto han cantado los poetas y que Gregorio alitera suave y dulcemente con allí, villa, muelle y llanura. Nótese que Medellín no lleva ninguna vocal gruesa, sino las dos más flébiles y sutiles : e, i. Que sus consonantes son todas también dulces, tenues y blandas m, d, ll y n. Y que el conjunto no puede ser más elegante, armonioso y simpático a los ojos y al oído. Es una voz aguda, pero terminada en consonante, formando un retintín mnemotécnico y agradable que se graba en la memoria con facilidad y se repite con meliflua fluidez.

Otro poeta antioqueño, el pbro. Baltasar Vélez, maestro muy querido de don Marco Fidel Suárez, según este insigne escritor nos lo ha contado en uno de sus sueños, y maestro mío también en la escuela pública de Titiribí, donde el padre hacía clase de religión ; este poeta, que también lo era aunque por timidez y modestia se guardaba sus poemas, le decía a la ciudad que hoy celebramos, despidiéndose de ella para ir a Quito, de esta tierna manera :

«Y a ti, oh Medellín, ciudad bendita,
Tan grata al corazón, cara a la mente,
A ti será mi adoración ferviente,
A ti será mi suspirar postrer...»

Y Pedro Antonio Isaza, también poeta antioqueño, de gran valía y de cuerda jocosa, le improvisó así en una tertulia en que se discutía de la plaga del comején, que hace estragos en las maderas de la localidad y encarece mucho la edificación allí :

«Con Roma y Jerusalén,
Constantinopla y Pekín,
Comparo yo a Medellín,
Si se acaba el comején...»

UNIVERSIDAD EAFIT

Algo tendrá el agua cuando la bendicen; algo tendrá Medellín para los poetas cuando tantos la han cantado, y eso que la raza montañesa que la fundó y la ha criado fuerte y grande, parece que fuera más bien de la tribu de Isacar, según fábulas y calumnias, que de la tribu de José, de donde vinieron los poetas de los Salmos y del Cantar de los Cantares, maeses David y Salomón...

Dije que la Medellín de España era y es una villa pastoril, como toda la gran provincia de Extremadura, la que se despobló para conquistar y poblar la América, con hijos como Cortés y Pizarro y nuestro Gaspar de Rodas, fundador de la ciudad de Antioquia; pero Medellín pastoril por antonomasia y tierra por ende de ganados de toda laya, puesto que así la describe Cervantes en *La Gitanilla* y la canta Quevedo en varios pasajes de sus poesías jacarandosas. En aquella novela del gran Manco, dice la gitana vieja a la gitanilla Preciosa en esta forma, enseñándola la ciencia milagrosa del pedir y del guardar:

«—Calla, niña, que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido, es haber entregado la bolsa en señal de rendimiento. Y el dar, en cualquiera ocasión que sea, siempre fué indicio de generoso pecho. Y acuérdate de aquel refrán que dice: «Al cielo rogando y con el mazo dando». Y más que no quiero yo que por mí pierdan las gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas y aprovechadas. ¿Cien escudos quieres tú que deseche, Preciosa, y de oro en oro, que pueden andar cosidos en la alforza de una saya que no valga dos reales, *y tenerlos allí como quien tiene un juro sobre las hierbas de Extremadura*?...»

Y Quevedo, con insistencia ofensiva, habla siempre y canta a Medellín como tierra de ganados y, por consiguiente, de cornúpetos:

«La lira de Medellín
Es la cítara que traigo
Y soy falsete con todos
De la capilla del Pardo.

De puro casado temo,
Si me escondo o si me tapo,
Que los que no me conocen
Me sacarán por el rastro...»

Y en otro romance, dirigiéndose al conde de Sástago, desde Madrid, hablándole de todos los enredos y chichisbeos de la corte, vuelve a triscar de Medellín, porfiando sobre su ganadería:

«El que partió confiado
En pucheros de lealtad,
Lleva a Medellín la frente,
Váyase donde se va.

Son muy flacas de memoria,
Muy graves de voluntad;
La calle mayor es diablo,
Infierno cada portal.

Andan como lanzaderas,
Cara aquí, cara acullá;
Y en poder de viejecitas
Se deposita el caudal...»

Como nuestra Medellín, la que ya figura en el Larousse, la que exporta el mejor y más abundante café de Colombia, y oro y plata por arrobas, no es ganadera en sentido propio ni en el figurado, porque precisamente importa los cornúpetos de las sabanas de Bolívar, del Tolima y del Cauca; y porque de cada una de sus mujeres también diría el mismo Quevedo con montañesa arrogancia:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

«Acompañaba el lado del marido,
Más veces en la hueste que en la cama;
Si muerto le lloró, vengóle herido:
Todas matronas y ninguna dama.»

Por todo eso y mucho más a la Villa de la Candelaria no le cuadran las pullas maliciosas del señor de la Torre de Juan Abad. La muier medellinense, y la antioqueña en general, es modelo de matrona y madre de hombres fuertes...

Para ser Medellín la esplendorosa reina de todo el Occidente colombiano, no le falta sino construir su ferrocarril por todo el río Cauca, que parte a Antioquia en dos, que rueda hondo y profundo, por estrechísima garganta que apenas si forma playas aquí y acullá, y una vez terminado el ferrocarril de Cartagena a Call y a Buenaventura, Popayán y Pasto, hacer bajar a nuestro gran río de todas las poblaciones que se empinan en las crestas de sus montes, como nidos de oropéndola en nuestros algarrobos milenarios, cablecillos aéreos y carreteras automoviliarias que vacien los frutos ubérrimos de nuestras tierras y los minerales de nuestras minas en las tolvas apropiadas de los mismos vagones, para llevarlos como por ensalmo al mar, Medellín será siempre, asentada en su valle delicioso y pintoresco cual ninguno otro, el centro material y moral de nuestra gran raza antioqueña, raza que come mucho frisol con tocino, como los americanos del Norte, y mucho maíz, también como ellos, y panela melcochada, y bebe aguardiente de uno que «jase bailá», como decía el negro Obeso del ron de su tierra momposina...

El año pasado estuve en Medellín la última vez y quedé sorprendido de sus enormes progresos en todo sentido. El porvenir de la querida ciudad le está asegurado por el afecto férvido y las virtudes varoniles de sus hijos. Que ella viva y prospere más años y más

grandezas que Roma y Jerusalén, Constantinopla y Pekín...

Visitada en 1851 por el ilustre escritor y estadista bogotano don Manuel Pombo, este recuerdo nos dejó de ella en su precioso Viaje, que yo publiqué en 1914, con prólogo que le escribí a solicitud de su amante hijo don Lino:

«Despachadas las cargas, atendidos los mil menudos quehaceres que quedan siempre para los últimos momentos de marcha, incorporado con los amigos José María Barriga y José Justo Pabón, que me hacían el cariño de escoltarme hasta Rionegro, y dichos con las lágrimas en los ojos y la gratitud en el corazón mis postreros adioses a la bella y hospitalaria Medellín, dí rienda libre a mi impaciente macho, y a poco trecho me reuní con mi conductor, el grave Alejo, jinete sobre una fornida mula rucia.

»Pasados los puentes de Junín, La Toma y Bocaná, la ciudad termina y se emprende la subida de Santa Elena. Tres horas empleamos en trepar esta pendiente y pedregosa cuesta, en cuya cima está la casa de un señor Baena, en gran parte incendiada recientemente por un rayo; con este accidente, desaparecieron de sus paredes varios interesantes recuerdos escritos por los viajeros, entre otros unos renglones del doctor Rufino Cuervo, otros del señor Juan Francisco Ortiz y los versos a Medellín (los atrás copiados) de Gutiérrez González.

»Este alto, que suelen llamar de La Villa, domina la ciudad y el bellísimo valle de Medellín. La ciudad, con sus techos rosados y sus blancas paredes, cuyos pies lame mansamente el Aburrá, y adornan sus alrededor alegres quintas llenas de huertas y de jardines; el valle, verde y risueño, labrado y dividido como un tablero de damas, salpicado de bosquecillos, caprichosamente recorrido por los sesgos amarillos de sus caminos y los hilos argentados de sus

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

aguas, y sobre cuya alfombra de césped y entre las brisas perfumadas de su dulce clima, se levantan, en diferentes direcciones y distancias los blancos campanarios de Aná, Belén, Envigado, Itagüi, La Estrella y San Blas.

»¡Paisaje encantador! ¡Golpe de vista delicioso! Lo contemplé con tristeza largo rato, recorriéndolo en mi memoria, hasta que la voz de mi conductor me substrajo de mi embeleso.

»Al coronar la altura nos había invitado a que diésemos resuello a nuestras cabalgaduras, a cuyo efecto les había quitado los frenos, aflojado las cinchas, y a que tomásemos un trago por la felicidad de mi viaje, lo que hicimos poniéndole una buena postdata de bizcochos. Se trataba ahora de continuar la marcha, y me acerqué a la casa para pagar lo que se nos había suministrado.

—Ya pagó ño Alejo—me dijo la ventera.

—¡Hombre—dije a éste—, eso no es volada corriente!

—¿Y por qué no?—me replicó—, en toda tierra el que convida paga...

Vaya—me dije para mí—, no es tan cicatero mi hombre!

Y antes de seguir camino, volví por última vez los ojos sobre la ciudad.

¡Adiós, Medellín, la dije, adiós! Te dejo con pena y posible es que no vuelva a verte; pero si vuelvo, quiera el cielo que no sea en són de guerra como en 1851.»

Siempre he dicho, desde que tuve el gusto de publicar este Viaje de don Manuel Pombo, que todo antioqueño que se estime en algo y quiera de veras a su tierra, debe tener ese libro muy cerca en sus estantes y muy sobre su corazón. Cual otro ninguno, él nos dice del progreso de nuestra capital segunda, de Rionegro, de Abejorral, de Aguadas, de Salamina, de Manizales y la recién nacida Líbano, hoy emporios que nos llenan de legítimo orgullo a los que pronunciamos *Medeyín*, y bebemos mazamorra de maíz preparada con ceniza...

Yo asistí, de estudiante, el 22 de noviembre de 1875 al segundo centenario de la Reina del Valle de San Bartolomé, como llamaron los conquistadores españoles el valle que los indígenas llamaban Aburrá. Ese valle fué descubierto y admirado desde una cumbre al suroeste, por Jerónimo de Tegelo, uno de los soldados del Capitán Jorge Robledo, que hizo su conquista y del cual habla así en la Relación de su viaje a las provincias de Anserma y Quimbaya, «e en las a ellas comarcanas», de que da fe su escribano Sardella. Corriendo el año de 1539, «por virtud de los poderes que de su señoría tenía, con cien hombres de pie e de a caballo, isleños (canarios) e hombres esforzados en la guerra, de mucho tiempo, en estas partes, e llevó muchos ganados e negros e indios para los pobladores e conquistadores...»

«...Y el Capitán sabido (Robledo) se partió de allí (de Amagá) e vino al pueblo de aquellos indios que le habían venido a ver, que se dice en su nombre Murgia, y nosotros le pusimos el de la Sal (hoy Heliconia, o Guaca), porque se halló mucha infinidad della, de manera de panes de azúcar, algo morena, hecha de fuentes saladas que ellos tenían; e aquí estovimos cuatro o cinco días, donde vinieron todos los indios de paz, con mucha comida e algunos presentes de oro. Desde aquí el Capitán envió a Jerónimo Luis Tegelo, con cierta gente de pie y de a caballo, a que por una abra que la cordillera de las sierras nevadas hacía, las pasase, que parecían haber abajado algo. El cual fué y las pasó y aquel día fué a dormir sobre un valle, que en lo bajo dél parescía haber cierta poblazón, que como era puesto el sol y hacía niebla, no se devisaba bien; y púsose en lo más secreto que pudo, por no ser sentido, e estuvo allí hasta el cuarto

del alba, que partió. E no pudo caminar tanto, que antes que al valle llegase, salió el sol y los indios le devisaron; y como los vieron, tocaron sus atambores e bocinas e juntáronse hasta mill indios; y los españoles serían hasta veinte de pie e doce de a caballo. E como ellos nunca habían visto christianos, saliéronles al camino sin dar lugar a que se les hiciese parlamento ninguno, e tovieron con ellos su guazavara, que les duraría tres horas, donde fué bien reñido de amas partes, e hirieron seis o siete españoles y mataron e hirieron caballos, donde los españoles se vieron en muy gran riesgo de perderse. Pero como Nuestro Señor nunca desampara los suyos, la gente de pie lo hizo tan bien, que con la ayuda de los de a caballo, rompieron a los indios e los metieron en el pueblo, e se metían en los bohíos e otros se subían en la cumbre dellos, como si allí no los pudieran tomar. Y estaban espantados de ver tal gente, que según ellos después decían, que cuando los cometieron, pensaron que eran indios; e como les hobieran ganado el pueblo, el dicho Jerónimo Tegelo, hizo aposentar los heridos y poner recado en el real, y despachó luégo dos mensajeros al Capitán haciéndole saber lo que pasaba. E aquel mismo día, en la tarde, los naturales se tornaron a rehacer e se juntó un escuadrón de fasta tres mill indios e vinieron fasta junto al pueblo, que echaban los dardos e tiraderas dentro dél; y como el dicho Tegelo vio que los indios tornaban, dejando recado en los heridos con la demás gente, salió otra vez a los naturales, e tuvo con ellos otra guazavara, que duraría hora y media, donde los rompió e fue en alcance dellos una legua, donde se mató alguna gente; y desta vez quedaron tan hostigados, que nunca más tornaron al pueblo. Las armas que estos indios traían, eran dardos de palma tostada, largos e macanas, son como espadas de a dos manos, también de palma e ondas e estólicas que es un arma de las más peligrosas que en aquestas partes se halla y se tira la

vara encajada en un palo de dos palmos, que casi quiere significar aquello como trancaylo, y con aquel palo en que encaja la arrojan, que va más recia que con flecha.

«Como los mensajeros, que Jerónimo Tegelo envió llegaron donde el Capitán estaba y dieron mandado de lo que había subcedido ,se partió luego con todo el real para allá, por amor de los heridos y porque allí había comida de maíz para más de dos meses e se aposentó en él. Donde en los bohíos, sin lo que en el campo estaba, se halló mucha infinidad de comida, así de maíz como de frísoles, que casi son como alberjas, e muchos coríes, que son como conejos, salvo que son más chiquitos, que tienen muy lindo comer, e muchos perros medianos como los de Castilla, salvo que son mudos. Esta provincia se llama en nombre de indios Avurrá, y le pusimos por nombre el Valle de San Bartolomé; aquí estuvimos quince días, en los cuales, por llamamiento del Capitán, le vinieron todos los indios de paz, e servían a los españoles, e asímismo vinieron otros pueblos a éste comarcanos. Aconteció en esta provincia a algunos españoles, yéndo por fruta y a caza de aves, ir donde algunos indios estaban; e ansí como los vían, se quitaban una manta de vara y media de largo e de una en ancho, con que traen atadas sus vergüenzas, quitársela e darse una vuelta al pescuezo y ahorcarse. E vo vi una noche, estando velando en el aposento del Capitán, ciertos indios, que estaban presos porque no querían venir de paz, que hasta allí aún no habían venido, como vieron que no había lumbre, se ahorcaron dos indios; e de presto como fueron sentidos, como porque ya estaban sobre aviso, sacaron lumbre y se vió como estaban colgados y cogían los pies por ahogarse, y se les cortó con lo que estaban colgados; y el Capitán los mandó llamar e les preguntó con la lengua (el indio ladino intérprete) que por qué se ahorcaban; dijeron que por que se espantaban de ver a los españoles e de las barbas, e que por esto se

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

habían ahorcado muchos; e no era sino que el diablo los engañaba. Desde esta provincia el Capitán envió con cierta gente de a pie a Juan de Frades, a que tornase a pasar las sierras que viese ciertos pueblos, que tenía noticia que estaban sobre el río; el cual, fue e dio en el pueblo llamado Curqui, e trujo algunas piezas de las cuales el Capitán se informó de la tierra que le dieron larga relación della, de la que estaba sobre el río».

Descubierto, pues, el Valle de Medellín, antiguo Aburrá, antiguo San Bartolomé, en 1539 y no fundada la ciudad sino en 1675, el Valle permaneció sujeto al dominio de la vieja ciudad de Antioquia, fundada primero por Robledo y luego por Gaspar de Rodas, en la confluencia del riachuelo Tonuzco con el impetuoso Cauca o Río Grande, como lo llama en sus relaciones de conquista el Capitán Robledo. En 1830 pasó de Antioquia a Medellín la capital de toda la provincia. De los bohíos indígenas a los palacios de hoy, va lo que de las estólicas y macanas de entonces, al mausser y el grass de ahora, con que los malos Gobernadores abalean hogaño al pueblo sufragante. Pero perduran, para honra de nuestra bucólica, el maíz y los frísoles; sólo, eso sí, que hemos reemplazado los coríes o curíes de los naturales, por el gorrín gruñón que nos importaron los españoles. Item más, hoy cubrimos nuestras vergüenzas (las que pueden cubrirse, que las otras desnudas van), con sedas y terciopelos, brocados y cachemiras, como no las vieran las Persias y los Catayes que la fama ha pregonado.

Un recuerdo, en esta fecha jubilosa, oh queridos compatriotas de los chicharrones y la natilla, torreznos, que dice la relación del Capitán, para Jerónimo Luis Tegelo, Juan de Frades y sus valientes compañeros, que nos enseñaron a comer sal de Guaca, que quita el coto y despeja la cabeza. Y con esto ¡viva Antioquia, por la Virgen de Manizales y la Candelaria de Medellín!

Bogotá, 22 de noviembre de 1925.

G. G. G.

(Recuerdos del gran poeta Gregorio Gutiérrez González)

Estas tres gees que para nosotros los antioqueños son signos cabalísticos, como si dijéramos las letras por donde se abre el sésamo de la poesía, pues que ellas son las inconfundibles iniciales del nombre de nuestro poeta inmortal, Gregorio Gutiérrez González; estas tres letras, digo, me rememoran una anécdota referente a él, y por tanto digna de consignarse aquí, como introito a este recuerdo mío para su primer centenario.

El poeta de Aures era alto de estatura, desgarbado y cargado de espaldas, como Pope o Cervantes. Era, además, en política godo rematado, conservador de envolver en el dedo. Al regresar de un viaje, salieron a encontrarlo varios amigos, entre los cuales estaba el insigne médico medellinense, doctor Ricardo Rodríguez Roldán. Al darse los abrazos del encuentro, el poeta dijo a este doctor como saludo cordialísimo:

—«Venga ese abrazo, hombre Ricardo Rodríguez Roldán, rojo, recto.»

Pues en realidad el doctor Rodríguez era rojo en política y recto de pies a cabeza, con ribetes de Brúmmel, por lo elegante y buen mozo. Como además de estas prendas excelentes exteriores, era muy inteligente, respondió al punto a su amigo el bienvenido:

—«Tóma mi abrazo, hombre Gregorio Gutiérrez González, godo, gacho...»

* * *

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Estas tres iniciales famosas las vi yo escribir en la propia lápida que cubría los restos del poeta, en el cementerio de los pobres de Medellín, situado por la Asomadera, después de atravesar el barrio de Guanteros, en ocasión muy digna de memoria.

Recién entrado el general Trujillo, vencedor en Medellín, en 1877, vi subir por la calle de Guanteros, estando yo parado en la esquina de la calle del Palo que la cruza, a un hombre flaco, afeitado al rape, menos un bigotillo blanco y recortado, ojos zarcos, vivos y chispeantes, que venía como con vino y vociferando más de lo que convenía, como explicándoles a unos seis u ocho negros caucanos que lo acompañaban, quién era Gregorio Gutiérrez González, cuya tumba solitaria iban a visitar y a dejar en ella una corona que uno de los negros llevaba incómoda y ceremoniosamente.

El hombre blanco, de ojillos vivarachos, hacía posas a cada veinticinco pasos, y a voz en cuello quería transfundir su entusiasmo y veneración a sus oyentes de azabache (por aquellos días muy peligrosos huéspedes de los medellinitas). «Gutiérrez González, les decía, valía más que todo Antioquia con su oro y su plata, sus minas, su comercio opulento y sus innúmeros judaizantes y moros tornadizos barbudos que poblaban todo su territorio y tenían por sanhedrín y atarazana el marco de la plaza de la ciudad en que se hallaban. A Gutiérrez González lo habían sepultado esos judíos en el hueco para donde iban a descubrirlo, después de matarlo a pesares en toda su vida mortal, porque no fué codicioso ni aferrado a los negocios, pero él se vengó de ellos, vengando a otro poeta desdeñado, en unos versos famosos que Gregorio no repudió jamás. El (el hombre blanco de los ojillos vivarachos) había entrado en la guerra con esos negritos de su tierra, porque los antioqueños quisieron invadirla y la invadieron audazmente al grito de ¡religión! y en defensa de la soberanía de los Estados, violando la soberanía del Cauca, al comenzar no más.

Por eso él empuñó su espada («aquesta espada que me ciño ñanga...») y aun su lira, y antes de pelear animó a los negritos con aquella épica proclama que comenzaba:

«¡Caucanos! los fanáticos
De estas montañas próximas
A nuestro suelo acércanse
Gritando ¡religión...!»

«Y fueron los Chancos y el Arenillo, y San Antonio y Otún y Bateros y Manizales y la entrega a discreción de los godos vencidos. Entonces el hombre blanco volvió a cantar para pedir cesación de hostalidades y reconciliación fraternal de todos los combatientes:

«¡Liberales! oíd, cesad los fuegos,
Antioquia dice que rendida está...»

«El—seguía diciendo aquel como fantástico profeta bíblico caído al callejón de Guanteros en aquel día insólito—él entró vencedor en Manizales por complacer a sus compañeros; pero a fe de caballero que había querido volverse para su Valle sin pisarles su tierra a los barbudos. El hubiera querido hacer lo que hizo el invicto David Peña después de Bateros y la rendición de Antioquia: saludar a ésta con la espada en alto y la cabeza descubierta y no consentir que su caballo blanco pisara la tierra del oro y los capitales a premio, para que jamás se creyera que él había entrado en esa guerra con otro ánimo que el defensivo de sus lares invadidos, jamás por tomar venganza de los hermanos extraviados ni palpar los bolsillos de los Recaredos fugitivos... Pero el hombre blanco, una vez en Manizales, se acordó de su condiscípulo y viejo amigo Gutiérrez González, muerto apenas cinco años antes, y quiso proseguir su viaje sólo por dejar una corona en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Carlos Fradique-Méndez

aquella tumba humilde, iluminada empero por todos los resplendores, «tumba silenciosa», como acababa de cantar otro poeta antioqueño—Federico Jaramillo Córdoba—llorando la muerte de Gregorio en una inmortal parodia elegíaca del «¿Por qué no canto?» :

«El astro que se hundió su luz no avanza,
Ni rayos lanza ya desde el cenit ;
Ya duerme en una tumba silenciosa
La que amorosa lira de oro estremeció
feliz !...»

Y volvió la esquina el hombre zarco, seguido de sus negritos, buscando el cementerio de los pobres. Yo, a conveniente distancia, los seguía también, curioso de ver en qué paraba aquella peregrinación inusitada, y seducido, casi arrobado, por los discursos de aquel hombre, que era de los vencedores, se veía bien, pero que no había venido a cosas humanas y vulgares, más a cumplir ritos de la santa religión de las Musas, por aquellos días olvidadas en el fragor de los rencores políticos.

Como se endilgaron por un zanjón arriba, dejando la calle de la Asomadera, ya estuvieron en la puerta o boquete del paredón de bóvedas semicirculares que constituía el cementerio, con más algunas cruces diseminadas en el prado o suelo enpradizado que servía de centro al murallón. El guarda del lugar se puso a las órdenes del extraño visitante y lo condujo, tomando a la izquierda de la entrada, como unos treinta metros y allí le señaló una bóveda de la segunda o tercera serie del suelo al cielo, y le dijo : «¡ Ahí está... !»

El doctor Guillermo Pereira Gamba (pues no era ni podía ser otro el hombre blanco que dirigía a sus negritos en aquella romería al lugar sagrado), arrojó al suelo su sombrero e hizo que sus fieles compañeros lo imitaran con sus kepis ahumados de muchas y muy sangrientas batallas ; se puso de rodillas y ordenó a sus

negros que se arrodillaran también, lo que hicieron al instante y con rápido y uniforme militar movimiento. Levantóse incontinenti y ordenó a sus negritos que rezaran un padrenuestro, que él encabezó con unción sincera ; luego sacó del bolsillo de su chaqueta de coronel una cartera en que traía algo escrito, cogió un lápiz y escribió en la losa sepulcral un epitafio en latín, que no recuerdo ahora, pero que J. de D. Uribe, llevado por mí a pocos días al mismo lugar, lo copió y se lo sabía de memoria, y el siguiente cuarteto endecasílabo, que jamás he olvidado :

«¡ Luz de mi patria, vate sin segundo,
Aquí Gregorio el inmortal reposa ;
Paz y descanso ofrécele esta losa,
Corona el cielo, admiración el mundo !»

En seguida colocó la corona que le llevaba prevenida, les pronunció otra breve oración a sus negritos y por sus pasos contados volvió a la ciudad, que desocupó con el alba del siguiente día... (1)

* * *

(1) Años después, traduciendo las *Narraciones Epicas* de Coppée, al verter *Las dos tumbas*, la del guerrero que nada en sangre y la del poeta que duerme entre rosas, recordamos esta visita de los militares caucanos a la tumba de Gregorio :

«El que asoló a la India y a la Persia,
Divino Tamerlán, que, cual rebaños
Que dispersa el león, miró los pueblos
Presurosos huir ante sus hordas ;
Ese divino Tamerlán, tenía
El culto de las tumbas. Si ya ufanos
Entraban sus mogoles por las brechas
De alguna gran ciudad ; cuando segaban
A la vil población cual mies madura ;
Cuando habían levantado arcos de triunfo
Con cabezas cortadas y cal viva,
Pasaba Tamerlán en su caballo

UNIVERSIDAD EAFIT

Por allá en 1867 estaba yo en un colegio famoso de Titiribí, la rica y muy sonada ciudad, patria de Ricardo Escobar Quijano, que libertó su alma grande de la prisión del cuerpo, imbuído en las doctrinas caóticas de Platón, que todavía hacían estragos con sus falaces transmigraciones; estaba, digo, estudiando el «quis vel quis» y el «eleolo guayabito, equisojo pandequeso», y vivía en la calle de Cantarranas, casa de ño Jacobo Arias, donde tenía una tiendecilla, entre pulpería y ultramarinos, don Cerbeleón Vélez, joven incrúspido de Salamina, liberal relapso, antiguo prisionero de don Julio Arboleda y que era uno de los políticos del lugar, de quien se podían tomar noticias frescas sobre las campañas del 60, de Mosquera, del Tuso Gutiérrez, de Marceliano y sobre todo del general Braulio Henao, antioqueño ilustre, jefe de la 3.ª División que asoló el Cauca, pero que por allá le quitó a la cólera peligrosa, por lo evaporada, de don Julio, un sinnúmero de antioqueños liberales, que por ello vivían agradecidísimos al general Henao, hombre compasivo y noble, muy diferente de la sarta de facinerosos galonados que han deshonrado luégo las armas antioqueñas.

Por motivo que hasta hoy ignoro, el general Henao incurrió en la inquina del Poeta. Por aquel año, Antioquia federalista, con su gran Berrío de portaestandarte, se rebulló en hervezón gloriosa contra los intentos dictatoriales de Mosquera, y quién sabe en esas cir-

---

(Sin dignarse mirar la horrible escena),
Dominado de graves pensamientos
Y al cementerio penetraba solo:
Allí vagaba en medio de las tumbas,
Y si encontraba la de algún poeta
O guerrero o imán o abuelo suyo
Célebres ya por gloria o por hazañas,
Como el divino Tamerlán tuviese
La fúnebre piedad de los que saben
Que de morir habrán, se descubría
Inclinando la frente en los sepulcros...»

cunstancas qué dicho o hecho del general Henao le produjo un remezón de ira al cantor de «A los Estados Unidos de Colombia» en 1864, cuando fué conveniente amenazar al gobierno general para que reconociera el gobierno de facto de los conservadores revolucionarios triunfantes. Entonces decía Gregorio, azuzado por Berrío:

«Vednos aquí con el fusil al brazo,
Esperando el «¡Descansen!» o el «¡Alerta!»
¿Queréis la paz? Se tornará en azadas
El hierro de las mismas bayonetas.

«No creáis que las puertas del Estado
Como otro tiempo encontraréis abiertas;
Iremos a escuchar cerca de Bosa
Si el eco del cañón como antes suena»...

Conviene recordar que en Bosa, en 1854, cuando la guerra contra Melo alzado con el poder, fué donde se cubrió de gloria el susodicho general Henao, que mandaba las fuerzas antioqueñas contra la dictadura.

Y contra el general Henao reventaba ahora el Poeta, que era, además, su paisano de Aures o del Arma o del alto Nare. El terrible don Cerbeleón estaba indignadísimo, un día que el correo de la Villa había llegado al pueblo, porque en su valija de impresos había aportado una hojilla suelta, no mayor que la planta del pie con que la estrujaba, en que podían leerse unas cuantas estrofas de G. G. G. contra don Braulio, una de las cuales, que se me quedó en la memoria, certifica así la marca de fábrica gregorina:

«Aquí yace por siempre sepultada
De Antioquia la infeliz Federación,
Y en el mismo sepulcro está enterrada
Del INDIO la fatal reputación...»

* * *

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

Gregorio, que era de una familia acomodada e hidalga (por lo cual llama con desenfado «Indio» al buen general Henao, que no era muy de Castilla), vino de muchacho a educarse en esta capital, de donde tuvo que regresar a sus lares montañeses por causa de enfermedad. Recuérdese que el famoso médico escocés Cheyne, lo había desahuciado, interrumpiéndole unos castísimos amores unilaterales que llevaba con aquella Temilda, a quien le decía :

«¡ Morir ! ¡ morir ! un eco misterioso
Parece repetir estas palabras,
Que del fondo del alma en otro tiempo
Nunca, Temilda, al corazón llegaban...

¡ Adios, Temilda... El caprichoso mundo
Ya de mi vista ocultará sus galas,
Y el nuevo sol alumbrará un sepulcro
Y un hombre menos lo verá mañana !...

Por ti al sepulcro desdeñado bajo,
Buscando en él la apetecida calma ;
Y nunca sentiré sobre mi losa
De tus divinos ojos ni una lágrima...»

* * *

Después que se doctoró de abogado aquí, fué en Antioquia magistrado del tribunal en Medellín. Pero el poeta, empecinado en sus ensueños vagos de artista y llevado de la dulcedumbre del no hacer nada, apenas si acaso despachaba algún expediente de litigantes demasiado afanadores o si asistía a las audiencias con sus colegas de la corporación ; de tal suerte que hubo de retirarse del puesto dejando una fama nada envidiable de sornero y maganzón.

Años después fué él litigante a su turno, en un reñidísimo pleito que había de fallar en definitiva el doctor Pascual González, célebre jurista, que figura en las

cartas sobre la Antioquia de aquella época (1856) de Emiro Kastos, el gran prosista de la tierra del Maíz. Después de estar ya citadas las partes para sentencia, hubo de volver el Poeta a esta capital y demorarse por acá buenos y largos meses, sin obtener noticia del resultado de su pleito, que lo aguijoneaba más que un dolor de muelas. Al volver a Antioquia, de Salamina o de otra población del camino, le puso a su homónimo González y reemplazante en la magistratura este despacho morsiano :

«Señor doctor Pascual González,
Magistrado.—Medellín.
¡ ¡ «Cara... cho ! ni yo... ! !»

* * *

Viajaba alguna vez Gregorio con el grande insigne escritor, filósofo, poeta también, criminalista incomparable, sabio químico y matemático, doctor Camilo Antonio Echeverri, amigo fervoroso del poeta, y habiendo llegado a una posada escueta y desabastecida en aquellas montañas, querían distraer la murria y la fatiga del viaje a caballo todo el día, leyendo alguna cosa de entretenimiento, pero no hallaron ni un «Catón de San Casiano» ni unos «Doce Pares de Francia» ni nada absolutamente. Entonces Camilo Antonio hizo abrir sus alforjas y sacó reverentemente el tomo de Poesías de Gregorio Gutiérrez González, que el poeta acababa de publicar en Medellín (1869). Al verse en manos de su amigo que se disponía a leer en alta voz, el poeta pidió y rogó afanoso que se le suprimiera aquel suplicio. Camilo, por de contado, insistió con su modo de ser autoritario, imperativo ; y entonces el bardo suave y gentil del Cocuyo, dijo, sentándose resignado como para sufrir una descarga a quemarropa :

«¡ Léamos..., pues,... mé !»

* * *

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Francisco Restrepo Molina

Estando Gregorio en una tienda de Sonsón, conversando con sus amigos y matando el gusano del aburrimiento, le llamaron la atención hacia un forastero que se había colado a la tertulia, con el ímpetu de un ventarrón y la sorpresa pintada en el semblante montaraz. El entrometido quería conocer al Poeta y venía de una población lejana a satisfacer ese gustazo y ese honor. Pero al ver a Gregorio en su sencillo porte y talante, que nada tenían de ideales ni sublimes como sus versos, el hombre vaciló confuso y soltó su duda de que aquel señor fuera el Poeta de Julia:

«Aquí me tiene, mi amigo, para servirle—dijo Gregorio—; es que, en realidad, yo soy mejor para no conocido...»

¡Qué tal si ese bausán hubiera visto a Sócrates o a Leopardi...!

* * *

Gregorio dijo con modestia no fingida que él no escribía español sino antioqueño; es decir, que él no rebuscaba la frase castiza, el giro elegante, las voces poéticas, sino que se dejaba llevar de la medida y la rima y acomodaba dentro de ellas el vocabulario usual de los negocios y menesteres familiares, tales como éstos son tratados por el común de las gentes con quienes el poeta se ponía en contacto. Extremó gallardamente esta libertad en su poema del «Maíz», donde no aventuró ningún término técnico, ni castizo siquiera, para describir maravillosamente las cosas y personas de su tema. El fué todo naturalidad, sencillez, emoción. Sus imágenes y comparaciones, que se desgranan en sus estrofas como mazorcas del diezmo en troje de campesino rico, salvan todos los escollos del prosaísmo, de suerte que mientras más trivial parece, es más profundo y más conmovedor:

«Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van...»

«Son nuestras almas místico ruído
De dos flautas lejanas cuyo són
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor...»

«Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes y la brisa unió...»

«¿Por qué no canto? Has visto a la paloma,
Que cuando asoma en el oriente el sol,
Con tierno arrullo su canción levanta
Y alegre canta
La dulce aurora de su dulce amor?»

«¿Conoces tú la flor de batatilla,
La flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
Crece a la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol...»

«No hay sombras para ti. Como el cocuyo
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va...»

«Cuelga de gulungo su oscilante nido
De un árbol en las ramas extendidas,
Y se columpia blandamente al viento,
Incensario de rústica capilla...»

FAES Biblioteca UNIVERSIDAD EAFIT

Sería enfadoso copiar más. El procedimiento espontáneo del poeta de nuestras montañas es la imagen viva de la cosa o el sentimiento descritos, puestos al alcance del menos letrado de sus lectores, por medio de comparaciones tan elegantemente poéticas, que se gravan en la memoria y hieren hondamente las más recónditas fibras del corazón. Y eso es ser poeta, gran poeta, más que natural, nativo, más que primitivo, prístino, casi paradisíaco si ciertas notas amargas de su libro no nos recordaran que el eglógico Gregorio sabía también de quejas como rebeldías y de sonrisas que eran carcajadas sarcásticas...

* * *

Dolorosamente se hubiera reído el poeta, si al despertar por un momento de su eterno sueño, le leen por la fuerza sus amadas poesías más íntimas y populares con las correcciones estúpidas que se permitió hacer en ellas don Rafael Pombo. Como muestra del tino y buena elección de las susodichas «correcciones», sírvame la última estrofa citada atrás, del famoso «gulungo», «rabiamarillo», y otros varios nombres, con que en Antioquia y en todo el país se conoce a la oropéndola americana, o pájaro aúreo colgante, que dice el diccionario. Describiendo Gregorio ese avechucho, entre los que hacen daño en las rozas o sementeras de maíz, dice bella y exactamente, cual ya se vió:

«Cuelga el gulungo su «oscilante» nido;

y al señor Pombo se le ocurrió cambiar el mágico endecasílabo por este esperpento:

«¡¡Su nido «conoidal» cuelga el gulungo!!»

Ese adjetivo conoidal, que da al lector un golpe

en el tímpano y en todo el aparato intelectivo, diz que se le ocurrió al remendón atrevido porque el nido del pajarraco tiene una forma que puede medio parecerse aína, así tal vez, a la figura geométrica que los iniciados en matemáticas llaman «cono»... ¡Cono! con la razón tan recóndita y peregrina para llamar así una gran bolsa colgante, que «oscila» al viento blandamente, como que lleva dentro el mullido nido de plumas y pajas leves, unos huevos empollando y quizá un par de gulunguitos ya prontos a salir a dañar mazorcas en la roza vecina. Por lo de bolsa que oscila llaman también en Antioquia «muchilero» o «mochilero» a este pájaro que vive y saca entre una «muchila» o «mochila», si no mienten los cantares que se oyen del Quindío al Penderisco y al Barroso; del Nechí al San Jorge y al Atrato:

«El pájaro muchilero
Le pregunta al diostedé,
¿Con ese pico tan largo
Cómo come su merced?...

Aquella roza de Guarne
Tuvo muy mal pajarero,
Se la dejaron comer
Al pájaro muchilero...»

N. B. «Pajarero» es el muchacho que espanta de la roza los pájaros y demás animales dañinos. Un mal pajarero es el que mal pajarea, el que descuida el sembrado y tiene terrible lucha con esos enemigos, que una glosa muy bien pergeñada enumera pata por pata, pico por pico. He aquí la cuarteta, glosada en cuatro décimas redondas, que es lo que se llama una décima de las mil que alegran las cocinas en el campo, mientras hierve la olla y se restaura el jayán que ha sudado todo el día:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

«Esto dijo el pajarero
Cuando s'iba a pajarear:
Mucho daño hay en la roza
Y el patrón me va a matar...»

También debe notarse bien que entre «roza» y «Rosa», cuando aquélla está en «choclo», tiernecilla, antes de secarse para cogerla y esotra está muchacha soltera, el pueblo hace un buen juego del vocablo, con su sal y su pimienta. La roza de Guarne, se entiende maliciosamente de una Rosa muy linda que hubo antaño en aquel pueblo—hoy sonado por su casi aéreo tranvía—y que, según fué voz y fama, tuvo muy mal pajarero y se la dejaron picar al pájaro mochilero. Aquella Rosa de Guarne sería, quizá, como aquella donosa chica de Calatayud, de que cantaban allá nuestros mayores, los que enseñaron a los de Guarne:

«Si vas a Calatayud
Pregunta por la Dolores,
Que es una chica muy guapa
Y que hace muchos favores...»

Muerta la cual, los calatayudenses mudaron la copla:

«Si vas a Calatayud
Pregunta por la María,
Que hace los mismos favores
Que la Dolores hacía...»

* * *

Fortuna ha sido para Gregorio el tener un sobrino literato de tan buen gusto como lo es don Emiliano Isaza, que ha hecho ahora para este centenario una nueva edición de las poesías del vate, restableciendo el texto tal como lo hizo imprimir él mismo en 1869.

Desgraciadamente en esta correcta edición faltan muchas composiciones. En «La Siesta», semanario de literatura que publicábamos J. de D. Uribe y yo en 1886, comenzó a escribir Demetrio Viana, antioqueño insigne también, unos artículos muy bien hilados, en que demostraba la estolidez de las correcciones audaces; y yo también protesté desde entonces airadamente contra aquella profanación. Allí decía, y vale la pena recordarlo hoy:

«Pero entre todos los autores que, «in ánima vili», han servido de pasto a la plaga de remendones, ninguno llevó peor parte que Gregorio Gutiérrez González. De éste sí que no quedó ni la armazón. Parodiando su estrofa celebérrima, pudiéramos decirle:

Ya no hay sombra de ti: como el gusano
El necio insano
En tus bellos poemas se fartó...

y concluir con Cantú, citado por Merchán: «Mientras vive un autor, a él solo incumbe reformar, mejorar y completar sus propias obras», y después de muerto... a ninguno. A todos estos señores de la escuela rapista recomendamos la mesura y honradez de don Rufino José Cuervo, que ni aun los yerros manifiestos de los autores que reproduce o comenta se atreve a enmendarlos. «Hago notar estas menudencias, dice hablando de Bello, como una mera curiosidad, y advierto que no he hecho corrección ninguna relativa a tan ligeras y a veces necesarias infidelidades.» En las obras de Dickens han publicado sus herederos errores «ortográficos» hallados en los originales, para hacer constar la ignorancia del autor en la materia o por respeto a su voluntad...»

Lo más recomendable para mí, de la edición actual de don Emiliano, es el haber vuelto a poner al frente de ella (como la había puesto Gregorio mis-

mo) la sencilla y elocuente carta de Camilo Antonio Echeverri, el amigo y férvido admirador del Poeta, carta que habían suprimido en la edición rapista de 1881. La supresión de esa carta en las poesías, había sido una mutilación sacrílega por lo irreverente. Don Emiliano dice, como con cierto acento imperioso de quien restituye a su pedestal y puesto histórico una estatua zarandeada sin respeto ni conciencia artística por un peón con vasallos: «Y óigase ante todo la palabra expresiva y férvida de Camilo Antonio Echeverri». Oigase ante todo, después de citar a Menéndez Pelayo y a Gómez Restrepo, dos cumbres. ¡Bravo, doctor Isaza!

* * *

Es imposible que yo cierre estos apuntes sobre nuestro gran poeta, sin copiar lo que de él dijo otro poeta y hombre eminentísimo, por su numen y letras, don Manuel Pombo, cuando lo visitó en su casa de Sonsón, en 1852, en su admirable relación de Viaje de Medellín a Bogotá, que se publicó aquí en 1914. Conviene retener que este don Manuel Pombo es, en mi sentir, el famoso «Felipe» de Gutiérrez González, héroe del tremebundo artículo como de costumbres, que escribió éste para vengar a aquél de los reales o fingidos agravios que a su amor le hiciera un tiazo judiazo de los del marco de la plaza, que encocoraban también al fundador de Pereira, don Guillermo y Gamba, atrás nombrado. Don Manuel Pombo dice así:

«En las márgenes del Aures que acabamos de dejar, el calor del sol y de la temperatura nos hacían transpirar en abundancia, y ahora el viento y las nieblas de Capiro casi nos entumecían las manos; tan rápidas así son las transiciones en este país, eminentemente montañoso. Con razón me decía mi conductor que en todas estas comarcas no había donde amarrar un gallo sin que quedase colgando.

«Al cabo de un corto descenso llegamos a Sonsón, en donde me acogió bajo el techo paterno el señor don Gregorio Gutiérrez González.

»Volvía a ver en su propio hogar, en el seno de su familia, al lado de sus padres, de sus hermanas, de su esposa y del primer renuevo de su amor, al amigo a quien tanto habíamos querido en el colegio, y a quien por su organización sensible y fina, exceptuábamos quizá únicamente del régimen de ruda franqueza y de implacable burla de aquella vida retozona y atolondrada.

»A un gran talento, a un corazón honrado, unía Gutiérrez rica imaginación, trato jovial, y cierto olvido de sí mismo, cierto recato, cierta cortedad que, como un velo de gasa, se extendía sobre sus cualidades para hacerlas más simpáticas. Era un alma apasionada, pero púdica; independiente, pero blanda; expansiva, pero discreta.

»Gutiérrez era un buen compañero, que en todo seguía nuestra suerte y estaba sometido a nuestras comunes vicisitudes; pero sin que él se diese cuenta de ello, gozaba de un prestigio que todos acatábamos: era un ave canora que se nos había revelado desde sus primeros gorjeos, un poeta precoz, un destino en que intuitivamente presentíamos algo del Tasso.

»En efecto: en aquella edad casi adolescente, en aquella época apenas rudimentaria, entre aquella atmósfera de inquietud y veleidad, cantar, y cantar de un solo arranque «Mi muerte» a Matilde, «Una lágrima», «La desgracia», «A un niño expósito», «Super flumina Babylonis», «Poesía», «A una calavera», «Al diablo», «Coquetería», «Su ramillete», «Una visita», era adelantarse a su generación, ser maestro desde el primer ensayo, tener genio, ser poeta.

»De los claustros del colegio, de ese almácigo de donde después resulta, al trasplantarlo a la sociedad, toda especie de vegetación, desde la hortiga inútil y el

manzanillo maléfico hasta el mirto sagrado y el victorioso laurel; de esos claustros de grato recuerdo, cada cual salió a cumplir su vocación, a arrostrar su suerte:

¡Quién será de los sabios de la tierra
El que rumbo señale a su destino!
¡Quién a sus pasos marcará camino
Por el caos fatal del porvenir!

»Gutiérrez regresó a su provincia y, ajeno a toda ambición, queriendo esconder la luz debajo del celemín, se acogió a la sombra de su pueblo, y a su abrigo buscó su compañera y formó su nido. Casó con la bella señorita Juliana Isaza, a quien él, siempre poeta, llama «Sulamita».

»Es hijo del señor José Ignacio Gutiérrez y de la señora Inés González, hermana de la señora María Antonia González, madre que fué del almibarado Aranzazu (Juan de Dios). Tiene tres hermanas: la señora Carlota, esposa del señor D. Valerio Isaza, y las señoritas Juana y Bárbara.

»Creo que Gutiérrez González nacio en jurisdicción de La Ceja del Tambo, en 1827, y que hoy, por consiguiente, tiene veinticinco años.

»Gutiérrez al par del más fino trato, tuvo la condescendencia de franquearme el libro en que guarda originales sus versos. Es un bello volumen en 4.°, escrito con limpieza y adornado con viñetas de su propio puño, pues reúne al numen del poeta las manos del artista: conservo un primoroso utensilio, obra de talla suya, que me regaló para memoria de la visita que le hice.

»Para los dos, sus versos tenían doble interés, nos retrotraían a épocas pasadas, embellecidas ya por el recuerdo: así era que a cada estrofa venía un comento, ya repasando un suceso, ya evocando un amigo; tan pronto entristeciéndonos con las alegrías de en-

tonces. Y como reflexionábamos que cuando esto hacíamos empezábamos a vivir, los acontecimientos estaban aún recientes y los amigos iniciaban apenas su destino, comprendíamos cuánto aumentaría de valor todo esto cuando el tiempo pusiese su sello definitivo sobre los resultados de los hechos y la suerte de los hombres.

»¡Con razón, decíamos, que los viejos echen tánto de menos sus mocedades! ¡Con razón que les parezca tan insulsa y descolorida la realidad del presente, viendo el pasado al través del prisma de los recuerdos!

»¿Y nosotros llegaremos a ese estado? ¿Alcanzaremos la madurez? Si hasta allá vamos, ¿por cuántas averías, por cuántos desengaños tendremos que pasar?

»De eso no hablemos, decía Gutiérrez, esos son romanticismos; se alquila la casa con sus goteras...»

* * *

¿Que a Gutiérrez González le faltaba cultura, que no era un fino letrado conocedor de los secretos de la lengua y de la rima? Sí. Tengo la pena de convenir en ello, porque yo pienso como Theófilo Gautier en el prólogo admirable que les puso a las poesías de Carlos Baudelaire (poesías «de una forma doctísima y curiosamente trabajada», que lo han llevado a la inmortalidad por su acabada perfección), que el todo del verso está en la forma y que hay un lenguaje poético especial, y principios, reglas y procedimientos para la obra poética, que el artífice debe conocer y de que, conociéndolos, puede sacar ventajas muy apreciables. Sin duda alguna la vena poética de Gregorio, su exquisita sensibilidad, dirigidas por un criterio literario menos condescendiente, más exigente de la rima sabia y el giro rigurosamente castizo, habría dejado a la posteridad un bloque de belleza más austera y serena, más sugerente y educativa, más universal, en fin. Los versos de Gregorio que hoy andan en boca

de todos, son precisamente aquellos en que el más refinado buen gusto y la más rica rima sirvieron de molde a la idea más noble, sutil y sabiamente envuelta en una forma impecable.

Algunos aventureros de la literatura, panfletarios menesterosos u oradores de ocasión y paso enseñado, han pretendido entre nosotros fundar la escuela de Beocia, ruda, sin gracia, sin sintaxis ni régimen y concordancia, sin gramática que ellos dicen, sin trabajo, porque no tuvieron tiempo ni escuela hogareña donde aprender nada y escriben por ahí sus pataratas para el gran público rumiante, único al bajo nivel de tales corsarios, cuya fama humillante morirá antes que su ficha antropométrica y las plebeyas ediciones de su pornografía en jerigonza y sus catilinarias en germanía. A esa escuela de jornaleros chambones de la pluma se les ha recordado mil veces que la Belleza tiene sus líneas geométricas y su expresión científica en el idioma que la sirve de vehículo y la fija y la plasma para la inmortalidad; que nada mal escrito puede sobrevivir al ruidajo de su altisonante aparición; que ciertas reputaciones anfibias más descrédito dan que no alabanzas merecidas; pero ello es predicar en desierto. La desvergüerza suple al estudio y el aplauso de la plebe ignara satisface a los que se parecen a ella y que por más que pretendan ser unidades siempre serán turba.

Volviendo a nuestro poeta inmortal, pues lo dicho para los hombres de la prosa no toca con él, y como una enseñanza para los jóvenes principiantes (si los jóvenes de ahora no son todos acabantes), quiero copiar aquí unas palabras de Eça de Queiroz, el gran novelista lusitano, artista de perfección que abruma, y que tomo de una de sus cartas a un amigo, gran literato también, pero, sin duda, descuidado o desconocedor de las reglas, que reza así:

«Mis parabienes por su trabajo sobre don Sebastián. Ninguno más bello, más patriótico, ni más poético. Pero ¡perfeccione la forma! ¡Pula, cincele, cristalice! No se deje llevar por las teorías abominables del amigo Oliveira Martíns sobre «la sinceridad de la emoción» (la escuela de la Beocia). El sentimiento más artificial puesto en un verso de factura maravillosa, es una obra de arte; en tanto que el grito más verdadero de pasión en un torpe alejandrino, es una vulgaridad insulsa. Sólo hay Belleza donde hay Orden. ¡Pula su forma!»

Orden, armonía, ritmo, mesura, proporciones, acentos, cesura, rima, metro... palabras sin sentido para los pretendidos poetrastros de estos tiempos, que fabrican unas escaleras de ripios enteleridos y los bautizan de poemas muy orondos. Ya no necesitan ni escribir, cosa que les haría subir los colores a la cara «al ver» sus páginas de dislates: le dictan al linotipista, lo mismo un poema de cuatro renglones que otro de cuatro mil...

Gregorio, que no escribía en español sino en antioqueño, como él dijo por chanza y llevado de su indolencia dejativa, tampoco sabía lenguas extrañas ningunas. Mi amigo don Carlos Latorre, comerciante muy leído y viajado del marco de la plaza en Medellín, me contaba (y era hombre de una veracidad escrupulosa) que él le hizo conocer al dulce «Antíoco» (seudónimo que usó Gregorio mucho tiempo) las poesías de Byron, de las cuales le tradujo algunas hermosísimas, que Gregorio puso en versos castellanos tan perfectos como los quería de Queiroz. «La lágrima», el «Canto a Grecia» y muchas otras fueron vertidas así del francés o del inglés, de un modo inrivalizable. Compárese, por ejemplo, la traducción del Canto a Grecia de Gregorio con la que luego hizo el profundo conocedor de la lengua inglesa, César Conto, y se verá que es mucho mejor la del primero. Sin duda viene aquí aquello de Larra: para traducir a un poeta se necesita ser tan poeta como él o más

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca General Fondo Documental

si se puede. Y Gutiérrez era cien veces más poeta que Conto, en el sentido de poeta lírico, sentimental, sagrado. Conto era un admirable repentista, un poeta jocoso apenas superado entre nosotros por Joaquín Pablo Posada. Era más indicado para traducir a Byron Gregorio que César. Gregorio rico hubiera sido un Byron. Pero, así y todo como él fué, quizá no tenemos en Colombia otra gloria poética mayor que la suya, más universalmente conocida y más hondamente apreciada. El siglo que hoy cumple esa gloria es apenas modesto pórtico de años para el templo que a su fama imperecedera levantarán los siglos por venir...

En este día glorioso, saludo conmovido su risueña cuna en La Ceja, el más bello y poético valle de Antioquia; a Sonsón, donde el poeta se casó y vivió los más felices años de su vida, porque en aquel otro vallecico todo respira felicidad, y a mi tierra toda donde se adora la santa trinidad gregorina—«¡salve frisoles, mazamorra, arepa!»—que en este día honra con altares dignos de su afecto a su genial poeta.

Bogotá, mayo de 1926.

EL DOCTOR JOSE MARIA ROJAS GARRIDO Y LA CUESTIÓN RELIGIOSA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

(Conferencia leída por su autor, en el teatro Colón de Bogotá, la noche del 6 de setiembre de 1924, a beneficio de los presos del Panóptico.)

«Yo no vengo a hablar de los
muertos en el cementerio mudo;
vengo a hablar de los inmortales en presencia de los vivos.»
C. A. ECHEVERRI

Señoras y Señores:

ROJAS GARRIDO llena con su nombre sonoro los ámbitos de la República. Orador cual no ha tenido otro ninguno la fecunda Colombia, magistrado integérrimo, profesor incansable de las buenas ideas, periodista de combate y propaganda, legislador y signatario de las mejores conquistas de nuestro derecho público, cualquier guiñapo de su obra luminosa (que pronto se publicará completa), bastaría para la gloria de todos los pigmeos que han escupido latinajos y monsergas sobre su tumba silenciosa, de medio siglo acá.

Como suelen vesperales arreboles posar sobre nuestras rugosas montañas su corona de vívidos colores,

así plugo a la divina Poesía coronar aquella cabeza —donde hervía el pensamiento como lava y rebramaba el huracán de la elocuencia en ondas comprimidas de razones — coronar aquella cabeza, que no encaneció apenas antes de inclinarse para entrar en la bóveda, con los nimbos y resplandores de la Rima, el Número, el Acento y la Cadencia, como si la divina hija de Apolo hubiese querido darnos a los sobrevivientes de aquel Maestro, único en el decir y el conmovedor y convencer, un trasunto lejano, reconocible, empero, de lo que fué la majestad del Castellano en boca de ROJAS GARRIDO. Majestad y dulzura de la lengua materna que no volvieron a escucharse más, y que tal vez se perciben, como tenues vibraciones de un órgano tocado por el ángel de la Patria, si en la callada noche y con atento oído detenemos el paso bajo los sauces y cipreses del Parque de los Mártires, donde tremola el pabellón nacional desgarrado en 1816, y reproducimos en el alma el escenario de 1872, cuando resonaron allí aquellas estrofas inmortales que desgranó el grande orador y poeta ante el pueblo conmovido:

«Hoy es veinte de julio: en él confluyen
De limpia luz sesenta y dos auroras,
Es la fecha inmortal que el pueblo inscribe
En el gran calendario de sus glorias!

«Los ecos del martirio no enmudecen
Ni del dolor el manantial se agota
En esta plaza... ¡huerto memorable
De suspiros y lágrimas y sombras!

«Todo aquí lo renueva el sentimiento
Despertando tristísimas memorias:
En el suelo, las huellas del cadalso;
En los sauces, las brisas gemidoras!...»

... ...

Al igual de Littré y otros grandes espíritus, ROJAS GARRIDO solía descansar de las fatigas cerebrales en el regazo de la amable Poesía; pero jamás rimó sandeces ni puso en la urna métrica sentimientos bajos. La campana no puede soltar sus alaridos sino desde la eminencia de las torres, ni zumba el aquilón entre rastreras ortigas, mas descuajando los cedros y los robles. ROJAS rimaba ideas; ideas que se enlazan unas a otras en sus estrofas como eslabones de un razonamiento robusto, y engarzaba consonantes como se retuercen al caer a la Pelton las burbujas de un torrente desbocado... ¡Noble y fiero paladín del pensamiento libre, las alas de Pegaso batían su frente con vientos que corrían por esferas henchidas de truenos y relámpagos! ¡Genio brotado de las entrañas del pueblo, al pie del Huila y de las cerrazones de donde surge el Magdalena, tenía la grandeza de lo innominado, era como un Dios aborigen, un Andaquí gigante, emergiendo a las más altas cumbres de la Filosofía moderna de entre los vahos misteriosos y prehistóricos de aquellas ruinas ciclópeas que duermen siglos infinitos bajo las frondas de las selvas donde ROJAS se empapó en los primeros efluvios de su pensar profundo!...

La Cuestión religiosa y La Biblia de la India, que publicaremos en la parte poética de sus obras, *La Grandeza de Dios, En el Cementerio* y otras varias de sus composiciones métricas, le acreditan poeta, en la elevada acepción del vocablo. Si no siempre la rima es feliz; si tal cual prosaísmo empaña la fluidez de sus estrofas, en cambio, ¡cuánta abundancia de conceptos! ¡cuánta valentía en las imágenes! ¡qué novedad en el razonamiento didáctico y filosófico!

La cuestión religiosa es la cuestión madre de la cuestión política en todos los países llamados latinos, porque en toda cuestión política va envuelta una definición teológica y estos países han sufrido por largos siglos la servidumbre del dogma y el yugo sacerdotal, que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

han hecho de sus Gobiernos otras tantas teocracias disfrazadas de Repúblicas, particularmente en esta América y muy especialmente en Colombia, la nación más obstinadamente fanática de este continente, puesto que es país de montañas, donde la renovación de las ideas es casi imposible. La verdadera línea profunda de demarcación entre los diferentes partidos que se disputan la dirección de las sociedades en estas latitudes, no es, en definitiva, sino la llamada *cuestión religiosa* : esto es, el sentido en que se resuelvan, a medida que se van planteando en el orden político y social, los diversos problemas que la organización y el ejercicio del Gobierno impone, para dar la paz, la seguridad, la justicia y la libertad, en la ascensión constante del progreso, a los pueblos gobernados. Como desde antes de nacer estas Repúblicas, desde la conquista por lo menos, se les impuso la religión católica a fuego y sangre, con la hoguera, la marca y la picota; cuando a estos indios y a los españoles que se quedaron con ellos y los independizaron de España, de la España peninsular, se les vino a hablar de libertad, de derechos del hombre y del ciudadano, se sorprendieron tanto quizá como sus antepasados cuando vieron el humo de los arcabuces y sintieron la bala mortífera despedazar sus carnes. Consultaron entonces su Catecismo, para ver si allí se decía cosa alguna semejante, y como resultara una disparidad enorme entre lo uno y lo otro, entre el principio de libertad y el de obediencia pasiva o principio religioso, casi todos esos bravos sujetos que habían hecho la independencia, si no se arrepintieron, como Dios cuando hizo al hombre, según el dogma creacionista de la leyenda mosaica, sí se echaron para atrás y se acogieron al dogma contra el principio, a la Iglesia contra el Gobierno, a la noche contra el día, a la definición impuesta contra la verdad hallada tras largo investigar de la razón.

Entre los defensores del libre examen, de la sobe-

ranía del pueblo contra el derecho divino de quienquiera que se lo proclame, aparecieron en todo tiempo espíritus generosos, almas de selección, que han pugnado por asentar las bases del orden social en la sola verdad científica, fuera, lejos, muy lejos de la dogmática religiosa, que ata la mente de los pueblos a concepciones de la vida y su destino decididamente incompatibles con el ejercicio de derechos que son vehículo y garantía de la felicidad en el solo mundo conocido. Todos esos espíritus tropezaron en su afán de levantar el nivel moral e intelectual del pueblo, con el enorme peñasco de la Iglesia, su liturgia, sus ritos, todo su derecho canónico y su dogmática implacable en su inmovilidad, atravesado en su camino. Dígalo el *Syllabus* de Pío IX, uno de los últimos conflictos entre la religión y la ciencia, sumario de proposiciones anatematizadas y que no son otra cosa que los fundamentos inconmovibles del derecho público moderno, con la soberanía del pueblo como base y la representación por el sufragio universal como medio. El Gobierno de Dios sobre sus criaturas, basado en la revelación de un orden sobrenatural, contra el cual la voluntad de los hombres es pecaminosa e impotente y ejercido por la Iglesia docente, militante e imperante, cuya cabeza visible es infalible y cuya legislación y cuerpo de jurisprudencia todo lo arropan, de la intención al acto, de la mente a la voluntad, del perdón al último suplicio, de la cuna al sepulcro; ese Gobierno, llamado espiritual por antífrasis, pues es más corporal que un cilicio, impide y coarta el ejercicio del Gobierno civil en la medida que los tiempos y las condiciones especiales de cada país se lo permiten y se lo reclaman. La lucha ha sido tenaz y encarnizada de parte y parte, y continúa todavía con variantes y alternativas locales, pero en ola universal, porque el hombre es el mismo en todas partes y su anhelo de inmortalidad es incurable.

De aquí los diversos aspectos de esa lucha secu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

lar, comparable apenas a la del mar con sus orillas: siempre el eterno rumor, el oleaje tragador, la resistencia de la roca dura, el desmoronarse de los bancos de arena inconsistentes. De la unidad absoluta de la fe católica, amurallada tras la Inquisición y la servilidad rapante del Poder civil, se obtuvo, primero, la abolición de aquel Tribunal de horrores, pero se reservó el reconocimiento e imposición de una sola fe, de un solo culto, con exclusión completa de otro cualquiera. Se toleró después otra religión, que no fuese la oficial protectora y protegida; se dió, en fin, la libertad de cultos y aun se separaron las organizaciones religiosas del Estado, es decir, que éste no tuvo otra función relacionada con las creencias ultraterrenas, que la de asegurarles a los diversos credos y cultos igual libertad en su ejercicio, dentro de la Moral universal y el orden público; dejando, por ende, a las gentes que creyeran y se salvasen como a bien lo tuvieran y lo entendieran. Los asuntos de conciencia, de fe en un más allá, no se compadecen ni se compaginan con las prosaicas funciones del Gobierno civil...

Asunto, pues, de tanta monta, ha debido preocupar en todo tiempo a los filósofos y a los hombres de Estado. Desde que hubo historia auténtica encontramos a la religión dando guerra: aquí mata a Sócrates, allá quema las bibliotecas, allende dicta los decretos de Constantino contra el paganismo y en pro del cristianismo (de donde copió Núñez los suyos para restaurar el predominio de la Iglesia sobre el Estado en Colombia); en todas partes da qué hacer, ni duerme ni deja dormir. ¿Qué mucho, pues, que hombre tan considerable en la política y las letras colombianas, como lo fué el doctor ROJAS GARRIDO, se atreviera con denuedo a estudiar concienzudamente el fenómeno de la creencia, su organización en religiones positivas o cuerpos de funcionarismo cultual, y más que todo, el cristianismo y su derivación sincrético-pagana el catolicismo?

Como puede verse en la obra de los hermanos Cuervo, *Vida de D. Rufino Cuervo*, que contiene un acervo de documentos preciosísimos sobre las primeras dificultades de la República con Roma, el Gobierno liberal del Presidente Santander reclamó y obtuvo al fin con energía, para la República, las regalías o concesiones que para el Poder civil habían reclamado, obtenido e impuesto muchas veces los Reyes de España a la Sede pontificia. Mucho debió de costarle al Santo Padre el aflojar para la imperceptible chusma de insurrectos que desbarataron el bello acomodo de la Colonia, esas preeminencias y garantías que los poderosísimos amos de todas las Españas habían logrado para sí *y para sus sucesores*. Pero ello es que se obtuvieron y que las consagró solemnemente la ley de Patronato, que los ilustres próceres de la Gran Colombia expidieron en 1824, y que consagraba la supremacía del Estado sobre la Iglesia, su protegida, manteniendo al clero secular y regular bajo el dominio del Poder civil, ya por las penas imponibles a los que se propasaran en el ejercicio de sus funciones, cuanto al respeto debido a la República, a sus leyes y autoridades; ya por los halagos y recompensas para los buenos servidores, obsequiándoles con mitras, prebendas y canonjías, así como con el disfrute de todos los derechos políticos, particularmente el de ser elegidos, que tantos y tan liberales legisladores dió a la patria.

La ceguedad y novelería de los radicales acabó con aquel régimen ideal, de paz, sumisión y contento clericales: desde que se declaró la separación de la Iglesia y el Estado, se decretó la guerra sin cuartel de aquélla a éste y la supremacía de la primera sobre el segundo, por ley ineludible de estática social en naciones donde el poder civil apenas ensaya sus primeros vagidos y la Iglesia cantó ya toda la gama de sus himnos de triunfo y de orgullosa dominación. No sabemos a punto fijo si el doctor ROJAS asistió al Con-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

greso de 1853, en que se perpetró aquel insigne disparate. Creemos que no; porque el Secretario y factótum del General Mosquera en la guerra y revolución de 1860-63, no era de la escuela ilusa golgótica: era un liberal autoritario de la escuela esclarecida de Santander, a quien no podían ocultársele los peligros de un duelo a muerte, con armas iguales en apariencia, entre el incipiente poder civil, heredero de la Colonia (sin beneficio de inventario), y la Santa Madre Iglesia con beneficios en todo. Ello es que siete años más tarde estalló la guerra susodicha, con estos o los otros pretextos, pero en el fondo por motivos teológicos de rencores y choques entre los dos poderes. Le oímos alguna vez al doctor Galindo explicar, en la Cámara de Representantes, su participación en aquel alzamiento. «—Cuando comenzaron los conservadores, con el Presidente Ospina, a quemar libros aquí mismo en las calles de Bogotá, comprendí que era un deber imperativo lanzarnos a la guerra civil como el último remedio!...»

Triunfante esa revolución, en vez de restablecer lisa y llanamente la admirable ley de Patronato, que en Venezuela es la máxima garantía de la libertad de todas las conciencias, se dictaron decretos de tuición o defensa, se desterraron malamente algunos obispos y prelados beneméritos, y se dió el gran paso, ese sí, de extinguir los conventos y demás comunidades religiosas, vendiendo sus bienes en pública subasta, otorgando a cada religioso o religiosa una pensión vitalicia correspondiente a su edad y otras condiciones, y se declaró, con la abolición de los censos y toda vinculación de la propiedad raíz, la trasmisibilidad de todos los bienes, acabando con las manos muertas y dando extraordinario impulso a la riqueza del país. El doctor Rafael Núñez, Secretario de Mosquera a la sazón, anunció al pueblo colombiano todas estas medidas e hizo de ellas hermoso panegírico en memorable Circular, pues este farsante iscariote, como el caballo de Iriarte, se ingeniaba para servir al amo fuera el que fuera.

Como respondiendo al movimiento de libertad que estremecía al mundo por entonces, desde mediados del siglo, que fué llamado de las luces, el muy distinguido Papa Pío IX, que había comenzado su reinado pontifical virando la nave del Pescador hacia corrientes de un prometedor liberalismo, reviró luego hacia remansos de una reacción arrolladora, la cual culminó con la declaratoria del dogma de la Infalibilidad, que, junto con el Syllabus, la Iglesia lanzaba a la faz de los filósofos y los pueblos, en el ápice de su soberbia dominadora.

Este catálogo de proposiciones reprobadas, a que todo católico sincero tiene de ofrendar su adhesión y sacrificarle su creencia, sugirió al doctor ROJAS GARRIDO un estudio lacónico, pero perfectamente fundado, que él intituló *El que es católico no puede ser republicano*, en que hizo resaltar la antítesis irreductible a que las condenaciones papales llevaron esos dos términos—republicano y católico—con que se ufanan por lo menos todos los latino-americanos. Si los principios fundamentales del Gobierno representativo son herejías que merecen anatema, ningún católico puede creer en ellos, practicarlos y defenderlos, sin ponerse en contradicción con lo declarado y abominado por el Pontífece; y siendo éste infalible en lo que declare tocante a la fe, los fundamentos de la República, del Gobierno fundado por nuestros padres tras cruentos sacrificios, son una mentira flagrante y pecaminosa; luego, si se persiste en sostener esos principios como normas de buen orden político, se pone el católico fuera de la Iglesia y de su amparo; y si se reniega de tales verdades reprobadas, se pone el buen republicano fuera de la República; quedando en ambos casos demostrada la proposición del doctor ROJAS, con la misma evidencia que el axioma deslumbrante: el todo es igual a la suma de sus partes!

Esta tesis del filósofo colombiano fué sostenida, veinte años después, en Francia, por el célebre Paul Bert, de combativa e ilustre memoria. Y los escritores conservadores de Colombia, ante la evidencia de razón que encierra, la retorcieron para su uso y en busca de clientela ignara y sumisa, así: *El que es liberal no puede ser católico*; como si el que sea liberal necesita de nada más para estar fuera de la Iglesia, siendo así que el liberalismo en las ideas se asimiló a secta nefanda y se condenó aparte, en proposición especial. El hecho es que ni liberales ni conservadores hacen caso maldito del Syllabus, cuyas baladronadas contra el pensamiento libre y el progreso se han quedado escritas y arrumbadas entre las pasmarotadas con que aun los más claros talentos suelen asombrar a los que les servimos de público paciente. En nosotros los indoamericanos debía ser mayor el menosprecio por ese audaz ataque a nuestras convicciones políticas, siendo cierto, como lo es, que la condenación de la forma republicana por que se sacrificaron nuestros Próceres, se hizo expresamente para nosotros, considerándonos como salvajes dignos de eso y más, según se lo respondió el Cardenal inglés Newman a Gladstone, cuando éste se asombraba de que el Papado se atreviese a anatematizar los principios fundamentales de los Gobiernos libres modernos, principios que informan no solamente el régimen republicano, mas el régimen de las monarquías constitucionales, de donde desapareció como una sombra macbethiana el famoso derecho divino de los Reyes, que parecía defender Su Santidad.

Sea de ello lo que fuere, en aquella lucha que se perpetúa, entre los dos principios ya asentados, libre examen u obediencia pasiva, el doctor ROJAS GARRIDO se esforzó, como ninguno otro en Colombia y quizá en la América toda, por despertar el espíritu público y apercibirlo al combate con armas nuevas y de temple toledano. No sólo cantó magníficamente *La*

Cuestión religiosa, de que ya vamos a ocuparnos especialmente, sino que cantó también su bello poema *La Biblia de la India*, cuyo cuarteto final resume su entero pensamiento:

«Si son los Vedas libros muy antiguos,
Y el cristianismo afirman que es moderno,
Crisna otra vez en Nazareth encarna,
O son copiados estos Evangelios.»

Pero la obra maestra del doctor ROJAS es su *Teoría de los Milagros*, de que nos ocuparemos después y en que culminó su genio filosófico y crítico, cuando aún no había crítica verdadera en estas materias, que eran inabordable *tabú* para todos los espíritus, más o menos esclavizados a la tradición y al supuesto conjunto de verdades reveladas... Nadie como ROJAS va al fondo de las cosas y escalpela, por así decirlo, la medusina cabeza de las cariátides o ideas estáticas en que se asienta el andamiaje de la servidumbre intelectual con que nos oprimen y explotan las religiones positivas... y las negativas también, como que toda creencia en algo no demostrado por los medios de prueba humanos, comunes y corrientes, de certidumbre y verosimilitud científicas y desinteresadas, lleva al imbecilismo indefectiblemente, ya esa creencia haga parte de un credo que compartan con nosotros otros imbéciles, formando secta; ya la suframos nosotros solos, como ciertas enfermedades reservadas.

En *La Cuestión religiosa*, empero, el análisis del Maestro, cantando al parecer las excelencias del cristianismo, va a lo más profundo de los problemas que sugiere toda religión. Notad cómo plantea su ancha tesis perturbadora desde su inextricable origen en la conciencia humana. Ved cómo desciende de la existencia de Dios—aceptada como un postulado de la Lógica—anillo primario que la ley de causalidad impone a nuestro espíritu para poder explicarse luego los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Área de Fondo Documental

fenómenos secundarios del Universo que llamamos leyes de la Materia, en acción o en potencia, energía o fuerza, actividad y movimiento, calor, luz y vida; el infinito espacio, la eternidad sin límites; el impenetrable sello de lo inconocible rasgándose a cada golpe de la piqueta científica, localizando cada orden de fenómenos en ramas de esa Ciencia general, que pulveriza y avienta, en el silencio de sus laboratorios, los errores y falsos supuestos de la Metafísica, los dogmas de las Religiones, las mentiras de la Charlatanería explotadora, los sueños del inocente Idealismo, y aun las esperanzas quiméricas de los que creen en el misterio de las cosas, porque su «dulce ignorancia» los hace irresponsables del absurdo en que se mecen y de los males que causan con su cándida ilusión...

ROJAS GARRIDO enseñaba Lógica, la ciencia del pensamiento expresado con palabras; el arte de razonar y discernir, evitando el error y conformándonos con la verdad. Como una necesidad del raciocinio admitía «la causa primaria», razón de ser de todo cuanto existe; subordinándola, eso sí, al concepto científico, tan exacta cuanto inconmoviblemente formulado por Laplace, a saber: «Debemos considerar el estado presente del Universo como *el efecto* de su estado anterior; y como *la causa* del estado que ha de seguir». Pero no enseñaba, no, que esa causa genitriz fuese personal, fuese distinta del Universo mismo y sus leyes, de que el hombre es un átomo que siente y que habla, que comunica y recibe impresiones, que investiga, lucha y forcejea en el planeta Tierra por mejorar su condición, física, moral e intelectualmente, en persecución del único fin radioso que ilumina su noche de miserias: ¡la Felicidad!

De este anhelo dominador (decía el doctor ROJAS) surgen todas las actividades humanas; lo mismo el crimen, simple error de cálculo, tanto más reprobable cuantas mayores sanciones tutelares viole el bandido al perpetrarlo, que la santa virtud del ce-

nobita o la férvida caridad de un Vicente de Paúl. De ese dominador anhelo inextinguible surgen las religiones positivas, organizaciones más o menos complicadas y temibles, que explotan y reglamentan, al por mayor y al menudeo, eso inasible, impalpable y sutil, que se llama *el sentimiento religioso*, la perdurabilidad; el deseo de seguir sintiendo agradablemente aun después de la desintegración total molecular de nuestra física persona, o sea, después de la muerte, sin más circunlocuciones (1).

Puesto que vine a la vida (dice el hombre) con

---

(1) Lo mismo dicen los filósofos contemporáneos, entre otros Charles Guignebert, Profesor en la Sorbona, que se expresa así en su obra reciente «*El Cristianismo antiguo*»:

«Por consecuencia de una evolución del *sentimiento religioso*, de que no podemos aquí sino dejar constancia, porque su explicación, aun en la escasa medida que ella es posible, nos apartaría demasiado de nuestro objeto, este mito de la muerte y resurrección del Dios, dejó de presentarse como una historia dramática y conmovedora solamente; por lo común, se le hace pasar como la expresión visible del gran misterio del destino humano. El hombre en la tierra parece sometido a condiciones de ordinario tan miserables; y, en todo caso, su existencia, aun siendo feliz, parece tan frágil y corta, según la opinión común, que le cuesta trabajo creer que su sér esté limitado, cuanto a la duración, a las solas apariencias que caen bajo sus sentidos. Se ha imaginado, por tanto, para el tiempo ilimitado que sigue a su muerte corporal, una otra vida, bienaventurada y sin fin, de que su alma ha de gozar, es decir, de que ha de gozar lo que en él escape a la materia. Pero esa vida bienaventurada, el hombre es incapaz de merecerla, según se piensa, por sus solas fuerzas; se cree que necesita, para alcanzarla, de un intercesor, de un mediador divino. Este papel, precisamente, se le ha encargado al Dios que muere y resucita... El destino del divino Salvador (pues este es el atributo que reviste el Dios que muere y resucita), ese destino del divino Salvador, es, a la vez, el prototipo y la garantía del destino del creyente. Un autor cristiano del siglo IV, Fírmucus Maternus (*De errore profan. relig.*, 22, 1), nos describe una ceremonia nocturna del culto de uno de esos Dioses de la salvación: los asistentes lloran, aterrados por la incertidumbre de la suerte que los aguarda en la eternidad, o el porvenir sin fin; y un clérigo, poniéndose frente a cada uno de ellos, les hace en el pecho una santa unción, murmurándoles lentamente las palabras sacramentales: «*Tened confianza, pues-*

este anhelo oculto en mis entrañas, como el grano de trigo que conservan los siglos en las tumbas faraónicas, y esta vida es tan corta que apenas si da espacio para saborear breves instantes el néctar que el Dios de la existencia escancia en nuestras copas con mano avara; si todo cuanto me rodea parece ordenado y predispuesto (no hay tal) por una mano providente que quisiera cuidar de mí con paternal solicitud (menos que tal); si la grandeza y sublimidad de todo esto que veo es tamaña cosa para mi pequeñez (puerilidad); si yo soy hijo de mis padres y mis padres de mis abuelos, hasta un Adán primitivo, blanco o negro, indio o malayo; si de las peñas sale el agua, el agua forma el arroyo, el arroyo se hace río y el río se pierde en el mar, es claro como la luz que hay un Creador de todo esto, un Creador de cada cosa, quizá mil Creadores a la vez, que me crearon a mí con predilección singular, a quienes debo estar eternamente agradecido por la fineza, rindiéndoles culto, no sólo en mi corazón y con las buenas obras del hombre honrado, sino un culto y adoración externos lo más rimbombantes que me sea posible, pues la cosa no es para menos y este primer invento es tantasmuelas. Y si hay un Creador de todo esto y de cada quisque, que me creó a mí también, por un modo especial en alfarería, puedo deducir yo que tantas consideraciones no se derrocharon conmigo para abandonarme en seguida como a negro cimarrón en monte obscuro, mas para seguir conservando entre los dos, Creador y criado, cordiales y minuciosas relaciones, que hagan esta vida soportable y preparen el holgorio para la futura; luego hay, tiene que haber, un VINCULO que nos ligue (aunque parezca desproporcionadamente pretensiosa mi afirmación); y ese vínculo, sagrado, además, como

to que el Dios se ha salvado. Vosotros también tendréis la salvación al cabo de vuestras miserias». (Capítulo IV. *El medio paulino; Los dioses salvadores del Oriente helénico, Mithra, Osíris, Tamuz, Adonis, etc).*

el del matrimonio, es la santa Religión de mis mayores: *vinculum cum Divinitate, vinculorum inbecilitate...* Así, en latín macarrónico, para mayor claridad, como decía el pedante de *La Comedia nueva*, don Hermógenes.

Pero un vínculo que no tuviera otra razón de ser que la gratitud, y que no durara sino por esta corta vida terrenal, mundana y caduca, sería un vínculo bien pobre, casi un vínculo mendigo. Como el hombre, a pesar de su origen divino y demás gangas que a su creación fueron anexas, tuvo desde un principio Libre Albedrío, cual ganga matriz de las otras, y se probó desde el Paraíso (adelantemos las cuestiones) que con todo y su origen y prebendas, es inclinado al mal, esto es, proclive que dice el Diccionario, ya se puede calcular por cuánto tiempo le hubiese persistido en la mollera aquella idea de la gratitud. Sin duda que por ninguno o por uno muy escaso; porque cierto analizador de las pasiones dijo, y es aplicable retrospectivamente, que «la ingratitud es la independencia del corazón». Y es probado también que el hombre antes de ser ingrato fué independiente; o, mejor dicho, por lo de independiente se hizo ingrato, como lo establece en autos aquello de la manzana y la serpiente y la fruta prohibida.

Para que durara, pues, el *vinculo vinculorum* hubo de echarse mano a un recurso de alzada para la Corte de las mil y quinientas; quiero decir, que el hombre, de suyo inventivo y travieso, dió en seguida cima gloriosa al descubrimiento del «alma inmortal», que como descubrimiento productivo y trastornador del *estatu quo* deja en pañales a los de Fulton, Stephenson, Edison y Mongolfier. Bien entendido, y así lo reza la historia, que transcurrieron muchos siglos, tal vez evos, del uno al otro invento. Por siglos de siglos estuvo el hombre, ya salido de las cavernas, ya dejadas en las cuevas de los peñascos el hacha de sílice y la aljaba de tiraderas (véase el Diccionario); viviendo ya en

UNIVERSIDAD EAFIT

palacios ante los cuales los de ahora son tambos y mediaguas; sabiendo ya leer y escribir; cantando con Homero, moralizando con Confucio, adorando al Sol entre caldeos y persas; bueyes, ranas y cebollas entre los egipcios; ídolos y moharrachos en todas partes, como representación de la Divinidad creada creadora, sin haber logrado dar en el hito, sin haber logrado inventar el alma y su inmortalidad, que pagara tributos, cargase las andas y hasta se matara debajo de ellas, realizando así bellamente, por tan feliz invento, la cuestión crucial del vínculo vinculorum.

Humanidad pagana, gentilidad diabólica, llamamos los sabios modernos, los que estamos ya bien atollados en el secreto, a esos pueblos bárbaros que se inmovilizaron en el primer invento, que se quedaron, como quien dice, en el viejo mundo de Moloc, Brama, Zoroastro, Zeus, Júpiter y compañía, con sus Lares y Penates y demás Dioses caseros, infelices en su ignorancia de los misterios profundos del alma inmortal, pero alegres, reidores, joviales y valientes, descarados y atrevidos con sus enemigos, amables y melosos con sus damas, como unos Ovidios y Propercios. ¡Qué atraso el de esos manzámpulas!

Antes de dar en el hito, antes de arrebatar al cielo el segundo y más consolador de sus secretos, conviene rememorar que el primer secreto o invento de que atrás se hizo mención, sufrió un perfeccionamiento, digno de Marconi, en manos y pies del venerando pueblo judío, que con modestia loable se llamó por ello, y por otras prendas de vestir que lo adornan, el pueblo Escogido!... La cosa fué que a éstos sujetos, no muy fuertes en Aritmética, les sentaba mal, les cargaba la multiplicidad de Dioses que usaban para su gasto los poderosos pueblos sus vecinos; y, sin duda, por llevarles la contraria, y para hacerles ver que ellos, aunque míseros y rotos, eran capaces de las más arduas empresas, se pusieron a cavilar y se dieron a sostener, abandonando viejas mañas paganas y adelgazando la madeja, que no había sino *una* Causa primaria, a quien llamaron Jehová, cuyos atributos, excelencias y virtudes se espaciaron en propalar a todo lo largo de unos grandes libros que apelaron Antiguo Testamento. Tal vez fueron otros los que apelaron esos libros así, pero ello no daña a la narración.

Empecinados en su famosa Unidad, que dejaba cogitabundos y recelosos a los paganos y gentiles, quienes se terciaban un Dios en cada bolsillo; empecinados en su mirífica Unidad aquellos pobres judíos, aherrojados, además, por sus vecinos idólatras y pluralistas, se pusieron a cantar salmos y cantares, profesías y jaculatorias, que recitaban en coro, entre cárceles y destierros, entre palizas y persecuciones. Pero con todo y su algarabía no dieron (lo atestigua Gibbon que los leyó), en ninguno de sus libros, en ninguna de sus cántigas, en parte ninguna, con el segundo invento salvador, queremos decir, con el alma inmortal! ¡Nada! Que se quedaron creyendo a pie juntillas, como todos sus contemporáneos, en que:

«La vida es la vida; cuando ella se acaba
Se acaba con ella también el placer.
De inciertos pesares ¿por qué hacerla esclava?
¡Para mí no hay nunca mañana ni ayer!...» (1)

---

(1) «Era de esperarse naturalmente que un principio tan esencial a la religión (la inmortalidad del alma), hubiera sido revelado en los más claros términos al pueblo escogido de Palestina, y que se le hubiera confiado con toda seguridad a la raza sacerdotal de Aarón. Pero, aquí nos toca adorar los decretos misteriosos de la Providencia, al ver que la doctrina de la inmortalidad del alma fué omitida en la ley mosaica. Oscuramente la anunciaron los profetas, y durante el largo período que trascurrió entre la esclavitud bajo los Faraones y la cautividad de Babilonia, las esperanzas y los temores de los Judíos permanecieron circunscritos al círculo estrecho de esta vida perecedera. Después que Ciro permitió a la nación desterrada volver a la tierra prometida, y que Esdras restableció los antiguos monu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Pero si esos filósofos y prestamistas no esperaban eternizarse en el poder, haciéndose inmortales después de muertos, esperaban sí, con ahinco, un cierto Mesías, un Capitán famoso, que más hoy, más mañana, los libertara de sus verdugos y los encaramara a la dominación absoluta de todo el Universo mundo, restableciendo el Reino de Israel... En estas esperanzas seudo proféticas se iban volviendo viejos los adoradores del Becerro de oro y la becerra de plata, cuando bajo la púrpura del tirano Tiberio, segundo Emperador de Roma, tercero si se cuenta de Julio César (hay que ser exactos), se apareció por las tierras de Judea un hombrecillo de poco más o menos, pero manso, dulce, bueno y luminoso, que predicaba algunas doctrinas sospechosas y un tanto cuanto revolucionarias, pues aunque decía que venía a cumplir

---

mentos de la religión, dos sectas célebres, los Saduceos y los Fariseos, fueron apareciendo en Jerusalén. Los primeros, que formaban la clase más opulenta y la más distinguida del Estado, se aferraban rigurosamente al sentido literal de la ley de Moisés, y rechazaban piadosamente la inmortalidad del alma, opinión que no había sido consignada en el libro divino que ellos reverenciaban como la sola regla de su fé. Los Fariseos, que a la autoridad de la Escritura agregaban la de la Tradición, comprendiendo bajo este nombre varios dogmas especulativos sacados de las fllosofías y de las religiones orientales, aceptaban otros artículos en su credo, como las doctrinas del destino o la predestinación, la de los ángeles y espíritus, y la de un estado futuro de recompensas y castigos. Como estos Fariseos, por la austeridad de sus costumbres, habían atraído a su bando al vulgo todo de la nación judía, la inmortalidad del alma vino a ser la opinión dominante en la Sinagoga, bajo el reinado de los príncipes y pontífices asmoneos. El humor de los judíos no era para contentarse con una aquiescencia fría y desmayada, que hubiera bastado a un politeista. Desde que admitieron la idea de una vida futura, la abrazaron con el celo que siempre los caracterizó. Bien que este celo nada agregase a la evidencia ni a la probabilidad de tal doctrina. Fué necesario que este dogma de la inmortalidad, dictado por la naturaleza, aprobado por la razón, y que la superstición había adoptado, recibiese de la autoridad y el ejemplo de Jesucristo la sanción de una verdad divina... (Ed. Gibbon, *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, Capítulo XV, págs. 279 y 280, edición del Panteón Literario, 1839).

la ley, parecía menospreciarla; aunque agregaba que debía darse a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, ello es que también decía que no había venido a meter paz, sino espada, a poner las luces sobre el celemín y a burlarse de los escribas y fariseos, los sacerdotes, ricos y nobles de su tiempo... Si bien no había Inquisición entonces, sí había juicio y penas por opiniones (como ahora), y las de este revolucionario merecieron el honor de ser puestas y llevadas ante los Tribunales. Instruído el sumario, se comprobaron los hechos, que eran delitos conforme a las leyes judaicas; pero como estos circuncisos no tenían poder para aplicar penas por su cuenta, sin permiso del Procurador romano de la Provincia (que en eso había venido a parar el fantasmagórico Reino de Israel), porque los descendientes de Abraham habían sido conquistados y agregados a Roma por el General Pompeyo, tuvieron que ocurrir a Pilatos (muy célebre después de esto), para que fallara él y les entregara o les quitara el reo. Este Pilatos, que era un linfático y no tenía muy pronunciada la bosa de la justicia, entregó el reo a los sacerdotes y se lavó las manos de su sangre, como que era a muerte la sentencia. Otros dicen que se lavó las manos en señal de que no había entendido jota de la causa, por ser él pagano, adorador de muchos y muy benévolos Dioses, poco dado a la Metafísica y lector asiduo de Cicerón, libro *De la Adivinación*, allá donde dice que nunca se encontraron solos dos augures o clérigos, que no se rieran a carcajadas de sus propias patrañas y de la credulidad asnal de sus feligreses...

Cumplida la sentencia, no se volvió a hablar del asunto entre la gente encopetada de Jerusalem, capital desmantelada de la Judea. Pero entre el pueblo, entre los humildes y creyentes—la espesa broza humana—siguió murmurándose por lo bajo (y entre el corrículo de papanatas y lazzaroni que lo habían seguido en sus andanzas y escuchádole sus promesas),

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

entre otras filfas, que aquel ajusticiado era el Mesías Prometido, que habría salvado, a no dudarlo, a la pretensiosa nacionzuela judía de la dominación romana, si lo hubieran dejado acabar su cosa comenzada. Estaban como los liberales de ahora esos pobres diablos, y parece que desde entonces se hizo famosa entre ellos la frase contemporánea de que: *los godos no dejan*!...

Y aconteció que, pocos años después de aquel asesinato judicial, hubo en la Provincia las de Dios es Cristo. Pensando siempre en su redención material y entronizamiento positivo, pues lo espiritual les dejaba sin cuidado, los señorones judíos, olvidados de su alma que no tenían, daban y cavaban a más y mejor por obtener su independencia y gobernarse a sí mismos, ni más ni menos que los polacos hogaño. Muerto Tiberio, que era un jaque de toda cuenta, le sucedió en el mando del colosal Imperio el loco de Calígula, quien hizo Cónsul a su caballo y otras mil fechorías, que comenzaron a desquiciar el estupendo edificio. Sucedió a ese loco un literato avaro, esposo de Mesalina, bonachón y calzonazos, llamado Claudio. Este les vendió, por dinero al contado, a los señores judíos, que no dormían en sus propósitos libertarios, el derecho de volver a levantar las murallas de Jerusalem, arrasadas hasta los cimientos, años atrás, por el General Pompeyo. Ya bien apertrechados y fortalecidos, aprovechando la guerra civil que a poco estalló en Roma, se pronunciaron como cualquier Zumalacárregui los que esperaban el Mesías, confiando más en su dinero, sus fortificaciones y soldados, que en los sueños catalépticos de sus tan nulos profetas. ¡Mal año para su noble intento! Roma les envió sus Legiones, y tras heroicos esfuerzos de parte y parte, la ciudad fué tomada y puesta a saco, muertos sus valientes defensores, sembrada de sal el área de la población, y dispersados, «como gorriones que el gañán sorprende», los que luego dieron lugar al poema eroto-picaresco de San Pablo (la Epístola a los Romanos, sobre la circuncisión), esto es, el pueblo de Israel, judíos, semitas, hebreos, que de todos esos modos se les llama, y que desparramados por todo el Imperio, formaron una como Internacional número primero, que penetraba por todas partes, arriba y abajo, entre nobles y plebeyos, entre esclavos y entre libres, cual lo atestiguan Varrón y Estrabón, que no nos dejarán mentir.

Ya antes de la siembra de sal en la metrópoli judaica y de la total dispersión de aquella raza, en el siglo corrido desde «el escándalo de la Cruz», como dice el mismo Pablo (1), hasta la ruina de Jerusalem, las doctrinas morales y religiosas del sacrificado Visionario se habían esparcido de boca en boca por varias comarcas del Imperio, y aun habían aparecido en Roma misma, como que el Emperador Nerón, sucesor de Claudio, hizo en los sectarios de ellas un brutal escarmiento, con ocasión del incendio de la ciudad, que les atribuyó el muy tuno. Este éxodo de judíos de baja posición llegó a su colmo por el forzado destierro que les impuso el General Tito (el de la siembra de sal); y, por consiguiente, las ideas que esa gente llevaba en la cabeza viajaron con ellos a todas las Provincias romanas, esparciendo también, junto con el naciente cristianismo, el inmundo *foetor judaicus* (*fetidez judaica*), que apesta y emponzoña por dondequiera nuestra moderna civilización.

Por supuesto que los judíos ricos e ilustrados tomaron aquel percance como un resultado natural de su vencimiento en la lucha armada, y siguieron esperando su Mesías y dando plata a premio como si tal cosa; pero los otros, los del gajo de abajo, creyeron lo que su Mesías de ellos, ya venido, les había dicho cuando, dirigiéndose a las madres jerosolimitanas, exclamaba, según los cronistas: «¡Ay! de vosotras en

(1) Gálatas, 5, 11.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

aquellos días», como prediciéndoles próximas catástrofes; y volviéndoles definitivamente las espaldas a las ruinas de su antigua ciudad, a su templo único y a su raza cavilosa, dieron por cumplidas las arengas de sus profetas y se desparpajaron entre los gentiles, menos reacios que sus barbudos escribas, y se pusieron a predicar y a fundar una nueva religión.

Con aquel insuceso de armas, que puso fin a la creencia arraigada de que el Mesías había de ser un Gran Capitán que restablecería el Reino material de Israel, y con lo consoladoras que aparecían las enseñanzas de perdón, resignación y esperanza que había predicado el Ungido, con la igualdad y el comunismo de contera, se fueron formando las comunidades cristianas, les fueron saliendo apóstoles, no les faltaron los mártires y aun les sobraron vírgenes y confesores. Se fueron escribiendo historias de la vida, pasión y muerte del filósofo Nazareno, como quien dice su Testamento, nueva Ley y Alianza; se fueron recogiendo sus palabras y hechos, según San Mateo, según San Marcos, según San Lucas y según San Juan, con más los Evangelios apócrifos, fraguados en Alejandría, y que también han prestado sus servicios a la causa... Por de contado que apareció el nuevo sacerdocio con la nueva secta, y todo se fué reglamentando y ordenando simétricamente, hasta constituir, con el sentimiento religioso o sentimiento de la perdurabilidad por base, y con las doctrinas hermosas del Amigo de los menesterosos y humildes, el Hijo del Hombre, una armazón completa, que se llamó la Iglesia o reunión de todos los fieles a la Teología por ella representada. Esta Iglesia, después de una copiosa labor de concilios y propaganda, definió el dogma del Alma Inmortal, junto con otros de menor cuantía, y gracias a las ayudas de Grecia y Egipto; cerrando y sellando con siete sellos el vínculo de alianza que debe unir al hombre con su Divino Hacedor...

Hay que abreviar, señoras y señores: En las evoluciones seculares del cristianismo, en las etapas de su formación, importa anotar aquella por la cuál pasó, con la conversión del Emperador Constantino, de perseguido y oposicionista a perseguidor y ministerial; y aquella otra por la que, de iguales que eran sus Obispos, el de Roma vino a ser superior a todos y a llamarse con ufanía Vicediós, Vicario de Cristo en la Tierra, Jefe de una religión universal (católica), en que el primitivo y auténtico cristianismo no se reconoce ni por semejas...

En *La Cuestión religiosa* pasa en revista ROJAS, estas diversas fases de la creencia gordiana que a nosotros nos tocó en suerte. El vínculo que unía a los indios americanos con el Sol y sus mohanes, lo rompieron a sablazos y a candeladas los fanáticos españoles que nos conquistaron, y de redondo pusieron la América toda a los pies de Roma y su Vicario, como el filón más cuajado de oro y plata y piedras preciosas que engruesa el dinero de San Pedro, esta espumadera de los siglos que dijo el filósofo y calculador Roberto Robert, Roma vencedora y soberana en los siglos caliginosos de la Edad Media, sufría, al tiempo de descubrirse este Continente, la grande herida mortal de la Reforma protestante, que sacó de su aprisca a más de la mitad de las ovejas civilizadas. Pero España, la pobre España, siguió siendo el campeón de la unidad de la Fe, es decir, de la intangibilidad del vínculo. Sólo que mientras más se afanaba en mantener intactos los alambres de ese cable, más se le perforaba su unidad política y más se abatía su poderío material, hasta el punto de que ya, no sólo el sol sino la luna y aun los aeroplanos, se le ponen en sus dominios.

En las mismas andamos nosotros, como dignos herederos de Felipe II y Torquemada. Conservamos el *vinculo vinculorum* que es un gusto; pero se nos va el territorio, nos come la miseria y nos amenaza la disolución o dispersión judaica. Mientras miramos para arriba, al vacío cóncavo, nos esculcan los bolsillos por

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

debajo y nos atan las manos con eternas cadenas de servidumbre. Sobre nuestra ineptitud, haraganería, ignorancia y fanatismo se nos vendrán encima los hombres rubios de la reforma luterana, con su libre examen, su plena libertad de conciencia, de palabra y pluma, su libertad de la prensa, su libertad de testar, su disolubilidad del matrimonio, su matrimonio de los clérigos, el sufragio y supremacía de la mujer y la supresión de alcabalas o gravámenes al libre traspaso de la propiedad raíz, así como también su incontrastable fuerza bruta (hija de su fuerza moral, que radica en su individualismo prepotento), y se llevarán por delante cuanto encuentren... si persistimos nosotros en pagar por mantener el vínculo intacto tanto o más que por sostener nuestro modesto Gobierno civil, que nos dé seguridad, que cuide las fronteras, abra escuelas laicas de ciencias experimentales, haga caminos y nos administre justicia.

A ROJAS GARRIDO le parecía una indigna resurrección del paganismo esto de la materialización del sentimiento religioso en un otro Gobierno, poderoso y absorbente, que oprime como una tuerca y que no deja respiro de la cuna al sepulcro. Creemos que erraba el Maestro, porque el paganismo era tolerante y sus sacerdotes, si se reían cuando se encontraban juntos dos o más y a solas, no tramaban revoluciones, no concitaban el odio entre hermanos, no insultaban a la razón humana, ni escarnecían los principios fundamentales de la República.

El Maestro, empero, rectificó este concepto en su estruendoso estudio geométrico *El que es Católico no puede ser Republicano*, que tanto dió que decir en aquella época lejana. También puede considerarse como una rectificación de conceptos contenidos en la poesía de que hablamos, aquella disertación acerada que él intituló *La Teoría de los milagros*, en la cual, adelantándose a Littré y a Renán, demuestra que el milagro no puede producirse, por ser contrario a las leyes de la naturaleza y al mismo poder del Dios que las estableció como inmutables, ni jamás se ha producido ninguno en condiciones de verosimilitud, ni hay posibilidad de que se haya probado o pueda probarse uno solo siquera de los que se explotan como tales por el charlatanismo sacerdotal.

Estas solas dos tesis, tan brillantemente sostenidas por ROJAS, hace más de medio siglo, le colocan entre los precursores de la verdadera ciencia moderna, entre los colombianos que más hayan podido contribuir al desarrollo de las buenas ideas—las que forman ciudadanos, y no ilotas y esclavos—en el seno de la Patria.

El terremoto moral de 1885 (previsto por ROJAS cuando decía: «Señores liberales unidos: antes que permitir el triunfo de los conservadores, que no quede piedra sobre piedra en el suelo de la Patria»); ese terremoto moral, en que la traición política fué la cama disoluta de la apostasía filosófica, arrumbó las ideas y los nombres gloriosos de Colombia, como arrumbó cuanto había de digno y de eminente. En este eclipse pavoroso a todos nos envolvió la sombra: la memoria misma de las cosas se borró en el cerebro nacional, y los grandes hombres que tuvimos se miran por ahí, en los retratos que conserva uno que otro devoto, como fantasmas acusadores de nuestra letal indiferencia.

Hoy, que vemos publicado el de este Titán, merced al favor que la prensa y el grabado disfrutan ahora, perseguidos hasta ayer como malhechores de la peor especie, recordamos también que fué ROJAS GARRIDO el orador sin segundo que arrancó al Congreso, en 1851, la ley sabia que declaró *la absoluta libertad de la Palabra y de la Prensa*, conquista imperecedera de su genio clarividente, que podrá ser maldecida y anulada por el obscurantismo, el cohecho, el peculado, la prevaricación y la simonía, en contubernio de ignominia, pero que será siempre la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Documentos

suprema defensa de las libertades públicas, la valla insalvable para la concusión y el latrocinio de los Gobiernos místicos, y la gloria inmarcesible de su primer promulgador en Colombia y en el mundo entero. Matad esta libertad y el mundo quedaría paralizado en su progreso, como le sucedió a Colombia por haberla matado inicuamente... (1).

Voy a concluir, señoras y señores:

Benévolo y afable como el que más, el doctor ROJAS GARRIDO no tuvo nunca en sus labios un concepto amargo ni aun para sus mayores enemigos. Desde su cátedra de Legislación y de Lógica contemplaba el sentimiento religioso como un fenómeno de psicología primitiva, un bacilo trasmisible por contagio y por herencia, y a las religiones positivas como grandes acaecimientos histórico-sociales, obra lenta y artificiosa del hombre mismo en su afán de inmortalidad, que él reputaba en todo caso respetables, y sin-

(1) Son tantos los títulos de ROJAS GARRIDO a la gratitud de sus conciudadanos y a la admiración de la posteridad, que se olvida como cosa de poco momento su intervención elocuente y decisiva en la liberación de los esclavos y abolición de tal iniquidad en la República. Fué él, en efecto, quien presentó al Congreso y sacó triunfante, el proyecto de ley sobre esta materia que manchaba las instituciones y cuya desaparición es uno de los mejores timbres de la Administración del Gral. José Hilario López. «No poca parte de gloria le corresponde (a D. Justo Arosemena) por todo eso más tarde en la cristalización de la Ley de 21 de Mayo de 1851, sobre libertad de los esclavos, presentada en proyecto, en Bogotá, por los diputados JOSÉ MARÍA ROJAS GARRIDO y Carlos Martínez, treinta años después de puesta en ejecución la ley del Congreso Constituyente de Cúcuta que declaró libres los partos de las esclavas y abolido el tráfico de los negros. Todo el espíritu nobilísimo de aquel acto de justicia palpita en su primer artículo, que dice:

»Desde el 1.° de Enero del 1852, serán libres todos los esclavos que existan en el territorio de la República; en consecuencia, desde aquella fecha gozarán de los mismos derechos y tendrán las mismas obligaciones que la Constitución y las leyes garantizan e imponen a los demás granadinos.» (Octavio Méndez Pereira. *Justo Arosemena*, página 35 y vuelta).

ceramente las respetaba. De allí su predilección por la doctrina del Cristo judaico, que él cantara cual «la eterna hoguera, encendida por Dios en la ribera del piélago en que va la humanidad»; lo que no le impidió, también como una rectificación necesaria, cantar luego su *Biblia de la India*, cuyo silogismo final hace parpadear a la fe más encancerada. Bien entendido que él excluía de esas creencias, o narraciones para tullidos de la cabeza y entendederas, todo aquello que presupone en ellas la aceptación de lo que llaman los embaucadores «orden sobrenatural» o «revelación», pues con prestar el mínimo asenso a tales postulados, ya se crea un desorden manifiesto contra las leyes del Universo, que se imponen al espíritu como la fuerza de gravedad a todo cuanto existe... (1).

(1) «No se ha demostrado que la transformación de los seres se haga por la selección, dice el Dr. G. Le Bon; y es probable que los caracteres específicos se adquieran de otro modo que no por pequeñas acumulaciones hereditarias, pero todo esto importa poco. El mundo aborrascado por Darwin, aborrascado se quedó. La posibilidad del transformismo por medios naturales ha quedado establecida; la teoría de las creaciones sucesivas de los seres fué destruída para siempre, y el pensamiento de los sabios ha evolucionado profundamente.»—El triunfo del darwinismo marca la liberación del espíritu humano de las cadenas de la Teología. Por consiguiente, es él uno de los más importantes acontecimientos de la historia de nuestra especie. Lo sobrenatural, desalojado sucesivamente de todas las ciencias físicas, había hallado su último refugio (que se tenía por inexpugnable), en los dominios de la biología y de la psicología. No era posible, se nos decía, explicar los fenómenos de la vida y del pensamiento, sino por la existencia en la naturaleza de un principio consciente tendiente hacia un fin determinado. Por la vida y el pensamiento se probaba la existencia de Dios y la verdad de la filosofía dualista (cuerpo y alma). La teoría darwiniana atierró todo este edificio, construído tan pacientemente durante siglos. Puesto que las especies se transforman por medios *naturales*, el milagro quedó inutilizado e inutilizable, tanto en los dominios de la biología como en los de la psicología. La naturaleza entró así en una grandiosa y magnífica unidad. El orden inmutable reemplazó en el universo los caprichos de la Divinidad. El hombre levantó la cabeza. Se sintió, ahora sí, el señor del mundo. Vió que infinitos horizontes se abrían delante de sus ojos, y que ninguna autori-

UNIVERSIDAD EAFIT

Discutiendo alguna vez la pena de muerte, que el doctor ROJAS hizo abolir en Colombia por la primera vez, cierto Senador de la derecha le gritó interrumpiéndole: «—Y qué es la vida, doctor ROJAS?— «¡Eso que vosotros quitáis en el cadalso!» respondió el orador.

Si hoy viviera y alguien le preguntara: «—¿Qué es la civilización?»—«Eso que vosotros estabáis matando en Colombia, durante veinticinco años de mutismo, descrédito, persecuciones y enseñanzas detestables», contestaría el grande hombre que se durmió en la muerte cuando ya declinaba el sol en nuestro ocaso...

¡¡Que despierte y resurja mañana en sus obras inmortales!!

HE DICHO.

---

dad podía ya detenerlo en sus conquistas. Habiéndonos traído el darwinismo la liberación definitiva del espíritu humano, ya se puede comprender con qué entusiasmo fué acogido por los pensadores imbuidos en verdaderas tendencias científicas, por todos aquellos que se habían emancipado de las tradiciones caducas, de las rutinas antiguas y de la ignorancia del pasado bárbaro. «La aparición de «El origen de las especies», en 1859, dice H. Lichtemberger, dió el golpe de gracia a la tesis espiritualista». (J. Novicow, *Crítica del darwinismo social*).

PRÓLOGO PARA LAS POESIAS DE JUAN JOSE BOTERO

Si el viajero que llega a Medellín por la vía férrea da, al entrar en la ciudad, media vuelta a la izquierda, le queda al propio frente la cuesta de Santa Elena, por donde serpentea el camino que conduce a Rionegro y que antes era la ruta de entrada y salida de la Provincia, ya se continuara el viaje por Nare e Islitas, ya se siguiera por Sonsón y Victoria, ya, en fin, se enderezara al Sur por Salamina y Manizales.

El Alto de Santa Elena, al remate de esa cuesta, es célebre en toda Antioquia, porque de allí se divisa Medellín y su valle encantador, y porque de allí han cantado esa belleza casi todos nuestros poetas y lanzado sus suspiros más de un moro enamorado, al dejar en aquel jardín reverdecido las Zulemas y Zaidas que prendieron en su pecho la espina puntiaguda del amor.

De ese Alto consagrado se avanza hacia Oriente por en medio de arrayanes, mortiños, carrizales y sietecueros, flor de mayo que allá no decimos, y al trecho de dos leguas o poco más, se deja contemplar el valle risueño donde son Rionegro, La Ceja y Marinilla. Se dijera un balcón o mirador de Medellín, donde el sol es más suave, las brisas menos tibias, y tan perfumado y grato el ambiente de su río como el del padre Aburrá.

Tal planicie deleitosa, en medio de las breñas antioqueñas, fué escogida para asentar el pie

Toda!

y descansar de la continuada fatiga, por los conquistodores y colonos que acompañaron a Robledo y Belalcázar o les siguieron los pasos en la maraña de selvas que a tal Edén los endilgaran. De allí el que Rionegro y La Mirinilla sean de las ciudades menos modernas de Antioquia, de las pocas allí de regio blasón, anteriores a la República, donde quedaron arraigadas más familias españolas, de limpia sangre azul, morigeradas costumbres, levantado espíritu de empresa y abnegado patriotismo. De allí son los Córdobas y Jaramillos, los Alzates y los Gómez, los Arbeláez y los Montoyas, los Sáenz y Lorenzanas, los Uribes y Vallejos, los Duques y los Jiménez, los Bernales y Londoños, los Mejías y los Ramírez, los Hoyos y Salazares, los Garcías y los Boteros, y una decena más de apellidos ilustres, con que tiene de tropezar a cada paso quien lea de las guerras, de la diplomacia, de las ciencias y las artes, de los hechos y efemérides que han tachonado de estrellas el cielo de nuestra historia. Ese pequeño valle—en que se comprende también la límpida y graciosa villa de El Retiro, como arrinconado y perdido en las cumbres de los Andes centrales, ha sido cepa fecunda de media nación quizá; de tal suerte, que si el toque de llamada que dieran los abuelos muertos a su progenie viva fuera oído y acatado en toda la haz de Colombia, no cabrían de pies en aquel otro Josafat los que contestaran a lista y dejarían despobladas muchas comarcas de la República. El clima benigno y las trojes siempre repletas, espantan de allí a la muerte, y la alegría del vivir palpita en esos ribazos del Pereira y colinas del Tablazo. Nido de águilas de garra potente, como Córdoba, ha sido también, y naturalmente, nido de aves canoras como Gutiérrez González, Federico Jaramillo Córdoba, Juan Cancio Tobón, Ricardo Campuzano, Fidel Cano y Juan José Botero, a quienes ahora recordamos entre los más notorios.

Si como cantó el Tasso,

«La tierra blanda, alegre y deleitosa,
gentes a ella semejantes cría,»

esta que ahora llaman ley del medio en que se nace y se vive, ha influído sin duda para que en una comarca tan dulce y bella como la en que se asentó Rionegro, hayan abundado los poetas, las mujeres hermosas y las gentes amables y corteses. Corazones abiertos, inteligencias vivaces, manos dadivosas, pies andariegos que han recorrido todos los ámbitos de la patria y que en todas partes se distinguen por ese aire de nobleza nativa que se hereda y no se hurta. Vástagos dignos de sus progenitores castellanos, que conservaron intactas las virtudes aportadas del lar antiguo donde la lealtad y la honradez tuvieron cuna. Gentes de ese valle acompañaron a Córdoba en sus campañas victoriosas y le cerraron los ojos en la noche del Santuario. Y como la lucha última del héroe fué contra la dictadura de Bolívar, y como en el año de 1840 volvieron a batallar con Salvador Córdoba contra el Gobierno conservador de Márquez, y como en 49 fueron lopistas democráticos, ya recibieron entonces con santa unción el bautismo de liberales, que lo habían sido a pie firme «desde el tiempo de los Córdobas.» Y por todos esos títulos juntos, cuando Mosquera derrocó el régimen conservador en 1860-63, Rionegro fué escogida para que la Gran Convención Nacional celebrara allí sus sesiones y expidiera la Constitución que lleva el nombre de la ciudad donde se la firmó y sancionó. Este hecho histórico, y la distinción de sus hijos, le conservan a Rionegro una aureola de gloria y fama que el tiempo y las mudanzas no han borrado ni borrarán jamás, porque los sones de las liras despertarán siempre más duradero aplauso que los sones de las morrocotas y los dólares y los sones del clarín y los cañones, y porque el grupo de poetas rionegreros, con Gutiérrez González a la cabeza, forman para el valle que los vió nacer, y donde el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

aire mismo está impregando de sus melodías, una barrera insalvable para el decaimiento y el olvido.

El arado moderno y los abonos atinadamente aplicados, le conservarán a esa tierra y le acrecerán su fertilidad antigua, para que siga repletando las trojes; y las escuelas y colegios con que a porfía se ufanan las cuatro ciudades prenombradas, les mantendrán abierto el camino al progreso moral e intelectual, que les conservará, enaltecido, su puesto entre las mejores de Antioquia la docente, la incansable, la creciente, la incontenible.

En Rionegro, en paseos inolvidables a San Antonio de Pereira, a La Marinilla, al monumento de Córdoba, a la casa de la Convención, a los baños del río, con Juan Cancio, con Ramón Correa, (el ya famoso historiógrafo), con Manuel García Ortiz, (el cronista viviente y archivero insigne de la Villa), con alguno de los Uribes Ruiz, angulosos y secos, pero fuertes en la bondad y la cultura, con el cojo Ricardo Campuzano, tranqueando como el diablillo de Vélez de Guevara, zurrón de anécdotas y cuentos cantarranos (nombre familiar de los rionegreros), con Carlos Arbelaez, obsequioso y buen camarada, con el cojo Tobón, factótum para servir y gruñir, con Apolinar Cálad, retireño retirado, tunante de fondo claro y apariencia mística, con Orteguita y Chorem, viajante al valle del Cauca y conversador gracioso cuando por un milagro apagaba el cigarro, con Salvador Ossa, juez recto y profundo, y con otros cuantos amigos y compañeros de romería y parranda, conocimos y tratamos y amamos y admiramos a Juan José Botero, causa y razón de estos mal pergeñados renglones y de estas reminiscencias candorosas.

Juancho Botero, que hoy se presenta en este libro con mínima parte de su matalotaje literario, veredas del Parnaso arriba, es el más rionegrero de sus paisanos, el más inquieto de sus ingenios, el más afectuoso de los amigos y el más grato compañero en donde

quiera que uno esté. Su genio alegre se derrama en coplas, que improvisa con gran facilidad y que las canta en su guitarra gaditana con el puro dejo, entonación y mimo de los mejores cantores de la tierra de María Santísima. Su alegría comunicativa endulza todas las horas y convierte en holgorio todas las reuniones. Español verdadero, no necesita de los estímulos de José Anís para inspirarse y desleirse entre el verso y la chanzoneta, el agudo chiste y la inofensiva charla. Sin ser abstemio doctoral, jamás se ha visto dominado por el zumo de la caña ni la uva, como el santo patriarca que descubrió a los humanos la virtud oculta de esas levaduras espirituales. De la tertulia animada, del paseo campestre en que quizá muchos amigos anduvieron con la cabeza por el suelo, vuelve Botero a su casita solariega apenas sumbidillo de colores y más locuaz que de costumbre. Y vuelve al remo del trabajo, en el huerto casero, en el cafetal de tierra templada, y tal cual vez en la oficina pública, donde desempeñó algún empleo por ocasión y sin pedirlo. Y por supuesto, en donde quiera que esté y haga lo que hiciere, ni lo abandona el buen humor, ni lo desamparan la pluma y el tintero, obsequio de las Musas juguetonas y por vocación irresistible del poeta nacido, digo nato.

Juancho ha escrito prosa castiza y abundante, que queda en los periódicos de la tierra, desperdigada y volantona, como prueba de su devoción por las letras y la cultura, y de su adhesión constante a los principios liberales, aunque la política jamás envenenó su alma con las querellas y combates que provoca esa desenfrenada pasión de estos países volcánicos por dentro y por fuera. Entre esos escritos, recordamos algunos que publicamos en «El Estado», en 1881 ,y la «Autobiografía de Juan José Botero», que publicó él mismo, en 1896, y en la imprenta de Rionegro, de la cual copiamos con delicia:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

«En fin, nací en Rionegro, Departamento de Antioquia, República de Colombia, Continente americano, Globo terrestre, Universo Mundo.

»Me llamo Juancho.

»El tipo mío es muy común; pelo americano, es decir, sin curvas; reducidas poblaciones de barba que apenas alcanzan a caseríos; ojos pequeños: pestañas así, así; nariz torcida; buena boca; dientes de porcelana, con algo de caucho; frente ancha, y en la parte superior de la cara; orejón; dos manos y dos pies de regular tamaño, y una cabeza enorme. (De aquí el apodo de cabezorro, cuando pequeño).

»Siempre he vivido de buen humor; he sido de genio festivo o fiestero.

»Hoy cuento... años. Paréceme innecesario decir cuántos...

»Fuimos quince hermanos, y esto sí lo cuento, porque si todo hijo de vecino cumple años, no todo matrimonio da a la Patria quince hijos bien conformados; ni toda madre ni todo padre crían a esos hijos con tanto esmero y delicadeza, con tantos cuidados como nos criaron mis benditos padres, que, por ello, y por otras muchas acciones meritorias, Dios me los tenga acomodados en un rinconcito del cielo...

»Desde temprano fuí cachaco; el niño calzado de la casa. ¡Qué de recortes usé de mi abuelo, de aquellas inmensamente largas levitas y anchos pantalones de tapabalazo, puro paño de San Fernando!...

»En casa éramos muy aficionados a la música, y al canto, y al baile, y bailábamos y cantábamos y musiqueábamos, bien o mal, como unos locos.

»Cuando por la noche se recibían visitas, corría el que esto dice, a endomingarse, y aquella era lucida segura bailando el «Taita Ñangungo», bunde traído de la montaña — donde levantamos — junto con otros, pero que éste era el mejor, y yo el chusco para ejecutarlo.

»Se bailaba así:

»Un hombre salía primero, con paso de bunde y al compás de la guitarra, dando vueltas por la sala, cantando varias veces este verso:

«Taita Ñangungo,
estaba ñungueando,
Ñungué, mi señora,
por vidita suya.

»Y el canto lo acompañaba, de cierto meneíto de hombros... (la ñungueadita), dirigiéndose a la dama que debía salir a reemplazarlo, ñungueando también, es decir, moviendo los hombros.

«Las mujeres por lo regular, se lucían en ese baile, sin duda por lo hombreras que son, quiero decir, porque mueven con facilidad los hombros. En ese meneito tenía yo la gracia por lo picaresco y célebre del modo como lo hacia.

«Sabido es que estos solos de baile no son para personas desgarbadas...

»Fuí muy mal estudiante, como puedo comprobarlo con testigos, condiscípulos, personas de buen crédito, en quienes no concurre ninguna causal de impedimento.

»Tapadísimo para aprender una lección, desentendido y juguetón... hasta la quinta abrazadera.

»Dios le pague a mi respetado maestro, el probo señor don Lino de J. Acevedo, las azotainas que me propinó, que algo me enderezó con ello, pues si sigo como levanté, quizá hubiera ido de caballero andante a «parar los husos» a la costa de algún país asiático o africano.

»¿Estudio para mí? ¡Qué estudio ni qué pan caliente! De escuela: trompos, cometas, corozos, perinolas, el turro, la pared, casitas, pares y nones, la copa...

»De colegio: las huídas, correrías al campo con Peto y los hijos de ño Polo, con escopetas y cerba-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

tanas (entonces bodoqueras), a tomar por asalto guayabales, chóclos de las rozas, matar perros y pájaros, y cuanto bicho hallábamos mal parado...

»Me fascina la pintura. He sido pintor, retratista. Al óleo retraté una docena de espaldares de taburetes: eso fué todo.

»Soy autor dramático y actor. Como lo último, tengo una particularidad en las tablas; me saludo mucho.

»Soy músico: mi instrumento favorito es la guitarra, pero rasgueadito, porque nunca he podido aprender a puntear.

«Compositor. He dado a luz canciones: (me parece que esta frase no puede herir susceptibilidades, y que peor sería decir: he alumbrado canciones).

»Las que he compuesto y canto, acompañando con la guitarra, son de aquellas de primera y segunda parte...

«Nunca he jugado por razón del dicho: «el que es afortunado en amores, es desgraciado en el juego».

»He ocupado muy altos puestos en las capitales de la República y de Antioquia. En Bogotá ocupé una pieza del tercer piso de un hotel, y en Medellín, ídem de ídem.

»He sido «guerrero», (pero sin ascensiones en globo), militar, así por los borditos, y, sin embargo, llegué a Coronel de la República. ¡Qué tal si peleo! ¡Habría sido necesario inventar grado para mí!

»Perorador en los veintes de julio, y en los tiempos en que se respetaba al público; que hoy no fuera gracia, cuando en nada se estima a tan notable señor y se le regala con sandeces y disparates.

»Van a verme como literato y versista. Soy literato antioqueño. ¡Puf! Traslado a mi tocayo Juan José Molina, que tuvo la candidez de presentarme al público como tal. Yo no me admiro que gentes así... así... lean y quizá gusten de mis «obras», de mis «producciones», como aquel «Canto a un tamal», o aquel

otro «A la nigua», o aquellos otros a unas muchachas morenitas que andan por ahí lavando ropa o jugueteando en el campo, en las purísimas patitas que Dios les dió, y de sombrero de caña con el ala a la pedrada; pero que caigan gentes avisadas como el Tocayo, ¡vaya si me admira!

»Bien dicen que todo mundo da tiro. Sin embargo... tal vez no escribo mal... Rubor me da, pero me afirmo en mi dicho, y ahí va la muestra. ¿Quién le ha dicho a la Nigua como yo?:

«Tan chiquita, tan pequeña,
tan invisible, tan nada;
es un átomo, es un punto,
de figura es ultraescasa;
pero corre como perro
y como conejo salta.
Y muerde como la víbora,
y arroyos de sangre saca.
No sabemos cuándo llega,
y se nos sube a las zancas,
pero de pronto sentimos
que corre y se nos agarra,
y se aferra del pellejo,
con su aguda trompa larga.»

»Terminaré, pues, no sin que, ya que me quiero biografiar o autobiografiar, diga para qué nací, lo que he sido y lo que actualmente soy:

»Labrador constante en los trabajos de la agricultura; adorador de la vida del campo, vida que casi siempre he llevado y que hoy llevo por estas regiones de «Playarica», riberas encantadoras del Nare, en la empresa de plantar un cafetal, con el nombre de «El Táchira», donde me tienen los que estas necedades lean, muy a sus órdenes.»

... ...

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Lo de autor dramático y actor, no lo dice Juancho por broma nada más. Calzó el coturno cuando quiso, y nos representó en los teatros de Antioquia dos dramas de alto numen, intitulados: «Margarita», calcado sobre un episodio de la guerra de la independencia, y «El Mártir del Santuario», estrenado en Rionegro durante la celebración del centenario de Córdoba. Como autor del género chico, que ahora se dice, ha representado, con su compañía de aficionados, los siguientes sainetes con toda la sal de Guaca: «Un duelo a taburete»; «Perfiles de parroquia»; «Nosce te ípsum»; «La boda de un francés», «Juana la contrabandista»; «Los cazadores de Guamito», etc., todos los cuales resistirían perfectamente la publicación, por la gracia y donosura con que están escritos, por lo bien manejado su enredo cómico, y porque pintan a lo vivo costumbres y vicios nacionales, de comprensión general y de oportuna corrección. «Juana la contrabandista», fué publicado en «La Miscelánea», de Medellín, en septiembre de 1913, donde puede leerse y compararse con los mejores sainetes de Ricardo de la Vega y demás altos ingenios de España, sin desmerecimiento para la obra del chusco rionegrero, bailador en sus mocedades del «Taita Ñangungo».

Véase la prueba. Todos sabemos del alcoholismo, del monopolio de la producción y expendio de licores, en Antioquia y en casi todo el país, y de la lucha de los celadores y autoridades contra los que producen y venden aguardientes, defraudando a los rematadores de la renta o al Estado si él mismo administra su monopolio. Hay que advertir, además, que Rionegro se cuenta entre las poblaciones donde la gente del pueblo matutea y contrabandea con más incansable tesón. Que nos diga la Juana sus razones:

«JUANA:

«Por más que dupliquen jueces,
y más resguardos que nombren;
por más que aumenten espías,
y más que mi casa ronden;
por más penas que me impongan
y me asedien y me acosen,
destilaré el aguardiente
de contrabando... Soy pobre,
y además de pobre, sola;
no tengo en mi casa un hombre
que me proteja y me ayude,
ni otra industria miro, donde
pueda con mis pobres brazos
ganar la vida... ¿Quién cose?
Oficios de costurera,
no dan hoy ni para broches.
¿Los bordados? nada valen;
¿Hacer ramitos de flores?
¿Para qué franjas y encajes?
¿Los bizcochos? No los comen...
Yo preparara encurtidos,
pastelitos y jamones.
Y ¿a quién los vendo, si hoy día
se acabaron los glotones?
Con perdón de los presentes:
se han vuelto todos los hombres,
o jugadores insignes,
o famosos bebedores...
¡No hay remedio! Especular
con el vicio; está en el orden
tal industria... ¿Los Gobiernos
no son especuladores
con ella? ¿No la protegen?
¿No forman rentas enormes?
¿No van en razón directa,
en medidas proporciones,

la riqueza del Erario
y el consumo de licores?
¡Vivan, pues, nuestros Gobiernos
que a tal industria se acogen!
¡Más borrachos, más delitos,
y en la caja más condores!...
Pero... bien dice el refrán,
y en esto yo estoy conforme:
tu enemigo, el de tu oficio...
No pueden ver que una pobre
destile... (se oye tocar). Tocan la puerta.
¡Si serán esos bribones!
Guardemos todo... Ya va!...
No da para desazones»...

Y siguen escenas de lo más graciosas entre la Juana, el asentista disfrazado que pretende sorprenderla, el Alcalde del pueblo que busca allí su trago, a las escondidas, más barato y de mejor calidad, y algún enamorado a quien los ojos de Juanilla le hacen ver las estrellas y que ronda por las calles con una serenata...

¡La serenata antioqueña! Gran cosa de verse y oírse. Los enamorados del pueblo, con músicos y cantores conocidos, de entre ellos mismos, o alquilados y a escote. Juan Francisco Ortiz, el conocido literato, describió en cuadro saladísimo. «Una serenata en Titiribí»; y con conocer ese modelo, o el de Cervantes en «La tía fingida», quedan conocidas todas las serenatas a la usanza antigua, las que llegaban a el alma, las que no se olvidarán...

Precisamente cuenta el mismo Botero, que en sus mocedades asistió a una serenata clásica, tal y como esa función podía ser más original y de más seguros resultados amatorios. Preguntándole nosotros al autor de «La boda de un francés» qué relaciones había cultivado con Gutiérrez González, nos contestó:

«Respecto a Gutiérrez González poco rifirrafe tuve

con él. ¡Le quedaba tan chiquito para entrar en contienda! Con él, sin embargo, algo me pasó que se lo refiero, más que todo para recordarlo como improvisador:

»Era en Sonsón. Hora, las 10 p. m. Reunidos en tertulia tiendera, estábamos varios, y entre esos varios el bardo de las tres G. G. G., Pepe Correa, mi paisano, y el que esto le cuenta.

»Ya nos retirábamos a dormir, cuando rodó la plática sobre el viaje para La Cantarrana, al siguiente día, de una rionegrera de belleza circasiana y de «sprit» francés—¡qué rancho!—por la cual todos sentíamos el amoroso cosquilleo.

«Alguno propuso le diéramos una serenata de despedida; aprobado por unanimidad.

»Otro dijo: Pero que sea con verso y música improvisados: todos de pie.

»Y allí, sobre el mostrador, escribió el cantor de Aures:

«ADIOS

(A Irene.)

«¡Oh! si el volverte a ver fuera tan dulce,
Como es triste y cruel decirte adiós!
Mas Dios no quiere que el placer se mida
En la misma medida del dolor.

«Adiós, pues, de tu amor guardo un recuerdo,
Mas si ese amor fué un sueño y nada más,
Yo no recibo en cambio de ese sueño,
La más encantadora realidad»...

«La música y el canto surgieron de la guitarra y del pecho del maestro Correa, como quien lee de corrido en claro escrito; y al cuarto de hora, al pie de la ventana de la viajera, se estrenó el «Adiós»..., tan

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sentido, que adentro se oía el gimotear de la cantarranita, y afuera el de todos nosotros...

»Nota. Esta Irene era una belleza inaccesible: vino el Tuso Gutiérrez a la Convención y... con ella cargó.

»Entiendo que G. G. G. volvió a encontrarse con ella en uno de esos bailes famosos que se dieron en Rionegro con ocasión de la excelsa Convención, y que fué entonces cuando, disgustado el poeta porque la tal Irene no quería bailar sino con el glorioso Tuso, desdeñando a los otros bailadores por pobres y feos, le dijo vengativo:

«Los años pasarán; pasará el Tuso,
Pasará el batallón de Bomboná,
Y esa mujer, caída ya en desuso,
Con Izquierdo y Brandao bailará.»

(«Otra nota: Brandao era un negro espantable, y no menos era esto el otro, a quien llamaban el Chato, tan chato como saladísimo. En uno de esos bailes danzaba el romo forastero con una señorita, tímida y ariscona, que a duras penas había consentido en dar unas vueltas con el señor Izquierdo. Como se apartasen un poco del núcleo de los bailadores, hacia un extremo del salón inmenso, la escurridiza doncella se paró y dijo al Chato:

«—¡Ay, tan solitos!

»—¡Y tan feítos!—contestó el tunante sugamoxano.»

«Con Epifanio Mejía tuve otro encontroncito», sigue diciendo Juancho.

«Fué en Medellín. Andaba este poeta en los preámbulos de su locura. Tenía en la plaza principal una tienda de mercancías (¡el genio vendiendo trapos!), y a ella entré a saludarlo, preguntándole si tenía algo nuevo escrito.

«—¡Como no!—me contestó—. Estoy metido en una composición de mucho aliento. Afortunadamente, hago este trabajo en compañía.

«—¿Y quién colabora?—le dije.

»—La señora mía.

»Creí que se refería a su esposa, y puse punto final al asunto.

»Al despedirme le acerqué una hoja de papel, suplicándole que me escribiese algo alusivo a nuestra entrevista, para llevarlo como un recuerdo suyo. Y al punto, con cierta agitación nerviosa, aquel sublime loco en cierne, escribió así:

«PARA JUANCHO BOTERO

»No vendo ni un centavo
»Y tengo una familia numerosa.
»Pues escribamos versos,
»Pueda ser que nos compren esa cosa.

»Esto mi musa y yo,
»Dijimos una tarde entre mi tienda;
»Y entre los dos estamos
»Casi, casi acabando una leyenda.»

«Entonces vine a saber cuál era la señora que colaboraba, pane lucrando, con el poeta inmortal que cantó «Asunta Mazzeti», «El novillo», y «La tórtola».

Los recuerdos de los poetas son sagrados para los pueblos que ellos han embellecido con sus cantos. Por eso insistimos en estos apuntes y no les damos de mano sin completarlos con la inserción de los versos que Juancho le hizo a Epifanio alguna vez, que dieron lugar a la contestación de éste en tres estrofitas que no hay un antioqueño legítimo que no se las sepa de memoria.

Volvamos a dejar que hable Juan José:

«Era Epifanio un niño, cándido e inofensivo aun en medio de su trastorno mental.

»Tenía muy cuerdas recordaciones en sus ratos de lucidez.

»Referiré un caso que afirma esto:

»Viviendo yo en Medellín, algunos domingos, en compañía de un amigo, íbamos al Manicomio a visitar al sublime loco. La bondadosa señora que dirigía aquel asilo nos lo confiaba para sacarlo de paseo al campo: paseos a los cuales nos acompañaba, por lo regular, al verboso Federico Jaramillo Córdoba, quizá más loco que el loco.

»En una de esas salidas, poniéndomele de frente a Epifanio, y así exabrupto, le recité unos versos que yo le había enviado hacía mucho tiempo. Epifanio, a medida que yo avanzaba en la recitación, se animaba, como despertando de un sueño; se fijaba en mí con una mirada extraña, nublándosele los ojos con lágrimas. Cuando terminé, él, emocionado y tembloroso, tomándome histéricamente de un brazo, me dijo sin titubear su contestación a aquellos versos.

»Voy a dejar aquí ambas piezas, no tanto por publicar mis estrofas, sino las del vate loco, que sin aquéllas serían incomprensibles las suyas:

«A EPIFANIO MEJIA

«¡Salve al trovador florido,
dulce cantor de mi Patria!
¡Salve al turpial armonioso
de nuestras verdes montañas!

Cuando de su lira de oro
se escuchan las voces gratas,
¡se olvidan tanto las penas,
siente tanto alivio el alma!

»Oír su lira es oír
de David la lira santa,

cuando a nombre de Israel,
su oración a Dios alzaba;

»Oír la voz del jilguero
que se oculta entre las ramas;
a la brisa cuando juega
con las hojas de las palmas;
»El delicado murmurio
de alguna fuente lejana,
en una noche de luna
de las noches de mi Patria.

»Es tan dulce como el beso
de la mujer que se ama;
dulce como son de dulces
los recuerdos de la infancia.

»Queréis saber cómo trina,
queréis saber cómo canta
el armonioso turpial
de nuestras verdes montañas?:

»Más allá de Manizales
me dicen que se levanta
sobre cordilleras verdes
una cordillera blanca;

»Que el sol la riega con oro,
la luna con oro y plata;
los viajeros antioqueños
me dicen que el Ruiz se llama.»

«Canora mirla que lleva
poemas en la garganta;
ruiseñor que alza su canto
sobre una montaña blanca.

»Cuando abre su pico de oro,
un idilio se le escapa

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

y en cada árbol que se posa
deja una tierna balada.

«¡Salve al trovador florido
dulce cantor de mi Patria!
¡salve al turpial armonioso
de nuestras verdes montañas!»

La contestación de Mejía es como sigue en toda su sencilla originalidad:

«¡Hombre, Juan José Botero,
hombre, caramba, caray!
casi me turpializaste
con tu modo de cantar.

«¡Hombre, caramba, caramba,
hombre, caramba, caray!
de tu enjaulado romance
por poco vuelo turpial.

«¡Cinco carambas, ¡Caramba!
siete carambas van ya...
¡Caramba, pues, sí, ¡Caramba!
¡No más carambas, caray!»

Y para dar fin a estos recuerdos personales, en que la figura del poeta se va delineando tal cual es y va apareciendo el medio ambiente en que se crió y formó su entidad literaria, no quiero privar a los lectores de este prólogo de otro retal de una de sus cartas, que dice así:

«Le envío mi autobiografía que aunque escrita charrísimamente y adornada con mal gusto, «cada uno es cada uno, y así me dió a luz mi madre». Y esto me sugiere otro cuento, que no puedo menos de espetarle aquí:

»Mi suegro, un bonísimo señor, construyó aquí en

Rionegro un soberbio edificio para coliseo donde poder representar mis obras y las ajenas, y se entretenía en pintarrajear en las paredes de él cuanto monicongo se le venía a la coca.

»Un día pintó un perro en el escenario, y quedó muy satisfecho de su obra. Lleno de fiero orgullo me enseñó la pintura para saber mi opinión...

»El perro aparecía acostado en una posición muy natural, y sin tacha cuanto a la cabeza y el tronco; pero las patas y manos no correspondían al cuerpo, por delgadas, pequeñas y deformes.

»El pintor aguardaba el voto del perito, y al exigírmelo, le dije:

«—Don José María: la cabeza y el cuerpo de su perro están admirablemente dibujados; pero los remos no concuerdan con lo demás: esas patas y manos son demasiado pequeñas»...

»El viejo patriarca se quedó de una pieza, desconcertado por la crítica, y me contestó amostazado:

»—Sepa, amigo, que así lo parió la perra.

»Tal puedo decirle a usted de mi autobiografía: mal escrita, pero ese soy yo.»

Y todavía lo mejor se me iba a quedar en el tintero. En una carta íntima me dice Juan José lo que copio en seguida, que lo pinta mejor que todo lo precedente:

«Tengo la pretensión de creer que usted sí me comprende; que sabe usted que vivo muy lejos de todo lo moderno; que lo que escribo, lo siento, lo he vivido, lo oigo, lo veo a diario; viene conmigo envuelto en este medio ambiente que me rodea desde que tengo uso de razón: de aquel lejano tiempo de mi muchachez, en la montaña agreste, creciendo al lado de mis abuelos, viejos patriarcas, San Isidros; en íntimo consorcio con aquellos negrazos esclavos de la casa, de los cuales yo envidiaba la musculatura y la fuerza, tratando de imitarlos, de calabozo en mano, echando rastrojo al suelo, a tajo voleado y volteado;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

comiendo con ellos, a todo sol, las sabosas comidas que nos llevaba al corte la negra Tomasa, en ollas humeantes todavía y tapadas con hojas de achira, comidas que terminábamos con una totuma de espesa leche, vaciada de amarillos calabazos, acompañado este néctar con una arepa de choclo, por otro nombre panoja, o acompañada con la notoria y notable mazamorra de grano entero. Y a volver por la tarde a la casa de la hacienda, de calabozo al hombro, a recibir las felicitaciones de los abuelos, y la golosina guardada por la compasiva abuelita; y luego, al rosario con ellos, ofrecido insconscientemente y dormido por mi taitica. Después, ellos a la cama, y nosotros a la cocina, a oír los cuentos espeluznantes de ño Vicente, rodeando el fogón y en el suelo; a trovar con ño Anselmo, acompañados del «cuatrico» habilitado con cuerdas de cabuya; allí los bundes de «La Tarumba» y «El Riosevá», y a bailar la «Guabina» con las negritas de la casa, tembladoras y jadeantes de la pura vergüenza «al niño»...

»Usted me comprenderá, querido amigo, porque usted también se ocupó desde niño en faenas del campo, como que usted nació y levantó en Concordia, casi entre el monte, habiendo sido fundado su pueblo por su propio abuelo y su padre, cuando ya Rionegro llevaba siglos de existencia. Usted también le oyó los cuentos al ño Vicente de su casa, comió en el corte de la olla tapada con hojas de achira, bailó «La Guabina» a la luz del fogón campesino, con las negritas de la casa, de montera y saya de pancho. Usted sabe de toda esta jerga antioqueña, que se va acabando al transformarse lentamente nuestra querida tierra, y los que van viniendo al nuevo escenario que les hemos preparado, con tanto amor como sostenida lucha, ya no nos comprenderán y quizá nos desdeñen por pasados, por insulsos y descoloridos. Porque usted me entiende, le mando mis versos y le pido que me los prologue, corte y raje en ellos; y los

publico para que esos jóvenes de las nuevas escuelas tengan términos comparativos, que realcen más sus méritos y les muestren las hondonadas lejanas de donde nosotros vinimos, demasiado viejos quizá a un mundo demasiado joven (al revés de cualquier Musset), donde «están vírgenes aún el helecho y la retama que brotaron sobre la sepultura del Nutabe y del Catío», como usted dijo alguna vez inolvidable, de esta su tierra antioqueña...»

Ahora sí nos parece que la figura del autor de este libro se nos presenta de cuerpo entero, tal cual es y ha sido, sin que se le pueda confundir con la de otro ninguno. Cuanto a que sólo nosotros la comprendamos, y con nosotros los viejos que «no nacieron con chaqueta», como decía G. G. G., tampoco es cierto el vaticinio. Todavía nuestro país guarda todo él su rustiquez nativa; todavía hay inmensas regiones en él, donde apenas empiezan a resonar el hacha y el calabozo apartando la selva virgen para plantar el rancho, soltar la gallina y el gorrín y hacer espacio de grama y trébol donde pazcan la vaca de leche, la incansable mula y el caballo mansorrón de ir a misa los domingos y días de fiesta. Todavía siguen naciendo y levantando patriarcas campesinos, que buscan en la madre tierra y sus labores, junto con la alegría del vivir sano y fuerte, la independencia que da la heredad cultivada por nuestras propias manos, y la riqueza segura que lleva en su seno el campo cercado para las generaciones que vendrán a continuar la gloria de un nombre limpio y a cuidar del surco mojado con sangre abuela, que tiñó las zarzas y corrió por las guijas del arroyo. En nuestras ciudades mismas, fuera de pequeños corrículos de advenedizos hechos a gustos extraños, formados en general por gentes sin abolengo ni otros vínculos con la tierra, sino es que ella los carga a más no poder, el gusto literario no se ha estragado, y todavía la poesía popular domina con sus naturales encantos por sobre el artificio de metri-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

ficaciones complicadas, rimas en torzal de filigrana y pensamientos obscuros, con pretensiones de elevados, que ni los que los forjan, pero mucho menos los que los leen, pueden descifrarlos para quedar en algo que valga un higo.

Hágase la prueba con los mejores maestros de la escuela decadente que llaman; y como se cambiara el metro que adoptaron y se suprimieran términos que forzadamente descoyuntan para que suenen en acepciones recónditas, maldita la gracia que sobra en el neogongorismo. Y por lo que se alcanza a divisar en los campos contemporáneos, el eclipse del sentido común va pasando y el guirigay «policromo» se calla ante el pensamiento límpido; ante la castiza y sencilla y tierna envoltura; ante la manera natural y correcta de expresarse todo el mundo, en que vive y reside la forma poética imperecedera. Eso estamos viendo en España con el amplio y clásico Ricardo León, con Cavestany, con Jiménez, con los Machados, con Vicente Medina, Bartrina y Becquer y, para atrás, con Espronceda, Zorrilla, Saavedra y el mismo Góngora, recordado siempre por sus romances moriscos, sus sonetos mordaces y envenenadas letrillas y sátiras, pero olvidado como el órgano de Móstoles en su «Polifemo» y en sus «Soledades».

Y porque creemos que lo propio, lo castizo, lo tierno y lo agradable, en poesía como en todo, está llamado a perdurar y a renacer cuando avalanchas de novelerías pasajeras pretenden matarlo, tenemos confianza en que este librito vivirá entre las joyas originales de nuestra literatura, como vivirán Gutiérrez González, Epifanio Mejía, y demás poetas nativos, que expresaron en sus cantos los sentimientos prístinos e imborrables del corazón, en una lengua y forma al alcance de todo el mundo, pero siempre poética.

Haremos notar apenas que en Juan José, al lado de un poeta jocoso, de gracia fina, que así «Quisiera

ser gato», como nos enseña a jugar «La Pizingaña», y nos hace viajar toda la sabrosísima «Historia de un bagaje», se encuentra el Trueba de las montañas antioqueñas, con sus seguidillas, romances y cantares, tan sentidos, hondos de intención poética y afectos comunicativos, que va a «El Lavadero de Agua Clara», y se compadece de «Carmen, la leñadora», requiebra a «Rosa», y compara al canto de los ángeles el de «Teresita Lema»... También juega del vocablo y usa de retruécanos como un buen alumno de su conterráneo don Francisco Mejía, Quevedo cantarrano, rionegrero de quien guardan las memorias epigramas y letrillas que se paran solos y chirrían en la cazuela como la manteca de cuaresma:

«La mujer que bien se quiere
Nunca quiere el bien querer;
Pues sin querer, quiere siempre
A quien no la quiere bien...
«Pensaba una vez, pensando
Que si piensas lo que pienso,
Deben andar mis pensares
Por allá en tu pensamiento.»

Del mismo tono burlón y reidor son «La Vejez» (después de leer «La Infancia», de Selgas), y varias otras, entre las cuales descuella «Mi última voluntad» (para cuando me muera de viejo)», que parece de Bretón o de Villergas, y que tiene al final un dejo que es mejor sentirlo que expresarlo:

«Cuando en mi helada
Decrepitud,
Que ya mis ojos
No tengan luz.

«Cuando a los niños
Sirva de Bu,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Siendo tan sólo
Seco pajuz.

»Cuando perdidos
Mi fortitud,
Calor y savia,
Estro y salud,

»La parca impía
Su ancha segur
Descargue airada
En mi testuz,

»Ordeno y mando:
—Tosco ataúd
Sin raso, seda,
Brocado o tul.

»Y en él, vistiendo
Negro capuz,
Quede encerrado
Sin aire y luz;

»Que al de los muertos
Lugar común
Al són me lleven
De aire andaluz.

»Que haciendo un hoyo
Bien hondo ¡pum!
Al hoyo baje
Sin tus ni mus.

»Que allí me dejen
En mi arcaduz,
Como quien guarda
Ropa en baúl.

»Luego me pisen
Muy bien, sí, muy,
Y alcen encima
Sencilla cruz,

»Sin oro, mármol
O adorno algún
Que amengue el signo
De mi Jesús.

»Y cuando todo
Concluya ¡puff!
Ni un pucherito
Fingido, ni un!

»Que vuelva riendo
La multitud
A sus hogares...
Y ¡mundo! ¡abur!»

El mismo tono elegíaco, tan ajeno al parecer al autor de los cantares y sainetes que han recho reír a toda Antioquia; el mismo tono elegíaco tiene en este librito sones que recuerdan a los grandes maestros del género. Dos ocasiones próceres dieron oportuna salida a las lágrimas del poeta: «El último beso», en los labios de su madre muerta y «A la memoria de mi hija Berenice». Se comprende perfectamente bien que aun el poeta más alegre y contento de la vida, tenga en ella sus tragos amargos y sus horas de aflicción y congoja desesperada. Y, naturalmente, no se extraña, antes se aplaude y justifica, el que en esas horas negras nos comunique sus pesares, nos participe sus tristezas y nos convide a compartir sus penas, consignadas para el público en tristes endechas que solemnizan y exaltan el dolor. Entonces y en tales poetas el llanto brota sin fingimiento de máscara, sin artificio farandulero, y en el lenguaje apropiado a la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

verdad del pesar que los abruma. Nada de toda esa morralla quejumbrosa con que jóvenes en la plenitud de la vida, con el vigor de un púgil y la salud de un tudesco, se nos vienen espantando al vecindario, contrahaciendo los vocablos, quebrando a palos los versos y presentando a la nación donde «cantan» como una leprosería maximizada, como un páramo de horrores donde la miseria cruje, el infierno tiene su parodia y los muy sabihondos vates de la desdicha, las calaveras, el cementerio, los gusanos, la podre comestible y demás barbaridades, son los «videntes» del desastre, augures del fin próximo y astros del cielo cárdeno que ya va a caerse sobre nuestras cabezas... mientras consiguen cinco duros para un sombrero, una peseta para cenar y alguna Maritornes espiritada para recitarle sus últimos paroxismos aconsonantados... Nada es bello sino lo verdadero, dijo un viejo maestro de sentido común...

Este libro es un retorno al simplismo de la vida colombiana, sin ribetes ni arrequives. En él se cita «La Manuela» de don Eugenio Díaz y aparecen muchachas, fuentes y flores en honrada profusión. Campos agrestes, cielos azules, y almas sin dobleces ni psicologías encalabrinadas. La coca de Juan José—como él llama su cabeza—no se descompone en circunvoluciones entretejidas, neuronas, materias grises ni demás filamentos electromagnéticos de donde ahora surge el pensamiento aborrascado de los superínfulas que intentan ser superhombres. Nada; la cabeza de Juancho—como la de un servidor de ustedes—es puro mote o mute (por el maíz esponjado al cocerlo), de donde no se rezuman sino las pobres potencias del alma del Padre Astete: memoria, entendimiento y voluntad, que se expresa por la lengua que Dios nos dió—con cierta diferencia respecto a la picaza y los loros—en proposiciones triviales de sujeto y atributo, formando oraciones más o menos hiladas, pero sin la obscuridad necesaria para que sorprendan y em-

bauquen a las niñas románticas y a los mozuelos que detestan la tierruca y prefirieran vivir en Siberia, o radicarse en París, pero manteniéndolos Colombia de sus pezones ubérrimos, o mediante envío de una renta producida por la vilipendiada patria que los vió nacer...

No viene Juancho a disputarle palmas a nadie, a solicitar una fama de que ya goza hace buenos años, ni a fundar escuela de cosa alguna que dé o quite adeptos y secuaces. Este libro apenas recoge sus versos, que los periódicos han hecho conocer en toda la República y aun fuera de ella. Es un gustazo que nos da el cafetalero de «El Táchira» a sus viejos amigos y admiradores. Trueca unas arrobas de café por otras tantas de papel y echa esas hojas a volar por sus montañas. Fuera del radio maicero poco le preocupará su renombre. Ni será entendido quizá, a pesar de su claridad y sencillez. El íntimo sabor de su poesía es absolutamente antioqueño, es de la Montaña, es de la raza, es de la mazamorra de ceniza, los fríjoles con torrezno y las cuentas claras y el chocolate espeso. Desde Pereira a Guamocó, y de Manzanares a Turbo, este librito irá a todos los hogares a recibir del pueblo que lo inspiró, la férvida bienvenida. Todas esas gentes de las serranías verán retratados sus sentimientos y fotografiadas sus granjas y viviendas en estos limpios versos del poeta:

«En un lindo valle,
Dulcísimo clima,
Y a la sombra de verdes naranjos,
Tengo una casita.

»Collados y montes
Tras ella se empinan,
Y a sus pies rodar deja el riachuelo
Sus aguas tranquilas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

»Allí cerca crecen
Las flores más lindas,
Y murmuran, bajando del monte,
Las fuentes más limpias.

»Y cantan alegres
Los toches, las mirlas,
Y azulejos con alas de cielo
Ensayan sus rimas.

»Allí con mi esposa,
Allí con mi niña,
Y con otros hijitos de mi alma
Contento vivía.

»Pero ella, tan pura,
Pero ella, tan linda,
Dijo adiós una vez para siempre
¡Ah, cruel despedida!»

Y cuando Juan José se muera... de viejo, como él lo espera, la multitud que lo acompañará a su último retiro, tal vez sí se reirá repasando «Las ruinas del Conejo Blanco», esa ingeniosísima parodia de «Las Ruinas de Itálica», los cuartetos largos «A un tamal». y diez más de estas composiciones jacarandosas; pero llorará luego, con los ojos que abren las ventanas de la tristeza sin fingimiento y del dolor sin falsificación, por el canoro toche de los valles de Rionegro y La Marinilla; por el amigo de Epifanio y de Gregorio, sus ilustres paisanos y compañeros en la gloria. ¡Que así sea!

Bogotá, 5 de abril de 1916.

LIBERALISMO, TOLERANCIA Y CULTURA

La Universidad Libre y la cátedra de Legislación

Desde que regresamos al país — fallado ya en favor de éste el pleito con la hermana Venezuela propuesto al arbitramiento del Gobierno suizo y en que tuvimos el honor de defender la causa de la República —hubimos de ocuparnos en servicio de este gran plantel de educación científica, que el benemérito General Herrera fundó en buena hora. Como vicepresidente primero, luego como presidente del Consejo Directivo, nuestras escasas fuerzas han estado al servicio de la juventud liberal y de esta su querida casa de estudio, disciplina y moralidad absoluta, bregando porque este cocuyo no apague su luz vivificadora, sino que, contando siempre con la libertad de enseñanza, siga esta lucecilla irradiando sus tranquilos resplandores: y el libre examen científico—que es el liberalismo universal auténtico—tenga en la afamada Colombia un hogar, quier refugio, donde congregar a la juventud para que calme en fuente sana—como de oasis perdido en páramo de arena—su anhelo de saber, pudiendo así, y sólo así, adquirir la fuerza de expansión necesaria para sostener en alto las ideas de emancipación espiritual, que son fortaleza en la lucha y guía seguro en el camino de la vida.

A la hora presente todo nos hace esperar que vamos venciendo los obstáculos amontonados en la estrecha vía y que la Universidad tiene los elementos bastantes para seguir su marcha ascendente. La Uni-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Carlos Vasco Uribe

versidad cuenta con amigos generosos en nuestro glorioso partido, y los pocos detractores que procuran desacreditarla con embustes de toda laya, van perdiendo su tiempo y persuadiéndose de que dan coces contra el aguijón, propalando falsedades o exageraciones dañinas que al fin se perderán en el vacío.

Hay que reconocer, empero, que la circunstancia notoria de la pobreza franciscana del noble Instituto le quita el favor de todos aquellos seres egoístas que buscan el calor de lo que esté triunfante en el campo social, llámese error, llámese intolerancia perseguidora, llámese vilipendio de todo lo que esté caído—verdad, virtud, doctrina, abnegación, sacrificio, lucha con la sombra, voz clamante en el desierto—y que si todos los que no desesperamos y estamos en la lucha, al servicio de las ideas, nos dejáramos llevar del pesimismo, ya habríamos cerrado las puertas de este bautisterio de aguas amargas—porque la verdad es amarga—y pan sin más levadura que la esperanza mágica de ver lucir en lontananza mejores días para la patria redimida.

Pero como todo no ha de ser rigor, la Universidad ha tenido y tiene también sus benefactores: los unos, que acuden con su óbolo al fondo de sostenimiento, que testaron dejándole algún legado cariñoso, o que siquiera, con discernimiento que honra su inteligencia y proclama su recto corazón de padres que no se comen a sus hijos, como el Saturno de la fábula, envían a estos claustros los renuevos amados que han de ilustrar su nombre y defender su memoria del baldón que le tienen preparado los adversarios de su fe política o filosófica.

Los otros son esta pléyade de Profesores de las Escuelas de Bachillerato, Derecho e Ingeniería, y de Maestros en la Escuela de Artes y Oficios, que llevan en peso con un desinterés ejemplar, la suerte del Plantel amado y el porvenir honorable de la juventud que

en él ha venido a formarse para los combates intelectuales del mañana.

Estimulados por este ejemplo dignificador, aunque desconfiados como el que más de nuestras escasas fuerzas, hicimos algunas conferencias a los alumnos todos, en el Salón «Benjamín Herrera», como preludiando apenas a la Extensión Universitaria que hoy ha comenzado a practicarse con doctísimos conferencistas del país, y que mañana contará con verdaderas cimas del pensamiento educativo moderno, que nos vendrán de Ultramar, un Decroly, un Altamira, un Posada, un Fauchille, etc., etc.

Y luego, al saber que la cátedra de Legislación reclamaba un profesor para no quedarse acéfala, nos atrevimos a regentarla, supliendo con nuestra asiduidad puntualísima nuestra incompetencia humillante.

La ciencia de la Legislación lo abarca todo: apenas un Pico de la Mirándola podría subir a esa cátedra y desflorar siquiera todas las materias que en ella se contienen. Tan vasta es esta asignatura, que ya no hay textos de ella que sirvan de consulta al profesor y de estudio a los alumnos. Abundan por ahí las *Filosofías del Derecho, Las leyes científicas del desarrollo de las Naciones*, etc., etc., pero ¡qué Filosofías! pero ¡qué leyes científicas, ni qué alforjas!... Divagaciones caóticas, peticiones de principio calamitosas, teologías esforzadísimas de teólogos civiles, vulgo catedráticos oficiales, que nada tienen de científicas ni cosa que se les parezca y que sólo revelan el plausible aunque frustráneo afán de sus respetables autores por poner en forma semirrazonada, pseudolaica y encalabrinadamente pretensiosa, los dogmas y enseñanzas obligatorios, sublimes sin duda y reverentemente acatados por todos los creyentes de cada secta, pero que no resisten sino con rubor y pudibundez esquiva su confrontación con el criterio de la verdad terrena, que analiza los hechos y los relaciona cuidadosamente, formando las ciencias «huma-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nas», en los laboratorios de la experiencia y con la lente penetrante de la observación. Y adviértase bien: nosotros no invadimos, sino que respetamos rigurosamente, el campo de las creencias religiosas de nuestros discípulos; pero tampoco queremos confundirlos, engañarlos y desconcertarlos, dándoles como principios de Legislación, como filosofía de ningún Derecho, el catecismo explicado de los catecúmenos o algún florilegio místico. Tenemos el convencimiento más acendrado de que la religión gana en elevación y afluencia persuasiva en boca de sus maestros naturales—el sacerdote y el hogar—todo lo que pierde en boca de los laicos, no siempre bien preparados, que la mancillan sometiéndola torcidamente a discusiones más o menos inquisitivas, tocadas en ocasiones hasta de un escepticismo corrosivo que descorazona y desorienta a la juventud desprevenida.

Así, pues, en el predicamento en que nos colocamos al aceptar la cátedra en cuestión, hubimos de recurrir a nuestras solas fuerzas de exposición actual, guiándonos por el criterio de la sensación—capacidad de sentir, agradable o desagradablemente, con que nace todo hombre normal—como fundamento de la moral eudemónica que asimila el placer con el bien, o hace al uno de ellos causa del otro, indistintamente, que es la verdadera moral científica, inducida de hechos absolutamente ciertos, observados y experimentados en este mundo desde que hubo un sér humano sobre su superficie; y remontado ese criterio del individuo, base única y firme del razonamiento y del agregado social, al campo espacioso de la Legislación, menos extenso empero, menos comprensivo que el de la Moral que abarca en su ámbito todas las acciones humanas, aun las al parecer más insignificantes.

Puesto que gobernar (comprendiendo en el término el legislar) es dirigir las acciones humanas, y la ley manda, prohibe o permite, uniformando las costumbres en el sentido de que no se ejecuten sino las

acciones buenas, es preciso saber—con este criterio único científico—cuáles son éstas y cuáles son las malas, las que deben ser prohibidas. Y calificamos como acciones morales las acciones buenas que han sido ejecutadas con voluntad y recta intención; acciones que pasan a ser virtuosas cuando llevan consigo la idea accesoria de algún sacrificio que se haya impuesto el agente que las ejecuta. En suma, y salvo ciertos retoques del día, volvimos a, o mejor dicho, continuamos, las enseñanzas que implantó aquí el Presidente Santander, que ilustraron un Ezequiel y José María Rojas, un Francisco Eustaquio Alvarez y un Juan Manuel Rudas, entre muchísimos otros, y que forman la tradición docente y liberadora de nuestra escuela. Hoy, como ayer, oponemos esas enseñanzas, austeras, claras, precisas, matemáticas por su análisis implacable y su lógica inflexible, a las enseñanzas en boga actualmente, que son las que trajeron aquí los conquistadores y conservaron con hermética intransigencia nuestros opresores de tres siglos, que las habían tomado de Aristóteles mal entendido y peor aplicado, con matices de platonismo puro o de neoplatonismo alejandrino o romano, inspirado directamente de la taumaturgia esotérica de Pitágoras, los sacerdotes egipcios y los transmigrantes bramanes y faquires indostánicos, con no poco del magismo persa y su derivado inmediato el maniqueísmo o lucha homérica y sempiterna del bien y del mal, de Arimanes y Oromazo, con más sus ángeles y demonios intermediarios.

De manera que cuando oímos por ahí a ciertos sabios hablar despectivamente de la vejez de Bentham y Tracy, de la antigüedad de las doctrinas que ellos profesaron, cada uno en su ramo especial de Legislación y Lógica científicas, no podemos menos que sonreír de esa acusación a principios fundamentales, ayer no más descubiertos en su exposición moderna, puesto que fueron instaurados por Bacón, como el rena-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca General Patrimonio Documental

cimiento de la filosofía experimental que dió sus primeros vagidos con Epicuro y Demócrito, aplicando la razón al estudio de la naturaleza, al estudio de «las causas puras y simples de la existencia de los cuerpos», como clasifica Apuleyo a esta escuela razonadora, que nació de hombres de una virtud esclarecida y de una inteligencia soberana y que es madre legítima de la vasta y colosal ciencia contemporánea, honra y prez de la humanidad libertada y libertadora.

Bentham reconoce con modestia que la moral eudemónica y su consecuencial principio de la utilidad, que él adopta y desarrolla con método, sagacidad y análisis nunca superados, fueron expuestos, aunque confusamente, por Epicuro (unos tres y medio siglos antes de J. C.), frente a frente de las escuelas falsas de los demás filósofos antiguos. De que se sigue que nuestra fe de bautismo inicial, como escuela de ética, data de unos veintitrés siglos; en tanto que los fundamentos (pues son más de uno) que se asignan a la moral corriente, que enseñan y maltratan los adversarios favorecidos, data de la más remota infancia de la especie humana, de los *totem* y *fetiches* de la tribu prehistórica...

Perdónesenos esta breve respuesta a un cargo que sería ofensivo si no fuera necio, ya que la antigüedad de una verdad la aquilata y depura antes que deslustrarla y abatirla. Lo que nos da ocasión para repetir aquí que el criterio de la utilidad, como la ciencia toda y sus representantes, así sean los más humildes, es como ninguno respetuoso de las creencias ajenas, y acata antes que todo el orden de ideas que se refieren a la religión y al mundo de lo sobrenatural. Nuestra Moral y nuestra Legislación son ambas independientes de toda noción que no se base en hechos demostrables por el método de investigación que conduce a la certidumbre y en ella se asienta. Y en el terreno honrado en que voluntariamente nos hemos colocado, respetamos profundamente el sagrado fuero de la conciencia individual, de las creencias de cada uno y de las esperanzas y temores que en ellas se funden.

Precisamente la sanción religiosa—basada inconmoviblemente en los placeres y las penas eternos que como premio o castigo deben gozar o sufrir los observantes o los transgresores de los santos mandamientos—es uno de los principales resortes con que tiene que contar el legislador; y mal podría entonces el maestro, cualquiera que sea, atacar uno de los sustentáculos más sólidos del edificio social. La moral de la sensación no es atea ni materialista: da campo anchuroso a la creencia consoladora de que nuestro sentir, que es nuestra vida, se prolongará por modo indeficiente después de esta etapa en el itinerario del tiempo. Nada autoriza científicamente la negación; y es útil, por cien motivos útil, reforzar los argumentos, robustecer los motivos y dar alas a la promesa esplendorosa. Primero que todo, de la duda, si la hubiere, surge imperativa la tolerancia y el pleito homenaje que el filósofo sensista y utilitarista rinde a toda fuerza social en acción, que proceda de una convicción honrada, se sostenga sin violar el derecho de los demás y concurra espontáneamente al bienestar común.

En estos tiempos de bolcheviquismo y fascismo, de violencia radical en nombre de muchos o de uno solo, de catástrofes y ruinas amontonadas por las falsas ideas, por las falsas teorías y por el irrespeto al pasado, a la tradición, a la normalidad y al progreso lento y firme, que es el liberalismo de todos los tiempos, conviene recordar que el individualismo de nuestra escuela, su respeto invulnerable a la seguridad social, a los derechos adquiridos, a todo lo que implique orden, moderación y medios adecuados de persuación y reforma, sin precipitación ni desgarramientos de ninguna fibra sensible; esa doctrina, esa escuela, decimos, que fué la de Santander y el liberalismo autoritario que nosotros seguimos, es una garantía, que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Servicio Patrimonio Documental

no una amenaza, para todo interés legítimo. Desde este punto de vista, y desde el muy respetable de la igualdad de oportunidades en el reparto de los favores oficiales, que ya Platón reclamaba de todos los gobiernos de la República, tenemos derecho a pedir, no solamente respeto, sino confianza y apoyo para la Universidad Libre, como instituto docente de sanos y patrióticos estudios. Liberales de doctrina y buena fe, y conservadores de las mismas circunstancias, debemos sentir que el terreno social se remueve ahora por modos siniestros para ambos, para todos los estímulos y esfuerzos que tienden a una mayor civilización y a un perfecto bienestar, por medio de progresos sostenidos y continuos de los órdenes moral, intelectual y físico; por medio de la evolución sin revolución.

El bolcheviquismo y el fascismo son en lo contemporáneo para nosotros, lo que ya fueron para Platón y el Padre Mariana los tiranos personales, que rompen por todo, que todo lo avasallan y que es preciso contener en sus depredaciones por todos los medios defensivos a nuestro alcance; primero que todo, propagando buenas doctrinas de verdad y libertad y orden, so pena de perecer—modernos teólogos de un bizantinismo más estulto que el antiguo—entre los escombros que la violencia ciega y mal dirigida aviente a los cuatro puntos cardinales. Sin dejar de trabajar, en desarrollo natural y humanitario de nuestras doctrinas, porque cesen las desigualdades no naturales entre los ciudadanos todos y que el reinado de la justicia, iluminada por la benevolencia, traiga al fin la paz serena entre hermanos que aspiran a ser felices.

Si de veras queremos que nuestra ciudad andina sea siquiera un remedo no grotesco de la antigua capital de la Atica, imitemos sus libertades filosóficas, y permitamos que la investigación científica se expanda en nuestras aulas cual solía en las plazas, academias y jardines de la Atenas inmortal...

Para terminar este artículo que nos han exigido, tan reiterada como amablemente, los editores de la *Revista de la Universidad Libre*, vamos a copiar aquí, traduciéndolo, el paso elocuente que Gibbon consagra en su obra inmortal—*Decadencia y ruina del Imrio Romano*—al cierre de las escuelas filosóficas de Atenas, donde se enseñaba en sus albores la doctrina que hoy alumbra la mente de los legisladores más avanzados y poderosos de la tierra: el Reino Unido de la Gran Bretaña y todos sus dominios y los Estados Unidos de América.

Dice así el caudaloso historiador inglés:

«Justiniano suprimió las Escuelas de Atenas y el Consulado de Roma, que tantos sabios y héroes habían producido. Es verdad que ambas instituciones habían decaído de su antigua gloria; mas no por eso debemos afear menos con nuestra reprobación la avaricia o la envidia de un príncipe que coadyuvó a la ruina de tan venerables instituciones, después de sus triunfos sobre los persas.

»Atenas había adoptado la filosofía de la Jonia y la retórica de Sicilia, estudios que llegaron a ser patrimonio de una ciudad cuyos habitantes, en número de solos treinta mil, reunieron en sí, en el corto lapso de una generación, el genio de todos los países y de todos los siglos. La dignidad de la naturaleza humana nos aparece en toda su magnificencia cuando recordamos que Isócrates vivió en relaciones de amistad con Platón y Jenofonte, que asistió quizá con el historiador Tucídides a las primeras representaciones del *Edipo*, de Sófocles, y de la *Ifigenia*, de Eurípides; que Esquines y Demóstenes, sus discípulos, se disputaron la corona del patriotismo, en presencia de Aristóteles, el maestro de Teofrasto, que daba lecciones en Atenas al mismo tiempo que los fundadores de la doctrina de Zenón o de la de Epicuro. Una tan bella educación, prodigada a los jóvenes de la Atica, se comunicaba sin recelosa cautela a las

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

ciudades rivales. Teofrasto tenía dos mil discípulos, y las escuelas de retórica debieron ser más numerosas que las de filosofía. Sucediéndose los alumnos con rapidez, difundían por todas partes la gloria de sus maestros, propagando al mismo tiempo la lengua y el nombre de los griegos. Alejandro promulgó su fama con sus victorias. Las artes de Atenas sobrevivieron a su imperio y a su libertad; y los ciudadanos de las colonias que los Macedonios establecieron en Egipto y en Asia, emprendían frecuentemente largas peregrinaciones tan sólo para venir a adorar las Musas en su templo favorito de las orillas del Iliso. Los conquistadores latinos escuchaban con docilidad las lecciones de aquellos sus súbditos y cautivos. Los nombres de Cicerón y de Horacio se encontraban inscritos en las listas de las Escuelas de Atenas. Y cuando la dominación romana se hubo consolidado completamente, los regnícolas de Italia, de Africa, de Bretaña, se entretenían en los jardines de la Academia con hombres del Oriente, sus condiscípulos.

»Los estudios de la filosofía y la elocuencia armonizan bien con un estado popular, que favorece el espíritu de investigación y no se somete sino a la fuerza del convencimiento. En las repúblicas de Grecia y Roma el patriotismo y la ambición no tuvieron un medio de obrar más poderoso que el arte de la palabra. Las escuelas de retórica eran el seminario de los hombres de Estado y de los legisladores. Cuando llegaron las épocas en que ya no se permitió la libre discusión pública, el orador podía, en la noble profesión del abogado, defender la causa de la inocencia y la justicia. Podía también abusar de su talento en el más lucrativo comercio de los panegíricos; como también es cierto que las mismas reglas dictaban las vanas declamaciones de los sofistas y las bellezas más puras de las obras históricas. Los sistemas que tenían la pretensión de descubrir la naturaleza de Dios, la del Hombre y la del Universo, despertaban la curiosidad del estudiante, quien, según la disposición de su espíritu, dudaba con los escépticos, decidía las cuestiones con los estoicos, sublimaba sus ideas con Platón, o se dejaba subyugar por la dialéctica rigurosa de Aristóteles. El orgullo de las sectas contrarias alzaba el nivel de perfección moral a un punto que era imposible alcanzar; pero eran útiles y gloriosos los esfuerzos que para ello se intentaban. Los discípulos de Zenón y aun los de Epicuro sabían obrar bien y soportar el dolor. La muerte de Petronio y la de Séneca sirvieron para humillar a un tirano mostrándole su impotencia. La luz de las ciencias irradiaba mucho más allá de los muros de Atenas. Sus incomparables escritores hablaban, en efecto, a todos los hombres. Maestros griegos iban a instruir la Italia y el Asia. Beryta, en tiempos posteriores, se dedicó al estudio de las leyes. En el museo de Alejandría se cultivaban la astronomía y la medicina; pero las escuelas áticas de retórica y filosofía conservaron su superioridad desde la guerra del Peloponeso hasta el reinado de Justiniano.

«Atenas, a pesar de la esterilidad de su suelo, gozaba de un aire puro, de libre navegación, y guardaba las obras maestras de arte de la antigüedad. El comercio y los negocios de la administración rara vez turbaban este retiro sagrado. El último de los atenienses se hacía notar por la vivacidad de su espíritu, por la pureza de su gusto y de su lenguaje, por su trato jovial y por algunos restos de la grandeza de sus abuelos, que se dejaban admirar por lo menos en sus discursos. En los alrededores de la ciudad, entre árboles y estatuas, se ofrecían la Academia de los platónicos, el Liceo de los peripatéticos, el Pórtico de los estoicos y el Jardín de los discípulos de Epicuro. Los filósofos, lejos de encerrarse tras los claustros, daban sus lecciones al través de aquellos paseos deliciosos, que a diferentes horas del día estaban consagrados a ejercicios del cuerpo y del espíritu. El genio de los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

fundadores velaba siempre en aquellos lugares sagrados. El deseo de suceder a los maestros de la razón de los hombres, excitaba una generosa emulación. Cuando ocurría un cambio, el libre sufragio de un pueblo ilustrado consagraba los candidatos. Los profesores atenienses eran pagados por sus discípulos. El precio variaba de una mina a un talento, según el mérito del maestro y los recursos del alumno. Isócrates mismo, que se burlaba de la codicia de los sofistas, exigía como treinta libras esterlinas de cada uno de sus cien discípulos. Era justo y noble el salario de la ciencia, y, sin embargo, ese mismo Isócrates lloró al recibirlo la primera vez. Los estoicos debían ruborizarse al hacerse pagar los discursos en que abominaban del dinero; y yo no podría consolarme si descubriese que Aristóteles o Platón hubiesen en tal manera menospreciado el ejemplo de Sócrates y que distribuyesen su ciencia a peso de oro. Tierras y casas se concedían a los profesores de filosofía de Atenas, quienes estaban legalmente autorizados para recibir legados de sus amigos. Epicuro dejó a sus discípulos los jardines que había comprado por ochenta minas, o sea, por doscientas cincuenta libras esterlinas. Les transmitió, además, un fondo que bastaba para su frugal sustento y para las fiestas que celebraban todos los meses (véase el testamento de Epicuro en Diógenes Laercio). El patrimonio de Platón les procuró a los suyos cierta renta anual, que fué al principio de tres piezas de oro, pero que, aumentándose con el tiempo, llegó a ser de mil piezas al cabo de ocho siglos (Damascius, in vit. Isidor). Los más sabios y más virtuosos príncipes romanos protegieron las escuelas de Atenas. La biblioteca que fundó Adriano fué colocada en un pórtico adornado con cuadros y estatuas, con un cielo raso de alabastro sostenido por cien columnas de mármol de Frigia. La generosidad de los Antoninos fijó sueldos públicos a los maestros de las ciencias, y todos los profesores de política, de retórica, de

filosofía platónica o peripatética, estoica o epicúrea, recibían un estipendio anual de diez mil dracmas o de más de trescientas libras esterlinas (véanse Luciano, in Eunech, Dion Casio y Ziphilino). Después de la muerte de Marco Aurelio, se suprimieron o se restablecieron, se disminuyeron o se aumentaron sucesivamente, las larguezas y los privilegios a los profesores. Bajo los sucesores de Constantino suelen encontrarse vestigios de la munificiencia imperial en esta materia; pero como la escogencia entre candidatos vino a ser a voluntad arbitraria de los emperadores, los ignorantes, que fueron preferidos en veces, hicieron lamentar a los filósofos de Atenas los días de la independencia y la pobreza (Brucker, Hist. crit. de la Philosoph.). Es digno de notarse que los Antoninos otorgaron indistintamente sus favores a cuatro sectas enemigas, bien porque las miraran a todos como igualmente útiles, o como igualmente inocentes las unas que las otras. Sócrates había sido a un tiempo objeto de gloria y de vergüenza para sus ingratos conciudadanos; y las primeras lecciones de Epicuro escandalizaron tanto los piadosos oídos de los atenienses, que éstos pusieron fin a sus disputas con sus adversarios sobre la naturaleza de los dioses, desterrándolos a todos. Pero al año siguiente revocaron su decreto; restablecieron la libertad en las escuelas, y la experiencia les enseñó que la diversidad de los sistemas no afecta el carácter moral de los filósofos. (La ley o decreto de intolerancia citada aquí, está en Ateneo, Libro XIII, p. 610; véase también a Diógenes Laercio, Julio Póllux, y fué dictada el año 342 antes de J. C.; o el año siguiente, según Sigonius, Ménage, Corsini, Fasti áttici. El mismo decreto desterró a Teofrasto, discípulo de Aristóteles).

«Las armas de los Godos fueron menos funestas a las escuelas de Atenas que el establecimiento de una nueva religión, cuyos ministros hacían inútil el uso de la razón, decidiendo toda disputa por un artículo de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Fernando Gómez Martínez

fe y condenando a las llamas eternas al infiel o al escéptico. En los mil volúmenes de laboriosas controversias de que les somos deudores, no han hecho sino poner al desnudo la debilidad de su inteligencia y la perversidad de su corazón, al insultar a la naturaleza humana en su más bello desenvolvimiento, cual lo fué el que nos ofrecieron los sabios de la antigüedad, proscribiendo el espíritu de investigación y de filosofía, por causa de incompatibilidad con las doctrinas, o por lo menos con el carácter de humildad de un simple creyente. La secta de los platónicos, que Platón más tarde se hubiera avergonzado de reconocer, mezclaba con extravagancia a una sublime teoría prácticas supersticiosas y de magia. Como fueron los únicos que quedaron en pie en medio del mundo cristiano, esos embaucadores alimentaban una secreta aversión contra el gobierno de la Iglesia y del Estado, cuyo rigor pendía siempre sobre sus cabezas. Un siglo más o menos después del reinado de Juliano (ésta no es una éra imaginaria; los paganos daban por fecha inicial de sus desgracias la del fin del reinado de sus héroes) se permitió a Proclo subir a la cátedra de la Academia, y fué tal su actividad, que frecuentemente dictaba cinco lecciones y componía setecientos versos en el mismo día. Su penetrante ingenio analizó las cuestiones más abstractas de moral y metafísica, osando proponer diez y ocho argumentos contra la doctrina de los cristianos sobre la creación del Mundo. Pero, al mismo tiempo, declaraba que en sus intervalos libres conversaba con Pan, con Esculapio y Minerva. Iniciado en los misterios de estos dioses, se prosternaba a los pies de sus estatuas, y creía que un filósofo, ciudadano del universo, debe ser el sacerdote de todas las divinidades a quienes adora. Se creyó advertido de su muerte por un eclipse de sol, y su vida, como la de Isidoro su discípulo, compiladas por dos de sus más sabios alumnos, ofrecen un cuadro deplorable de la segunda infancia de la razón humana. Pero lo que se llamaba la ca-

dena de oro de la sucesión platónica se prolongó todavía por espacio de cuarenta y cuatro años, de la muerte de Proclo hasta el edicto de Justiniano, que al imponer eterno silencio a las escuelas de Atenas, llenó de dolor e indignación al pequeño número de los que permanecían fieles a la ciencia y a las supersticiones de los griegos.

«Siete filósofos, reunidos por sincera amistad, Diógenes y Hermías, Eulalio y Prisciliano, Damacio, Isidoro y Simplicio, que no adoptaron la religión de su soberano, tomaron la resolución de buscar en una tierra extraña la libertad que se les arrebataba en su patria. Habían oído decir (y tuvieron la simplicidad de creerlo) que la República de Platón se estaba practicando bajo el gobierno despótico de Persia, y que un Rey patriota reinaba allí sobre el pueblo más afortunado y virtuoso. Pronto tuvieron que admirarse de que la Persia fuera como todos los otros países del Mundo, y que Cosroes, que se jactaba de filósofo, era vano, cruel y ambicioso; que la santurronería y el espíritu de intolerancia dominaban entre los magos; que los nobles eran altaneros, los cortesanos serviles y los magistrados injustos; que los culpables escapaban con frecuencia al castigo, en tanto que eran oprimidos los inocentes. Desengañados así, se mostraron poco equitativos tocante a las virtudes reales de los persas: la pluralidad de mujeres y de concubinas, los matrimonios incestuosos y la costumbre de abandonar los cadáveres a los perros y a los buitres, los escandalizaron más de lo que su profesión les permitía. Su vuelta precipitada fué la señal de su arrepentimiento, declarando en voz alta que más querían morir en las fronteras del Imperio que gozar de fortuna y riquezas en la corte de un bárbaro. No obstante, su viaje les valió un singular beneficio que honra grandemente al rey Cosroes. Este exigió que los siete sabios que habían venido a su corte fuesen declarados libres de las leyes penales que Justiniano había promulgado contra sus súb-

ditos paganos; y el vigilante y poderoso mediador tuvo el cuidado de mantener firme el privilegio estipulándolo expresamente en un tratado de paz (Agatias, I. II, págs. 69 a 71, refiere este hecho curioso). Simplicio y sus compañeros acabaron su vida en paz y en la obscuridad. No dejaron discípulos, y en ellos termina la larga lista de los filósofos griegos, que se pueden citar, a pesar de sus defectos, como los más sabios y virtuosos de sus conciudadanos. Nos quedan los escritos de Simplicio; sus comentarios sobre física y metafísica de Aristóteles han perdido la reputación de que gozaron; pero su interpretación moral de Epicteto se conserva en todas nuestras bibliotecas; es un libro clásico, perfectamente propio para dirigir la voluntad, para purificar el corazón, para fortalecer la inteligencia y para inspirar una justa confianza en Dios y en los hombres...» (Capítulo XL, Segunda época).

1926, Bogotá.

PROPOSICIONES BÁSICAS O PROLOGÓMENOS ILUSTRATIVOS DEL CRITERIO CIENTÍFICO EN LEGISLACIÓN

I

La legislación es la ciencia que estudia a los hombres en sus relaciones civiles y políticas, y a las naciones o estados en general; investigando las leyes que, mediante progresos continuos y sostenidos de los órdenes físico, intelectual y moral, los conduzcan a una mayor civilización y a un perfecto bienestar.

II

La ciencia es el conocimiento ordenado y metódico que, en progresión constante, vamos obteniendo del universo mundo, considerado como un conjunto variadísimo de hechos relacionados los unos con los otros.

III

Hecho es todo lo que existe o sucede; también se le llama fenómeno, sér, cosa, acción o acto.

IV

El hecho que genera otro hecho, se llama causa o fuerza; el hecho generado se llama efecto o resultado.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Salvador Fajardo Doctor Honoris

No hay efecto sin causa o fuerza que lo produzca. Estudiando los hechos atentamente vamos descubriendo las relaciones de dependencia en que están unos con otros y la sucesión de tiempo y demás circunstancias en que se producen y se presentan a nuestro estudio.

V

Y porque algunas de esas relaciones se presentan a nuestro conocimiento como *constantes e invariables*, cual si la Naturaleza mandase que así sucedieran los hechos, decimos figuradamente que esas relaciones son *leyes naturales* o mandatos de un supremo legislador del universo.

VI

Comparando los hechos por medio del juicio es como descubrimos esas relaciones en que se hallan unos con otros. Todo conocimiento proviene de una comparación.

VII

Poder descubrir las relaciones de causa y efecto entre los hechos y su dependencia recíproca, es la facultad peculiar que distingue al hombre, o animal superior, de los otros animales.

VIII

La ley de causalidad relaciona y ata los hechos entre sí, agrupándolos en series sistematizadas que forman las diferentes ramas del saber, o sea las ciencias particulares, cuya reunión en una síntesis completa o aproximada nos da la idea que en cada tiempo tenemos o podemos inferir del universo y de sus leyes inmutables.

IX

Relacionar del modo más exacto posible los hechos o fenómenos entre sí, describiendo y fijando esas relaciones o leyes, con un fin meramente especulativo, o de utilidad para el hombre, es el objeto de toda ciencia particular y de la filosofía científica en sus generalizaciones superiores.

X

Hallar una causa es hacer depender todos los hechos o fenómenos que estudiamos, de otros hechos o fenómenos más generales, hasta llegar a uno tan general que ya no pueda ser comparado a nada, ni por consiguiente ser más conocido, puesto que el conocimiento no tiene otra base que la comparación. (*Buffón, según Houssay*).

XI

Para poder valorar una causa, es preciso que ella sea simple, que sea siempre la misma, que su acción sea constante, o lo que es lo mismo, que no sea variable sino conforme a una ley que nos sea exactamente conocida (*Buffón*).

XII

Y sucede que en la Naturaleza la mayor parte de los efectos dependen de muchas causas diferentemente combinadas; de causas cuya acción varía, cuyos grados de actividad parece que no siguieran ninguna regla, ninguna ley constante, y que por tanto nosotros no podemos ni valorar, ni aun estimar sino como probabilidades, tratando de acercarnos a la verdad por medio de verosimilitudes. (*Buffón*).

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

XIII

La noción general de causalidad presentada así por Buffón (1707-1788), es la que existe aún para nosotros ahora. Pero es preciso que nos entendamos bien sobre el significado de ese término, pues en la dinámica biológica decimos hoy que hemos hallado la causa de un fenómeno, así sea el más complejo, cuando lo podemos ligar a un fenómeno físico o químico, quizá muy complejo también, pero que al menos pase por conocible. (*Houssay, Nature et Sciencies Naturelles,* 1920).

XIV

La explicación del hecho o fenómeno inicial es tarea diferente, y los biologistas habrán contribuído por su parte a generalizar la solución, desde que ella sea conocida. (*Houssay*).

XV

El término *causa,* demasiado comprensivo para poder entrar en una representación simbólica diferente de la de *función* en el sentido matemático, es considerado con desconfianza por los sabios, que temen a la metafísica; el término *fuerza,* más abstracto, susceptible de ser representado en dirección y magnitud, reduce el concepto para expresarlo mejor, lo que ordinariamente es mirado como un progreso, pero que puede mirarse también como una desgraciada condición del conocimiento humano, que es preciso rectificar a cada paso. (*Houssay*).

XVI

El homrbe, limitado al átomo terrestre en que vegeta, ve este átomo como un mundo, y no ve los mundos sino como átomos. (*Buffón*).

XVII

El mundo, la naturaleza, el universo, es un teatro (conjunto), en el cual una sola fuerza es la causa de todos los fenómenos de la materia bruta; y esa fuerza, reunida a la del calor, produce las moléculas vivientes de que dependen todos los efectos de las sustancias organizadas. (*Buffón*).

XVIII

El espíritu humano nada puede crear; y sólo producirá modificando y adaptando, después de haber sido fecundado por la experiencia, la observación y la meditación. Sus conocimientos son los gérmenes, los instrumentos o herramientas indispensables de su producción. (*Buffón*).

XIX

Como es bien sabido, nuestros sentidos no nos dan nociones exactas y completas de las cosas que necesitamos conocer. Tenemos que utilizar recursos complementarios, reglas, principios, instrumentos, que son obra del espíritu humano y participan más o menos de la reducción o abstracción de nuestras ideas. (*Buffón*).

XX

Esta abstracción es lo simple de las cosas (hechos o fenómenos); y la dificultad de reducirlas a esta abstracción, constituye su compuesto. (*Buffón*).

XXI

Es preciso estar siempre atentos a no tomar lo simple por lo compuesto, lo abstracto por lo concre-

UNIVERSIDAD EAFIT BIBLIOTECA Sala de Patrimonio Documental

to, lo particular por lo general, lo imaginario por lo real, lo falso por lo verdadero.

XXII

El efecto puede ser definido como una función de sus diversas causas y del tiempo; porque los hechos, o coexisten unos con otros, o se suceden unos a otros. Por eso es preciso buscar la causa de cada hecho, fenómeno o acontecimiento, tanto en sí mismo como fuera de él, agregando además la idea de tiempo y la de sucesión. (*Houssay*).

XXIII

Las interpretaciones dinámicas que se han propuesto para explicar la diversidad de las formas vivas y de los procesos por los cuales ellas se realizan, pueden reducirse a dos tipos principales: las que no interrogan sobre la causalidad sino los acontecimientos presentes (como las teorías de Jeoffroy Saint-Hilaire o de Ives Delage); las que buscan en fenómenos idénticos a los que se verifican hoy en día, bajo nuestros ojos, pero colocándolos en el punto de vista de su acción, ya en el tiempo actual, ya en el pasado (como las teorías de Darwin o de Lamarck, por ejemplo). (*Houssay*).

XXIV

Todos los acontecimientos (hechos o fenómenos), aun aquellos que por su pequeñez parece que no dependieran de las grandes leyes de la naturaleza, son una tan necesaria consecuencia de ellas como las revoluciones del sol. En la ignorancia de los lazos (relaciones) que los unen al sistema entero del universo, se los ha hecho depender, o de causas finales, o del azar, según que esos acontecimientos llegaban o se sucedían unos a otros con regularidad o sin orden aparente, pero esas causas imaginarias han ido desechándose a medida que avanzan los límites de nuestros conocimientos y desaparecerán completamente ante la sana filosofía, que no ve en ellas sino la expresión de la ignorancia en que nos encontramos acerca de sus verdaderas causas. (*Laplace*).

XXV

Los acontecimientos o hechos actuales tienen con los que los han precedido una relación de dependencia fundada sobre el principio evidente de que una cosa (hecho) no puede ser o existir sin una causa que la produzca. Este axioma, conocido en lógica con el nombre de *principio de la razón suficiente*, se extiende aun a aquellas acciones que se juzgan indiferentes. La voluntad más libre no puede sin un motivo determinante, darles nacimiento; porque, siendo iguales todas las circunstancias de dos situaciones, si ella obrara en la una y se abstuviera de obrar en la otra, su preferencia carecería en realidad de causa, y vendría a ser ella entonces—dice Leibnitz—el ciego azar de los epicúreos. La opinión contraria es una ilusión del espíritu, que perdiendo de vista las razones fugitivas sobre las cuales la voluntad funda su preferencia en las cosas o actos indiferentes, se persuade de que se ha determinado por sí sola y sin motivos. (*Laplace*).

XXVI

Debemos, pues, considerar el estado presente del universo como efecto de su estado anterior, y como causa del estado que va a seguir. (*Laplace*).

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

XXVII

Una inteligencia que en un momento dado conociese todas las fuerzas (o manifestaciones de la fuerza) de que está animada la naturaleza y la situación respectiva de los seres (hechos) que la componen; y si por otra parte fuese ella tan vasta que pudiera someter esos datos (données) al análisis, abrazaría en la misma fórmula los movimientos de los mayores cuerpos del universo y los del más pequeño átomo: nada sería incierto para ella y el porvenir como el pasado estarían presentes a sus ojos. (*Laplace*).

XXVIII

El espíritu humano ofrece, en la perfección que ha sabido dar a la Astronomía, un débil esbozo de aquella inteligencia. Sus descubrimientos en mecánica y en geometría, lo han puesto en capacidad de comprender en las mismas expresiones o fórmulas analíticas los estados pasados y futuros del sistema del mundo. (*Laplace*).

XXIX

Aplicando el mismo método a algunos otros objetos de su conocimiento, ha logrado el espíritu humano reducir a leyes generales los fenómenos observados, y a prever los que ciertas circunstancias dadas deben producir o hacer nacer. (*Laplace*).

XXX

Todos estos esfuerzos del espíritu humano, aplicados a la investigación de la verdad, tienden a acercarlo sin cesar a la inteligencia que acabamos de imaginar, pero de la cual estará siempre (el espíritu humano) infinitamente alejado (*Laplace*).

XXXI

Esta tendencia (al progreso por el ejercicio de la razón), propia de la especie humana, única en que se nota, es lo que la hace superior a los animales inferiores y sus progresos de este género son los que distinguen a las naciones y a los siglos, dándoles su verdadera gloria (*Laplace*).

XXXII

El descubrimiento de un nuevo medio de operar en las ciencias físicas, marca la época de un nuevo progreso. La invención del telescopio aceleró el progreso de la astronomía (*E. Dumont*).

XXXIII

En general, cuando el espíritu humano se detiene largo tiempo en una misma etapa, es porque ha agotado su poder con los recursos de que dispone y tiene que aguardar a que el genio o la casualidad descubra un nuevo instrumento que extienda sus operaciones y aumente su poder (*E. Dumont*).

XXXIV

Pero ¿qué es un instrumento en las ciencias morales? Es un medio de juntar y comparar ideas; es un nuevo método de razonamiento. Sócrates tenía uno propio suyo, que era una especie de análisis. Aristóteles le agregó sus clasificaciones (o categorías), e inventó el mecanismo del silogismo, tan ingenioso cuanto poco útil. Sin embargo, estos métodos no dejan de ser para la razón instrumentos tan apreciables como lo es el compás para la mano o el microscopio para los ojos. Cuando Bacón dió a su grande obra el título de NOVUM ORGANUM, fué porque consideró este

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

método filosófico como una *máquina espiritual*, como un *telar lógico* que había de perfeccionar el arte del razonamiento y la fábrica de las ciencias (*E. Dumont*).

XXXV

Toda ciencia es necesariamente obra del tiempo. Se comienza por conjeturas vagas; se observan hechos aisladamente. Se forma así un depósito de erudición, en que lo verdadero y lo falso van mezclados confusamente. Cuando la marcha de los sucesos ha suministrado a la observación un gran número de hechos, percibimos en ellos analogías (o disparidades) que procuramos reducir a sistema. Este es el reinado de la imaginación y del ingenio, que precede al de la razón y al de la ciencia. Fué preciso que Descartes hiciese sus leyendas ingeniosas sobre física general, antes que Newtón sometiera esa materia a principios ciertos. Fué preciso que Leibnitz y Malebranche levantaran sus castillos en el aire de la metafísica, antes que Locke pudiese determinar los primeros hechos que han dado una base sólida a esa ciencia. Platón y Aristóteles han debido preceder a Godin, Grocio, Hobbes y Puffendorf; todos esos grados fueron necesarios para llegar al *Espíritu de las Leyes* de Montesquieu, que a su turno sólo fué un intermediario para llegar a Bentham y hacer de la legislación un sistema completo (*E. Dumont*).

XXXVI

Hay, en la situación actual del género humano, una circunstancia muy notable, muy inesperada, y muy característica sobre todo del estado de ciertas grandes e importantes cuestiones especulativas, y es el poco progreso que ha hecho la discusión acerca del criterio del bien y del mal. Desde la aurora de la filosofía, la cuestión del *Sumum bonum* o lo que es lo mismo, el fundamento de la moral, se ha considerado como un problema capitalísimo. Esta cuestión ocupa las inteligencias, las divide en escuelas, en sectas que guerrean vigorosamente las unas con las otras. Después de dos mil años, las mismas discusiones continúan; los filósofos están alineados bajo las mismas banderas y los pensadores de todo el género humano están desacordados todavía, como cuando el joven Sócrates (si el diálogo de Platón se funda en una conversación real) escuchaba al viejo Protágoras y afirmaba la teoría del utilitarismo contra la moral popular del sofista. (*J. Stuart Mill*. El utilitarismo. Novena edición francesa. 1919. París).

XXXVII

Para el pueblo, la moral saca su fundamento de la Teología, que hace de ella una voluntad (es decir, un mandato o una prohibición) expresada por Dios. Los filósofos, al contrario y con pocas excepciones, se esfuerzan por excluir ese modo de proceder. ¿Por qué este contraste? Seguramente que nada podría esperarse más eficaz que la base moral de la Teología. ¿Quién sería suficientemente presuntuoso para oponerse a la voluntad del Omnipotente? Nadie, sin duda, con la sola condición de que la voluntad divina nos sea revelada de una manera absolutamente auténtica que no deje lugar a duda, de un modo oficial, por decirlo así. Pero es esta una condición no realizada. Más aún: se pretende, al contrario, confirmar la verdad de lo que se nos presenta como la ley divina, mostrando que ella está de acuerdo con nuestras aspiraciones morales naturales; apelando a éstas como lo que hay de más cierto y más inmediato. A lo que se agrega que una conducta moral dictada solamente por el miedo a un castigo o por la esperanza de una recompensa, no contendría en suma sino la aparien-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cia de la moralidad, reposando en el fondo sobre el egoísmo; de suerte que en último análisis lo que decidiría de la moralidad sería la mayor o menor facilidad que tuviera cada uno de contentarse, *para creer*, con razones insuficientes (*Schopenhauer*).

XXXVIII

Kant tuvo, en moral, el gran mérito de despojar la ética de todo *eudemonismo* (o sea el sistema que asimila la felicidad y el bien). La ética de los Antiguos era eudemónica; la de los modernos es, frecuentemente, doctrina de gracia (dón, ayuda, socorro, auxilio divino para conseguir la salvación eterna). Los antiguos querían probar la identidad de la virtud (o el bien) con la felicidad, pero aquello era como dos figuras que no pueden jamás coincidir de cualquier modo que se las disponga. Los Modernos han querido establecer la relación de otro modo, reemplazando la idea de identidad por la de causalidad, es decir, haciendo de la felicidad una consecuencia de la virtud; pero para esto han ocurrido a sofismas o a un otro mundo diferente del que conocemos. Entre los Antiguos, sólo Platón puede exceptuarse; su ética no es interesada; en cambio, conduce al misticismo; la ética de los Cínicos y aun de los Estoicos, no son sino variedades del eudemonismo. Así, pues, entre los Antiguos como entre los Modernos, exceptuando a Platón, la virtud no es sino un medio, esto es, un motivo indirecto para conseguir el fin o motivo directo de nuestras acciones: *la felicidad o el perfecto bienestar* (*Schopenhauer*).

XXXIX

La significación real y primitiva de la palabra *Ley* se limita a su acepción civil, *Lex*: esto es, una organización humana que reposa sobre el consentimiento humano. Esta noción — Ley — tiene una segunda acepción, derivada ésta, figurada, metafórica, cuando la aplicamos a la naturaleza, cuyos procedimientos constantes, ora reconocidos a priori, ora obtenidos empíricamente, han recibido el nombre de leyes naturales. Sin duda que hay también una ley para la *voluntad humana*, puesto que el hombre hace parte de esa naturaleza. Esta ley, que se demuestra fácilmente, está sólidamente establecida, es inviolable, no consiente excepción y lleva en sí misma una fuerza compulsora *real*, es la *Ley de la motivación*, que es una forma de la ley de causalidad, es decir, la causalidad determinada por el conocimiento. Esta es la única ley cierta, a que la voluntad humana esté sometida. Resulta, según ella, que una acción se produce siempre, como consecuencia de un motivo suficiente. Esta ley de motivación, como la ley de causalidad en general, es una ley de la Naturaleza. Así, pues, las leyes *morales* independientes de las prescripciones humanas, de las instituciones del Estado o de las doctrinas religiosas, no pueden admitirse sin examen (ni comprobación científica). (*Schopenhauer*).

XL

En moral científica, antes de atribuir a la voluntad, fuera de la ley de motivación, otras leyes primordiales e independiente de los mandatos sociales, es preciso probar su existencia y seguirlas de cerca en todas sus consecuencias. Esto, naturalmente, si se tiene la intención, en moral, de practicar y no solamente de predicar la probidad. Hasta prueba en contrario, no reconocemos, pues, a las nociones de *Ley, mandamiento, deber*, sino un origen que nada tiene de filosófico: el Decálogo mosaico (*Idem*).

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

XLI

La noción de *deber*, así como los conceptos semejantes de *ley, mandamiento, obligación* y otros, tomada en sentido absoluto, salió de la moral teológica y será siempre extraña a la moral filosófica, mientras no haya encontrado ella en la esencia de la naturaleza humana o en el mundo objetivo, una fundada legitimación. Hasta entonces no se les puede reconocer, ni a ella ni a sus semejantes afines, otra fuente u origen que la del Decálogo (*Idem*).

XLII

Por otra parte, durante todos los siglos cristianos la moral filosófica tomó prestada inconscientemente la forma de la moral teológica; como ésta es esencialmente *autoritaria*, la moral filosófica se nos ha presentado bajo el aspecto de preceptos o mandamientos, haciéndolo muy inocentemente y sin sospechar que para tener semejante derecho era preciso estar debidamente autorizada: estaba convencida de que esa era su forma natural. Si es cierto que todos los pueblos, en todos los tiempos, todas las doctrinas religiosas y todos los filósofos también (con excepción de los netamente naturalistas), reconocen a las acciones humanas un alcance moral y metafísico, es decir, que traspasa todas las apariencias inmediatas para trascender más allá, a la eternidad, no deja de ser cierto también que no es bajo este aspecto de mandamiento y de obediencia, de ley y de deber, como ellas han de ser interpretadas esencialmente. Separadas de las creencias teológicas de que derivan, tales nociones pierden en realidad toda significación; y cuando se pretende reemplazar las creencias (como lo hace Kant) hablando de *obligación absoluta*, de *deber incondicional* y de *imperativo categórico*, etc., se ofusca y engaña al lector, con meras palabras, se le hace tragar—

¿puedo decir así?—una contradicción en los términos, *contradictio in adjecto* (*Schopenhauer*).

XLIII

La obligación no existe como absoluta, como independiente de su *sanción*, o amenaza de castigo o promesa de premio. Por esto, mucho antes de que viniesen los filósofos que tal han pensado, ya nos había dicho Locke: «Así como sería perfectamente vano el suponer una regla que limite la libertad de las acciones humanas sin anexarle algo que asegure su eficacia, determinando la voluntad por medio del *placer* o de la *pena*, así mismo es necesario, dondequiera que supongamos una ley, aceptar con ella la recompensa o el castigo anexos a dicha ley.» Toda obligación es, pues, condicionada por un castigo o por una recompensa. Suprímanse con el pensamiento esas condiciones, y la noción de obligación quedará sin sentido; por consiguiente, una obligación absoluta (que no depende de nada) es evidentemente una contradicción en los términos, *contradictio in adjecto* (*Idem*).

XLIV

Así como toda obligación es condicionada, así lo es todo deber, porque las dos nociones son muy semejantes, casi idénticas. La única diferencia que puede haber entre ellas consiste en que la obligación reposa únicamente sobre la compulsión; en tanto que el deber supone un contrato, es decir, la aceptación de una carga; tal sucede entre el amo y el sirviente, entre el superior y el inferior, entre el gobierno y los súbditos. Y precisamente, porque ningún deber es consentido gratuitamente, todo deber confiere un derecho. El esclavo no tiene deber porque no tiene derecho; está sometido a la obligación que reposa simplemente sobre la violencia. La concepción de la ética

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

bajo forma imperativa, en tanto cuanto *ciencia del deber*, y el sentido o la creencia de que el valor moral de las acciones humanas no existe sino en el cumplimiento del deber, provienen incontestablemente—como toda idea de obligación—de la moral teológica y más especialmente del Decálogo. Como éste, aquella concepción reposa esencialmente sobre una hipótesis : la dependencia del hombre respecto de otra voluntad que manda y que promete recompensas o castigos. Y en tanto es legítima esa suposición en teología cuanto es inadmisible que se la introduzca subrepticiamente en la moral filosófica o científica (*Idem*).

XLV

Kant define el *deber*, noción fundamental de su ética, diciendo que es : «la necesidad de ejecutar una acción por respeto a la ley». De esa noción abstracta del deber y de la del imperativo categórico, ley moral, dignidad humana, valor absoluto, mundo suprasensible, conocimientos a priori y a posteriori, etc., etcétera, deduce el *principio de la moral* como sigue : «*Obra solamente según la máxima que tú pudieras querer que sirviese de regla a todas las criaturas razonables*». Este principio tiene una primera variante así : «*Obra de modo de tratar siempre a la humanidad, en tu persona y en la de los demás, como un fin y no como un medio*». La tercera y última variante, sobre la cual hace aparecer Kant su principio, es ésta : «*La voluntad de cada criatura razonable, dicta universalmente la ley de todas las criaturas razonables*». La razón por la cual todos los principios morales anteriores habrían fracasado, es «porque voluntaria o forzadamente esos principios ponían como base de la acción, un interés cualquiera, bien fuese éste *personal* o *altruista* ; cuando, al contrario, una voluntad que dé leyes universales, prescribe acciones por deber y sin ningún interés». ¿Qué quiere decir ésto? Nada

menos, en verdad, que una voluntad sin motivo, es decir, un efecto sin causa. Interés y motivo son nociones intercambiables. ¿Qué es el interés sino *quod mea interest*, lo que me toca, lo que me afecta? ¿Y no es eso únicamente lo que estimula y acciona mi voluntad? (*Idem*).

XLVI

Por consiguiente, el *interés* no es sino la influencia de un *motivo* sobre la voluntad. Así, dondequiera que un motivo determina la voluntad hay un interés, pues cuando ningún motivo la excita, ella no puede moverse, como no puede moverse una piedra que no reciba ni impulso ni tracción. De que se sigue que teniendo forzosamente un motivo toda acción, supone también ella un interés. Pero Kant, al contrario, inventa una especie de acciones completamente nueva, que se ejecutan sin ningún interés, es decir, sin motivo. ¿Y qué especie de acciones? Precisamente las acciones de justicia y de amor a la humanidad. Para refutar esa hipótesis monstruosa, basta con fiiar la atención en el sentido verdadero de la palabra interés. esto es, motivo. Entre tanto, Kant celebra el triunfo de la «*autonomía*», soñando con una nueva utopía moral, un «Reino de los fines» poblado de entes de razón *in abstracto* que, juntos y a perpetuidad, quieren sin querer cosa alguna (es decir, sin interés), o más bien, no quieren sino una cosa : que todos quieran según una sola máxima, es decir, según la autonomía ! (*Idem*).

XLVII

Pero la autonomía de la voluntad conduce a Kant a una consecuencia más grave que este inocente «Reino de los fines» (que puede hacerse a un lado como absolutamente inofensivo), a saber : la *dignidad hu-*

FAES Biblioteca

mana. Esta reposa, en efecto, únicamente sobre la autonomía del hombre, y consiste en que éste se da a sí mismo la ley a la cual debe obedecer; encontrándose así, con respecto a la ley, como los ciudadanos de un país constitucional. Esta expresión, dignidad humana, una vez encontrada por Kant, vino a convertirse en el *Schivoleth*, de todos los moralistas desamparados, que ocultaron tras esta imponente fórmula la ausencia de fundamento moral, real o siquiera plausible. Estimarían ellos probablemente que sus lectores, viéndose revestidos de tal dignidad, se mostrarían satisfechos (*Idem*).

XLVIII

Kant define la dignidad «como un valor absoluto e incomparable». El tono noble de esta definición impone tanto, que apenas si puede uno tomarse el atrevimiento de examinarla atentamente; lo que permitiría ver que no es sino otra hipérbole vacía, en cuyos términos se oculta, como un gusano roedor, la *contradictio in adjecto* (*Idem*).

XLIX

Todo valor es la apreciación de una cosa comparada con otra. Luego valor es una noción comparativa, y, por consiguiente, relativa. Es esta relatividad lo que constituye la noción de *valor*. Ya los estoicos enseñaban, según Diógenes Laercio, VII, 106, que el *valor es la estimación hecha de una cosa por alguno que sea perito; como si se quisiera cambiar trigo por centeno, encimando un mulo*. Un valor absoluto sin comparación y sin condición—como debe ser la dignidad—es, pues, así como tantas otras cosas en filosofía, un conjunto de palabras que no corresponde a nada que pueda concebirse, como por ejemplo: el número más elevado o el espacio mayor. Así, pues,

«la dignidad humana» fué una frase lanzada de la manera más oportuna, gracias a la cual la moral, empujada de todos lados por toda clase de deberes y las variaciones de la casuística, encontró un amplio pedestal desde donde pudiese a sus anchas continuar predicando (*Schopenhauer*).

L

Hay más aún: Kant ha desterrado de la moral el eudemonismo (y el hedonismo) más bien en apariencia que en realidad; porque deja él subsistir entre la *virtud* y la *felicidad* un vínculo secreto por el cual, en su doctrina del *Soberano Bien*, los reunió en un capítulo aislado y obscuro, mientras a plena luz la virtud parece extraña por completo a la felicidad. Con esto en menos, el principio moral aparece en Kant como un principio trascendental o metafísico, independiente de la experiencia y sus consejos. Reconoce él que el modo de obrar de los hombres tiene un alcance que traspasa en mucho toda posibilidad experimental y que, por eso mismo, es verdaderamente el puente por donde se pasa a lo que él llama el mundo inteligible, el mundo de las cosas en sí o por sí, *Mundus noumenón* (*Schopenhauer*).

LI

Los que saben reconocer la substancia de una idea bajo los más variados disfraces, admitirán conmigo que la teoría de los caracteres inteligible y empírico, traída aquí a la claridad abstracta, es una idea que se encuentra ya en Platón; sólo que éste, no habiendo reconocido el tiempo como una mera idealidad, no pudo exponerla sino bajo una forma temporal, es decir, puramente mística, y ligada a la metempsicosis. La identidad de las dos doctrinas se reconoce fácilmente, sobre todo con las explicaciones y aclaraciones

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

dadas por Porfirio al mito de Platón. La semejanza con la doctrina de Kant se manifiesta allí claramente. De uno de los escritos de Porfirio, desaparecido hoy día, Estobeo, en el segundo libro de sus *Eglagas* (ch. 8, 37-40) halla comentado ese mito de Platón tal como aparece en la segunda mitad del libro X de la *República*. El mito platónico puede ser considerado como una alegoría de la profunda y poderosa virtud que Kant llevó a su más alto grado de claridad y de abstracción en su teoría de los caracteres inteligible y empírico, pero que Platón había percibido en lo esencial miles de años antes. Esa teoría se remontaría mucho más lejos aún, pues Porfirio cree que Platón la había recibido de los egipcios. Caso en el cual ella se encontraría ya en las creencias bramínicas sobre la metempsicosis, fuente probable de la ciencia de los sacerdotes egipcios. El párrafo de Porfirio, según Estobeo, dice así: «Ved sobre esta cuestión el pensamiento completo de Platón; las almas, antes de entrar en los cuerpos y en un género de vida determinada, tienen el poder de escoger la existencia que han de llevar en un cuerpo determinado (les es, en efecto, permitido escoger, o la vida del león, o la del hombre, por ejemplo). Pero esta libertad les es quitada desde que hayan recibido una vida de esas: y cuando de almas independientes han venido a ser almas animales, entonces no les queda ya sino aquella libertad que conviene a su organismo; pudiendo ser esta libertad muy inteligente y móvil, como en el hombre, o simple y poco móvil, como en los otros animales. De tal manera queda sometida al organismo, que si una parte de ella se mueve por sí misma, también es ella conducida por los apetitos del organismo» (*Schopenhauer*).

LII

No cabe duda, pues, de que el *Soberano Bien* de Kant no sea el mismo *Soberano Bien* de Platón, menos el misticismo; es decir, que lo que en el filósofo griego era pura metafísica teológica, pura moral dogmática y religiosa, en el filósofo alemán moderno vino a ser una metafísica racional, una moral independiente de todo dogmatismo religioso, pero eudemonistas ambas, si no puede negarse que el Soberano Bien esté ligado a la Soberana Felicidad que el mundo y Dios dan a los que han sabido buscarla por la práctica de la virtud, que es el más seguro camino para hallarla, como lo tiene reconocido la filosofía científica por el examen de los hechos y con *experiencia* universal.

LIII

Este Soberano Bien de Platón era una cosa vaga, un engendro de su misticismo, de sus ideas indo-egipcias sobre el alma y el cuerpo, sobre las metamorfosis y transformaciones de los seres, la trasmigración de las almas o metempsicosis, y parece que él lo usaba como un *Deux ex máchina* (1) al servicio de sus creencias esotéricas y sus prácticas de ocultismo. Así se desprende del siguiente pasaje de la *Apología* de Apuleyo, o sea la defensa que este filósofo platónico se hizo ante el Procónsul cuando lo acusaban de profesar y ejercer la magia; defensa que San Agustín calificó de *copiosissima et disertissima oratio*: «El que intenta un proceso capital a un Mago, como mis acusadores me llaman, ¿podría con todas las escoltas, todas las precauciones, todas las vigilancias imaginables evitar una inevitable y oculta pérdida? No, jamás; y, por consiguiente, acusar a un hombre de ese

(1) «*Deus ex machina*; Dios por medio de máquinas o invención maravillosa. Lo maravilloso y sobrenatural resolviendo un enredo». Diccionario de Rodríguez Navas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Nacional Patrimonio Documental

crimen, es no creerlo culpable de él. Sin embargo, es éste uno de aquellos cargos que la ignorancia intenta comúnmente contra los filósofos. ¿Indagan algunos de ellos las causas puras y simples de la existencia de los cuerpos? Se les proclama impíos que reniegan de los dioses, como Epicuro, Anaxágoras, Leucipo, Demócrito y los otros que toman la defensa de la naturaleza. ¿Escogen otros por objeto de sus curiosas investigaciones la providencia que ha ordenado el mundo, y adoran a los dioses con entusiasmo? Se les da entonces vulgarmente el nombre de magos, como si porque ellos saben que tales maravillas se operan, supiesen ellos operarlas! De este número fueron en otro tiempo Epiménides, Orfeo, Pitágoras y Ostanes, y más tarde recayeron las mismas sospechas contra Empédocles, a causa de su *Catharma*; contra Sócrates, a causa de su *Demonio* familiar, y contra Platón, a causa de su *Soberano Bien*. Me felicito, pues, de poderme contar entre tantos y tan ilustres personajes.»

LIV

Este mismo Apuleyo, en su ensayo *Del Dios de Sócrates*, trae estos conceptos que conviene conocer y retener: «Vale más que discurramos en nuestra lengua sobre las diversas especies de demonios citadas por los filósofos. De este modo, os traeré a un conocimiento más claro, más completo, del instinto de presentimiento que poseía Sócrates y del Dios que tenía por amigo. En un sentido, el alma humana, aun cuando esté encerrada en el cuerpo, se llama también un Dios, «Este ardor, estos transportes, ¿nos vienen de los cielos, o cada uno hace de sus pasiones dioses?» (Virgilio, *Eneida*.) Así, un buen deseo del alma, es un Dios favorable. Es desde este punto de vista, como ya atrás lo dijimos, desde donde, según algunos, los hombres felices son llamados *eudémonos*, esto es, gente cuyo demonio es bueno, es decir, gentes de quienes

el alma posee la virtud perfecta. En nuestra lengua (el latín), atreviéndome a una traducción tal vez impropia, la expresión equivalente sería *genio*. Escojo esta voz, porque el Dios que ella representa y que es nuestra alma, a pesar de que goza de la inmortalidad, nace en cierto modo con el hombre. Así, pues, las oraciones que se formulan en nombre del *Genio* y de Génita, me parece que explican cómo se compone nuestro sér, porque acoplan en esas dos palabras la idea del alma y del cuerpo, cuyo conjunto y reunión nos hacen lo que somos.»

LV

«De la misma manera—sigue diciendo Apuleyo—Sócrates, en todas las circunstancias en que le fuese preciso consultar guías diferentes de la sola prudencia, obraba según los presagios de su Demonio, obedeciendo con exactitud sus consejos, y haciéndose por ello más agradable a su Dios... Cuando tales predicamentos ocurrían, decía él que oía (estas son las propias palabras de Platón), cierta divina voz. Y no se crea que Sócrates recogiese los presagios salidos de la boca de un cualquiera. Como un día que, fuera del recinto de la ciudad y sin testigos, estando sentado con Fedro a la sombra de un árbol frondoso, oyó una voz que le recomendaba no atravesar la pequeña corriente del Iliso antes que hubiese calmado por una retractación al Amor, ofendido por alguna violenta sátira suya. Por lo demás, si él hubiera tenido la costumbre de observar los oráculos, más de una vez habría encontrado algunos que lo determinaran; cual vemos nosotros que sucede frecuentemente a personas que, por su confianza superticiosa en los presagios, se dejan guiar, no por su corazón, sino por palabras de otro; hombres que, deambulando de calle en calle forman su opinión por lo que oyen decir, y piensan con sus orejas nada más, puede decirse, en vez de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sede de Patrimonio Documental

pensar con su inteligencia. Por lo demás, y sea lo que fuere, los que escuchan las palabras de los intérpretes de presagios oyen una voz semejante a las que cien veces han herido sus oídos, y no pueden revocar a duda que esa voz sale de una boca humana. Pero, al contrario, Sócrates declara haber oído no una voz, sino *cierta* voz. Por esta palabra agregada nos hace él comprender que no se trata de una voz ordinaria, de una voz humana, pues si se adoptara este último sentido, habría sido inútil añadir «*una cierta*»; habría sido necesario más bien decir «*una voz*», o «*la voz de alguno*» como cuando la cortesana de Terencio exclama: «*¿Acaso no he oído la voz de mi soldado?*». Pero cuando se dice: «He oído una cierta voz», es porque se ignora de dónde ha salido o que aun se duda si se la ha oído; o bien se deja comprender que ella tiene algo de insólito, de misterioso, como la que, según Sócrates, llegaba a él de un modo divino en las ocasiones necesarias. Hay más aún: yo creo que no sólo sus oídos, mas también sus ojos, le revelaban por señales exteriores la presencia de su Demonio. Porque muchas veces no era una voz, sino una señal divina lo que él decía habérsele ofrecido; y ese signo pudo haber sido la figura de su Demonio mismo, que sólo Sócrates distinguía, como el Aquiles de Homero distinguía a Minerva... (*Apuleyo*).

LVI

«Yo pienso que el mayor número de entre vosotros no cree sin vacilar esto que vengo diciendo, y que la figura de ese demonio que frecuentemente se dejaba ver de Sócrates, os parece una cosa demasiado maravillosa. Pero los pitagóricos (y es un testigo muy idóneo, es Aristóteles quien nos lo enseña), los pitagóricos se admiraban mucho cuandoquiera que alguno pretendía no haber jamás visto demonios. Y si, pues, cualquiera puede tener la facultad de contemplar su divina imagen, ¿por qué tal privilegio no hubiera sido concedido especialmente a Sócrates, cuya amplísima sabiduría le había levantado al igual de cualquiera poderosa divinidad? Porque nada se parece tanto a un Dios, nada le agrada tanto, como un mortal cuyo corazón es perfectamente puro, y que aventaja tanto a los demás hombres cuanto él mismo dista de los dioses inmortales (*Apuleyo*).

LVII

«Plegue al cielo que el recuerdo y el ejemplo de Sócrates nos sirviesen de estímulo a nosotros! ¿Por qué no entregarnos bajo tan felices auspicios al estudio de una filosofía semejante, aun desagradando a esos mismos dioses? No sé en verdad qué engaño nos aleja de tal camino; es ésta una extravagancia que me parece inexplicable. Todos los hombres aspiran a la *Soberana Felicidad* (sinónimo de *Soberano Bien*) en este mundo; y por otra parte saben que no viven sino por el alma; que es preciso cultivarla para vivir *felices*; y, sin embargo, no la cultivan. Y es manifiesto que quien quiere tener una vista aguda, cuida sus ojos, con los cuales vemos; si quiere correr con agilidad, cuidará de sus pies, con los cuales corremos. Asimismo, si queréis ser un púgil vigoroso, fortaleceréis esos brazos, con los cuales se lucha. Y así de los demás miembros: todos nos reclaman cuidados particulares, según el uso a que se les destine. Estando estos principios unánimemente reconocidos, no me canso de reflexionar en una contradicción tan chocante, y de admirarme asaz (lo que se concibe muy bien) del abandono en que los hombres dejan el cultivo de su alma por medio de la razón. Porque, en fin, la ciencia del vivir a todos es igualmente necesaria. No sucede lo propio con la música o la pintura, habilidades que un hombre de bien puede desdeñar sin que se le vitupere su moralidad, sin que se le grite:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

¡qué vergüenza! ¡qué escándalo! Yo no sé tocar la flauta como Ismenias; pero no me siento humillado por no saber tocar flauta. No sé pintar como Apeles, ni esculpir como Lysipo, pero no me avergüenzo, por no saber hacer estatuas ni pinturas. Todas éstas y las demás artes se puede ignorarlas sin rubor. Pero, decid si os atrevéis: «Yo no sé vivir bien; yo no sé vivir como los Sócrates, los Platón, los Pitágoras, y no me avergüenzo de ignorarlo, de no saber vivir». He ahí lo que jamás tendréis el atrevimiento de proclamar! (*Apuleyo, Del Dios de Sócrates*).

LVIII

Como nos importa mucho tener alguna idea neta de las famosas doctrinas de Platón sobre la moral, base de la Legislación, vamos a traducir algunos pasos de la obra del mismo Apuleyo, especial sobre *esa doctrina*, que el filósofo de Madaura ordenó en tres libros, así: I, *Filosofía aplicada a la naturaleza*; II, *Filosofía aplicada a la moral*; y III, *Filosofía aplicada al razonamiento*. Veamos, pues, lo más esencial de la moral de Platón, según su comentador, discípulo y ferviente admirador.

LIX

«El principal objeto de la filosofía moral es el de saber por qué medios se puede alcanzar *la vida feliz*. Pretendo probar aquí, por tanto, que nada podría conducirnos más directamente a la vida feliz, complemento de todos los bienes, que las doctrinas profesadas sobre esta materia por Platón» (*Apuleyo*).

LX

«De los bienes, según él, los unos existen por sí mismos, y esos son los primeros y más excelentes; los otros son el resultado de una percepción. Los primeros son el Dios supremo y aquella inteligencia que el mismo Platón llama *Noun*. Siguen luego los bienes que se originan en aquéllos y que son las virtudes del alma: La prudencia, la justicia, el pudor y el valor. Pero de todas las virtudes, la primera es la prudencia; la segunda, por su rango y por sus efectos, es la continencia; después de estas dos viene la justicia, y, por último, viene el valor. Platón establece entre los bienes la siguiente diferencia: que los unos son divinos por sí mismos, de primer orden, esencialmente simples; que los otros son humanos y que no se les puede mirar como unos mismos para todo el mundo. Consiguientemente, los bienes simples y divinos son las virtudes del alma; los bienes humanos son los que no pertenecen sino a algunos, que se refieren a ventajas corporales, y que llamamos externos»... (*Idem*).

LXI

«El hombre, al venir al mundo, no es ni absolutamente bueno, ni absolutamente malo: su naturaleza lo inclina tanto a un estado como al otro. Ambos gérmenes son inherentes a su sér desde que nace; y serán los diferentes modos de EDUCACIÓN a que se le someta, los que desarrollarán los unos o los otros. Así, pues, los encargados de educar a los niños deben dedicarse ante todo, ardientemente, a inspirarles amor a la virtud; y así, por la moral que les inculquen, por los principios de que los penetren, es su deber habituarlos a obedecer, ya sea como subordinados o como superiores, a las leyes de la justicia. Consiguientemente, es preciso, antes que todo, ponerles en estado de conocer que tal cosa debe observarse, tal otra evitarse; que ésto es honesto, que aquéllo es vergonzoso; que tales actos procuran honor y *placer*; que tales otros nos llenan de vergüenza y de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

infamia; que debemos, en fin, buscar resueltamente lo honesto, que es al mismo tiempo lo bueno» (*Idem*).

LXII

«Platón reconoce tres especies de caracteres. Llama el uno superior y excelente; a otro, absolutamente inmoral y depravado, y el tercero, que participa de los otros dos, lo califica en el término medio. Es de este término medio del que él quiere que participen, tanto el niño dócil, como el hombre dispuesto a seguir las vías de la moderación, aliando el mérito a la modestia. Asimismo, hay, según Platón, un tercer estado intermediario entre la virtud y el vicio, estado de que resultan algunas acciones loables y otras dignas de reprobación. Entre la ciencia sólida y la ignorancia hay también una tercera categoría, caracterizada por la audacia y la jactancia; entre el pudor y la licencia quedan la continencia y la intemperancia; entre el valor y el temor, se sitúan la desvergüenza y la cobardía» (*Idem*).

LXIII

«Platón dice que contra las tres partes del alma se dirigen los ataques de tres vicios. La prudencia se ve asaltada por la indocilidad, que, sin pretender abolir la ciencia, rechaza, sin embargo, una enseñanza metódica. Nuestro filósofo nos muestra dos variedades de este vicio, cuales son la impericia y la fatuidad; la primera, enemiga de la ciencia; la segunda, de la reflexión. El principio irascible tiene por antagonista la audacia, tras la cual marchan la indignación y la insensibilidad, llamada en griego *aorguisia*. Esta última disposición no contiene los impulsos de la cólera, sino que los reemplaza por una apatía rayana en estupor. A la codicia se junta la lujuria, es decir, los apetitos voluptuosos, los deseos, aquella ansia inextinguible de goces y de sensualidad. De la lujuria nacen la avaricia y el desorden: aquélla procediendo contra la liberalidad; éste, agotando por sus prodigalidades excesivas patrimonios enteros» (*Idem*).

LXIV

«Según Platón, la virtud es el estado más noble y más perfecto del alma. La virtud asegura al mortal que con ella se identifica, un equilibrio moral, una calma, una firmeza, que no solamente por las palabras, sino por los actos, le mantendrán constantemente en armonía consigo mismo, y con todo lo que le rodea. Estado que es mucho más fácil de adquirirse, si la razón, ejerciendo su imperio sobre el ánimo, domina siempre y refrena los apetitos y la irascibilidad» (*Idem*).

LXV

«La virtud es una, simple, porque es de la esencia de lo bueno el no necesitar de auxiliares, y lo que es perfecto está bien aunque esté solo. Y no es nada más que por su excelencia real, mas también por la regularidad de sus formas, como la virtud se reconoce. En efecto, de tal modo está ella en relaciones consigo misma, que en sí misma halla su congruencia y sus proporciones. Secundariamente reconoce Platón virtudes medias y virtudes superiores: éstas, sin exceso ni defecto; aquéllas, lindando con los vicios. Así, el valor toca por un lado con la audacia, por el otro con la timidez. La audacia es un exceso de confianza; el miedo, un mal producto de la pusilanimidad. Hay virtudes perfectas y las hay imperfectas. Estas son las que tiene todo individuo de la sola naturaleza, o que son sólo el fruto del estudio, la conquista de la razón. Son perfectas las que se componen de todos estos elementos variados. Platón piensa que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

las virtudes imperfectas no se acompañan las unas a las otras; en tanto que las perfectas son solidarias y se ayudan entre sí. Y lo que lo determina a pensar de este modo es que, si el mortal dotado de un carácter superior llama en su auxilio el trabajo, el hábito y un método disciplinado que se funde en la sólida razón, no encontrará en la vida obstáculo que no logre vencer» (*Idem*).

LXVI

«Hace corresponder Platón las diferentes virtudes a las diferentes funciones del alma. En la razón se apoya aquella virtud que contempla y discierne los objetos y que él llama sabiduría, y ciencia; ciencia en cuanto se aplica a conocer las cosas humanas y las cosas divinas; se la llama prudencia en cuanto sabe discernir el bien y el mal y lo que hay de intermediario entre uno y otro. La parte irascible es aquélla en que residen el valor, la firmeza y la energía, que nos son necesarias para la ejecución de los actos impuestos por la severa autoridad de las leyes. En fin, la tercera parte del alma, la de los deseos y los apetitos, es necesariamente el asiento de la abstinencia, por cuanto ésta, con su presencia, produce el equilibrio necesario entre las buenas y las malas inclinaciones del hombre. Pues, si por una parte, la pasión nos arrastra a la satisfacción de nuestros gustos y a una vida poco elevada, por otra parte, la abstinencia es una fuerza razonada y grave que refrena la voluptuosidad. Sobre estas tres partes del alma obra una cuarta virtud, *la justicia*, que se esparce y se distribuye entre ellas de una igual manera, y cuya saludable influencia las pone a todas en estado de cumplir más fielmente sus atribuciones. Esta última es llamada, por nuestro divino Platón, unas veces justicia, otras veces la designa bajo el nombre de virtud en general; algunas veces llega a llamarla fidelidad.

Pero en todo caso, considerada desde el punto de vista de la utilidad que ella procura a su poseedor, ella es la benevolencia; considerada en sus relaciones externas, ocupándose con celo de lo que es útil a los demás, se la llama y es propiamente la justicia» (*Apuleyo*).

LXVII

«Hay aún otra especie de justicia que, en la división vulgar de las virtudes, ocupa el cuarto rango: es la que se confunde con la santidad (y en griego *hosiotis*). Esta santidad se subdivide en conocimiento de la liturgia, de las ceremonias religiosas, y en ciencia de mantener o restablecer la concordia y la unión entre los hombres» (*Idem*).

LXVIII

...«Es justo, además, que aquel a quien su naturaleza o su trabajo han puesto en posesión de una superioridad real, sea preferido, cuando se trata de honores y prerrogativas, y que los malos ciudadanos sean privados del brillo que dan las dignidades. En general, cuando se trata de conferir o de prorrogar los honores, el principio más propio para que tengan éxito las gentes de bien y sean reprimidos los facciosos, consiste en que todo en el gobierno *se subordine a la utilidad general* y que los proyectos sediciosos, así como sus autores, sean reducidos a la impotencia» (*Idem*).

LXIX

(Compárese con la primera proposición de Bentham, en sus principios de Legislación, Cap. 1.°, del *Principio de la Utilidad*, que dice: «La felicidad pública debe ser el objeto buscado por el legislador; la

utilidad general debe ser el principio de razonamiento en legislación. Conocer el bien de la comunidad de cuyos intereses se trate, eso es lo que constituye la ciencia; hallar los medios de realizarlo, he allí lo que constituye el arte».)

LXX

«Cuanto a esta última ciencia (la ciencia de gobernar) que él llama *politiki*, quiere Platón hacérnosla considerar como digna de ser colocada entre las virtudes. Según él, la previsión exigida en política no debe manifestarse solamente en los actos administrativos, sino que, todas las miras, todas las intenciones deben contribuir de una manera igual *a la prosperidad y a la felicidad del país*. Así, por ejemplo, esa previsión tendrá dos maneras de servir los intereses morales de la ciudad, a saber: en cuanto ella establezca la ley, y en cuanto establezca la autoridad o poder judicial; aquélla será el ejercicio que hace a el alma bella y vigorosa, cual la gimnasia para el cuerpo; ésta, semejante a la medicina, puesto que quiere curar las enfermedades del alma, como la medicina cura las del cuerpo» (*Idem*).

LXXI

(Compárese con el siguiente pasaje de Bentham, citado por Dumont en su *Discurso preliminar* a la Legislación: «No fué—dice Bentham allí—en los libros de derecho donde hallé medios de invención o modelos de método: fué más bien en las obras de metafísica, de física, de historia natural, de medicina. Leyendo algunos tratados modernos de esta última ciencia, quedé sorprendido ante la clasificación que ella hace de los males y de los remedios. ¿No se podrá—me dije—trasladar el mismo orden a la legislación? ¿El cuerpo político no tendrá también su

anatomía, su fisiología, su nosología, su materia médica?».)

LXXII

«Entre los bienes—sigue diciendo Platón—hay algunos que debemos buscar por lo que ellos son en sí, como la serenidad perfecta, los goces honestos. Otros hay, como la medicina, que no deben ser buscados por lo que son en sí nada más. Y los hay todavía de una tercera clase, que deben ser buscados por esas dos consideraciones a la vez: tales son, la prudencia, y las otras virtudes que buscamos primero por ellas mismas, por cuanto son en sí excelentes y honorables, y en seguida por una consideración a ellas extraña, quiero decir *por la felicidad perfecta*, resultado éste tan deseable de las virtudes. Del mismo modo debemos evitar ciertos males por lo que son en sí; otros, por motivos extraños a ellos, y otros, en fin, por esas dos razones reunidas: la necedad o estulticia, por ejemplo, y los vicios análogos, deben ser evitados primero por ellos mismos, y luego por las consecuencias perjudiciales que pueden traer consigo, esto es, sus resultados, como la miseria y el infortunio. De las cosas que son deseables hay algunas que llamamos bienes, sin ninguna restricción: éstas son aquellas que en todo tiempo y por su sola presencia nos aportan *ventajas reales*, como las virtudes, *cuyo resultado es una felicidad perfecta*. Hay otras, cuya *utilidad*, puramente especial, no se aplica en todos los momentos, ni a todos los individuos, como las fuerzas, la salud, las riquezas y todas las ventajas del cuerpo y de la fortuna. Por la misma razón, en tratándose de las cosas que debemos evitar, las unas parecen malas en todo tiempo y a los ojos de todos, como los vicios y los infortunios, las otras dañan a algunas personas solamente, y eso no siempre, como

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

la enfermedad, la indigencia y las otras calamidades» (*Idem*).

LXXIII

«La virtud proviene esencialmente de nuestra *libertad*; depende de nosotros, y debemos conquistarla por nuestra voluntad. También los vicios dependen de nuestra libertad y por ella están aposesionados de nosotros; sin embargo, no los contraemos precisamente por nuestra voluntad. En efecto, si un hombre se dedica a la contemplación de la virtud, se convencerá bien pronto profundamente de que ella es buena, de que su excelencia es incontestable, de que merece por sí misma todos nuestros esfuerzos y toda nuestra solicitud. Que examine, de otro lado, adónde conduce el vicio, y reconocerá que no sólo compromete la estimación personal, sino que desde otros aspectos él es nocivo y perjudicial. ¿Cómo concebir, pues, que un hombre sufra espontáneamente el yugo del vicio? Es porque al seguir la vía por donde lo empujan las pasiones, al correr tras los goces con que él espera que ellas habrán de colmarlo, es entonces mismo engañado por un fantasma de bien y se precipita al mal como por una especie de cálculo. Porque, en fin, ¿tendríamos sentido común si, reconociendo la diferencia que hay entre *la pobreza* y *la riqueza* y disponiendo de facilidades para escapar a una pobreza que no tendría nada de honorable y para poder obtener una opulencia que no tendría nada de infamante, prefiriésemos a ésta la privación completa de todo lo que es necesario? Vamos más lejos aún en el absurdo: ¿se comprendería el que un hombre desdeñara la salud y prefiriera la enfermedad? Asimismo, el tipo de la demencia, ¿no sería el de un hombre que con los ojos del alma viese la belleza de la virtud; que por la experiencia y la razón reconociese su *utilidad*; un hombre que no ignorara todo el deshonor y todos los

desastres que nacen del contacto de los vicios, y que, no obstante, prefieriese entregarse a ellos? (*Apuleyo*).

LXXIV

«De las cosas que son en nosotros, lo que hay de bueno y loable en primer término, es la virtud. Es porque ella es un bien para el que la practica, por lo que se la puede llamar honesta, pues nosotros no calificamos de honesto sino lo que es bien, como llamamos torpe lo que es mal. Y en efecto, lo que es torpe no podría llamarse razonablemente bien» (*Idem*).

LXXV

(Compárense las dos proposiciones anteriores con los siguientes pasajes de Bentham: «Para el partidario del *principio de la utilidad* la virtud no es un bien sino por los placeres que de ella se derivan: el vicio no es un mal sino por las penas que son su consecuencia. El *bien moral* no es *bien* sino por su tendencia a producir bienes físicos; el mal moral no es un *mal* sino por su tendencia a producir males físicos. Pero cuando decimos *físicos*, entendemos las penas y los placeres del alma lo mismo que las penas y los placeres de los sentidos. Tomamos al hombre tal cual está constituído actualmente».)

LXXVI

(«Es costumbre representar a la *virtud* como opuesta a la *utilidad*. La virtud, se dice, es el sacrificio de nuestros intereses a nuestros deberes. Para expresar ideas claras sería preciso decir que hay intereses de diferentes órdenes, y que diversos intereses, en ciertas circunstancias, son incompatibles. La virtud es el sacrificio de un interés menor a un interés mayor; de un interés momentáneo a un interés durable; de un

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Área de Referencia Documental

interés dudoso a un interés cierto. Toda idea de virtud que no se derive de esta noción, es tan obscura como precario el motivo en que se la funde.»)

LXXVI

«La salud del cuerpo, el vigor, la exención de sufrimientos y los otros bienes exteriores de este género, como también las riquezas y las otras ventajas que atribuímos a la Fortuna, no deben, pues, ser llamados bienes de una manera absoluta. Porque si, aun poseyéndolos, dejamos de hacer uso de ellos, serán inútiles; y, por otra parte, si los usamos en una dirección culpable, hasta llegarán a sernos perjudiciales. En fin, si abusamos de ellos, nos expondremos a caer en los vicios; y como hasta el último momento es imposible tener a la vez vicios y gozar de los bienes, es preciso rigurosamente concluir que estos últimos no merecen tal nombre de una manera absoluta. Asimismo, lo que constituye una pena, como la pobreza y las otras situaciones de ese género, no debe ser mirado de un modo absoluto como un mal. En efecto, que un hombre posea una mediana fortuna, si sabe moderar sus gustos, no experimentará ningún daño; que sea pobre, y si sabe conformarse cuerdamente con su posición, no sólo no se tendrá por desgraciado, sino que se hará mejor y más capaz de soportar otras pruebas. De que se sigue que la pobreza no es un mal en sí misma, si sabemos sobrellevarla según las reglas de la razón. La voluptuosidad tampoco es un bien o un mal, de un modo general y absoluto. Porque, así como hay una voluptuosidad honesta, adquirida con acciones gloriosas y honorables, voluptuosidad que no debemos rehuir; en la misma manera hay otra rechazada por la propia naturaleza, por cuanto es fruto de torpes deleites, y Platón quiere que ésta sea proscrita» (*Idem*).

LXXVIII

«Según Platón, hay cuatro clases de *culpables*: 1.ª Los hombres constituídos en altas dignidades; 2.ª, los miembros de un gobierno oligárquico; 3.ª, la de los oclocráticos, y 4.ª, la de los tiranos... La oclocracia se constituye cuando la multitud indigente prevalece sobre la fortuna de los ricos, y el pueblo ha podido hacer proclamar esta divisa: «Oportunidades iguales para todos poder llegar a los honores». Hay poder tiránico cuando un hombre, rompiendo con audacia los valladares de la legalidad, invade por una agresión no menos criminal, el imperio ya desordenado, establece como única ley que todos los ciudadanos obedecerán a sus deseos, a su capricho, y exige honores y tributos sin límites ni fin... El modo o forma de gobierno que le parece más ventajoso por sobre todos los demás, ha de ser un temperamento de las tres formas: monárquica, aristocrática y democrática, pues estas dos últimas, solas y sin restricciones, no le parecen practicables... Tanta debe ser, sigue diciendo el filósofo, la moralidad general, que aquellos a cuya guarda y abnegado desprendimiento es confiada la república, no deben mostrarse accesibles a ningún amor del oro o de la plata; que no aspiren, so pretexto de cuidar los intereses generales, a enriquecerse personalmente; que su hospitalidad no se ejerza en favor de ciertos privilegiados con exclusión de los demás; que su mesa y su residencia sean ordenadas de tal suerte, que gasten en festines públicos las rentas que les otorgan sus administrados. Lejos de creer Platón que las faltas de los gobernantes puedan quedar impunes, piensa, al contrario, que deben ser obligados a rendir una más estrecha cuenta, cuanto más elevado sea el cargo que se les confió» (*Apuleyo*).

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

LXXIX

«Según nuestro filósofo, la malicia en el hombre no es espontánea, pues siendo la injusticia una afección desordenada, una enfermedad del alma, de ello se deduce evidentemente que los hombres no son injustos de propio movimiento... De donde puede inferirse que es el vicio el que corrompe las almas, originariamente buenas; y que un hombre que quiere perder a otro hombre se hace más mal a sí mismo que el daño que pudiera causar a aquél contra quien dirige sus maquinaciones. Pero si causar daño a otro es un mal entre todos deplorable, hay otro mucho más funesto aún, quiero decir, la impunidad del culpable. Sí, el más terrible estado, el más horrible de todos los suplicios, es el ver que quien ha causado el daño queda impune y sin la condigna animadversión de los hombres...» (*Apujeyo*).

LXXX

«A los ojos de todos, dice Platón, el estado soberanamente feliz es aquel en el cual se poseen los bienes y se sabe evitar los vicios. Gozamos de una primera parte de esa felicidad, cuando, por la saludable actividad de nuestro espíritu, nos garantizamos los resultados que hemos obtenido; gozamos de la otra parte cuando nada falta de lo que constituye la vida perfecta y nos limitamos a la sola contemplación. Y estas dos felicidades tienen ambas su fuente en la virtud; y para embellecer el alma, santuario augusto en que ella reside, no hacen falta los adornos exteriores que los hombres miran como bienes. Sin embargo, los usos de la vida común exigen que se den al cuerpo los cuidados indispensables, y que nos procuremos la posesión de recursos que vengan del exterior; con una reserva, no obstante, que se les santifique de cierta manera por la virtud, y que esos objetos no vengan a ser una ocasión de felicidad sino por el concurso de la virtud, sin la cual no se les podría considerar como bienes. No en vano se ha dicho que sólo la virtud puede procurar la perfecta felicidad, pues que sin ella no se podría hallar ésta en ningún otro goce. Sí; (y ésta es nuestra íntima persuación), es sabio el que sigue, el que imita a Dios: el que se dirige tras las huellas de Dios. Tal es el origen del precepto: *Epou Theo*, sé Dios!» (*Idem*).

LXXXI

«Pero no es solamente en el curso de su vida cuando el sabio debe hablar de una manera digna de los Dioses y guardarse de lo que pueda desagradar a su majestad santa: lo mismo será cuando se despoje de su envoltura mortal, lo que no hará nunca sin el consentimiento de Dios. Pues aunque tenga en sus manos el poder de darse la muerte, y aunque sepa que al abandonar esta morada terrenal entrará en un porvenir mejor; no obstante, a menos que una ley divina le imponga esta determinación como una necesidad, el sabio no debe apresurar la hora de su muerte; y pues la pureza de su vida anterior le honra, debe luchar para que su fin le honre también, y que su reputación lo tranquilice ante la posteridad. De suerte que cuando entre en posesión de la inmortalidad, la filosofía, como recompensa a una vida piadosa, le promete la morada de las criaturas afortunadas, morada en que se juntará a los coros de dioses y semidioses» (*Idem*).

LXXXII

«Dotado el hombre de la perfección que para él deseamos—sigue diciendo Platón, adelantándose a Cristo—*se abstendrá, no solamente de hacer mal a sus semejantes, sino de devolverles mal por mal*. En efec-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

to, no mirará él como ultrajantes ni las injurias de los malvados, ni todas las que pueda soportar con una resignación paciente y firme. Una ley de la naturaleza ha grabado en el alma esta verdad: que nada de lo que el vulgo estima como un mal, puede dañar al sabio. Por esta razón, fuerte en su buena conciencia, goza de una seguridad, de una calma, que no lo abandona en toda su vida: Primero, porque todo lo que le sucede se lo explica según las teorías de un optimismo absoluto; y luego, porque ningún acontecimiento puede excitar en él ni turbación ni cólera, estando como está perfectamente convencido de que el cuidado de su destino pertenece a los dioses inmortales. Semejantemente, cuando el día de la muerte se aproxima, lo aguarda con serenidad y sin angustias, porque tiene fe en la inmortalidad de su alma. Libre de las ataduras del cuerpo, el alma, bien lo sabe él, reemigra (*remigrat*) al seno de los dioses; y, gracias a los méritos de una vida casta e irreprochable, ha sabido hacer de esta misma vida una prueba de merecimientos que le asegura la beatitud celeste» (*Idem*).

LXXXIII

«Un hombre que deteste la virtud dejará predominar en sí el gusto por las voluptuosidades torpes. El sabio, al contrario: la perspectiva de un placer, por más vivo que se le suponga, jamás lo determinará a obrar si la acción no comporta también provecho honesto para su virtud. Apasionado por estos nobles goces, no podrá menos que llevar una vida honorable y conquistarse así, junto con la admiración general, un tributo cierto de elogios y de gloria. Gracias a estos felices privilegios, no solamente aventajará a los demás, sino que la alegría y la serenidad serán su exclusivo patrimonio para siempre. Cuando sufriere la pérdida de sus más caros afectos, no se

dejará abatir por la desesperación, ora porque él saca de sí mismo todo lo que va derecho a la felicidad, ora porque los principios y la voz de la sana razón le vedan tales desconsuelos. Si se afligiera en tal circunstancia, sería, o por causa del muerto, porque lo creyera reducido a un estado peor, o por causa propia al verse privado de una tan íntima amistad. Desde luego, es preciso ahorrase todo dolor que tenga por causa el amor a los muertos mismos, pues bien sabido es que ellos no sufren ninguna pena, y que si sus intenciones han sido puras, habrán tomado rango en medio de criaturas más perfectas; y por lo que hace a nosotros, no debemos entregarnos a tales dolores, por cuanto el hombre que ha colocado en sí mismo todas sus esperanzas y temores, sabe que ninguna adversidad puede acarrearle la pérdida de la virtud, posesión suya que no se le escapará jamás. Así, pues, el sabio no será triste. El fin de la sabiduría es que aquel que la busca alcance al mérito de Dios; su trabajo especial debe ser el de rivalizar por su conducta con la perfección divina; resultado que podrá obtener siendo perfectamente justo, piadoso y prudente. En consecuencia, no será sólo por teorías contemplativas, sino también por una práctica laboriosa (de las buenas obras), como realizará el hombre un plan de conducta igualmente acepto a los Dioses y a los hombres. Porque el soberano de los dioses no se limita a abrazar con su inteligencia la universalidad de este mundo; sino que recorre toda la extensión, las últimas partes como las primeras, como las intermedias: todas las conoce íntimamente; y es su providencia, tan admirablemente ordenada, la que mantiene este inmortal conjunto» (*Idem*).

LXXXIV

Las dos proposiciones anteriores, especialmente, nos presentan la doctrina de Platón en toda su gran-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

deza histórica: Aquí aparece el Dios Unico, soberano aun de los mismos dioses del paganismo. Aquí su Providencia, conservando el inmortal ordenado conjunto del universo, en todas y cada una de sus partes. Aquí el alma inmortal y las recompensas celestes a que las buenas intenciones y las buenas obras hacen acreedor al hombre justo. El sabio no es triste, agrega: *Igitur sapiens non erit tristis*, único pensamiento, en este climax de su doctrina, que no aparece luego prohijado por el cristianismo, si bien Cristo personalmente tampoco fué triste. El ascetismo apareció mucho tiempo después entre los primeros cristianos, como una revivicencia de la secta judía de los Esenios, o con las extremadas e imitadas doctrinas de los estoicos, despreciadores orgullosos de los placeres y denodados sufridores del dolor, que no consideraban como un mal, pero que tampoco recomendaron como un bien, cual lo recomiendan y practican los ascetas: de donde proviene su tristeza personal y la que les imprimen, inútilmente, a la vida y al mundo.

LXXXV

Aparte las doctrinas metafísicas, que en Platón se adelantan al cristianismo, en tanta y tan sorprendente manera, que de este filósofo griego no faltaron quienes propusieran la canonización (Guignebert, *Le Christianisme médiéval et moderne, Pág.* 182, *édition* 1922); aparte esas doctrinas, conviene retener el admirable principio de moral independiente, reconocido y recomendado ya por Platón 400 años antes de Jesucristo, a saber: *debemos abstenernos de hacer mal a nuestros semejantes y de devolver con otro mal el que a nosotros pueda hacérsenos*. La ley mosaica, anterior a Platón, mandaba: *Ojo por ojo, diente por diente* (Exodo, XXI, 24), ley que Cristo reformó así: *No resistáis al mal; antes a cualquiera que te hiriere*

en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra (San Mateo 5, 38 y 39). *Oistéis que fué dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo* (Levítico, XIX, 18). *Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen* (San Mateo 5, 43 y 44). Schopenhauer resume así el principio (dice él) de todos los moralistas modernos: *No dañes a nadie; por el contrario, haz a todos los demás cuanto bien puedas*. Y el mismo filósofo cita un precepto, también fundamental, que (dice él), Hugo Grocio atribuye a Septimio Severo, emperador romano (193 a 211 D. C.): *Quod tibi fieri non vis, alteri ne feceris: No hagas a los demás lo que no quisieras que te hicieran a ti*. Y está demostrado históricamente que para la época de Cristo, los rabinos Hillel y Gamaliel, el maestro de San Pablo, habían modificado el principio moral mosaico, de aborrecer a los enemigos, contenido en el Levítico, así: *No hagas mal a nadie*, principio de equidad apenas, ensanchado y vivificado en la Nueva Ley, como ya vimos, y como se repite en San Juan, XIII, 34: *Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros: como os he amado, que también os améis los unos a los otros...*

LXXXVI

Esta breve noticia de las ideas de Platón sobre moral, política y legislación, resumidas y expuestas por un discípulo suyo para quien la lengua griega era como la suya propia, nos lo deja apreciar, aunque diga lo contrario Schopenhauer, como un filósofo también eudemonista, que hace equivalentes el *Soberano Bien* y la *Soberana Felicidad*, o hace a ésta efecto inmediato de aquél; y que aun para el otro mundo, o estado transmigratorio, ofrece a los hombres sabios, a los que saben ajustar sus acciones a los buenos prin-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cipios, las recompensas de *felicidad perfecta* con que su filosofía, como luego y siempre la religión, premia a sus escogidos. ¿Qué es la virtud en esta filosofía, qué son el bien y el mal? Virtud es felicidad, bien y mal son placeres y penas. Para gozar de la vida feliz, en este y en cuantos mundos y cuerpos conozca el alma en sus transmigraciones imaginarias, es preciso ser virtuoso, porque la virtud produce más placeres que penas; y si el precepto es que imitemos a Dios, que seamos Dioses y que subamos a los coros afortunados de los Dioses y Semidioses, sin duda será porque esa recompensa consistirá en un placer infinito, exento de toda pena. En todo caso, y en esta vida terrenal, efímera y caduca, pero cierta, serán siempre verdaderas, legítimas en su lógica expresión, las siguientes proposiciones del sabio legislador moderno, Jeremías Bentham:

LXXXVII

«La naturaleza ha colocado al hombre bajo el imperio del *placer* y del *dolor*. A éstos les debemos todas nuestras ideas; a ellos se refieren todos nuestros jucios, todas las determinaciones de nuestra vida. El que pretende substraerse a esa sujeción, no sabe lo que dice; su único objeto es buscar el placer y evitar el dolor aun en el momento mismo en que rehusa los mayores placeres y se entrega a los más vivos dolores. Aquellos dos sentimientos, eternos e irresistibles, deben ser el constante estudio del moralista y del legislador. El *principio de la utilidad* lo subordina todo a esos dos móviles o motivos (de las acciones humanas).»

LXXXVIII

«*Utilidad* es un término abstracto. Con él se expresa la propiedad o la tendencia de un hecho, de una acción, a procurar algún bien o a preservar de

algún mal. *Mal* es pena, dolor o causa de dolor. *Bien* es placer o causa de placer. Lo que es conforme a la utilidad o al interés de un individuo, es lo que tiende a aumentar la suma total de su bienestar. Lo que es conforme a la utilidad o al interés de una comunidad, es lo que tiende a aumentar la suma total del bienestar de los individuos que la componen.» (*Bienestar*. Situación agradable de cuerpo, de espíritu y de fortuna: *cada uno busca su bienestar*. Larousse.)

«Un *principio* es una idea primera que sirve de base a nuestros razonamientos. Sirviéndonos de una imagen sensible, diremos que es el punto o poste fijo a que atamos el primer eslabón de una cadena. Es preciso que el principio (que también se le llama *criterio*), sea evidente: que baste aclararlo y explicarlo para hacerlo reconocer. Que sea como los axiomas en matemáticas: no se prueban directamente, pero se demuestra que no se pueden rechazar sin caer en el absurdo.»

LXXXIX

«Seremos partidarios del *principio de la utilidad* cuando medimos nuestra aprobación o desaprobación de un acto, privado o público, por su tendencia a producir placeres o penas; cuando empleamos los vocablos *justo, injusto, moral, inmoral, bueno, malo,* como términos colectivos que encierran o llevan consigo la idea de ciertos placeres y de ciertas penas, sin darles ningún otro sentido. Entendiéndose bien que se toman esas palabras—*placer* y *pena*—en su significación vulgar, sin inventar definiciones arbitrarias para excluir ciertos placeres o negar la existencia de ciertas penas. Nada de sutilezas, nada de metafísica, nada de consultar a Platón y a Aristóteles: *pena* y *placer* es lo que cada uno siente como tal, el campesino y el cortesano, el ignorante y el filósofo.»

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

XC

«Pero se dirá: Si cada uno se constituye en juez de su propia utilidad, las obligaciones dejarán de cumplirse desde que cada uno estime que su cumplimiento es contrario a sus intereses. A lo que se responde: Sí, señor, cada uno se constituye juez de su propia utilidad; así es y así debe ser. Si fuera de otro modo, el hombre no podría considerarse como un ser razonable: el que no puede juzgar de lo que le convenga o no, es menos que un niño, es un idiota. El vínculo que encadena los hombres al cumplimiento de sus compromisos, no es otra cosa que la adhesión a un interés de clase superior que se impone a un interés inferior subordinado. No se retiene a los hombres dentro de la fidelidad a los compromisos contemplando un caso aislado de fidelidad a un compromiso determinado, que puede serle perjudicial a una de las partes; se les retiene por la utilidad general resultante del cumplimiento de los compromisos; por la confianza que todo hombre ilustrado quiere que se tenga en su palabra, a fin de que se le considere digno de fe y poder gozar así de las ventajas anexas a la probidad y a la buena fama. El vínculo no lo constituye el solo compromiso, que puede ser nulo, inmoral. ¿Por qué? Porque su cumplimiento puede ser perjudicial. Es, pues, la utilidad del contrato lo que le da su fuerza.»

XCI

«Se pueden reducir fácilmente a un cálculo de bienes y de males todos los actos de la más exaltada virtud. No es rebajarla, ni debilitarla el presentarla como un efecto de la razón, y el explicarla de una manera inteligible y sencilla.»

XCII

«El *principio de la utilidad*, se dirá también, no es sino la renovación del epicureísmo, y ya se sabe los estragos que en las costumbres hizo esa doctrina: la practicaron siempre los hombres más corrompidos. Es verdad que Epicuro, entre todos los antiguos, tuvo el mérito de haber conocido la verdadera fuente o el fundamento de la Moral; pero suponer que su doctrina conduzca a los resultados que se le imputan, es suponer que la felicidad pueda ser enemiga de la felicidad misma. *Sic praeséntibus utaris voluptátibus ut futuris non nóceas*. Séneca está aquí de acuerdo con Epicuro: ¿qué más puede desearse cuanto a costumbres, que la supresión de los placeres nocivos a nosotros mismos o a los demás? ¿No es esto lo que aconseja por bueno el principio de la utilidad?»

XCIII

(Como Epicuro carga la fama de vicioso, disoluto, intemperante, impío, etc., fama cuya lana lavan los devotos a lo Tartufo, que abundan tanto en este país, traducimos aquí lo que el imparcial Larousse dice de aquel insigne filósofo, que ya Apuleyo colocó a la cabeza de los que estudiaban la naturaleza, los cuerpos y sus leyes, sin arrumacos imaginarios e ininteligibles: «*Epicuro*. Filósofo griego, nacido probablemente en Samos, discípulo en Atenas de Xenócrates. Enseñaba Epicuro que el placer es el soberano bien del hombre, y que todos nuestros esfuerzos deben dirigirse a obtenerlo; pero, lejos de hacerlo consistir en los goces groseros de los sentidos, lo ponía en la cultura del espíritu y en la práctica de la virtud. Es, pues, dice Fenelón, por una falsa interpretación de su doctrina como han podido tomar por un libertino a un hombre de una continencia ejemplar». Fué su divisa: *mens sana in córpore sano*).

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

XCIV

«Se puede obrar mal—sigue enseñando Bentham—creyendo seguir *el principio de la utilidad*. Un espíritu débil y obtuso puede engañarse no tomando en consideración—al aplicar la lógica utilitaria a un acto cualquiera—sino una pequeña parte de los bienes y los males que el acto comporta. Un hombre apasionado se puede engañar dándole una importancia exagerada a un cierto bien que no le permite ver muchos inconvenientes de otro orden. Lo que constituye a los perversos es el hábito que tienen de los placeres perjudiciales a los demás; lo que supone también la ausencia para ellos de muchas otras especies de placeres. Pero no se deben atribuir al *principio* faltas que le son contrarias y que sólo él puede ayudarnos a rectificar. Si un hombre calcula mal, no es la aritmética la que falla; es él. Si son fundados los reproches que se hacen a Maquiavelo, sus errores no provienen de haber consultado el principio de la utilidad, sino de haberlo aplicado falsamente. Así lo sintió el autor del *Anti-Maquiavelo*, quien refuta *El Príncipe* haciendo ver que sus máximas son funestas, y que la mala fe es una mala política.»

XCV

«Los que por haber leído los *Oficios* de Cicerón y a otros moralistas platónicos, tienen una noción confusa de lo *útil* como opuesto a lo *honesto*, citan frecuentemente el dicho de Aristides sobre un plan que Temístocles le consultó en reserva: «El proyecto de Temístocles *es muy ventajoso*—dijo Aristides al pueblo congregado—pero *es muy injusto*.» Se cree ver en esto una oposición irreductible entre lo útil y lo justo. Se engañan. No se trata sino de una comparación de bienes y de males. *Injusto*, es un término que presenta el conjunto de todos los males que

llegarían a resultar de un estado de cosas en que los hombres no pueden ya fiarse los unos de los otros. Aristides—si fuera cierta esta anécdota—habría podido decir: «El proyecto de Temístocles sería útil por un momento, pero perjudicial por siglos. Lo que él nos da es nada en comparación de lo que nos quita».

XCVI

«Si hubiéramos de rechazar el *principio de la utilidad* porque se puede aplicar mal, ¿con cuál otro podríamos reemplazarlo? ¿Qué regla de conducta se ha logrado hallar jamás de la cual no pueda abusarse? ¿Dónde está esa brújula infalible? ¿Se le podrá substituir con algún principio despótico que ordene a los hombres el obrar de tal o cual manera, sin saber por qué, por pura obediencia? ¿O se le substituirá por algún principio anárquico y caprichoso, fundado sobre sentimientos íntimos propios; o sobre intereses colectivos innominados, que arrollen el derecho de cada individuo, en nombre del usurpado mandato del Estado omnipotente? Entonces, ¿cuáles serían los motivos que pudiéramos ofrecer a los hombres para determinarlos a seguirnos? ¿Serán esos motivos independientes de sus intereses? Y si no aceptan nuestros puntos de vista, ¿cómo discutir con ellos. y cómo poder llegar a convencerlos? ¿A qué tribunal podremos citar a todas las sectas, a todas las opiniones, a todas las contradicciones que se agitan en el mundo, sino al tribunal *del interés común, del interés de todos*?»

XCVII

Los más recalcitrantes enemigos del *principio de la utilidad* son los que le oponen sus opiniones religiosas, como reglas de moral que pudieran ser contrarias á este principio deducido de la naturaleza de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

las cosas, puesto que reside en la facultad de sentir y arranca de ella. Pero la religión se funda también en la utilidad y ofrece penas y placeres eternos, en castigo o en recompensa de la violación o del cumplimiento de sus mandamientos; y Dios mismo, que puso al hombre bajo el imperio del placer y del dolor, no puede desamar esta doctrina que consulta su voluntad presunta de que sólo por nuestras buenas obras ganaremos la felicidad. Verdad inmutable que se confirma plenamente por la palabra de Cristo, cuando nos enseña que por su fruto se conoce el árbol y por sus acciones el hombre; agregando que el árbol que no dé buen fruto, sea echado al fuego; concordando así con la moral científica, base de la Legislación, que juzga de las acciones, de su bondad o maldad, por los resultados que ellas producen en el sujeto que las ejecuta y en el agregado social de que ese sujeto hace parte. Los dogmas y las verdades científicas se contraponen: los unos mandan, las otras convencen. El orden religioso se rige por aquéllos; el orden humano, racional, se rige por aquéllas. A este orden pertenece el principio de la utilidad, interpretación la más plausible de la presunta voluntad divina. Este principio, único que se inspira en el bien general, nos servirá de guía en estas lecciones.

1926.

CON OCASIÓN DE UN MAL LIBRO

ALGUNAS IDEAS SANAS

(*Problemas Colombianos por Alejandro López*).

I

Este buen amigo mío ha tenido la galantería de enviarme su libro «Problemas Colombianos» que publicó hace poco en París, envío que yo he retribuído atentamente remitiéndole el libro mío, también sobre problemas colombianos, «El moderno Imperialismo», que publiqué en esta ciudad y que quizá yo no había obsequiado al doctor López, como quise hacerlo en mejor oportunidad.

Desde luego, no es que se quiera establecer una comparación entre las dos obras, que no tienen de común sino la materia sobre que versan, pues el verdadero título de la mía era «*Colombia Económica*», «Breve ojeada sobre el estado actual de sus tierras y vías de comunicación, su población y capitales disponibles, en relación con sus industrias». Se tocan indudablemente los temas, pero están tratados en los dos libros desde diferentes puntos de vista y de criterio.

Yo soy individualista cerrado, seguidor de Smith a pie juntillas, y no concedo al Estado sino una limitada intervención en ciertas cuestiones, aparte de su esencial función de dar seguridad a los asociados por medio de justas leyes, ejecutadas con firmeza y aplicadas con rectitud, por poderes restrictos, indepen-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

dientes dentro de una sabia ponderación, y responsables en su alternabilidad.

Yo sostengo con Smith que el interés individual es el poderosísimo resorte que sirve de guía seguro a toda sociedad política para producir la mayor suma de riqueza con el menor esfuerzo posible, y, por consiguiente, la mayor suma de bienestar y aun de felicidad, en cuanto ella dependa de la riqueza. Y sostengo, consecuencialmente, que los capitales y el trabajo buscan su más productiva colocación y se organizan mejor, dejados en libertad, que si el Estado se entromete a indicarles a los unos colocaciones protegidas por él, y al otro, sistemas o métodos de su invención que coarten la libertad de los trabajadores para suministrarlo y de los patrones para ofrecerlo.

El doctor López, al contrario, echa de menos la dirección del Estado en todo y para todo, sosteniendo tesis tan arriesgadas como la de que Colombia no necesita inmigración y aumento de los brazos trabajadores, sino de una superior dirección, de unos buenos «conductores del trabajo», como él dice; conductores oficiales, sin duda, pues no serán los dueños de empresas los que consientan en que a su dirección de ellos, en sus negocios y haciendas, fábricas y almacenes, se substituyan unos conductores, así fueran gratuitos, que les impusieran reglamentos y ordenaciones, tal vez impracticables y en todo caso abusivos. Aquí o nunca es aplicable a este socialismo ahogador el viejo y docto refrán de que sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

Por todo el libro del amigo López corre un pesimismo que es el polo opuesto al optimismo del mío; que falta dirección, que falta acierto, que todo anda mal, que no hay seguridad ninguna para los frutos del trabajo, que Colombia toda es una Sierra Morena, un Méjico en aumentativo, donde el «Gerente de la demanda» (pues hasta la demanda ha de tener su gerente omnisciente), no sabe qué hacerse con los labradores y todo cultivador rural «tiene que dormir en la sementera abrazado a la escopeta y alerta el oído a los ladridos de su perro»... El doctor López exagera y deprime las condiciones generales del país, que son de una muy apreciable seguridad, aun en los más retirados aduares. Desde este punto de vista, el libro del doctor López siembra, no sólo la desconfianza respecto a Colombia como posible y deseable campo de especulaciones agrícolas, sino de toda suerte de actividades y labores.

Los colombianos tienen capacidades intelectuales como cualquier europeo de los mejores, pero no saben dirigirse; los obreros serían suficientes para todas las empresas que hay y para las más que pudieran establecerse, pero carecen de dirección, les faltan conductores; las tierras son buenas (y tal vez no lo concede porque no están bien situadas), pero están mal repartidas; hay que darle tierras a todo el mundo, aun a colonias extranjeras, pero situadas al lado de las grandes ciudades, expropiándoselas a sus dueños, para que nos enseñen a ordeñar, hacer quesos y mantequilla y sembrar hortalizas, intensivamente.

Se abusa del crédito de una manera escandalosa. Los comerciantes antioqueños, cuya fama de hábiles y honrados ha corrido el mundo, son unos tontos que por tal de vender o hacer que venden, les fían sus mercancías, con tres seises de plazo (dieciocho meses), a todos los carilimpios que se acerquen a sus almacenes; lo que trae por consecuencia rigurosa que esos comerciantes, que se enriquecen y prosperan a ojos vistas, se arruinan y arruinan al país que tales métodos practica. ¡Cuánto mejor no sería que imitaran a los ingleses, que no fían, o si fían es con muy corto plazo y con seguridades superabundantes!

Pero, al mismo tiempo, echa de menos el doctor López la creación en Colombia de nuevos documentos de crédito, que él llama bonos, para que la gente coloque sus ahorros y capitales circulantes y deje la

manía, que él reputa funesta, de colocar capitales en tierras, abriendo montañas a más y mejor y bregando por valorizar el territorio y entrarlo, con el hacha, el buey y la mula, y el riel, y el automóvil y los hidroaviones al rol de la civilización, en la única forma que ello es posible y proficuo.

Parece ignorar el doctor López que en Colombia hay, desde hace mucho tiempo, variados modos de colocar su dinero el que lo tiene y no quiere fundar haciendas, o trabajar con él en otra clase de empresas industriales. Desde el pagaré, con fiador a su entera satisfacción, que se hacen firmar los que dan dinero a premio en todas las poblaciones, hasta los depósitos en los bancos, la compra de acciones de éstos y de muchas otras compañías anónimas, empréstitos de los municipios, de los departamentos, de la nación en veces; todos estos valores o efectos de inversión abundan en el país a la disposición de los capitalistas o renteros, sin contar, para el pueblo y sus pequeños ahorros, las Cajas de ídem con plenas seguridades para los depositantes. El bono o bonos en que piensa el doctor López vendrán a su tiempo con una medida que él no considera ni nombra; la consolidación de las deudas internas del Estado, lo que permitiría la emisión del bono susodicho, de intereses trimestrales, y con la eterna garantía del mismo Estado imperecedero.

Pero de que no tengamos todavía ciertos papeles de crédito que se usan en Inglaterra, no se sigue, no, que estemos sin colocaciones adecuadas para los fondos de los ricos y pobres que no quieran o no puedan obtener tierras, y abrir haciendas y estancias a su gusto. Por el apego del antioqueño a la tierra, apego que le es común con todos los hombres, la inversión de capitales en tierras es un hecho plausible desde todo punto de vista, aunque esos capitales se inmovilicen y den, en los primeros tiempos, un rendimiento o renta menor que en otras imposiciones menos seguras.

A este apego a la tierra le debe el país, y Antioquia especialmente, el avance expansivo de su población y el resurgir de entre las selvas de ayer de esas bellas, nuevas y opulentas poblaciones que estamos todos admirando. Nos parece entender que el doctor López halla este movimiento extensivo muy poco de su agrado. El querría constreñir la población de Colombia (que él estima en solos 6.000,000 de habitantes, mermándole quizá unos 3.000,000), a reconcentrarse en solos 400,000 kilómetros, donde ahora esa población es más densa, y que allí, repartida la tierra como un tablero de damas, nos pusiéramos todos a practicar la agricultura intensiva, como en Bélgica y con maestros de esta nación, que (entre paréntesis) se ha sometido a los más duros trances por fundar colonias en el Congo para desahogar su exceso de población y hacerse de tierras amplias, donde poder cultivar otra cosa que flores de invernadero y rábanos y coles.

El cultivo intensivo va viniendo a medida que las tierras se valorizan por el aumento de población acumulada en grandes centros ciudadanos; y la parcelación de ellas se va verificando insensiblemente alrededor de esos grandes centros. Pero sería un atentado a la riqueza antioqueña, abandonar el pastoreo, como quisiera el doctor López, y dedicar todas las tierras del Cauca al arado para sembrarlas de cualquier cosa. En un país donde la carne vale a más de 20 centavos la libra y el cuero de un novillo vale de 3 a 5 pesos, y donde, por consiguiente, el pueblo pobre no puede comer ese alimento privilegiado, proponer la limitación del pastoreo en nuevas tierras y el abandono de ese pastoreo donde está establecido con ingentes gastos, es cosa que no parece cuerda; y como el autor de los «Problemas Colombianos» es muy inteligente y muy patriota, tiene que haber falta de comprensión de nuestra parte, porque el libro en cuestión es difuso y desordenado, cual nos parece que lo reconoce su propio autor.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Servicio Patrimonio Documental

Mal lo entienden, pues, los antioqueños que están ahora empeñados en hacer su carretera al mar (la grande obra del siglo para mantener el meridiano de la civilización colombiana pasando por Medellín, y para muchas otras cosas más), que les va a poner en las manos y al alcance de su hacha, los inmensos territorios de Occidente y su longitud de costa en el Atlántico, con la adehala de un brinco a la bahía de Solano, en el Pacífico. Mal lo entienden si no endilgan hacia allá, hacia el infinito, el exceso de su población, que hasta ahora se ha salido del perímetro sagrado (tal el cerco augural del fundador de Roma) hacia otros departamentos donde les quieren negar la sal y el agua...

II

Precisamente es una de las cuestiones que trata con buen acierto el doctor López; la que los periodistas capitalinos, muy bien inspirados sin duda, pero desatendiendo puntos de vista esenciales, llaman la dispersión de los fondos públicos en varias obras a un tiempo, en vez de escoger la que la capital mediterránea y antioceánica repute mejor para ella, y acumularle a ella todo el esfuerzo y cuando esté concluída, comenzar otra con el mismo criterio, cual si los departamentos y municipios que componen la Nación, fueran insensibles como estatuas, como los pasos de una procesión de viernes santo, cuando ya otros se comieron los panes del lavatorio y acorralaron a los que en la periferia representan las prolongaciones u órganos de expansión de la República. El doctor López demuestra que, técnicamente, ha sido conveniente la mal llamada dispersión, porque en una sola obra, ni en dos, así sean ellas importantes, no se pueden acumular todos los recursos de que logre disponer el país. Cada región tiene su tren de trabajadores que sólo con mucho costo y dificultades pueden ser

trasladados lejos de su habitual residencia y relaciones y afectos. Cada región o departamento tiene también sus especiales vías de comunicación para allegar los materiales que cada obra demanda. Llenado el cupo máximo en la obra preferida, se pierde un tiempo precioso en esperar el turno lejano para la periferia. Cada obra tiene un cupo de que no puede pasar, aunque haya dinero en mano de sobra. Un cubo se llena con cierta cantidad de agua, como dice Henry George a otro respecto; la que se le eche de más, se derrama. Como derraman ciertos ingenieros y constructores mucho dinero inútilmente por hacer pedidos de materiales sin tener modo de movilizarlos luego; muchos enrielados sin poderlos balastar, muchos terraplenes y banqueos sin poderlos enrielar, etc., etc.

Pero la razón principalísima y procera para la saludable dispersión, se le escapa al doctor López; la Geografía del país, que desde tiempo inmemorial, desde la colonia y mucho más en la república, le impuso la división en varias regiones, de intereses, recursos, necesidades, industrias y gentes diferentes, a que deben dar satisfacción instituciones y autoridades diversas también, so pena de sacrificar a las unas en beneficio exclusivo de las otras; iniquidad administrativa y de pérfida política que un célebre autor califica de tiranía, última forma que asume ese monstruo; el sacrificio de unas secciones en pro de otras, dentro de un mismo país. Que los haraganes, los ineptos, en pandilla de votos o de odios o de envidias, sacrifiquen al trabajador, al diligente, al que allega, economiza y junta, para poder dar el paso adelante y firme.

Colombia nació federalista; todos sus antiguos centros de acción y pensamiento declararon aparte su independencia y se federaron luego en un solo haz de resistencia y empuje para libertarse del oprobio y la miseria que era su lote. Los que nos regalaron el centralismo actual, no sabían de la misa la media; el espíritu vivaz del federalismo alienta en todos los ám-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bitos de la República y los que se empeñan en mantener el centralismo y explotarlo en su provecho, prestan alas a ese sentimiento, que es sinónimo de justicia, como decía el propio Núñez...

III

Creemos que nuestro amigo, doctor López, se anda un poco por los senderos del bolcheviquismo ruso con su idea despanpanante que él expresa así:

«Quien esto escribe no pierde la esperanza de que algún día lleguen a considerarse las necesidades humanas como el fenómeno social fundamental, que se manifiesta en la demanda. Entonces podría considerarse el Estado como la Super-Empresa que gobierna o controla toda empresa, y el gobierno de las naciones como el personero, procurador o gerente de la demanda, la cual es de suyo incapaz de la organización que caracteriza a todo lo que ha de funcionar como un organismo dotado de fines, así como de medios para satisfacerlos.»

Se le puede decir al doctor López que su esperanza de que las necesidades humanas se consideren como el fenómeno social fundamental, que se manifiesta o se exterioriza en la demanda; esta esperanza, decimos, se realizó para todo el mundo, menos para el doctor López, hace buenos tiempos, desde que el mundo es mundo nada menos. Suprimiendo las necesidades humanas no queda nada; los ángeles del cielo, sí acaso. Y que esas necesidades son el hecho fundamental, o fenómeno, sobre que reposa toda la Economía Política, la del pasado siglo y del presente y los que puedan venir, no es un postulado, es un axioma sobre el que descansa todo el andamiaje social, individual, presente, pasado y futuro.

Ahora, porque las necesidades sean el cimiento

sobre que se alza la fábrica económica y que la demanda sea el índice inequívoco de esas necesidades, no se sigue, no, en manera alguna que el Estado sea, ni deba ser, ni se le deje ser, el tal Super Gerente o gobernador de las industrias y mucho menos de las empresas particulares, a la moda de los bolcheviques rusos, y su monopolio de la producción económica del país. Por lo menos, es de esperarse que Antioquia y Colombia toda no estarían dispuestas a entrar por ese camino de la Nueva Economía del autor de los Problemas. Contra la tendencia a crear el estado Minotauro está la tendencia, más fuerte, centrífuga, de los departamentos y los municipios y los ciudadanos a no dejarse superabsorber y triturar y masticar por el monstruo socialístico-bolchevicante. Cada uno siente por sus propios órganos, mientras no se nos corte la cabeza para que no sintamos por parte ninguna.

Agrega el doctor López, como complemento del párrafo anterior: «La ciencia económica del siglo pasado arrastró a la política en el sentido de dejar que la empresa de propiedad particular prevaleciera sin otros límites que los que le inspiraran sus propias conveniencias, o el temor de que el competidor le hurtase la demanda que explotaba o devoraba. El gobierno era un simple gendarme listo a impedir las vías de hecho, y la demanda inerte no disponía de más arma defensiva que el ayuno o la abstinencia».

Por todo el libro se nota una tirria marcada a la verdadera economía política no contagiada de socialismo-bolchevicante, dando a entender que está pasada de moda, que no sirve. Pero en todo el libro aparece también que cuando quiera que su autor se aparta de las sanas nociones de esa antigualla, desbarra lastimosamente, como en esta cita se comprueba. La demanda o pedido de un artículo determinado, para satisfacer una necesidad, en mercado libre, jamás se ha visto inerme ante la oferta, pues siempre ha tenido como garantía eficaz la competencia, ese miedo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

cerval del productor a que su competidor le «hurtase» la demanda que él proveía y que el doctor López califica dura e injustamente de explotación o devoramiento. El estado no consentía ni consiente los monopolios sino en ciertos limitados casos de utilidad pública; y el acaparamiento indebido ha sido castigado siempre como un delito. Mas de esto a la gerencia de las industrias por el estado, al estilo bolchevique, hay un abismo.

Pero esta idea de la super-gerencia persigue al autor sin tregua. Dice luego así: «Mientras más hondo y detalladamente se entra en el estudio de problemas sociales, más fácilmente se ve cuán absurda es la tesis de que el interés general resulta de la suma de intereses individuales, juzgados desde el punto de vista de los interesados, y no desde el de la comunidad. Ya hemos sugerido cómo, al amor de una mala tarifa aduanera unos pocos importadores de arroz se han encargado de no dejar prosperar la producción indígena...»

La primera proposición general es, precisamente, de las que se llaman absurdas, porque es ella nada menos que la negación de este axioma: el todo es igual a las partes de que se compone. Si el interés general, en una sociedad cualquiera, es algo diferente, no es una misma cosa con el conjunto de los intereses individuales que lo forman, pues que venga Cristo con peones a demostrar lo contrario.

Y diría cualquier vecino que lea al doctor López: ¿Pero, qué tiene que ver esa absurda proposición con que haya una tarifa mala o buena en el país? Parece que nada relacionara esos dos hechos. Sólo que el bolcheviquismo entra en juego aquí como en casi todo el libro. El doctor López quiere entender, y hacer creer que hay una comunidad aérea, impersonal, distinta de los miembros que la formen, y que a esa comunidad o Minotauro, o estado bolchevique, deben sacrificarse los intereses de los individuos que

lo integren. El estado del doctor López y los bolcheviques es la realización de aquel famoso carro de Jagrenat, bajo cuyas ruedas quedaban aplastados los cráneos de los devotos y devotas de la bestial divinidad que adoraban.

Trae a cuento el autor eso de la tarifa que deja entrar el arroz extranjero para suplir las deficiencias del que en malas condiciones se cultiva en el país, y con el propósito de abaratar las subsitencias, porque el doctor López tiene una teoría de la Economía Nueva, sin duda, que consiste en considerar la demanda, o conjunto de necesidades por satisfacerse en un país determinado, como un capital (!!!) apreciabilísimo de ese país; lo que es la reversión más absurda que imaginarse pueda de los términos y de las ideas que ellos representan. Hay que leer, como dice Gabriel Posada Villa, hay que leer porque la proposición es tan rara, que peligra la verdad si no la copiamos:

«La demanda interna es capital que hace parte integrante de la común heredad, y cederla buenamente al trabajo extranjero, sin motivos muy justificados y compensativos acusa falta de dirección en las sociedades...»

De esta enormidad deduce el autor que la tarifa, lejos de permitir la entrada de cosa ninguna extranjera, debe cerrar el país por conservarles a sus naturales ese famoso capital, para que, con una buena dirección superomnia, se lo disfruten y aprovechen ellos solitos.

Y, naturalmente, así como la tarifa debe ser hermética contra lo extranjero, la ley debe prohibir la dañina inmigración de brazos o trabajadores extranjeros, que no hacen falta, no, pues lo que falta es dirección. «El remedio propuesto, dice el doctor López, para remediar la falta de brazos, y que no es otro que la importación de brazos extranjeros, es ineficaz, injusto y regresivo; es un emplasto que se quiere aplicar, a costa de la comunidad, para remediar un mal

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

constitucional, cuyo remedio ha de venir de adentro, como reacción del organismo social. Con aumentar en un diez por ciento la eficiencia del trabajo nacional, todo quedaría remediado, y haríamos un gran progreso en la línea de nuestro mejoramiento espiritual y material, en esta ocasión que nos parece única; pero esa mayor eficiencia sólo se lograría con una más acertada conducción del esfuerzo, con mejores métodos de manejo y de remuneración, así como con organizaciones más eficientes. El problema, es, pues, de cerebros y no de brazos, y es más justo y racional clamar por una abundancia de conducción, que por la de brazos; bastaría observar que los más espléndidos progresos de pueblos progresivos, como los Estados Unidos, los ha originado la escasez de mano de obra, como estimulante del ingenio humano, en cuanto existe una demanda, que es lo fundamental».

Como haya demanda, es decir, necesidades, que es lo fundamental, aunque no haya con qué satisfacerlas, porque donde hay modo de satisfacer las necesidades no hay estimulante para el ingenio. ¡Es colosal! También es tamañito eso de que la falta de mano de obra ha hecho los progresos de Yanquilandia, a donde afluyeron el siglo pasado más de cincuenta millones de inmigrantes, de tal suerte que en estos años postreros han dictado leyes que restringen la inmigración, porque ya la estiman super-abundante. ¿Con qué anteojos ve los fenómenos sociales el doctor López?

El adiestramiento de nuestra ineficiente mano de obra, ¿no se conseguiría o se aceleraría precisamente al contacto de obreros experimentados, llevados al país para suplir la notoria deficiencia actual? Los cerebros de que habla el autor pierden su latín ante la rutina y la haraganería de los que no se afanan por falta de competencia que los haga moverse, que los estimule en el aprendizaje. Sin contar con que hay

que poblar nuestros territorios para hacernos dignos de llamarlos colombianos (1).

---

(1) Sobre la intervención del Estado, dentro de ciertos, restrictos límites, véase nuestro libro «El Moderno Imperialismo», donde tuvimos ocasión de exponer detenidamente nuestro modo de pensar en este delicado asunto. Cuanto a las ideas del autor y su incorporación en el bolcheviquismo, véase el «programa» de estos señores y compárese con el Estado Supergerente de las industrias, que patrocina el autor de los Problemas:

«*Industria, Transportes, Comunicaciones.* a) Confiscación y nacionalización proletaria de todas las grandes empresas industriales (fábricas, hornos, minas, centrales eléctricas) que estén en manos del capital privado y entrega a los soviet de todas las empresas del Estado y de las municipalidades;

»b) Confiscación y nacionalización proletaria de los medios de comunicación que pertenezcan al capital privado (telégrafos, teléfonos, radio), con entrega a los soviet de todos los servicios de comunicación pertenecientes al Estado, a las municipalidades, etc.

»*Agricultura.* a) Confiscación y nacionalización proletaria de toda la gran propiedad raíz en las ciudades y en los campos;

»b) Confiscación de todos los bienes que constituyan los medios de producción de los grandes propietarios territoriales, tales como: edificios, maquinaria y materiales diversos; ganados, empresas para la transformación de los productos agrícolas (grandes molinerías, queserías y lecherías, etc);

»c) *Entrega de una parte de las tierras, particularmente las que estaban arrendadas,* a los campesinos pobres para que ellos las gocen, y a los campesinos acomodados otra parte (estas cuotas partes varían según las comarcas y necesidades), para ganarlos a la buena causa.

»*El comercio y el Crédito.* Nacionalización proletaria de los Bancos privados (con transmisión al Estado proletario de toda la reserva de oro, valores, depósitos, etc.) y entrega al Estado proletario de todos los Bancos de Estado, municipales, etc.

»b) Centralización de todas las operaciones bancarias, y subordinación de todos los Bancos nacionalizados al Banco Central del Estado;

»c) Nacionalización y traspaso a los órganos del Estado soviético del comercio al por mayor (depósitos, ascensores, almacenes, stocks de mercancías, etc.);

»d) *Monopolio del comercio exterior*» ...para permitir al Estado bolchevique aprovechar el monopolio de la «demanda» y gozar él solo de ese «capital», de esa «riqueza» y por medio de este delicioso proteccionismo hacer la felicidad de los desaparecidos «autónomos», reducidos a la mendicidad común con esta

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

IV

Tampoco quiere el doctor López la inmigración de capitales extranjeros en forma de empréstitos, para hacer ferrocarriles y otras obras públicas. Para él... Pero copiemos:

«Lo repito: desde mi punto de vista (que puede ser perfectamente errado), valdría más al país la construcción de cien kilómetros de vías férreas con dinero suplido con el crédito interno, que la de mil con empréstitos extranjeros. El efecto moral que produciría lo primero sería incalculable, comparado con la simple influencia material de lo segundo».

No deja casi medio de discutirlo el doctor López; con copiarlo basta para que aparezca el absurdo des-

---

nacionalización de la maldecida propiedad burguesa de la tierra... Nótese cómo NACIONALIZACIÓN y CONFISCACIÓN son sinónimos en el lenguaje bolchevique, como nosotros hemos tenido la pena de hacérselo entender a ciertos grandes diarios bogotanos, que especulan con los términos de esta Nueva economía y se desgañitan bregando por hacernos tragar entero su singular patriotismo nacionalista!!

»*Casas y habitaciones.* a) Confiscación de los grandes inmuebles. b) Traspaso a los soivet de las casas confiscadas, cuya administración correrá por su cuenta. c) Instalación de los obreros en las casas de los burgueses. d) Entrega a los sindicatos obreros de los palacios, edificios privados y públicos importantes».

En suma: el bolcheviquismo tiene por base la omnipotencia del Estado, anulando los derechos de los ciudadanos, particularmente despojándolos de sus tierras, con el pretexto de que son extensas, para obligar a todos los asalariados o pobres a dedicarse a la agricultura, quieran que no quieran y repetir la repartición cada semestre, o convertir a todos los habitantes de estos falansterios en esclavos de una oligarquía de dirigentes desalmados, cual se ve en la Rusia soviética. ¡Que Colombia se libre de estos apóstoles, más peligrosos mientras más inconcientes...!

(Las citas anteriores son tomadas de los «Cuadros de las organizaciones soviéticas, publicados en octubre de 1928 por el *Bureau permanent* contra el comunismo, Ginebra, Corraterie, 13).

concertante; pero lo salva la modestia con que reconoce que sus fenomenales puntos de vista pueden ser errados. De todas cuatro, como dicen, pero con «h» inicial. Si el país, como todo país nuevo, carece de capitales (sin nombrar la carencia de brazos), y por ese motivo y porque todavía los riesgos de los prestamistas son mayores en Colombia que en Estados Unidos e Inglaterra, el alquiler del dinero es más caro, casi el doble, entre nosotros que en aquellos centros de la finanza, es de un efecto moral asombroso (porque indica que no tenemos las entendederas al revés), tomar dinero en Nueva York al siete por ciento y hacer con él nuestros caminos de toda laya, que no hacerlos con dinero nacional al doce por ciento o más, y paralizando todas las industrias a que esos capitalillos paisanos pudieran dar y dan vida, en beneficio de la comunidad. El verdadero efecto moral poderosísimo a que debemos aspirar es a la consolidación de nuestro crédito en los grandes mercados para que la firma de la nación se cotice cada año en mejores condiciones y consigamos así capitales a rodo y al menor precio de usura que ello sea posible.

«¿Qué medios hemos creado en Colombia (se pregunta el doctor López), siquiera elementales, para ayudar al pobre en la lucha consigo mismo? El «Dejar hacer» social equivale a esto: si careces de confianza en los Bancos y en las Cajas de Ahorros—muchos de los cuales, desgraciadamente, han dado pésimas cuentas—debes resistir a consumir tus ahorros, hasta el momento en que puedas venir a engrosar la inmensa demanda de tierras, único medio de echarle un nudo definitivo a tu naciente fortuna».

Ya habíamos indicado los varios medios de que disponen en Colombia los que tienen dineros ahorrados para colocarlos con seguridad, y cómo la colocación en las tierras, tan deseada, es conveniente a más no poder. Pero copiamos al doctor López para que no se diga que le trastrocamos sus ideas, teorías y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

planes. El quiere llegar a su famoso bono del gobierno, que sí nos dará seguridad absoluta, por sobre la misma reputación de los Bancos y Cajas de Ahorros, algunos de los cuales, allá como aquí, como en todas partes, han llegado a dar malas cuentas, cual les sucede a los gobiernos y a las más sólidas instituciones en este mundo trepidante. Y no es descorazonando el ahorro por los riesgos que pueda correr como parece que se servirían bien los intereses de la nación, que estamos seguros de que son los que preocupan al autor de los Problemas.

Precisamente, podemos darle con gusto la buena noticia de que los meros «Depósitos Bancarios» aumentaron en Colombia, del 30 de junio de 1924 al 31 de agosto de 1927, en la no despreciable suma de $ 28.000.000, montando la cifra total de esos depósitos a $ 50.382,000 en la última fecha citada. Este dato y esas palabras las tomamos del Nro. 11.° de la «Revista del Banco de la República» que hemos acabado de recibir. También nos da cuenta este autorizado papel de que han sido lanzados al mercado colombiano, en este último año, «nuevos valores». provenientes de aumento en el capital de algunos Bancos y de sociedades industriales, así como de nuevas empresas, por un monto total que no rebaja de $ 14.000.000. Y para perfecta satisfacción del doctor López, y sin duda siguiendo sus conseios, el gobierno se apronta a echar a los mercados dos bonos macuencos, para la red automoviliaria el uno; para el apoyo que la nación debe prestar a las obras departamentales, el otro.

La mencionada Revista, en hora feliz publicada por nuestro gran instituto de crédito, contiene muchos datos más sobre el crédito creciente y desarrollo glorioso del país, que estamos seguros calmarán los afanes por una meior dirección y conducción, de que se muestra poseído el patriotismo rebosante, pero no bien dispuesto, ni conducente, del autor de los problemas.

Una última palabra: el parcelamiento de la tierra en huertas y granjas, que es deseable y se realiza al rededor de las grandes ciudades, tiene como reverso el dificultar la producción en grande y utilizando las máquinas. Y es esto lo que da al Tío Sam una superioridad absoluta sobre sus competidores europeos y mil veces más sobre nosotros. Por eso producen víveres baratos, que nosotros debemos dejar entrar sin gabelas, único modo de que nuestros escasos obreros puedan atender al café, la ganadería y las minas y el banano, que nos saquen la pata del barro. Y que no falten tampoco las vías de comunicación que estamos haciendo con tanto brío y que nos han de abaratar todos los goces que merecemos disfrutar los resignados y empujadores colombianos.

Admiramos el esfuerzo del doctor López, aunque no compartimos sus ideas y teorías en manera alguna por creerlas falsas y muy perjudiciales (1).

---

(1) El parcelamiento de la tierra, problema de que parece darse por inventor el Dr. López, es tan viejo por lo menos como Plinio y su disparatada queja de que los latifundios perdieron a Italia. Henry George, combate triunfalmente al belga Lavelaye, quien también desbarraba contra las grandes propiedades, aunque reconocía que los «autónomos» del continente eran más desgraciados que los «arrendatarios» del Reino Unido, cual puede verse en «Progress and Poverty», la obra monumental que parece desconocer el Dr. López, y que arrumba sus «Problemas», particularmente el Parágrafo VI del Capítulo I del Libro VI, donde podrán ver los promotores del parcelamiento la inanidad de esa medida, para promover la felicidad de las gentes y hacer reinar la justicia. Allí verán que la tendencia proficua moderna es a la concentración en todo orden de fenómenos relacionados con la producción, comenzando por el factor tierra, que reclama grandes capitales y grandes maquinarias para centuplicar su rendimiento y abaratar sus productos. Lo demás, es absolutamente superficial y de un panfilismo contraproducente... Nosotros hicimos conocer en Colombia a George y su teoría del impuesto único y sus grandes obras, en conferencias públicas y en la prensa, hace muchos años

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sistema de Información Documental

V

Mal año para la República en el libro del doctor López. Cree él, porque ignora, que la forma de gobierno adoptada por los hombres que arrojaron del suelo patrio a los conquistadores españoles, no hizo desde el nacer cosa ninguna respecto a distribución de las tierras entre sus pobladores, sino que antes bien agravó el acaparamiento de ellas recompensando los servicios de algunos libertadores con obsequiarles grandes extensiones de territorio aquí y acullá. Para el doctor López fué un oidorzuelo de fines del siglo XVIII, señor Mon y Velarde, exhumado piadosamente por don Tulio Ospina, el que, cual otro Minos o Numa, o Manco Capac o Dabeiba, llegó a la provincia de Antioquia, que yacía a la sazón en la miseria más espantosa, y con la vara mágica de la repartición de las tierras y las minas, fundación de algunas colonias y ciertas disposiciones administrativas, sacó al florecimiento del período independientino aquella perla negra de la corona de Castilla y compaña...

Tenemos la pena de disentir de medio a medio, de pared a pared, en este juicio del autor de los Problemas: el oidor susodicho no hizo lo que se le atribuye y la República ha hecho todo lo que se le niega.

Nos apena insinuar siquiera en este punto lo que fué la dominación española en América, por no agregar aflicción al afligido, y por que el doctor López podría burlarse de nosotros si deprecamos contra España hoy en día, aumentando el número de los que a mediados del siglo XIX, dice él, «pusieron de moda en los discursos callejeros las deprecaciones contra España...» Solo diremos, eso sí, antes de seguir, que no somos de los que lamentan la enjalma peninsular y que todas las maldiciones de Job en el estercolero nos parecen pocas para envolver en ellas y tirarlo al infierno el régimen de los sátrapas ultramarinos.

Que lo atestigüen, por Antioquia, las mismas citas del libro de los Problemas:

«Esta Provincia (dice el Visitador, no Gobernador, Silvestre, que fué a ella un poco antes que Mon y Velarde), se advierte con lastimera compasión del que la ve y conoce, se halla casi en las últimas agonías de su ruína».

Este veraz Visitador, cuyo informe al Virrey publicó el doctor José Vicente Uribe, ministro de Instrucción Pública, en la Revista de ese ministerio, 1882-3, nos descubrió a los antioqueños tres defectos principales, a su juicio, dos de ellos que conviene retener desde ahora, a saber:

1.° Muy amigos de tomar y dar al fiado (uso del crédito); y

2.° Muy pleitistas, esto es, muy tenaces en la defensa de su derecho y muy confiados en la rectitud de sus jueces.

Otros, que el libro llama Oficiales reales, informaban así:

«Esta provincia, por su despoblación, miseria y falta de cultura, solo es de compararse con las del Africa...»

Reténgase lo de la despoblación para 1783 fecha del informe. Esto de la falta de población es muy importante, porque se refiere precisamente a la falta de «indios» que trabajaran de balde en las minas, pues los que poblaban a Antioquia murieron con las armas en la mano defendiendo sus lares, o se replegaron lejos del alcance de los conquistadores. Este dato es de grande interés para el que quiera explicarse a derechas varios fenómenos sociales atinentes a la raza, idioma, etc., de los antioqueños.

Y el mismo señor Mon nos dice que:

«Es necesario conocer la índole de estos habitantes y el idiotismo y preocupaciones de que se hallan todos poseídos; pues en este como en los demás puntos que puedan adoptarse para la felicidad de esta

UNIVERSIDAD EAFIT

provincia, es preciso luchar contra la ignorancia y total falta de instrucción que se observan en todas estas gentes, aun en aquellas que debieran ser más cultas...»

Este cuadro desconsolador no era privativo del paisaje social de Antioquia, en los inmensos dominios de la monarquía española. Lo mismo hubiera podido decir Mon de cualquier provincia de España, inclusive la capital y sus barrios más centrales. El que no lo quiera creer que lea ciertos viajes por Castilla, ahora en estos tiempos, que publicó en Bogotá, en las «Lecturas Populares» de Jorge Roa, el ministro de España, don Fulano Llanos y Alcaraz, o dese un paseo por cualquiera de las provincias de la madre patria, de Calpe a Deva y de Vigo a Tarragona.

En materia de idiotismo, preocupaciones, ignorancia y falta de instrucción y cultura, no hay quien cargue la herramienta, porque todos son maestros, sn los reinos de España mucho más en los tiempos infelices de Mon y Velarde. Como lo proclamó tan bellamente Rojas Garrido, alguna vez, en la plaza de Bolívar de la virreinal Santa Fe, el pueblo que dió el grito de independencia el 20 de julio de 1810, inflamado por los discursos callejeros de un Acebedo y Gómez (pues la palabra del orador es siempre acción poderosísima), ese pueblo intrépido no tenía segunda camisa en toda la extensión del Virreinato. Y si los oficiales regios se dolían especialmente de la provincia que visitaban, se comprende que tenían cierto interés en ponderar su obra en pro de ella, cual lo hace Mon con no poca complacencia.

Además, no hay que olvidar que se trataba de la provincia más recóndita, más incomunicada y separada del mundo y más montañosa, abrupta e intransitable. Justamente el visitador Silvestre recomendaba la ruta Medellín-Sonsón-Victoria-Honda como la mejor para comunicarla con Bogotá. Para lo cual, sin duda, contrató en seguida el Virrey Amar la apertura

de ese camino con el señor Ramos, a cambio de una inmensidad de tierras que comenzaban en Sirgua, en las afueras de Sonsón, e iban hasta el río de la Miel. Este era uno de los pocos latifundios que conocimos jamás en Antioquia, y hace mucho tiempo que desapareció, dividido en más de cuarenta fincas de pan llevar.

El cuadro mísero del oidor desenmohecido por don Tulio, debe compararse con el paradisíaco que trazó la magistral pluma de su señor padre don Mariano, en la «Biografía de don Félix de Restrepo», con la cual se ganó un premio don Víctor Gómez, por allá en 1883-1884. Pinta allí don Mariano la vida y costumbres de los antioqueños, en las postreras dácadas del siglo XVIII, cuando nacía y crecía don Félix; la felicidad tranquila que los acariciaba en un perpetuo coloquio con el cielo y en un orden y seguridad tan absolutos que aquello provoca resucitarlo, junto con los oidores y alcaldes de monterilla y borrar de un sobón la república y sus alharaquientas y desordenadas muchedumbres.

Preguntaremos como Orgón en Tartufo: «*De qui donc se moque-t-on ici*?» ¿Cuál de los dos, el hijo o el padre, está más lejos de la verdad? Sin duda que ambos procedían de buena fe, al resucitar el uno su oidor providente, y al resucitarnos el otro la Arcadia de los poetas en el valle de Aburrá por aquellos días. Lo que parece indicarnos que tomemos un término medio prudencial y no creamos, como el doctor López, todas las hazañas con que se vanagloriaba el Oidor, ni aceptemos tampoco que el rosario por agua de beber y el acostarse a boca de oración a tizón venteado, constituyera una dicha excepcional para los moradores emparedados del valle florecido.

Por eso tenemos que negarle al doctor López, como inexactas, estas proposiciones, base de su «Cuestión agraria»:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Banco de Publicaciones Universitarias

«El Oidor llegó a la Provincia, organizó la vida social, principando por la oficial, y puso todo el mundo a trabajar, indudablemente repartiendo mejor la propiedad en que se ejercitaban entonces las actividades, la minera y la agrícola...»

Y más adelante:

«La tesis o hipótesis que vengo sosteniendo, de que el punto fundamental de la reforma de Mon y Velarde fué «el reparto de las tierras», tiene su mejor comprobación en los resultados que buscó y logró por el mismo medio en la industria que explota el subsuelo: la minería».

El Oidor no podía repartir tierras y minas de las que ya estaban adjudicadas, por buenos o malos trámites, es decir, conforme a las ordenanzas y leyes vigentes fueran ellas restrictivas o amplias, convenientes o perjudiciales. Ni el Virrey ni el propio Rey de las Españas podían disponer así a raja tabla de la propiedad particular. E insistimos en esto, que es trivial en derecho aunque fueran muy latas las facultades concedidas al señor Mon, porque el doctor López excluye del reparto las tierras nuevas o realengas, que hoy se llaman baldías, y cree que el Oidor repartió a sus gentes las tierras ya habitadas o situadas en las poblaciones, porque para el doctor López «donde no hay posibilidad de cambios no hay tierras», pues «sería absurdo suponer que un ser racional se metiese a la selva por el mero gusto de no encontrar quién le disputase esa área... Lo que debió de exigir la gente de la Provincia, 25 años antes de el grito de la independencia, no era sino el derecho de poseer la tierra que cultivasen, así como el terreno en que armasen su rancho, con la sola condición de que esa tierra estuviese en algún modo ligada a los caminos del tráfico, siquiera fuese a las veredas indígenas, ya que los españoles no habían hecho un camino, a dicho de historiadores. Esto entiendo que lo lograron de Mon y Velarde...» Porque «se convendrá fácilmente con-

migo en que dejar el poco de seguridad, de sociedad, de caminos, y por consiguiente de posibilidades de intercambio; en suma, lo poco que el concepto de Patria ha permitido acumular en el proceso lento y angustioso de la civilización; dejar repito, eso al goce de unos pocos para internarse en el monte, no lo hacen sino locos o santos...» En fin, «lo que pasó, indudablemente, fué que el Oidor autorizó la ocupación y posesión consiguiente de tierras ya asignadas por las corrompidas autoridades que le precedieron...»

No hay tal, le repetimos al doctor López: eso de expropiar tierras y minas para dárselas a otros no lo podía hacer ni lo hizo el Oidor ni su exhumante señor Ospina se lo achaca. Es hipótesis o tesis de la exclusiva invención del autor de los problemas, para darse el lujo de rendir parias a un personaje colonial y levantar sospechas contra la eficacia y solicitud de la república en favor de las clases menos holgadas de la páupera inmensidad de ruinas que sobrenadaron al diluvio de la conquista y subsiguiente régimen español, rematado por el inaudito esfuerzo de 15 años de guerra a muerte...

Lo que el señor Ospina elogia más en su héroe es el haber fundado colonias de vagos y mal entretenidos o «mendigos hábiles», como dice el doctor López, «en tierras superiores a las ya agotadas», como dice el mismo autor citando a don Tulio y al Oidor entre comillas y haciendo suyo el concepto. Luego, preguntamos nosotros: ¿en qué quedamos? ¿Repartió el Oidor tierras ajenas, dentro de la sociabilidad de que nos habla el doctor López, como las únicas que valgan la pena, aunque estén «agotadas», o repartió santamente tierras realengas y en ellas fundó con grande acierto sus colonias, que fueron luego las poblaciones de Yarumal, Carolina, don Matías, San Carlos, Amagá, etc.?

La contradicción es manifiesta y deja ver que el autor de los problemas no quiso tomarse la pena de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

fundamentar sólidamente sus juicios, aunque nos diga por ahí con modestia plausible, que:

«Confieso abrigar un serio temor de estar contemplando estos fenómenos desde un punto de vista de combate, y no desde la realidad de los hechos que conviene a quien aspira a ser ante todo verdadero, es decir, científico»!

Tiene razón el doctor: para ser científico hay que ser verdadero, y para ser verdadero hay que respetar la historia. Con sólo que hubiera el autor consultado algún texto o siquiera una colección de leyes republicanas, no hubiera escrito párrafos como el que vamos a copiar y otros cuantos de su libro:

«Sería muy interesante que personas expertas en la legislación con que la naciente República reemplazó las leyes y disposiciones españolas nos mostrasen si las nuevas instituciones republicanas vinieron a satisfacer o no el clamor de los pueblos contra el monopolio dado a los encomenderos y grandes señores territoriales por los agentes de España. Si no ando muy errado, el monopolio de las tierras y las crecidas tasas de impuestos fueron los dos motivos económicos de la lucha de emancipación, aparte de los motivos políticos que todos conocemos y aplaudimos. No sin un gran temor de errar, por deficiencia de información en asunto tan grave, me atrevo a creer que, si el régimen impositivo establecido por los españoles cambió sustancialmente, el régimen agrario no sufrió cambio tan sustancial, ni quizá mereció especial atención... La verdad, el hecho que salta a la vista, es que no hubo movimiento especial alguno respecto a la repartición de los grandes feudos territoriales, y antes bien, según entiendo la república recompensó a algunos de sus próceres con amplias concesiones territoriales...»

Un breve resumen, antes de seguir adelante: el doctor López quiere la tierra dividida en parcelas o pegujales (él dice siempre pejugales), como en Bélgica y Holanda, que son sus ejemplos fascinadores; para

lograr ese fin, según él muy benéfico, se preocupa ahincadamente del reparto de los fundos ya adjudicados, aplaude al Oidor que él cree erróneamente que repartió esas tierras ajenas y le censura duramente a la República que no haya ella repartido también... aunque se adelantara un poco a los sublimes bolcheviques rusos. Por esta clase de teorías y aquello del Estado superomnia, como el tirano del P. Mariana, que es el que nada respeta, el que rompe por todo y se lleva de calles los derechos de los vasallos, nos permitimos calificar el libro del doctor López de un tanto bolchevicazo, reconociendo, empero, que el autor es un hombre de orden, enemigo de toda violencia, que hace bolcheviquismo sin darse cuenta de ello, como el Mr. Jourdain escribía y hablaba prosa sin saberlo.

No. La República no ha repartido tierras jamás de ese modo, como no las repartió el Oidor; pero sí hay toda una legislación sobre baldíos, que nació con la República y que se ha venido perfeccionando cuanto ha sido conveniente, consultando los derechos que crea el hacha del cultivador personal o colono, y los de aquellos dueños de capitales de que nos habla el doctor López, que prefieren colocarlos en tierras y fundar grandes haciendas del maldito pastoreo, antes que entregarse a la usura y colocarlos a interés, así sea en el mirífico Bono que desvela al autor de los Problemas.

El monopolio dado a los encomenderos y grandes señores territoriales por los agentes de España, de que habla el autor empleando mal la voz monopolio, finó con la declaratoria de independencia, complementada por la de guerra a muerte que proclamó Bolívar y sus consecuencias lógicas ante el derecho de Gentes. Las encomiendas y demás propiedades raíces de los enemigos, muertos o fugitivos, pasaron a ser bienes fiscales, con los que se constituyeron los resguardos de indígenas, entre otras cosas, viniendo a ser así las antiguas encomiendas, propiedad de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los encomendados, que no de los encomenderos. Este fué el único reparto que hizo la República naciente. Félix culpa!

Abolieron también nuestros venerados mayores, al fuego de discursos callejeros, los mayorazgos, censos y demás vinculaciones conducentes a la formación de latifundios y perpetuadores de odiosas desigualdades sociales. Y, con violación de los sanos principios liberales, se decretó luego, por un General victorioso, la extinción de las comunidades religiosas, echando a la calle, aunque fuera pensionados, a los colombianos que se habían metido frailes y se vieron frustrados de su pacífico intento por una fuerza desatentada.

Los bienes raíces de esas comunidades fueron honradamente rematados en subasta pública y devueltos al libre comercio, reconociendo, honradamente también, a cargo de la República, el pagar a la Iglesia, representada por el Arzobispado, el 3 por 100 anual sobre el monto a que ascendieron los remates. Esta se llama venta forzada, que el maestro Bentham reprueba en estos casos...

Debe recordarse que la encomienda consistía principalmente en el número de indios que se atrapaban con las tierras en que esos trabajadores vivían. Se diría que era más personal que real la nefanda concesión regia; y como en Antioquia no quedaron indios sobre quienes echar la odiosa carga, allí no hubo encomenderos, y los españoles que allí arribaban al olor de las minas tuvieron que elaborarlas ellos mismos con negros esclavos que eran escasos y carísimos.

De allí la decadencia de la minería, de que hablan el Oidor, don Tulio y el doctor López. «Acabados los indios, acabadas las minas», dicen por todo lo extenso de sus obras los historiadores de la conquista y colonización, particularmente el regnícola Rodríguez Fresle, acotado cuidadosamente en nuestro libro «El moderno Imperialismo». No era aquella decadencia porque hubieran cogido grandes extensiones

mineras algunos señores, pues el inmenso territorio estaba por explotar aún y las mismas Ordenanzas de Nueva España, que a la sazón se elaboraban, siguieron reconociendo minas de las llamadas de «inmensidad», de que nos quedan ejemplos todavía en las de «El Zancudo», «Nudillales», etc.

Por esos días justamente pedía o denunciaba ante el Gobernador Urdaneta, la primera de estas minas, don Luis de Girardot, alegando que tenía su cuadrilla de esclavos sin nada qué hacer. En la extensión adjudicada denunció luego un abogado más de diez minas de las que definió y midió nuestro Código en 1867, fecha hasta la cual rigieron, con leves reformas, las Ordenanzas españolas.

El señor de Girardot, padre del gran Atanasio, decía en su denuncio, que la mina era de aluvión «con tendencias a volverse de veta», lo que importaba mucho que se tuviese en cuenta, no desde el punto de vista del derecho, que era el mismo entonces, sino del valor o estimación de la mina denunciada, pues por los medios de que se disponía en aquellos tiempos las minas de veta no podían trabajarse apenas.

Esta circunstancia, que fué capitalísima hasta que se pudieron introducir pólvora, taladros, pisones de bronce y otros implementos de minería: la escasez de brazos por no haber indios, y los tributos exorbitantes que acogotaban todas las industrias y a todas las gentes, habían reducido a cero la extracción de oro y otros cualesquiera metales, en la provincia de Antioquia y en todo el Nuevo Reino, como en el Perú, en Méjico y dondequiera que la rapacidad peninsular extendía su estrago.

No es cierto, desgraciadamente, como lo asienta el doctor López, «que la desidia y el idiotismo que dominaban en la Provincia, según el Oidor jactancioso, no eran estados permanentes, manifestaciones de una raza inferior, sino una medida de defensa colectiva en Antioquia y en toda Colombia. Los pocos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Carlos Vasco Uribe

que se habían apoderado de la tierra (sigue diciendo el copiado doctor López), trataban de convertir al resto en mano de obra; ese resto se resistía a ello al impulso de una altivez indomable y de un anhelo inextinguible de independencia personal; estaban dispuestos a volver al estado salvaje, antes que ceder a trabajar tierras ajenas al jornal, antes que plantar su rancho en tierras de otro. Los propietarios, faltos por eso de «brazos en abundancia» (las comillas son del autor copiado) también languidecían, quedando comprendidos en la denominación de idiotas y desidiosos».

Juzgue el lector de esta sociología y de la altivez indomable de esas gentes fenomenales; nosotros volvemos la hoja recordando a Say cuando dice que es fortuna para un pobre vivir junto a las puertas de un rico, porque siempre encontrará trabajo remunerado. El arrendamiento de servicios va desde el majagranzas hasta el sabio, desde el peón hasta el ingeniero, desde el albéitar hasta el médico de los reyes. La altivez va por otros caminos.

En resumidas cuentas: la parte histórica de los confusos ensayos del doctor López no corresponde a la realidad de los hechos; y si hemos alzado objeciones a ella, no hemos tenido otro propósito que rectificarla, para que la audacia del autor no induzca a los inexpertos en funestos errores. Todavía escribiremos algún artículo más sobre este tema, por el grande interés que él tiene para todos los antioqueños. Nos parece que el autor de los Problemas trata la tierra y el modo de trabajarla con criterio «europeo»; nosotros querríamos que se empleara con ella el criterio «americano». Ya veremos las diferencias, y que el lector escoja.

No cerramos por hoy sin recordarle al doctor López que el señor don Pedro Restrepo Puerta, contemporáneo de don Félix y su primo, fué el Juez Poblador que, en nombre de la República, repartió las tierras de Titiribí, Concordia, etc., etc.; y que luego

don Indalecio y don Juan Jacobo Restrepo repartieron las de Andes, Betania, Bolívar, etc. Sonsón, por acuerdos admirables, repartió las del Samaná, Tasajo, Tenerife, Río Moro, etc., donde son Pensilvania, San Agustín, Florencia, etc. Las tierras de pobladores tenían y tienen su legislación especial, que los Tribunales reconocen y que forma jurisprudencia. En un alegato famoso del doctor Antonio María Restrepo Cadavid, por ahí del 95 y pico del siglo pasado, está reunida metódicamente, y con ella, alegada en Titiribí al contestar la demanda reivindicatoria, se le ganó el pleito a todo un doctor Juan Crisóstomo Soto...

VI

Mal año para las ciencias en el libro del doctor López. Repitiendo en todo él, de un modo fatigante y hasta pretensioso, que el problema es de «cerebros» y no de «brazos», que no se necesita ni conviene la inmigración, sino que se emplee «talento», métodos y sistemas «directivos» indicados por «conductores» muy competentes, que no se columbran en todo el país; nos sale por ahí con que «la conveniencia de la sociedad no es la de que haya muchos sabios ni doctores, sino mucho poder motor, de buena calidad, mucho espíritu de empresa, muchos conductores que informen su esfuerzo en los ideales sociales, en las conveniencias comunes. Si la educación pública no diere mucho motor, al menos que nos dé trabajadores autónomos; mas si por una errada o desacertada dirección sigue ahogando iniciativas y dispersando el poder cerebral, vendrá a unirse a las otras fuerzas sociales que tienden a producir «mano de obra», o la anhelada «abundancia de brazos», cuando la Patria reclama una actuación más talentosa de parte de las clases directivas».

Que nos explique el mismo doctor López esto del

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

poder motor contrapuesto a lo de inútiles sabios y doctores:

«Veo en todo sér humano (dice él), al considerar la faz económica, individuos cuyas necesidades se traducen en demanda de géneros y servicios que los obligan a trabajar para servir las necesidades ajenas: bien sea en empresas unicelulares (trabajadores autónomos) o en empresas multicelulares. Bien hayan los trabajadores autónomos, que si no dan trabajo a otros, al menos no tienen que confiar a otros el empleo de sus energías; se bastan a sí mismos; son unidades completas. Los pequeños negociantes, los profesionales, los artesanos, y, sobre todo, los terratenientes pequeños, pertenecen a ese grupo, que entre todos son como la columna vertebral de las sociedades, y lo son realmente de la nuestra. Quedan una gran cantidad de hombres, que no son automotores, y que se pueden repartir en otros dos grupos, que corresponden a lo que en la jerga de mi profesión se llama poder motor y material rodante; unos pocos que arrastran, y muy muchos que han de ser enganchados».

...Si no son los sabios y doctores los que arrastran y los ignorantes y tontos los que son o deben ser arrastrados; si no hay poder motor en aquéllos, si esos sabios no informan su esfuerzo en los ideales sociales, ni son de buena calidad, ni tienen espíritu de empresa ¿dónde y cómo se pueden hallar los conductores que sirvan de algo? ¿O estos hombres, puesto que no han de ser sabios ni doctores, han de tener el cerebro dispersado y no poseer conocimientos ningunos? ¿Será más talentosa la actuación del material rodante que la de las clases directivas actuales? ¡Arduidad invencible del problema!...

Esta desacertada repudiación de la ciencia, que es sabiduría, nos recuerda, de paso, que dos químicos alemanes, en lo recóndito de sus laboratorios, sin poder motor ninguno a su alcance, destronaron en

un santiamén al azúcar tropical y al añil, con el descubrimiento del azúcar de remolacha y con las anilinas. El poder motor sin los conocimientos científicos sirve de poco; esto lo sabe todo el mundo. Queríamos simplemente hacer constar esta chocante contradicción del autor de los Problemas. Sólo que al seguir por ese camino, nuestro viaje no tendría término.

Porque en el mismo párrafo copiado resalta otra contradicción más curiosa: resulta que según la Economía Nueva del doctor López, el hombre no trabaja y cava y suda para satisfacer sus necesidades, gustos y deseos, como lo creía y lo palpaba la Economía vieja y pasada del siglo XIX, sino que trabaja y suda el hombre, descuaja montes, profundiza el mar, etc., «para servir las necesidades ajenas!». Es un modo raro y confuso y falso de enunciar los fenómenos del cambio, que al primero que hiere con su absurdo es al autor; quien a renglón seguido nos hace la apología del trabajador autónomo, aquel que, siendo unicelular, se basta a sí mismo, es una unidad completa que no da su trabajo a otros; luego ese unicelular, ese autónomo, esa unidad completa, ese que se basta a sí mismo, no satisface sino sus propias necesidades, no trabaja para otros, nada tiene que ver con las necesidades ajenas, luego es falsa la proposición avanzada con tal aparato de novedad por el autor de los Problemas...

Nos da pena seguir, pero no se puede menos. Va otro montón de... anomalías.

«...Poco a poco se fué formando una economía cerrada (?) en el comercio de carnes; la selva antioqueña iba cayendo para dar lugar al cultivo extensivo y por demás costoso de los pastos para el ganado de cría, y esa economía cerrada, a la vez que daba buenas ganancias a los ganaderos, dificultaba la formación de la granja y del pejugal (sic), que es el único medio de trabajar intensivamente la tierra y de sostener una mayor cantidad de población, una población

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

más densa, sin la cual el problema de las comunicaciones se dificulta o hace imposible dentro de escasos recursos, sin la cual es casi imposible el nacimiento de nuevas industrias que vengan en apoyo de la agrícola, por el aprovechamiento económico de los subproductos.»

Dice en seguida el doctor Alejandro López de esta industria de la ganadería, «que es, tal vez, lucrativa para sus propietarios, pero no para la comunidad...». Y remata proponiendo que se la cambie por otras, entre ellas la del «algodón», de la cual dice:

«La sola industria de algodón, con sus posibilidades de consumo interior y de exportación, daría lugar a que se abrieran inmensos horizontes para esas tierras y esa población (habla de las tierras del Cauca antioqueño, «dedicadas hoy a la dulce industria del pastoreo», contra la cual clama en todo el libro, no sin reconocer expresamente que la carne es más cara en Colombia que en Inglaterra, lo que parecería indicar a otros que no al doctor López, la necesidad de intensificar la ganadería en dos tantos más de lo que tenemos hoy). Con ello se resolverían, de paso, otros problemas que se han planteado, como la necesidad de traer a su tierra la gran cantidad de trabajadores que se han salido a buscar trabajo en climas malsanos, y que ahora se ha visto que hacen falta en Antioquia.»

Pero más adelante cae contra el algodón, al reparar que si de milagro las lluvias y plagas dejan algo de él, no hay quién lo compre, olvidándose de la exportación en lucha con cien países que lo producen mejor y más barato, y proclama:

«Un ejemplo bien claro de esto podríamos encontrarlo en los intentos de cultivo de algodón que se han hecho en el interior del país, en donde apenas sí existen media docena de compradores de esa hebra en todo el haz central del territorio...» Y concluye con

que los infelices que se hayan metido en esa industria, serán triturados por los seis compradores que los metieron en ella, como ya ha sucedido.

Para acotar y copiar las contradicciones y contrasentidos del libro habría que copiarlo todo. No obstante, es forzoso copiar aún otros párrafos:

«El momentum comunicado al país en el sentido del *cultivo extensivo* tiene relación con la mayor parte de los problemas nacionales, estorbando, a mi modo de ver, el desarrollo económico y suscitando nuevos problemas. Tiende a producir «la abundancia de brazos» en unas regiones y la migración de la población en otras; plantea problemas agrarios; impide la concentración de la población en el área ya conquistada, adaptada y con mercados disponibles, y dificulta por eso la creación de nuevas industrias, cuya viabilidad depende de una buena demanda; con ello se agrava el problema fundamental de los transportes y se acentúa la carestía de los mantenimientos. Sugiero, en suma, que errados sistemas o métodos con que se explota la industria pecuaria están perjudicando al país todo, y que allí hace falta una dirección más intelectual que técnica; que ese no es un problema de ganaderos, sino de hombres de estado.»

En otra parte afirma:

«Otro tanto o más podría decirse de ciertas regiones de Cundinamarca y Boyacá, entregadas hoy al *cultivo extensivo,* que es el mejor medio de desparramar la población de un país, sin grandes ventajas para nadie, con graves inconvenientes para la comunidad aunque no fuera sino por la infelicidad que producen abajo, y los cacicazgos que crean arriba» (??).

Pero, al propio tiempo, nos dice en otro pasaje que:

«Y es que estamos procediendo de modo exactatamente contrario a como debiéramos, para ajustarnos a las condiciones del país: en lugar de mover la población y de concentrarla en determinados puntos,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

como en toldas de gitanos, *deberíamos regarla*, para que cada cual coma al pie del sembrado, mientras damos al producto la extrema movilidad que tiene en Europa, y así poder aplicar acertadamente principios europeos...»

Como se ve, unas veces quiere el autor concentrar la población y otras regarla; alguna vez se acuerda de que el publicista debe tener en cuenta las condiciones del país y ajustarse a ellas, y otras desearía aplicar principios europeos...

Y precisamente, creemos que el error más craso de los incontables que el libro propaga, es esta preferencia indiscreta que manifiesta en todas sus páginas por los principios, sistemas y métodos europeos, es decir, de países que llevan más de dos mil años de cavar sus pegujales, hasta sin cambiar de dueños por centurias, y nuestros países vírgenes americanos, con sus inmensidades de tierras ubérrimas para el que desee trabajarlas y hacerlas suyas y los naturales métodos extensivos de cultura que ellas comportan e imponen a sus felices dominadores.

Sin darse cuenta de ello, en el parrafito que acabamos de copiar planteó el doctor López todo el problema que anunciamos a nuestros lectores al finalizar el artículo anterior: *sistemas europeos y sistemas americanos*; *antiguo mundo, nuevo mundo*; *la estrechez de los emparedados y la amplitud de quienes tienen ante sí en panorama asombroso, las vastas soledades donde flamea su bandera y que deben ocupar y poseer realmente, dando cabida a media humanidad en sus privilegiados territorios.*

Nos parece que el haber «contemplado las tierras de Bélgica desde un aeroplano, tan divididas como un picadillo de papeles de diversos colores», como ha podido contemplar también las de Francia, Holanda, etcétera, le ofuscaron el criterio al doctor López, lo *desantioqueñizaron*, por así decirlo, y del hombre de «Horizontes» según el cuadro de Cano que elogia me-

recidamente, nos lo trastornaron en un prosélito de la granja, el pegujal, la huertecita, labrada por el autónomo que mentidamente se basta a sí mismo y no arranca en todo el año yucas para un almuerzo, como allá decimos, ni forma naciones, ni hace Patria!

Mucho menos si ese desgraciado autónomo, amarrado a su pegujal como a una galera el forzado de Dragut, ha de tener un solo y único oficio, cual lo quiere el doctor López, en su fatal economía cerrada que nos recomienda en su libro contraproducente y se rezuma de todas sus páginas. Oigamos cómo finaliza uno de los ensayos en que ha ensayado sus fuerzas de economista y hombre de estado el autor de «Los Problemas»:

«El otro principio económico es el de la repartición de las ocupaciones, y que está englobado en el de la división del trabajo. Por él sabemos que todo hombre sirve para algo, nadie sirve para varios oficios u ocupaciones; generalizando más, puede afirmarse que si en lo intelectual nos viene dando tan pésimos resultados «el cultivo extensivo de las mentes», que produce «dilettantes» y «amateurs», pero nunca expertos, la falta de concentración en el trabajo se estrella contra la ley apuntada, con las sanciones consiguientes, que en la línea de estas consideraciones no son otras que la evaporación de las fortunas nacientes. Esa dispersión de facultades se evitaría, en gran parte, dando al público un buen papel de Estado, que permita el empleo lucrativo de beneficios y ahorros sin que el dueño tenga que salirse de la actividad que le es peculiar»!!

...Y más adelante insiste ya más terriblemente:

«No viven dedicados a esa actividad (la agricultura), con exclusión de toda otra, sino los campesinos pequeños terratenientes; y de éstos, todo aquel que adquiere alguna ilustración o capital se desespecializa promiscuando en otros ramos. La escuela se encarga de desadaptar al hijo del campesino, cuan-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

do lo natural era volverlo al campo dotado de mayor fuerza de adaptación. Si es índice y síntesis de progreso espiritual que los hijos sean mejores que sus padres, es de trivial conveniencia que los hijos adopten hasta donde ello sea factible, la profesión u oficio del padre; y concretando más podría señalarse como ideal que el hijo del campesino colombiano fuese un campesino más experto y mejor armado y equipado»!!

Esta pretensión del autor a encorralar la población colombiana dentro de los 300,000 kilómetros que dice que ya tenemos domados, cada familia dentro de su respectivo *pejugal* y dentro de un solo oficio hereditario; esta fantástica resurrección de la gleba y las agremiaciones de la Edad Media, como receta para Colombia ser próspera y feliz, renunciando sin duda el resto de su territorio en favor de las casas de orates, es una de las más chuscas cosas que nuestras lecturas nos hayan permitido gozar con el favor de Dios. ¡Bueno es vivir para ver y ver por no preguntar!!...

El autor reconoce que los problemas se engranan unos en otros, y nosotros abundamos en su creencia, considerando cómo un error trae otro y otros errores, en macabro enredamiento. Al lado de la idea genial de la economía Nueva de que uno trabaja para satisfacer las necesidades ajenas, dando al diablo las propias, aparece al punto en el libro que nos sirve de derrotero para hilvanar estos renglones, esta otra, no menos genial, de que la demanda es capital principalísimo de cada nación, porque sólo donde hay demanda ajena se puede trabajar para satisfacer al fin nuestras necesidades; de que se sigue que ese capital demanda no se lo debemos ceder al extranjero así no más, y para gozárnoslo solos, debemos atajar en las aduanas todos los productos extranjeros y producir nosotros todo cuanto necesitemos, pues si esto parece tonto y sería un nacionalismo ultrado y absurdo, también será cierto que «esta fórmula de bastarse a sí propio puede que huela a nacionalismo, con ser de pura energética; basta dar al *concepto* demanda *su valor real*, cuan grande es», y así la energética salva todo, pues el médico, verbigracia, que se fabrique él mismo sus botas y chalecos, y el abogado que se diga él mismo su misa y se construya su escritorio, serán dos especímenes embrionarios de los profesores de energética que han de bastarse totalmente a sí propios, unidades autónomas y completas, que siguiendo los desvaríos de nuestro autor hemos de ver en Colombia, no muy tarde, a la vuelta de cada esquina!...

Y para que la demanda se mueva de mano en mano, como las copas en un festín, será preciso que la población viva apiñada como los náufragos del pontón de La Medusa; sin lo cual no podremos, afortunadamente, aplicar a nuestra joven e inmensa República los famosos métodos europeos. ¡Es para reír en la tarde!

Pero, tomando las cosas a lo serio, cual estos asuntos lo reclaman y nuestro aprecio y amistad al doctor López lo exigen, vamos a traducir, de dos autores eminentes, ciertos pasos de libros recientes, y muy apropiados para que el lector se dé perfecta cuenta de las diferencias que hay entre los métodos *americanos* (que parece nos convengan mejor que no los *europeos*), ya que a éstos les da la preferencia el autor de los problemas. Nos parece que el autor pierde de vista el estado físico de nuestro país, que debe reflejarse en su estado social y económico. Por un siglo, quizá por mucho más tiempo todavía, nuestra economía no podrá obedecer a normas fijas, estables, estáticas, como lo quiere López; sino que, por decirlo así, todo tendrá que obedecer a sistemas transitorios, variables a medida que vayamos conquistando y poblando y civilizando nuestro inmenso territorio. La dinámica nos empuja; hay que moverse; que mañana estemos más lejos que ayer, como dice López, citando a Longfellow...

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VII

...Como decíamos en artículo anterior, a propósito del libro del doctor López, pasarán muchos tiempos todavía en que Colombia (si ha de proceder prudente y sabiamente) desarrolle su riqueza y su civilización explotando, por sistemas extensivos, las industrias meramente extractivas, agricultura, ganadería, minería, a que la convidan la inmensidad del territorio que debe señorear, la escasa población de que dispone para esta obra gigantesca, sus escasos capitales y su esencial condición de país tropical, productor favorecido, en cierta medida privilegiado, de ciertas materias primas o artículos de universal consumo, en que la competencia de otros productores se mella, se rechaza, contra especiales ventajas con que la sola naturaleza la mejoró, con sus variados climas y su excelente posición geográfica.

Nuestro caso, nuestros problemas, son los mismos que se presentaron a los anglosajones que ocuparon la América del Norte, con las diferencias esenciales de que ellos ocuparon la zona templada y nosotros la tórrida; que ellos eran de una raza que ya había conquistado gran suma de libertad para su conciencia y para sus brazos, con la justicia por égida y el progreso por norte, y nosotros no éramos ni apenas comenzamos a ser nada de eso. Relativamente hemos hecho más gracia nosotros en nuestro siglo de república, dada la adversidad de condiciones que hemos tenido y seguimos teniendo que soportar.

Mayor incentivo para no desviarnos de la ruta amplia que nos marcan de consuno la naturaleza misma de las cosas nuevas americanas y nuestro máximo interés. No perder el derrotero, no atropellar el orden serial de nuestros progresos, parece que sea la resolución más importante de cuantas podemos tomar, ya que si erramos la dirección general del esfuerzo, cosecharemos contra el aguijón, como dijo Cristo de todo intento frustráneo y contraproducente, contrariando la ley de Parsimonia (el mayor resultado con el menor esfuerzo), ley de que nos habla el doctor López y que él viola, o aconseja que se viole, de medio a medio, en todo su libro.

La desventaja que pudiera resultarnos de ocupar nosotros el trópico malsano, se compensa con ser nuestro país afortunadamente montañoso, de suerte que disponemos en él, para vivir y trabajar, de tres zonas, cuyas temperaturas frías, templadas y cálidas, nos están indicando ellas mismas la clase de cultivos y explotaciones que a cada una de ellas conviene, sin que los rigores del invierno ni las sequías prolongadas martiricen a los pobres ni malogren las cosechas. Tampoco son frecuentes en nuestro país las calamidades que azotan al Norte, ciclones, tornados, inundaciones, etc.

Sólo la mala dirección entrometida del Estado, es decir, de los políticos al servicio, consciente o inconsciente, de las pandillas de industriales ricos que, con pretexto de proteger las industrias, se hacen proteger sus capitales a costa de los consumidores, viene a torcer ese curso natural de los negocios y a producir la vida cara y el empobrecimiento mayor de las clases proletarias.

Y el medio de que se valen es muy sencillo y aun deslumbrador para la mayor parte de las gentes: industrializar el país antes de tiempo, prematuramente, desviándolo de la ocupación y explotación del territorio, como atrás lo indicamos, hacia las manufacturas, en que tenemos rivales sin cuento y de una habilidad y perfección en la hechura del producto, que desespera a nuestros protegidos explotadores.

Este es el error capital, protuberante, asesino de nuestros esfuerzos en busca de la riqueza y el consiguiente bienestar que ella proporciona. La baja rapacidad de nuestros pretendidos manufactureros, como

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Patrimonial Documental

la de los del tiempo de Smith, ha logrado alterar en su provecho la Tarifa de aduanas y se llena los bolsillos a más y mejor con la desnudez del pueblo; ya que el hambre de estos humildes siervos se han encargado de suministrársela los señores sabaneros y demás molineros, haciéndose proteger molinos en la ardiente Costa y en los escuálidos páramos.

Porque si el esquema primordial de nuestras industrias nos muestra y nos lleva a las extractivas nada más, en mucho tiempo, dentro de esas actividades nos queda todavía campo dónde escoger, sin necesidad de protección ninguna, enriqueciéndonos nosotros y sirviendo inteligentemente los progresos y el porvenir de la nación:

La ganadería de ovinos, bovinos y caballares, caprinos, porcinos, etc., en las tierras frías y en las ardientes. Las tierras templadas se adaptan asimismo para la cría de caballos, mulas y cerdos, animales a que no les da el gusano o filaria o «nuche», que reina en ellas y que no se propaga en las calientes y frías. En las lomas y pedregales se adapta bien la cabra. A las horas que escribimos estas líneas estamos importando pésimos novillos de Venezuela y Ecuador, al tiempo que los frigoríficos en Coveñas se han quedado sin materia prima para su futuro gran comercio de exportación. Y en todo el país la carne alcanza unos precios inabordables para el pueblo. Tenemos, con pastos naturales y cerramientos naturales por los ríos y caños, toda la inmensidad de nuestros Llanos orientales, donde se producen también en las vegas de esos ríos, pastos artificiales de primera calidad.

Esta industria no necesita de protección de ninguna clase; es tan vieja como la conquista y todo mundo la conoce; el ganado, aclimatado en el país por los españoles es de lo mejor, si no lo mejor, de América, según el concepto autorizado de Cunningham Graham que lo estudió detenidamente y que había estudiado todos los de nuestros pares del continente. Puede recomendarse en la prensa a los dueños de hatos, que, como gasto muy bien empleado y reproductivo, les den sal a sus animales y los vacunen y los cuiden con esmero, pues ese es su negocio; pero no más. Todo el aparato escénico de las escuelas de agronomía, sostenidas por el Gobierno y dirigidas por técnicos alemanes, belgas o franceses, sembradores de coles y cebollas en estos pegujales, es vano derroche respecto a la ganadería y la hechura de potreros o dehesas, que ellos ni conocen por acá. Esta es, al contrario, la grande industria extensiva, la domadora y apropiadora de tierras, la que abarca y defiende territorios. El buey y el cerdo sanifican las tierras malsanas, destierran las alimañas y de ellos se venden bien hasta los cascos. Andan en sus propias pezuñas leguas y leguas, por trochas y atajos para todo otro bicho intransitables.

Las tierras frías hasta 1,000 hectáreas y las calientes hasta 2,500, están a la orden de todo el que quiera ir a cultivar la tercera parte, pues la ley mantiene el principio de que la tierra se gana por el cultivo, primero que por ningún otro título. El que arma su rancho en los baldíos nacionales y roza en rededor y siembra pasto, árboles frutales, o cualquier mata que arraigue, se hace dueño de aquéllos y dos tantos más por modo absoluto y todas las autoridades tienen el deber de defenderlo y lo defienden. Pero no meterse en tierras ya apropiadas por otros, ni esperar a que lleguen al Gobierno los bolcheviques y les repartan lo ajeno, alrededor de las ciudades, bien cómodamente, sin mosquitos ni serpientes y con la famosa demanda del doctor López del codo a la mano, en las mismas calles de las alegres y cinematográficas urbes. No; hay que ir a rebullirse y descuajar la selva, como los del Quindío, el Sinú, el Calima, Cañasgordas, Dabeiba, etc.

Al Gobierno le compete, eso sí, hacer los caminos de penetración a esas tierras eriazas, tanto para el ac-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

ceso de los pobladores, como para la utilización de los frutos y su afluencia a los centros de consumo. También nos parece patriótico y proficuo, de parte del representante de la comunidad, auxiliar a esos «pionieros», a esos exploradores, a esos abanderados de la República, con herramientas y drogas y procurar que se les formen colonias con buenas autoridades. Todo lo demás lo hará a maravilla, como lo ha hecho hasta hoy, en peores condiciones, el interés individual, la tendencia de cada cual a mejorar de fortuna, resorte mágico de todas las empresas y designios económicos.

Y no es cierto en manera alguna ¡qué despropósito! aquello que aventura decir el doctor López de esta magna industria, a saber: que puede ser ventajosa para los individuos que la practican, pero no para la comunidad, porque, según él, ocupa muy pocos brazos.

Pero el autor de los Problemas olvidó decirnos cuáles son las industrias buenas y cuáles las malas. Dogmatiza sin exponer, sin convencer.

Dos son los requisitos o condiciones para calificar de malas o de buenas las industrias, mientras la economía Nueva no disponga otra cosa: 1.° La cantidad de «trabajo productivo» que el capital empleado ponga en movimiento para cada industria; y 2.° La masa de «valores cambiables» que cada una de esas actividades añade, agrega, al rendimiento o caudal nacional cada año. («*Moderno Imperialismo*,» página 96.)

Puede haber otras industrias que muevan más trabajo productivo, brazos y máquinas, que la ganadería; pero no es cierto que con cuatro vaqueros se administre una hacienda. Hay que comenzar por hacer el barbecho en la selva virgen, sembrar los pastos y luego empradizarlos cada seis meses, con zapapica y calabozo, cercar y sostener las cercas y cuidar constantemente los animales de engorde o de cría; operaciones que emplean gran número de brazos bien remunerados, para que la industria dé sus mayores rendimientos, cual lo pregonaba ya Catón el Antiguo, citado por Smith.

Y por lo que hace a los valores cambiables o rendimiento que esta industria (entre todas proficua para los individuos y naciones que puedan ejercerla en las condiciones excelentes de Colombia), crea y reparte, tal vez no hay otra que se le pueda comparar, ni aun la misma del café.

Esta es la excelsa industria de Colombia, que acumula o reune las dos grandes condiciones a un tiempo y en grado eminente: el café emplea muchísimo brazo y mucha maquinaria y mucho agente y mucho comisionista y mucho tostador y mucho mozo que lo prepare y lo sirva, desde que se barbecha el terreno hasta que se coge el grano de la mata y se manipula diez veces y se transporta al extranjero y se vende allí y ya se evapora su perfume en el fígón donde conforta los cerebros de las gentes fatigadas...

Esta es la industria de la zona templada nuestra, donde se produce el mejor café de los que salen al mercado asombroso de Estados Unidos, que él solo consume cuanto lleguemos a producir. Y como nuestro grano se vende con un 20 por 100 por lo menos de premio sobre todos los otros, podemos seguir sembrando sin miedo a posible fracaso, pues ese privilegio de la mejor calidad nos indica que los productores de malas calidades tendrán que suspender operaciones primero que nosotros, últimos luchadores que tendríamos que retirarnos del mercado mundial.

Pero esta industria, y con ella todo el país, es víctima de dos supersticiones: la monomanía en favor de la pluralidad de industrias, y la inepta pretensión de los encargados de conservar la pureza de la raza, porque un médico indígena, que, sin duda, tiene los ojos al revés, dijo neciamente que el conglomerado de razas que puebla a Colombia, estaba degenerando.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Documental

Lo de la monocultura no existe, desgraciadamente, en Colombia, donde sería de la mayor utilidad consagrar todos nuestros capitales y brazos al cultivo del café. Pero es natural que en las zonas frías y cálida, donde esta planta no se da bien, se entreguen a otros cultivos, que distraen muchos brazos, cuales son la ganadería, la caña de azúcar, el plátano, el tabaco, el algodón, y la minería que sigue siendo industria principalísima aun estando la del petróleo gravemente amenazada con la pandorga de la nacionalización.

Si pudiera establecerse la monocultura del café, la riqueza de Colombia se duplicaría en pocos años; y es una necedad piramidal estar atacando esta fuente perenne de prosperidad, anunciando posibles catástrofes para una industria garantizada contra todo riesgo en cuanto se puede columbrar del porvenir por ojos y razones que han visto claro.

Empeñado como está el país, afortunadamente, en hacer vías de comunicación, rápidas y baratas, puede el café reírse de todos los profetas agoreros que le vayan resultando, y su desarrollo no será contenido sino por la falta de brazos, aunque sobraran capitales para emplearse en él.

Tanto el café, como la ganadería, como el banano, como la caña se prestan al cultivo extensivo y lo requieren, aunque todos esos cultivos se pueden hacer a la holandesa, a la belga y la francesa, por los famosos autónomos que se basten a sí mismos en su pegujal. Pero ¡desgraciado el país suramericano que siguiera los consejos de los economistas Nuevos y los métodos europeos que le recomiendan! Nosotros estamos obligados por la Economía Vieja, por el derecho de Gentes y por nuestra absoluta conveniencia, a seguir métodos americanos. A poblar y señorear nuestro territorio, teniendo ante nuestros ojos el cuadro portentoso que han dibujado y comenzado a pintar apenas nuestros maestros del Norte. Así como todo lo que tenemos bueno en nuestras instituciones fundamentales, a ellos se lo debemos, así mismo los vamos imitando, en pequeño, desgraciadamente, en los métodos de dominación y apropiación fecunda de nuestras tierras. Fuera de estas enseñanzas, todo lo que se propone es baladí, desusado, mezquino, trascordado, inútil, perjudicial.

VIII

Vamos a finalizar estos mal pergeñados artículos con la traducción fiel de algunos conceptos que, sin duda, harán pensar un momento a nuestros compatriotas en algo muy diferente del nacionalismo engañador, en que van enfrascándose ciertos periodistas y alebrestando a las indefensas poblaciones, contenidas en sus anhelos de progreso y aleladas ante ídolos de afrecho, que al primer viento se desmoronarán.

Citemos primero a Fermín Roz, el traductor francés de H. Croly, americano, en su libro «Las Promesas de la vida americana», 1913:

«Por mucho tiempo los americanos no vieron, porque todavía no había aparecido, ese peligro de su democracia (el poder absorbente de la riqueza acumulada, que en los Estados Unidos es combatido victoriosamente por las leyes y por la opinión). La democracia había nacido y desarrolládose en condiciones especiales, propias particularmente para inspirar confianza y optimismo. ¿Acaso no le bastaba dejarse ir y abandonarse a un destino del todo excepcional? Ciertos problemas no la preocupaban. El Atlántico la separaba de las viejas naciones, de sus competencias y de sus codicias. La virgen salvajez de territorios inmensos abría a su actividad campos sin límites. Había un puesto para todos bajo el sol del Nuevo Mundo, y no bastaba dejar obrar a todas las iniciativas: era preciso estimularlas. Cada cual debía ser libre para proceder a su voluntad, para desplegar toda su

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

energía, para desplegar todos sus recursos; esto era no sólo conveniente, sino necesario. Ese país nuevo no se limitaba a tolerar la rebatiña de todos los apetitos, sino que la provocaba. La multiplicación de sus dones, era la multiplicación de su riqueza. Vengan quienesquiera, cojan lo que puedan. La prosperidad de cada cual contribuía a la prosperidad de todos, y todos los intereses concordaban; con tal, eso sí, que no hubiera privilegio para nadie».

Que hable ahora el propio Croly:

«El americano corriente es patriota ante todo. «Los americanos, dice Emilio Reich en su obra «Success among the Nations», están llenos de una confianza tan profunda y tan absoluta en su unión y en el porvenir de sus destinos, que es imposible a la mayoría de ellos aceptar una observación que no sea un elogio. Hemos oído muchas veces en América a los oradores emitir en público dudas sobre la misma existencia de Dios y de la Providencia; argumentar sobre la naturaleza histórica o la verdad doctrinal del cristianismo todo; pero jamás hemos logrado percibir la menor sombra de duda, la más ligera falta de fe en lo que es el dios supremo de la América, quiero decir, la creencia ilimitada en el porvenir de América.» Lo que dice Reich es, en substancia, verdadero: la fe de los americanos en su Patria es una fe religiosa, si no por su ardor, al menos por su autoridad casi absoluta y universal. El aire que respiramos nos ha penetrado de ella...»

«Todas las condiciones de la vida americana concurrieron a fortalecer un optimismo fácil, generoso e irresponsable. Comparándolos con los europeos, los americanos fueron muy favorecidos. Sin el océano Atlántico y la inmensidad baldía, los Estados Unidos jamás habrían sido la tierra Prometida. Las potencias europeas se vieron obligadas, por las condiciones mismas de su existencia, a una mayor circunspección y a una menor confianza en el porvenir. Siempre estuvieron expuestas a tener que combatir por su seguridad e integridad nacionales. Con enemigos posibles e inminentes en sus diversas fronteras, y con su territorio enteramente ocupado por su propia población, esos países se vieron siempre obligados, antes que todo, a hacerse fuertes, a ser prudentes, a estar unidos y a proceder con mucho tacto en su política y en su conducta...

«La Gran Bretaña, se encontró desde el punto de vista que nos ocupa, en mejor condición que las potencias continentales. Su seguridad insular le dió más independencia respecto a los peligros y complicaciones de la política extranjera, y le permitió practicar, en lo interior, un liberalismo moderado, al par que un imperialismo sin medida, en el exterior. Hay que reconocer, empero, que la Gran Bretaña ha usado de estas facilidades con circunspección. El liberalismo británico fué fabricado casi exclusivamente para el pueblo inglés, y la paz británica para los súbditos de las colonias. La Gran Bretaña tuvo medios mayores que los de Francia para ligar sus destinos a una idea supranacional; pero la sola idea en que aquel pueblo haya creído jamás, ha sido la idea de su propia seguridad y de la prosperidad y el poderío británicos.

«Cuanto a nuestro país, en él encontramos, maximizadas, las mismas ventajas que posee Inglaterra. Los Estados Unidos están separados de Europa, no por un canal, sino por un océano. Sus dimensiones, no son las de una isla, sino las de un continente. Hemos vivido completamente libres, o poco menos, de intervenciones extranjeras, con la posibilidad de ir tan lejos como lo hemos osado en busca de un ideal político y social. La tierra estaba desocupada y su colonización ofrecía, desde el punto de vista de la extensión y la abundancia, facilidades económicas sin precedentes... En tan felices circunstancias, el Nuevo Mundo estaba destinado a ser, para sus poseedores, la Tierra Prometida, esto es, una tierra que ofrecía a

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Banco de Patrimonio Documental

sus moradores ocasiones más propicias y un porvenir mejor, que no podía ofrecerles el viejo mundo...

«En ninguna parte hallaríamos expresado (sigue hablando el autor yankee H. Croly, en el Cap., «El americano y su fe en la patria»), de un modo más formal y más claro, cómo los hijos de estas tierras entendieron, desde un principio, las promesas que ella les guardaba, que en las «Cartas de un hacendado americano», escritas por un inmigrante francés, S. J. de Crévecoeur, antes de la Revolución de independencia. Se manifiesta en ellas un conocimiento perspicuo de la diferencia entre las condiciones del viejo mundo y las del nuevo. «¿Qué es, pues (se pregunta el hacendado de Pensilvania), un americano, esta novedad humana? Es un europeo o el descendiente de un europeo; de donde resulta una extraña mezcla de sangres que no se hallará igual en ningún otro país... Se hace americano por haber sido recibido en el vasto seno de la grande «Alma Máter». Allí, individuos de todas las naciones se funden en una nueva raza de hombres, cuyas industrias y prosperidad producirán algún día grandes cambios en el mundo. Allí, cada uno recibirá por su trabajo una recompensa proporcionada a su esfuerzo; esfuerzo asentado sobre la base del «interés personal», el mayor acicate que pueda existir. Mujeres y niños que antes pedían en vano un pedazo de pan, hoy ayudan alegres, bien alimentados y diligentes, a barbechar el campo cuya cosecha exuberante será toda para la familia, sin que un Príncipe despótico, o un rico Abad, o un señor cualquiera venga a reclamar su parte... El americano es un hombre nuevo, que obra movido por principios nuevos; por consiguiente, debe tener ideas nuevas y formarse nuevas opiniones. No más para él la pereza involuntaria, la dependencia y la necesidad que lo esclavizaban a un trabajo estéril. Las penas a que hoy se somete son de una clase totalmente distinta, penas

que le dan, en cambio, con qué vivir a sus anchas. He allí lo que es un americano...»

«Esta concepción de la vida americana y sus Promesas es hoy en día tan firme y viva como lo era en 1780. La expresión de ella se ha modificado, sin duda, en el curso de cuatro generaciones de independencia política y de democracia; pero la modificación ha consistido, más bien, en ampliarla y desarrollarla, que no en quitarla de su primer puesto. El americano terrígeno, lo mismo que el inmigrante extranjero, concibe el mejor porvenir que le aguarda y que aguarda a todos los hombres de América, como un porvenir en que la prosperidad económica será mayor aún, más accesible y pródiga, que lo ha sido hasta hoy, aquí y en cualquier otra parte. Eso es lo que quiere y sería en vano pedirle que abandonara esa esperanza o se contentara con menos. En vano todos ellos hacen profesión de Cristianismo: su ideal nacional es y permanece puramente terrenal. No se acomodan, ni para ellos ni para sus hijos, con un porvenir de miseria y privaciones en este mundo, que tendría por recompensa la beatitud en el otro. Las Promesas, que tanta parte tienen en sus perspectivas patrióticas, son promesas de bienestar y de prosperidades para una mayoría siempre creciente de americanos. Más tarde, tal vez, podrán llegar a creer que le pidieron a la sola fábrica económica una mayor suma de felicidad que la que ella puede dar de sí. Los que ya disfrutan de las riquezas y que sienten la dificultad de que ellas y el confort puedan distribuir sus ventajas sobre una mayor extensión de la superficie social, acabarán quizá por hacerse a la idea de que la pobreza y la necesidad hacen parte integrante del orden social. Pero hasta el presente, esta opinión tradicional de la Europa no ha hallado eco en América. La creencia general es todavía la de que los americanos no tienen por destino la renunciación, sino el goce...»

«Los americanos del Oeste tenían ante sí una obra

gigantesca, de una importancia práctica abrumadora: la obra de someter a las necesidades de una sociedad complicada y civilizada vastas regiones vírgenes y de una gran riqueza. Tal obra unía a un gran designio social, las ventajas del interés individual. Los recursos de esas regiones no se habían desarrollado todavía y sus habitantes eran pobres. Se propusieron enriquecerse desarrollando los recursos del país, confundiendo en uno sólo los dos aspectos de su obra. La necesidad social los justificaba en lo de perseguir sus propios intereses con energía y sin escrúpulos. Las autoridades locales ni los sostenían, ni los contenían por su intervención. Las nacionales tampoco. Los solos individuos a quienes el pioniero se veía obligado a considerar, eran sus vecinos. Todo cuanto le rodeaba se los presentaba como sus semejantes en la lucha, unidos a él por intereses, sentimientos e ideas comunes a todos ellos. La obra que debían realizar exigía hombres prácticos, flexibles, avispados, enérgicos y resueltos. El pioniero demócrata que salía triunfante de la prueba, no era, en muchos aspectos, un sujeto agradable, pero rescataba su rudeza con cierta sencillez, generosidad y benevolencia naturales.

»Una homogeneidad social de especiales características, y la convicción de que un hombre era igual a otro hombre, tal fué el resultado natural y legítimo de aquellas transitorias condiciones económicas. El hombre de facultades medianas sin disposiciones y aptitudes especiales, era el que aquellos Estados de pionieros necesitaban. En aquellas regiones bravías se consideraba como una pérdida de tiempo sin provecho, la aplicación de la energía a oficios que requiriesen habilidad o una larga experimentación, o conocimientos técnicos superiores, o una consagración absoluta. La herramienta poco costosa y de fabricación fácil era el instrumento eficaz, porque se le podía usar uno o dos años y reemplazársele luego por uno mejor. Para servirse de tales herramientas, un hombre era, sin duda, igual a otro hombre. No se necesitaban materiales especiales. El labriego se veía obligado a desempeñar por modo chapucero todos los oficios. El hombre de negocios era comerciante, manufacturero, tendero. Todos eran políticos. Fué admirable el número de papeles que un hombre enérgico de aquellos tiempos pudo tener que desempeñar. Andrew Jackson fué sucesivamente abogado, juez, hacendado, comerciante, general, político, hombre de estado, y todas esas funciones las llenó con éxito brillante. En semejante sociedad, un hombre que persistiese en una sola ocupación estaba mal avenido; aunque se consagrara a su trabajo de la manera más asidua no era eficaz.»

Después de estas plumadas sobre la vida americana, los pionieros del Oeste, que son los «pobladores» que contemplan nuestras leyes sobre la materia, los colonizadores que llevó a Yarumal el oidor Mon, y que tienen el deber nacional de colonizar todo nuestro inmenso país; después de esta ojeada a la vida nueva del Nuevo Mundo, conviene que nuestros lectores conozcan y aprecien una página de André Tardieu, en su último libro «Devant l'Obstacle», en que tan reputado autor compara de una manera sorprendente la vida, métodos y sistemas americanos y la vida, métodos y sistemas europeos; de donde habrá de resultar para los lectores la convicción de que no son estos métodos, envejecidos y caducos, los que nos convienen a los colombianos: y, por consiguiente, se verá el funesto error en que está el doctor López cuando nos aconseja que todos nos dediquemos a un solo oficio y nos recluyamos en estrechos pegujales a sembrar hortalizas por el método intensivo, dejando baldías y a déspota las cuatro quintas partes de nuestro territorio...

Monsieur Tardieu reclama toda nuestra atención. Oigámosle:

«Cada pueblo obedece a una ley propia de formación nacional: su constitución física, el sentido

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

de su vida moral, la substancia de sus conceptos colectivos, el ritmo de su crecimiento, el volumen de su ganancia anual, todo eso contribuye a delinear su fisonomía. Desde todos esos puntos de vista, los Estados Unidos no tienen, en el mundo, nada que se les parezca. Si se les busca su antítesis, es Francia quien nos la suministra.

»Mil años y mucho más después del nacimiento material y moral de nuestro país, se formó el país americano por una invasión de emigrados. Los franceses son hombres de un hogar hereditario. Los creadores de la Nueva Inglaterra huían arrancándose al suyo. Por espíritu de revuelta moral o de aventura comercial, habían decidido construirse uno nuevo. Después de tres exploraciones: la española, la francesa y la inglesa, que, buscando paso al Asia, habían entreabierto la América, allá van, siempre adelante, condenados por su destino a irrumpir siempre hacia el Oeste. Hijos del movimiento, encarnan el movimiento. Más allá de la ceja verde de las costas, el desierto magnífico, virgen, ilimitado (cuya voz de llamada evocará Daniel Webster), se abre ante sus pasos. Es él quien los llama, después de una corta estada en el Norte, etapa temporal de su eterno éxodo...

»Como el agua corre sobre el mármol, así se mueve aquella ola humana. En vez de la secular fijeza que ha cristalizado en sus límites las fisonomías regionales de nuestras provincias, allí es el mudarse continuo: los de Carolina y Georgia irán hacia Alabama, el Misisipí o el Arkansas: los de Virginia y de Kentucky hacia el Idaho, el Illinois, el Misury: los de Boston y Nueva York hacia el Ohio, el Wisconsin, el Michigan, el Iowa, el Minesota. Durante un siglo, cada diez años, ocuparon territorios tan grandes como Suiza, como Inglaterra, como Italia o Francia. En 1787 eran 13 Estados: En 1926 sumaron a esos otros 35, el último de los cuales no cuenta veinte años: en tanto que en Francia no hay provincia que no remonte su origen a la época galo-romana. Entre nosotros, veinticinco generaciones adheridas a villorrios inmóviles: una nación formada por la lenta aglomeración de células sedentarias, apretadas las unas con las otras. Más allá de los mares, la caravana hacia el Oeste; un suelo que no retiene al hombre, sino que lo mira pasar. En vez de un instinto que arraiga, una voluntad que se arranca de raíz.

»Tres etapas conoció la vida de estos nómadas durante el siglo XIX, ninguna de las cuales tiene en Francia (ni en Europa) su equivalente. Primero, el «squatter» o primer ocupante, que sin recursos ningunos se avanza sólo, tumba el monte, barbecha, vende su lote, pica o abertura, y se interna más. Luego viene el estanciero que, con unos pocos fondos, edifica, siembra y cosecha hasta el día en que ya más rico, buscará mejor acomodo en otra parte. Por fin llegará el capitalista que organizará, explotará y a la postre formará un «trust». En vano sería buscar aquí el campesino de Millet, cuyos pies parece que se enclavaran en el suelo. El cultivador americano es y permanecerá siempre emigrador, y, desparramado en sus ocho y medio millones de kilómetros cuadrados, los progresos de los medios de comunicación antes estimularán su movilidad. La cuestión para él no es de sacar de una tierra escogida un fruto limitado, sino de descubrir tierras mejores, de producción abundosa, para necesidades siempre crecientes. La razón de ser no está en durar, como en Francia, sino en avanzar siempre.

»Las casas, que salen del suelo, se habitan antes de estar construídas, se venden antes de habitarlas. ¿Las ciudades? ¡Ah! no descubriréis en ellas la lenta estratificación de las ciudades francesas, inmóviles allí donde nacieron, revelando en su arquitectura la variedad de los aportes y estilos que contribuyeron a levantarlas. La ciudad del Oeste americano es hija

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Nacional

de un interés y de un momento: comenzó por una estación, un banco, un tranvía y un almacén: surgió de la decisión de un hombre o del trazado de un ferrocarril. El riel, que apenas ha comunicado las ciudades de Francia, ha creado las americanas. Los hombres se suceden en éstas como las herramientas. Estos cambian de oficio como de herramientas. El espacio a ello les invita.

»Esta vida nueva ha creado una raza nueva. Dos caracteres iniciales que la Francia ignora: la extrema inseguridad y la extrema igualdad de condiciones. El «fair chance» sirve de base: que cada uno haga su libre juego. Los ganadores en este albur no se parecerán a los negociantes casariegos crecidos a la sombra de campanarios diez siglos más viejos que ellos. Así como ignoran la localización, asimismo ignoran la especialización, carácter dominante del trabajo en Francia, según lo vió Henry James. El hijo no esperará la muerte de su padre para continuarlo en el mismo agujero. Cada uno buscará su puesto, que lo mudará luego. El libro de su vida contará cada día una historia nueva. Cuando Francia producía un Guizot, un Royer Collard, ¿cuál era el tipo americano? Andrew Jackson, abogado, juez, hacendado, jefe de partido, mercader, general, diputado, presidente, ni cultivado, ni clasificado, apto en todo y para todo.

«Raza nueva con respecto a Europa y nueva también con respecto a la Nueva Inglaterra. En el siglo XVIII la costa era la frontera de Europa. El Oeste medio y el Oeste lejano serán otro mundo. Las viejas familias coloniales que de tiempo atrás han vivido en las orillas del Atlántico, miran con malos ojos el coloso que crece a su lado. Josiah Quincy se indigna de la influencia preponderante de las gentes del Oeste en los consejos directivos, donde jamás se les ha debido admitir. ¡Cuántos sarcasmos contra «los salvajes del Misury» y contra «la población revuelta de las Bocas (del

Misisipí)». Si el Este americano se siente tan profundamente diferente de la raza que llega, ¿qué no decir de Europa? Si Boston comprende mal a Detroit, ¿por qué Paris ha de comprender bien a Denver?

»Y ha sido en el Oeste donde se ha formado el espíritu americano, según lo han observado Roosevelt, Wilson y Turner. Oigamos a Emerson: «Felizmente para nosotros, desde que el vapor convirtió el Atlántico en un simple estrecho, nuestro vigoroso Oeste rocalloso va introduciendo en el espíritu nacional un nuevo elemento continental, que nos dará todavía un genio americano». Así como el Mediterráneo modeló la Grecia, el Oeste modeló la América. De las inmensas reservas de 80.000,000 de hectáreas, constituídas por la ley de 1787, surgió un tipo, tan diferente de los Puritanos de la Nueva Inglaterra como de los Caballeros de Virginia, libertado de las influencias europeas a medida que más avanzaba hacia el Occidente. Fué el Oeste quien democratizó los Estados Unidos imponiéndoles el sufragio universal: él quien les ha brindado el crisol donde se han fundido todos los recién llegados. Es desde que surgió el Oeste cuando los Estados Unidos fueron gran potencia...

»Ese pueblo en marcha hacia la tierra prometida, no mira atrás, como el nuestro, buscando causas, sino adelante, buscando allá esperanzas. «¿Quién ha ido más lejos? ¡Yo quiero ir más lejos que él!» A este grito de Walt Whitman responde la máxima de Longfellow: «Dejad al pasado muerto que entierre sus muertos!» Y toda la filosofía de Emerson: «El respeto a las tradiciones de nuestros antepasados es un sentimiento falso: Ni Grecia ni Roma, ni las tres unidades de Aristóteles, ni los tres reyes de Colonia, ni la Sorbona, ni la Revista de Edimburgo, deben darnos la ley por más tiempo...»

»Sobre su suelo libre, que no llena todavía (puesto que la densidad media en los Estados Unidos es de 13 habitantes por kilómetro cuadrado, menos que la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

del menos poblado de nuestros departamentos), el pueblo americano vive hace un siglo una vida que no se parece en nada a la nuestra. Cuando, fijo ya el pueblo francés por la continuidad de su habitat y la antigüedad de su civilización, llevaba en sí las lecciones del Renacimiento, del gran siglo y sus filósofos, el pueblo americano no escuchaba, como Siegfried, sino los murmurios de sus florestas. En el silencio de la naturaleza, su oído, cerrado a las abstracciones, no se abrirá sino a los ruidos familiares : el remo del batelero, el hacha del leñador, el fusil del cazador. Admirad o desdeñad, prestad atención o sed indiferentes a esa brutal, incompleta, imperfecta, pero formidable poesía del trabajo humano, conquistando un mundo ; pero no escaparéis a la conclusión que de ella se desprende : entre esos dos seres colectivos, el francés y el americano, hay la misma distancia, mayor que el océano, que separa la inmovilidad del movimiento.

»La frontera americana no tiene nada que se parezca a la frontera francesa. La palabra es la misma en las dos lenguas, pero no expresa la misma idea. La frontera francesa es una línea fortificada donde se pelea y que puede ser alterada por tratados. La frontera del francés es el soldado. La frontera americana no es una línea, sino una zona, que varía, no por la guerra, sino por el trabajo : el límite movible entre la tierra explotada y la tierra virgen. La frontera del americano, no es el soldado, sino el pioniero. El papel que ingleses y alemanes han desempeñado respecto a Francia, lo desempeña en América la selva virgen : se batalla contra ella, no contra ejércitos. Para separar esos pueblos, una línea astronómica y una aduana bastan. Los Estados Unidos no tienen su Vaubán, maestro en fortificaciones...

»La unidad nacional ha sido, para los americanos, una creación artificial y casi secundaria. Los franceses han sacrificado a esa noción la libertad y la igualdad. Los americanos han largo tiempo vacilado en

inclinar, ante la unidad de la nación, los derechos del individuo y de las colectividades locales. Mientras que los franceses han tomado la nación como una premisa básica y las libertades civiles como una conquista humana, los americanos, al revés, consideran sus derechos como la causa y su unión nacional como un efecto... Aquellos derechos han sido para ellos como una constante : la nacionalidad, como una variable...

»Los franceses no podemos pretender la unidad de raza. No hay raza única. En el origen de la nuestra se encuentran el Ibero, el Ligur, el Celta, el Romano, el Germano, el Arabe, el Normando. Pero hace mil quinientos años que esos elementos se han fundido en una mezcla estable, y nunca, en ese período, ninguna gran invasión extranjera ha venido a modificarla. En el siglo XIX la población francesa se duplicó por su propio crecimiento, pues la inmigración ha sido muy limitada. En los Estados Unidos, la inmigración ha elevado los 4.000,000 de colonos del siglo XVIII a cosa de 120.000,000 ! Mientras Francia crecía de 1 a 2, la América anglosajona pasaba de 1 a 25, poblándose, no de dentro, sino de fuera, gracias a la Europa Occidental y Septentrional primero, y a la Europa Occidental y Meridional en seguida. ¡Hecho de inmenso alcance, de incalculables consecuencias !...

»Por este optimismo han llegado los Estados Unidos a ser lo que son, y porque son los que son, su optimismo se ha multiplicado por mil. ¿Cómo dudar ante el éxito prodigioso obtenido? Cuando Moisés imponía al pueblo judío su ley, le mostraba la tierra prometida. Y es una tierra de promisión la que extiende de uno a otro océano su formidable atracción : así la ha llamado Croly. No estamos, no, en nuestros viejos países donde las ocasiones son más raras que los hombres, donde las barreras sociales encuadran la suerte de cada uno, donde la especialización y la fijeza de residencias y de oficios petrifican la vida humana. En los Estados Unidos cada cual sabe que no hay

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

nada definitivo para nadie : que mañana el pobre será rico, el inquilino propietario, el obrero patrón. «Fué el grande ejército de nuestros andrajosos quien hizo nuestra opulencia», dijo Wilson, y por esta palabra se puede medir el abismo que separa los dos mundos. En todas partes hay miserias, pero a la América le falta un elemento trágico que está en la de Europa ; la desesperanza !...

»Nadie ha descrito mejor que James Bryce este sentimiento de inmensas posibilidades que se respira en América y de que la vida europea está privada : posibilidades de confort material y de confort moral, en campos sin límites, donde cada uno encuentra dónde acomodarse : donde las tierras de cultivo se ofrecen a los que llegan, en prodigiosa abundancia : en donde se producen todos los vegetales de la zona templada y la mayor parte de los de la subtropical : donde la riqueza del subsuelo iguala a la del suelo : donde el mercado interior asegura a los productores una capacidad infinita de absorción : donde las más agudas crisis se liquidan en pocos meses : donde la «oportunidad», cantada por Emerson, se presenta a cada paso, cual se alza la perdiz de los surcos fértiles al acercarse el cazador matinal. No ha sido el azar quien ha puesto la confianza en esos millares de corazones : ha sido la naturaleza, una pródiga naturaleza que nosotros no conocemos de este lado del Atlántico y que ha transformado, al acogerlos, a los modernos cruzados, que arribaron allí de las riberas del pauperismo...

»Su concepción de la vida contemporánea (para el labrador francés), dominada por la historia del terruño, se resume en una sola palabra : «propiedad». Corta es la edad moderna que hizo dueño al pueblo de ese suelo, con relación a los siglos de esclavitud que la precedieron y cuyas tristes memorias no se borran de su mente. El sabe que su familia, antes de trabajar para sí, trabajaba para otros. No ha olvidado ni los tiempos del señor, ni la lenta conquista de las libertades comunales, ni la expropiación legal por el diezmo, los tributos y gabelas...

»El suelo, una vez que pasó a manos del pueblo, vió formarse en él una aristocracia campesina, que, siempre presente, ha marcado con sello imborrable, las cosas y las ideas. Numerosas son las familias cuya residencia en las mismas parcelas data de varios siglos. Los Lemoine, de Saint Aubin, abren el mismo surco hace trescientos cincuenta años y otras 15 familias del mismo cantón de Coucy, llevan dos siglos en el mismo sitio. Los Demarcy, de Beaumont, hace quinientos años que están allí plantados : otras trece familias llevan doscientos años, otras cuantas, más de ciento. En el cantón de Soissons, las doce ramas de los Ferté, explotan, desde los tiempos de Luis XIV, cerca de 5,000 hectáreas, y así muchos otros, como los Leroux, los Duval, los Hubert, etc., etc. A ser ingleses estos hombres, habrían llegado a Lores : americanos, habrían sido reyes de industria, de la banca. Aquí, se han quedado siempre de labriegos...

«El espíritu de esta raza así formado, no puede ser sino particularista : absorbido por un esfuerzo que limitan los mojones de su campo, el picardo de entre Oise y Aisne no se deja distraer. Su mirada va hasta las fronteras de su distrito : no más lejos. Si la guerra amenaza su tierra, se hará soldado para defenderla : no se le pida más. El sentido de asociación, la noción de solidaridad, no está apenas desarrollada en él. Lo que el individuo no pueda hacer solo, que lo haga el estado : lo que éste no haga, nadie lo hará. Llamad a esto egoísmo, orgullo, impasibilidad, lo encontraréis en cada distrito. Inflexibles o intratables esos hombres tienen, por instinto, cerrado su horizonte...»

Nos parece que hasta los lectores menos avisados habrán medido la enorme distancia que separa y diferencia los métodos europeos, que nos recomienda

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

el libro inoportuno del doctor López, y los métodos americanos que se recomiendan para Colombia, con las atenuaciones que impone el medio tropical y la incipiencia de nuestra cultura y falta lamentable de una ola abundosa de inmigración que nos ayudara a dominar nuestro también inmenso territorio, donde las ocasiones y oportunidades para el que llega son iguales o mayores que las de los propios opulentos Estados Unidos...

Hemos escrito con pena contra una obra que nos ha parecido grandemente perjudicial; no por desvío contra el autor, a quien seguimos apreciando justamente, a pesar de las tonterías que escribió contra nosotros en respuesta a esta razonada y necesaria crítica.

Ginebra, 1928.

LA UNIVERSIDAD LIBRE DE BOGOTÁ

(Discurso al posesionar al nuevo Rector)

Señor doctor Arteaga, señoras y señores:

No está fuera de lugar que en el momento en que venís a prestar la promesa de cumplir fielmente los estatutos y reglamentos de nuestra sociedad educativa libre, la Universidad de este nombre, con el muy elevado y merecido cargo de rector de ella, puesto de honor a que os trajeron vuestros méritos y virtudes, debidamente apreciados por la consiliatura del instituto, cuerpo encargado más directamente de su buena marcha, yo, como presidente del consejo directivo ante quien habéis hecho la promesa reglamentaria, os dirija unas cuantas palabras que marquen distintamente el significado de esta solemnidad en la familia pensante del partido liberal.

Primero que todo, cumplo gustoso, en mi propio nombre y en el de mis distinguidos colegas, así como en el de este almácigo numeroso estudiantil y el selecto concurso que ha querido honrarnos con su presencia, el deber que todos tenemos contraído para con vos, deber de gratitud obligante, de daros nuestros aplausos por el bien que habéis estado haciendo a este plantel, y a todo lo que él significa para hoy y para mañana, en los varios cargos onerosos que en él desempeñáis con abnegacón y constancia apenas igualada por este importante cuadro de profesores y maestros que nos han venido acompañando, sin más re-

UNIVERSIDAD EAFIT

compensa a su silenciosa consagración que el testimonio de su conciencia ilustrada. ¡Bien hayan ellos, bien hayáis vos, doctor Arteaga, de este sacrificio vuestro en aras de las nuevas generaciones! ¡Que ellas os lo recompensen, así sea no más con un recuerdo cariñoso que de cuando en cuando susurre dulcemente en vuestros oídos, mientras la patria tenga la gloria de contaros en el número de los factores activos de su engrandecimiento, y haga después, en el reposo de la tumba, vuestras cenizas rebullir de gozo, según el grave sentir de dos máximos poetas, ambos educadores de memoria imperecedera, Hugo y Bello!

Ardua, dura y desdeñada ha sido en todo tiempo la carrera magistral docente en nuestros pueblos de origen español. El maestro, el profesor, el sabio, han representado, desgraciadamente, en la áspera cultura de la nación que conquistó y colonizó este continente, un papel rebajadamente secundario, si no nulo, balanceado entre el indiferentismo estólido, el desprecio agresivo y la miseria aplastadora. En medio al tropel que en nuestras sociedades han formado siempre, disputándose la hegemonía directiva y explotadora, el jayán que esgrime un machete y el holgazán pedigüeño que invoca el sortilegio y las ciencias ocultas para empobrecer y asolar las naciones, predicando la pereza, la sonsaca y el retroceso, no ha quedado campo apenas para el propagador de la verdad científica moderna, que observa los hechos y fenómenos naturales y los desentraña y expone dentro de realidades incompatibles con toda sugestión de violencia a las personas o a las cosas y a toda pretensión de dominio sobre el fruto del trabajo ajeno, como no sea en cambio de otro trabajo tangible y equivalente. Estos verdaderos alumbradores de las sendas de la vida, estos maestros del franco pensar y el libre decir y el bien obrar, apenas si van saliendo, a la hora de ahora, de entre la sombra que los envolvía y del menosprecio en que la raza que produjo a Don

Quijote, loco de atar y vagabundo de profesión, los mantuvo por siglos y quisiera mantenerlos todavía.

Empero, del naufragio que sumergió por décadas todas nuestras libertades ciudadanas, se ha escapado hasta como por milagro, la libertad de aprender y de enseñar, dentro de normas anacrónicas, pero soportables sin del todo morir; y, gracias a este favor divino, los partidos y confesiones disidentes pueden darse el lujo después de costear de su bolsillo, por contribuciones forzadas, más de la mitad de la enseñanza hermética oficial, de levantar estos como respiraderos del alma, como claraboyas del cielo, planteles libres donde el pensamiento contemporáneo sin apócopes ni sisas, expanda sus vientos salutíferos, por los ámbitos abiertos de la patria. Aquí o nunca es el caso de tributar las más rendidas gracias a la mayoría ficticia que gobierna, y de repetir con el fabulista ironizante: «da bienes Fortuna que no están escritos...»

Aprovechando esta libertad redentora, de aprender lo que se quiera y enseñar lo que se pueda, fundó el partido liberal y sostiene, esta universidad, bajo la inspiración y el impulso del Jefe ínclito de la comunidad entonces, General Benjamín Herrera, cuyo nombre ilustra esta aula donde nos reunimos. Toca a vos, doctor Arteaga, primero que a mí, hacer el panegírico del instituto que vais a regir del todo y desde hoy, y al cual va unido vuestro nombre y el de vuestros hermanos, por tantos servicios que ya le habéis prestado como catedráticos de primera capacidad científica. Yo, apenas afirmo con satisfacción de copartícipe en mínima cuantía, que la Universidad Libre honra el nombre que lleva y el de su ilustre propulsor, quien fué siempre hombre de pensamiento aun cuando desarrollaba campañas en los campos ferales, pero que él consideró siempre, y que en realidad fueron, como caminos de sacrificio, impuestos por la intransigencia soberbia de adversarios empecinados en la arbitrarie-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Soja de Patrimonio Documental

dad y el monopolio esquilmador, por donde había de llegarse, tras la amarga experiencia, al terreno firme de las libertades conquistadas y de la inteligente, persuasiva y proficua compenetración de las corrientes encontradas que se disputan la dirección de los asuntos públicos; teniendo cada una su ideología propia, pero no arisca y usurpadora, y confundiéndose todas en el fondo transparente y almo de la patria, que todos tenemos el derecho y la obligación de servir y defender.

Yo quisiera no más, en este momento de solemne oportunidad, recordar que el nombre de «Libre» se le dió a nuestro plantel por dos razones principales: primera, para significar que no es oficial, que es una persona jurídica, no gubernativa ni política, sino meramente docente, meramente científica, no embargante que sea costeada y sostenida por el esfuerzo y subsidios especiales de un partido político. Pero, ello es que la ciencia que aquí se enseña no tiene pronunciación sectaria ni colores encendidos. Es insabora e incolora como algunos cuerpos simples de la química, diáfana como la verdad, como ésta dominadora por el convencimiento y prometedora por la esperanza y la fe que traspasan las montañas.

Precisamente, y en segundo término, es en el convencimiento y libre querer electivo de nuestra alma, iluminado por el conocimiento de las cosas, en lo que se funda nuestra escuela, paciente y ensoñadora, inquieta e investigadora, desconflada de toda dogmática, ajena a toda teoría inverosímil, atenta no más que a las causas inmediatas y constantes de los hechos concretos, pero reservando en nuestra mente piadosa un apartamiento dorado a la creencia individual en el mundo de lo desconocido, puesto que una de las facultades de nuestra psicología, la más simpática por cierto, es la imaginación de alas extendidas hacia lo infinito, donde moran la poesía y la fábula en dulce consorcio con la ignorancia, que es tan antigua como

los dioses y hombres de la edad heroica y la caverna triste.

El partido liberal ama y defiende la libertad, porque sin libertad no hay convencimiento, no hay adhesión espontánea a nada ni a nadie. Sin libertad no hay verdadera elección para los ciudadanos en los asuntos que a ellos y a la patria atañen, ni determinación optativa para los pueblos, en sus luchas de independencia y soberanía, cual con proféticos acentos la proclamara Wilson. Por este originario y primordial motivo de su existencia como fuerza política, actuante a toda hora sobre la masa social, repartida en tantos pensamientos autónomos cuantas son sus voluntades individuales, el partido liberal doctrinario repudia toda violencia, toda imposición de la fuerza, ya venga de arriba y se llame coerción injustificada, o que surja de abajo y se llame explosión brutal de pasiones sin contrapeso ni dirección consciente. Consecuente con su nombre y sus nobles ideales el partido liberal propaga y dignifica sus ideas; les abre surco a las simientes de fecunda renovación y avanza, sereno y despreocupado, hacia la meta de una mayor civilización para la patria y un mayor bienestar para sus hijos. Excluídos los caminos de la violencia frustránea, la colectividad se orienta hacia las soluciones estables del derecho, por el triunfo de las inteligencias, de la tolerancia contra la persecución, del compromiso transaccional contra el extremo—hoy más que nunca aleatorio y remoto—de la fuerza y sus estragos, del instinto gregario y simplista, así fuera arrastrado por generosos impulsos, que se lanza a lo ignoto del azar para hacer más precaria su existencia y más profunda la sima en que se agita como un poseído de rabia intelectual de destrucción, la más terrible y digna de compadecerse de las fobias humanas. La vida social no puede tener el odio como cimiento y aglutinante. Si no se funda en el amor, cual lo quiso ilusoriamente el nazareno Jesús, tam-

UNIVERSIDAD EAFIT

poco se la puede asentar en pasiones cerriles como de fieras montaraces. El justo medio, que es lo sabio y humano, aconseja benevolencia aun para los errores ajenos, y una disposición constante de nuestro espíritu hacia la desconfianza en nuestro criterio falible. La exaltación de nuestra infalibilidad nos arrastra a los peores fanatismos, y las almas fanatizadas son peores en política que en religión, porque su acción en aquel campo refluye dolorosamente sobre los mismos adeptos, mientras que los prosélitos de un credo religioso son, o parece que sean, más felices mientras más absurdas y aberrantes se ostenten quizá las furias que los empujan. En el agregado social nuestro derecho va hasta donde tropieza con el del vecino; y es la Ley, una ley muy estudiada, compleja pero sobria y metódica, la que nos pone a todos de acuerdo en nuestras limitadas expansiones. La ley, la voluntad de la mayoría, contrastada y estrechada por la minoría, en los pueblos libres y ordenados, es el almohadón de plumas para los ciudadanos, aun para aquellos que por actos suyos, voluntarios y perversos, quisieron cambiar el plumón en que los arrullaba la diosa que se corona con el gorro frigio, por los hierros en que la misma diosa aprisiona a sus desertores.

Pero la ley misma, con ser ella la égida de nuestros derechos, ha de ser limitada también al minimum necesario para que no se convierta ella, a su turno, en el dogal que nos ahogue entre sus nudos. La ley también puede ser perseguidora, puede ser hostil a nuestra dicha real y actual, si extralimita su campo benéfico de acción, so pretexto de ampliar indefinidamente y para bien de los menos y de una posteridad que sólo se nos anuncia como de posible e incierto existir, el corán de sus mandatos y prohibiciones. Los liberales hemos admitido y admitimos sin reservas la intervención del estado en todo aquel espacioso radio de acción legislativa que toca con la seguridad

eficaz, garantía del progreso, prenda de prosperidad y salud de toda sociedad. Reconociendo paladinamente que la ley positiva coarta nuestra libertad, pero para que podamos gozar de la que nos deja asegurada, querríamos que este cercenamiento inevitable fuera el menor posible; de suerte que el estado sea guardián de nuestro huerto feliz y no el asaltador de él, sembrando en mala hora el desaliento y el temor entre las huestes del trabajo, donde y entre quienes el esfuerzo, siempre doloroso, reclama su condigna satisfacción, en el tiempo y en el espacio; o no se ejercita, y la simiente no vuelve a caer al surco, la correa de transmisión no moverá más las ruedas de la máquina y el arado se enmohecerá en el desuso.

El Estado monstruo que nos preconizan algunos soñadores de utopía, para por medio de él ejercer el despojo colectivo con el nombre hipócrita NACIONALIZACIÓN; Estado que en todo ha de intervenir, organismo disforme que quiere sustituirse al organismo sensible de todos y cada uno de los asociados, para hacerlos felices como él y no como ellos lo entiendan, es una concepción modernísima de los mismos que creen en superhombres y en lo sobrenatural aplicado al gobierno y dirección de las sociedades. Esa creación, más peligrosa que fantástica, no tiene adaptación dentro del liberalismo, que repudia lo mismo al absolutista, enemigo de la libertad por miedo pueril, que al jacobino o al socialista colectivista, enemigos de la libertad por pura incomprensión del individualismo, al cual confunden maliciosamente con el abstencionismo vacío, o con el faquirismo oriental, matador de todo dinamismo vivificante, de toda lucha renovadora...

En esta Universidad, señoras y señores, aunque sin hacer profesión de ninguna política militante, se aspira a enseñar liberalismo, como sinónimo de reposado civismo, como exponente de la escuela secular donde abrieron a la luz sus grandes espíritus los

FAES UNIVERSIDAD Biblioteca

mejores de entre los óptimos pensadores que redimieron y fundaron esta República. Tranquilamente firmes por el pensamiento que nos guía, queremos ser moderados, para ser certeros, por la acción. Esta Universidad naciente, pero ni las más antiguas y pretensiosas, no pueden ofrecer en sus claustros el colmo del saber que los hombres anhelan; ni la juventud, por consagrada, atenta y observadora que sea, puede arrancar sus secretos a ninguna ciencia, mientras la vida misma no la va ilustrando con sus enseñanzas laboriosas, así cual su cabeza pensadora se va cubriendo de canas. Aquí, como en Londres, en París o Roma, el estudiante se pone en contacto con los libros y oye de labios experimentados consejos y advertencias; adopta un criterio que le guíe en sus especulaciones y razonamientos; contrae amistades y vínculos espirituales inolvidables; se forma un programa severo de vida útil y noble; se crea ya entre sus maestros y condiscípulos un nombre, sobre el cual un día por venir ha de posar la gloria sus alas vagarosas; animado y fortalecido, cual si la legión de sus compañeros en Minerva estuviese a su lado en cuantos trances la vida puede depararle, sale a la pelea del foro, del anfiteatro, de los comicios o del territorio abrupto de la patria que lo llama a nivelar sus cordilleras, a desecar sus pantanos, a canalizar sus ríos y a domeñar cuantos obstáculos físicos se opongan al progreso, como nos lo enseñó a desear y a realizar uno de los contados gobernantes clarividentes que tuvo antaño el Nuevo Reino de Granada.

En este aprendizaje del estudio y preparación adecuada a una carrera honorable en la sociedad colombiana, tenéis aquí, señores alumnos de la Universidad Libre, un ejemplo viviente y un egregio consejero en el Rector Arteaga, que hoy os saluda conmovido. Los que ya nos vamos, los que por mi boca os dicen cómo os amaron y cuánto bien os desean, aunque la edad, que colora estas fiestas con los ópalos otoñales, se

robe parte de nuestro entusiasmo, abrazamos aquí en vuestro maestro, como un haz de realidades sonrientes, a las generaciones del porvenir en nombre de las generaciones del pasado y del presente!

He dicho.

1926.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

LAS OBRAS COMPLETAS

DE D. FRANCISCO ANTONIO ZEA

Deben publicarse para el Centenario de la Independencia

Pues se acerca el gran día del Centenario de la Independencia, que toda la República de Colombia, y Antioquia como parte principalísima de ella, deben celebrar con la mayor pompa y con hechos significativos duraderos, me atrevo a insinuar una de las cosas más dignas de hacerse con ocasión de aquella fecha, de más alto honor para Antioquia y más grata y benéfica recordación: aludo a la reimpresión, con fondos nacionales, de las ORBAS COMPLETAS DE D. FRANCISCO ANTONIO ZEA, sabio y estadista hijo de Medellín, de los más preclaros y famosos campeones intelectuales de la gran Revolución de Independencia, quizá el más conocido y admirado por el mundo después del Libertador.

Es bien sabido que el fundador de nuestra Diplomacia y creador, con Bolívar, de la Gran Colombia, cuyo primer Vicepresidente fué, era conocido y estimado ya en Europa por sus trabajos científicos, cuando vino a colaborar en la grande empresa política de redención de todo el Continente; que su verbo fecundo era en la tribuna inrivalizable, y que con él contribuyó, como los máximos caudillos con la espada, a levantar las dormidas conciencias abatidas, a enardecer los ánimos y a retemplar los brazos que luchaban en la inacabable lid; que su ciencia y educación

política en nada cedían a las del Genio del Avila y que la amistad íntima y estimación mutua de ellos, dicen que aquellas almas se entendían y se completaban; que el consejo de ZEA no debió ser extraño a las mejores concepciones del Conductor, en el tiempo en que estuvieron juntos y fervorizaban sus espíritus con los hechos y fastos de la Gloria, en edades fenecidas, que su mente reciprocaba y reproducía en las selvas americanas: allá en los aduares de Angostura, donde nació aquella hija privilegiada del caraqueño y el medellinense, que luego la discordia impía crucificó en el desorden y la disolución.

Se sabe que ZEA emprendió luego y sin recursos la obra titánica de hacer conocer en Europa la existencia, medios y potencialidades de la Patria, cuando aquello no era patria todavía; cuando llamaba a las puertas del capital y el crédito, siempre esquivos y de arduo resolverse, no el Representante de un Gobierno estable y ya reputado y de un país tranquilo y constituído, sino el mensajero audaz de una guerra de exterminio, de un Gobierno trashumante, dueño apenas del terreno que pisaba, y de un movimiento revolucionario que a la sazón era estigmatizado por las grandes potencias. La Santa Alianza imperaba en los Consejos de la Diplomacia; los Reyes se juraban y se prestaban apoyo recíproco y las ideas de República y Gobierno populares eran vedadas a la luz y sometidas a la prueba del tormento. El Duque de Angulema bombardeaba a los liberales de Cádiz, y Monroe no había hablado todavía. El peligro de la reconquista era inminente; no le quedaba a la libertad americana más cielo que el que se alcanzaba a columbrar de nuestros campamentos desnudos, hambreados, y sin pólvora ni balas, aunque sombreados por banderas que habían de tremolar victoriosas aun de la coalición y de la muerte.

En estas condiciones, ZEA hizo prodigios de propaganda, instó, buscó, volvió a rogar; escribía aquí,

UNIVERSIDAD EAFIT

arengaba allá, congregaba a sus contados amigos en banquetes, asomaba a la alta prensa, impresionaba a la banca, fingía sueños de las *Mil y una noches* sobre estos países, sus riquezas esplendorosas y su triunfo final, definitivo, infalible, incontenible y supremo, no sujeto a dudas, no susceptible de probabilidades, como que la espada fulmínea había ya fijado para siempre la suerte de la América.

¿Cabían en esa obra ímproba y colosal las menudencias del trato ordinario entre mercaderes, ni los reparos ulteriores de émulos que especulaban leyes reposadamente, del otro lado ya del Aqueronte, en cuya corriente vertiginosa ZEA tiró las monedas y las frases hermosas de elocuencia sobre que prolongaron su esfuerzo, por maravilla del patriotismo, los héroes que remataron la epopeya en Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho? ¿Es posible que nos sorprenda el siglo segundo de la Patria discutiendo todavía las partidas de la cuenta que nos presentaron los prestamistas israelitas londinenses, que tuvieron que creer en ZEA con mayor fe de la que se impusieron sus padres para contemplar el agua surgente de las rocas del Horeb? ¿No es tiempo ya de que este Gran Capitán sea absuelto definitivamente por la Historia, de las acusaciones de la avaricia y los ocultos celos, como lo fué aquel otro granadino que dió al Rey de España más de un reino por los dineros despilfarrados que le echaban en cara? La libertad de América y su iniciación ruidosa en las Cortes más ricas de la tierra ¿no valían bien aquel derroche deslumbrador de valentón de espátula y gregüesco, que arroja las onzas de oro por los rotos de su capa y pasea en carroza al usurero de quien espera un subsidio?

Hay que leer a ZEA, hay que leerlo desde su *Oración de Estudios* en San Bartolomé, niño aún, hablando ya de PATRIA, ante el Virrey y sus cohortes y llamándonos al conocimiento de nuestra Historia Natural maravillosa, hasta su *Mediación* (cuando

las Cortes europeas querían venírsenos encima por España y contra América) y rematar la lectura con la *Defensa de sus Empréstitos* y últimos trabajos suyos antes de morir. Yo no conozco por completo esa obra inmensa, de ciencia, consagración, elocuencia y patriotismo. ¿Quién la conoce en Colombia? Nadie, puedo responder sin equivocarme. El nombre de ZEA nos es familiar; algunos de sus discursos se han popularizado en su tiempo y se conservan a retales, en algunos cerebros amigos de lo bello y entusiastas por lo antiguo de nuestra tierra virgen. Pero en general nada queda, para honor de esa patria, del reguero de luz que esparció por los espacios americanos aquel astro de primera magnitud y propias irradiaciones. ¿Y cabe tal olvido en los días inmortales que vamos a conmemorar? ¿Es posible que las prensas oficiales no arrojen, para el 20 de julio de 1910, una abundante, bella y exacta y esmerada edición completa de los trabajos intelectuales de la pluma asombrosa que soltó un águila caudal al batir sus alas sobre las ondas del Porce, allá donde se mira Medellín?

Es peciso que la juventud que abre ahora sus ojos en las aulas y llena su pecho con sentimientos de ardoroso afán por la expansión moral y material de Colombia; es preciso que esos herederos que llegan con tal acervo de bienes a la primera etapa secular, estimulen sus esfuerzos, vigoricen sus músculos y conforten su esperanza con los grandes ejemplos de los que ya les precedieron en la lucha y les fundaron esa nacionalidad, gloriosa como ninguna, amada de los Dioses, acariciada por los cielos propicios y vaticinada como excelsa por todos los hados que presidieron sus destinos en la hora arcana de su nacimiento milagroso.

Para esta obra de reconstrucción moral y material, en que Antioquia ahora—como siempre, en paz y en guerra, en temporal deshecho o en bonanza—se adelanta a sus hermanas las otras Secciones de la Repú-

UNIVERSIDAD EAFIT

blica, haciendo resonar afanosa el hacha por los bosques, el martillo por las minas, el fiat divino por sus Escuelas y Colegios; para esta obra en que ha de sorprendernos el nuevo siglo de la vida nueva, la publicación de estos libros que me atrevo a proponer es una necesidad y una gallardía para la fecha que vamos a celebrar: ya que en ninguno de los pensadores y hombres de acción de aquella Epoca aparecen reunidos como en ZEA los rasgos característicos de la mentalidad de entonces, de la elocuencia tribunicia y guerrera, de la exposición de los sistemas de gobierno en todas las sociedades, de la polémica elevada en el combate por el predominio de la causa americana, al par que la descripción más vasta y comprensiva de ese país mitológico que se llamó la Gran Colombia, en su naturaleza física—pues era un sabio de entonces quien lo quería hacer conocer—en su vida moral, política, de agregado social y de fuerza inteligente que lo defendía y libertaba—pues era un estadista político el que lo exhibía a las Naciones—y en sus costumbres, razas, lenguas, historia y prehistoria, pues fué un alto moralista y filósofo quien reunió en complejos cuadros y páginas vivaces todo lo que podía interesar al Extranjero sobre la suerte de estos países y sus luchadores indomables, sobre su pasado colonial, su presente en gestación y su porvenir en patrióticas lontananzas.

El ZEA que nosotros conocemos, el que yo conocía hasta hace poco, es el de la arenga inmortal que en forma de *Manifiesto del Presidente del Soberano Congreso* dirigió a los pueblos de la Nueva Granada, Venezuela y Ecuador, al promulgar la Constitución que los unía en una sola Nación, es decir, al fundar la Colombia que Bolívar y él presentaban al mundo en aquel sueño arrobador:

«Ninguno de vuestros tres grandes Departamentos (Quito, Venezuela y Cundinamarca); ninguno de ellos, pongo al cielo por testigo, ninguno absolutamente,

por más vasto que sea y más rico su territorio, puede, *ni en todo un siglo*, constituir por si solo una potencia firme y respetable... Pero reunidos ¡gran Dios! ni el Imperio de los Medas ni el de los Asirios, ni el de Augusto, ni el de Alejandro, pudieran jamás compararse con esta colosal República que, con un pie sobre el Atlántico y el otro sobre el Pacífico, verán la Europa y Asia multiplicar las producciones del genio y de las artes, y poblar de bajeles ambos mares, para permutarlas por los metales y piedras preciosas de sus minas, y por los frutos aún más preciosos de sus fecundos valles y sus selvas...»

Pero no conocemos allá, no conoce nuestra sociedad actual, ni aun la mejor preparada en sus estudios, los trabajos de ZEA en Europa, a donde fué llevado como reo de Estado por su participación, con Nariño, en la causa célebre de impresión y circulación de los *Derechos del Hombre*; donde fué Director del Jardín Botánico de Madrid, donde descolló entre naturalistas y publicistas y donde ilustró su nombre como periodista y poeta de alto numen. Todos esos escritos, los principales al menos, pueden conseguirse, sin duda, en las Bibliotecas de la península; y están en *El Correo del Orinoco* todos los que consagró a la causa de la Independencia, como Redactor de aquella hoja periódica que surgía de las selvas de la Guayana llevando a todas partes la palabra directiva del movimiento revolucionario. En los 112 números de su edición, que se guardan en la Biblioteca Nacional de Bogotá, se halla el estudio sobre la *Mediación* y muchos otros «escritos luminosos y elocuentes», como dice el historiador Restrepo, de la pluma de su Redactor en Jefe y de sus colaboradores Roscio y José Luis Ramos. ZEA, entonces en la plenitud de la vida, pues regresó de cuarenta y cinco años a la América, habiendo sido desterrado de ella a los veinticinco, no dejó de escribir, de arengar y guerrear también, en los altos puestos que ocupó acá en Venezuela y en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

medio de las huestes libertadoras. Todos esos trabajos pueden coleccionarse y ordenarse para la edición centenaria de sus obras. De modo que éstas comprenderían cuatro períodos distintos y a cuál más interesante: 1.° Su *Oración de Estudios* y demás publicaciones hechas en su juventud, allá en nueva Granada, que se encuentran en el *Papel Periódico de Santa Fe* y en los otros papeles de la época; 2.° Sus trabajos en Europa hasta que vino en 1815 a enrolarse en las filas nacionales; 3.° *El Correo del Orinoco* y cuanto más se pueda conseguir de lo que publicó hasta su regreso a Europa como Ministro Plenipotenciario de la Gran República; y 4.° Lo que en este carácter hizo y publicó en el Viejo Mundo, que es, en mi humilde concepto, lo más precioso de la obra fecunda de este grande hombre.

Dos años escasos duró su contrariada y laboriosa e ingrata misión. Aparte de su tarea diplomática ante aquellas Cortes reacias y adversas, tarea de que guarda nuuestra Cancillería las notas y exposiciones luminosas, que pueden considerarse como los mejores modelos de forma y argumentación; aparte de sus gestiones financieras, que él mismo explica y defiende en varios oficios y en la *Introducción* a la obra en que vamos a ocuparnos, queda de este último período de la vida de ZEA su magistral «COLOMBIA: *siendo una relación geográfica, topográfica, agricultural, comercial, política, etc., de aquel país; adaptada para todo lector en general y para el comerciante y colono en particular.*» Dos tomos, de más de 1,500 páginas, publicados en Londres, en 1822, por *Baldwin, Cradock y Joy*, Editores.

Supongo yo que esta obra monumental fué comenzada a escribir por ZEA durante el viaje a Europa, con todo el matalotaje de conocimientos que él poseía y con todos los documentos que pudo llevar consigo, de lo actuado aquí por el Gobierno revolucionario, de los archivos coloniales y del acervo de opiniones de viajeros y exploradores dignos de crédito, como Humboldt, Depons, Caulín, etc., etc. Hago esta suposición porque considero que un libro semejante debió de tomarle todo su tiempo libre desde que salió de Angostura, terminado el Congreso; pues apareciendo publicado ya en 1822, hubo de ser impreso el año anterior, según costumbre de los libreros al anunciar su mercancía, y en tan corto tiempo—habiendo salido el autor para Europa a fines de 1820—no podía componerse y editarse una obra tan extensa. Infiero, además, que ZEA ejecutó su trabajo *en francés*, con ánimo, sin duda, de publicarlo en aquella lengua universal de vulgarización, porque en la pésima edición castellana que se conoce, aparecen los galicismos a cada renglón y desaparece por completo el majestuoso estilo tan castizo del autor. En algún aparte, al acaso, se tropieza el lector con palabras como *Houila*, por *Huila*, *escaladar* (escalader), por *escalar* etc. Sin duda el diplomático y emprestador, ocupado sin tregua en estas luchas, hubo de recurrir a que algún chambón le vertiese al español sus manuscritos, y así salió ello. Aunque el nombre del autor no va al frente de este libro importantísimo, la Introducción que trae, el contenido histórico de él y el testimonio de los contemporáneos, demuestran su legítima paternidad, por modo inequívoco. En la dicha introducción, que aparece como de los Editores, se habla a lo largo de los trabajos de ZEA con los acreedores y prestamistas de Colombia, con íntimo conocimiento de esas gestiones y con documentos que sólo él podía poseer; lo mismo acontece en la parte histórica, aunque ésta se debe principalmente a don Leandro Miranda, hijo del gran Caudillo don Francisco, a cuya pluma ocurriría ZEA para que le ayudase en su faena meritísima.

La obra de que venimos hablando se publicó también en lengua inglesa, como aparece del *Catálogo Americano de Edwards*, donde corre en la forma si-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Salvador Pastrana Ocampo

medio de las huestes libertadoras. Todos esos trabajos pueden coleccionarse y ordenarse para la edición centenaria de sus obras. De modo que éstas comprenderían cuatro períodos distintos y a cuál más interesante: 1.° Su *Oración de Estudios* y demás publicaciones hechas en su juventud, allá en nueva Granada, que se encuentran en el *Papel Periódico de Santa Fe* y en los otros papeles de la época; 2.° Sus trabajos en Europa hasta que vino en 1815 a enrolarse en las filas nacionales; 3.° *El Correo del Orinoco* y cuanto más se pueda conseguir de lo que publicó hasta su regreso a Europa como Ministro Plenipotenciario de la Gran República; y 4.° Lo que en este carácter hizo y publicó en el Viejo Mundo, que es, en mi humilde concepto, lo más precioso de la obra fecunda de este grande hombre.

Dos años escasos duró su contrariada y laboriosa e ingrata misión. Aparte de su tarea diplomática ante aquellas Cortes reacias y adversas, tarea de que guarda nuuestra Cancillería las notas y exposiciones luminosas, que pueden considerarse como los mejores modelos de forma y argumentación; aparte de sus gestiones financieras, que él mismo explica y defiende en varios oficios y en la *Introducción* a la obra en que vamos a ocuparnos, queda de este último período de la vida de ZEA su magistral «COLOMBIA: *siendo una relación geográfica, topográfica, agricultural, comercial, política, etc., de aquel país; adaptada para todo lector en general y para el comerciante y colono en particular.*» Dos tomos, de más de 1,500 páginas, publicados en Londres, en 1822, por *Baldwin, Cradock y Joy*, Editores.

Supongo yo que esta obra monumental fué comenzada a escribir por ZEA durante el viaje a Europa, con todo el matalotaje de conocimientos que él poseía y con todos los documentos que pudo llevar consigo, de lo actuado aquí por el Gobierno revolucionario, de los archivos coloniales y del acervo de opinio-

nes de viajeros y exploradores dignos de crédito, como Humboldt, Depons, Caulín, etc., etc. Hago esta suposición porque considero que un libro semejante debió de tomarle todo su tiempo libre desde que salió de Angostura, terminado el Congreso; pues apareciendo publicado ya en 1822, hubo de ser impreso el año anterior, según costumbre de los libreros al anunciar su mercancía, y en tan corto tiempo—habiendo salido el autor para Europa a fines de 1820—no podía componerse y editarse una obra tan extensa. Infiero, además, que ZEA ejecutó su trabajo *en francés*, con ánimo, sin duda, de publicarlo en aquella lengua universal de vulgarización, porque en la pésima edición castellana que se conoce, aparecen los galicismos a cada renglón y desaparece por completo el majestuoso estilo tan castizo del autor. En algún aparte, al acaso, se tropieza el lector con palabras como *Houila*, por *Huila*, *escaladar* (escalader), por *escalar* etc. Sin duda el diplomático y emprestador, ocupado sin tregua en estas luchas, hubo de recurrir a que algún chambón le vertiese al español sus manuscritos, y así salió ello. Aunque el nombre del autor no va al frente de este libro importantísimo, la Introducción que trae, el contenido histórico de él y el testimonio de los contemporáneos, demuestran su legítima paternidad, por modo inequívoco. En la dicha introducción, que aparece como de los Editores, se habla a lo largo de los trabajos de ZEA con los acreedores y prestamistas de Colombia, con íntimo conocimiento de esas gestiones y con documentos que sólo él podía poseer; lo mismo acontece en la parte histórica, aunque ésta se debe principalmente a don Leandro Miranda, hijo del gran Caudillo don Francisco, a cuya pluma ocurriría ZEA para que le ayudase en su faena meritísima.

La obra de que venimos hablando se publicó también en lengua inglesa, como aparece del *Catálogo Americano de Edwards*, donde corre en la forma si-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Patrimonial Documental

guiente, bajo el número 3,787, con el precio actual de ocho chelines y seis peniques :

«3,787.—COLOMBIA : a Geographical, Statistical, Agricultural, Commercial and Political Account of the Country, *with map and portraits* of Bolivar and Don F. A. Zea, 2 vols. 8vo, half-calf. 1822 8s 6d.

This comprehensive work (compiled by Alexander Walker, author of «The Political and Military State of Europe», 1807, and editor of other compilations) contains a general description of the country, its provinces and cities, the population—Spanish and Indian—Natural Products, Commerce, Trade, a Sketch of the History of Bolivar, and a History of the Revolution by Mr. Miranda».

Estimo yo que la reimpresión de esta obra será de las más bellas cosas del Centenario y más útiles al propio tiempo. Es ella una piedra de toque incomparable para juzgar de nuestros progresos en todo el siglo transcurrido, al par que piedra miliaria en el estudio y conocimiento de estos países (Colombia, Ecuador y Venezuela), tan adelantados hoy (digan lo que quieran los pesimistas), comparándolos con las escuálidas colonias que ZEA y sus contemporáneos libertaron e ilustraron. No hay aspecto alguno imaginable en que el autor no haya considerado estas nacientes provincias, como lo indica el título mal vertido del raro orginal. Geografía, topografía, geología, etnografía, lingüística, prehistoria, minería, agricultura, comercio, razas, costumbres, hasta usos sociales, gobierno, instituciones, fuerza pública, estadística, datos, cálculos, cuadros, citas, inserciones, etc., etc. ; todo, todo lo que puede servir para darse una idea clara y comprensiva de la Gran Colombia al nacer, se encuentra en el libro de ZEA, metódica, sistemática y sagazmente expuesto y clasificado. Hoy mismo, cualquier sabio que no sea muy soberbio, tiene mucho que aprender leyendo aquellas páginas del hijo de Medellín.

Desdichadamente la patria nativa del autor no halló puesto en su prodigioso cuadro. La *Provincia de San-*

ta Fe de Antioquia ocupa apenas página y media del tomo primero. No puedo prescindir de citar dos párrafos de su descripción :

«Consiste la mayor parte de ella (de la Provincia) en tierras montañosas, comprendiendo una porción de la cadena central de los Andes, que divide el valle del Magdalena de el del Cauca. Las montañas de esta región son las más altas de las tres cadenas paralelas de esta parte de los Andes. Suben al período de congelación perpetua, y varias de sus cimas mucho más arriba aún. Todo el país está tan cruzado de estas montañas, que los que no tienen fuerzas suficientes para viajar a pie, o que no quieren ir sobre los hombros de los indios, tienen que quedarse toda su vida dentro de sus límites.»

Me he permitido en esta cita restablecer un tanto el estilo del autor, maltratado atrozmente por el truchimán. Y si acaso se emprende en Medellín la reimpresión que solicito, debe el Gobierno encomendar a Fidel Cano y don Januario Henao esa labor indispensable en toda la obra, así como las abundantísimas notas que deben ilustrarla, confiando a la Academia de Historia todas y cada una de las Secciones científicas que en ella se recorren. El doctor Andrés Posada Arango, F. de P. Muñoz, Tulio Ospina, Mesa Jaramillo, Restrepo Uribe, etc., etc., tienen allí campo donde mostrar su ciencia y su amor al terruño y a sus hijos egregios. Por ejemplo, la cita anterior da materia para una nota en que Restrepo Uribe hable de caminos en Antioquia históricamente considerados y puntualice los medios de locomoción de sus paisanos, de la Conquista a hoy, indicando si todavía se usa en Antioquia (¡ qué tal !) el indio como cabalgadura, y cuándo se acabó ese servicio. Otro ejemplo : dice el Autor que «el oro de Antioquia no tiene más que 19 ó 20 carats (quilates) de fino ; y se cree que la exportación anual de este precioso metal sube a 3,400 marcos.» Don Tulio Ospina nos dirá qué hay rectifi-

UNIVERSIDAD EAFIT

ble respecto a los quilates del oro en Antioquia; cuánta es la exportación actual, y cuánto se ha exportado en el siglo que se conmemora al morir. Y así de todo lo demás, inclusive la parte geográfica, y en general de nombres propios, que han sido bárbaramente ortografiados y trocados y deshechos por los impresores ingleses.

La otra cita prometida es la siguiente, con que finaliza el brochazo consagrado a su tierra por don FRANCISCO ANTONIO:

«La capital de esta provincia es *Santa Fe de Antioquia*, en el 6.° 48′ de latitud Septentrional, y en el 74.° 36′ de longitud Occidental; *pero a causa de su situación dentro del país*, se sabe tan poco de ella, *que es imposible dar ninguna descripción exacta*.»

Aquí cabe otra nota para rectificar o ratificar la posición exacta de la ciudad, y decir cuándo se trasladó la capital a Medellín, etc., etc. Pudiera creerse que ZEA olvidara adrede su lar nativo, pero no es así. En el método de la obra no cabía explayarse en una Provincia del Interior, que hoy mismo es casi un secreto hasta para sus hijos, mientras no se salgan a buscar el mar, por su actual territorio de Urabá y por el sí navegable río Atrato. Antioquia buscando su comunicación con el mundo civilizado por el ciego río Magdalena, es otro ciego estúpido buscando salirse de una cárcel rompiendo con la cabeza un murallón de cal y canto. ¡Y teniendo riberas del más bello mar del globo, que la convidan a enseñorearse de ellas, a fundar puerto y aduanas propios, a saber montar en barcos y a dominar las olas, que hablan todas las lenguas!... Hijos de ZEA, ¿cuándo será posible dar de vuestra tierra en entredicho una descripción exacta? Sobre todo los de la banda Occidental del río Cauca antioqueño, desde Santa Fe de Antioquia hasta Nuevacaramanta y Taizá, merecemos que jamás se acuerde de nosotros la civilización, Dios ni el Diablo, mientras no rompamos con caminos expeditos los miserables farallones de Citará, y, por todos los afluentes navegables del imponderable Atrato, salgamos a ese mar undoso, a cinco días de Nueva York y por vehículos baratos. ¡Sembrar café en Concordia, Jericó, Andes y Támesis para sacarlo por Puerto Berrío al atroz Magdalena, y pagar luego desembarcos y reembarcos, ferrocarrilillo y muelle, comisiones y contracomisiones; hacer eso un pueblo que se precia de vivo y calculador, es un absurdo tan grande y piramidal, que bien merece, quien lo comete y lo sufre, que ZEA no lo describiera por no perder su tiempo! ¿Quién había de ir a verlo ni cuándo había de conquistar un renglón en la historia, allá, *dentro del país*, embotellado, emparedado, como Prometeo en su roca, sin querer buscar el mar que le lime sus cadenas?...

El testimonio de los contemporáneos de ZEA, como autor de esta COLOMBIA que sobrevive a la que Páez desmembró diez años apenas después de creada, ese testimonio consta en todos los biógrafos y bibliófilos de entonces. En esta Biblioteca Nacional de Caracas existe la obra catalogada como de don FRANCISCO *A*. ZEA, y yo he podido conseguir un ejemplar de ella que tiene escrito en la portada el nombre del autor en letra muy antigua. Este ejemplar era de la librería de un connotado hombre público de aquí. Y en fin, el Coronel Anselmo Pineda donó a la Biblioteca Nacional de Bogotá otro ejemplar catalogado por aquel benemérto patriota marinillo, así: «La muy rara e importante obra del señor ZEA, titulada *Colombia, siendo una relación*, etc. Verdad, patriotismo, atractivo, erudición, estilo elegante, todo esto encierra la obra del señor ZEA.»

El mismo año en que este libro monumental vió la luz en Londres, moría su ilustre autor en Bath, durante una cura de aguas que allí hacía, sin haber visto el coronamiento de la magna empresa de redención de un pueblo, a la cual había prestado tal empuje con su verbo y con su pluma. Para ayuda de costas, el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

siempre meticuloso y exacto Santander hizo desaprobar los contratos un tanto alebrestados de ZEA, le retiró las credenciales y lo sermoneó de lo lindo. La muerte, menos severa, cerró sus ojos antes de que leyeran aquellas amarguras. Si el dinero no hiede, como pensaba el Emperador Vespasiano, tampoco tiene entrañas compasivas...

El antioqueño que hablaba de «Patria» en un Colegio colonial; que dirigió el Jardín Botánico de Madrid; que fué de los ínclitos en *la retirada de Ocumare*; que peleó en la batalla del Juncal; que atronó con su lengua flamígera las selvas americanas y destronó a los reyes; que dejó para las ciencias y las letras monumentos perdurables que los extraños admiran y veneran todavía, apenas si oye pronunciar su nombre inentendido por las generaciones de su patria, y escucha, si acaso, cualquier epifonema de sus arengas sublimes en boca de algún joven que, más por acaso todavía, consienta en soltar los exotismos del *Mercurio de Francia* y se apeche, como hombre y no como muñeco, con los hombres heroicos y los libros vividos de su tierra.

¿Es esto posible, es esto patriótico, es esto conveniente? Se me contestará que no, que eso no es posible, que eso no es patriótico y que eso no es conveniente, porque de los recuerdos del pasado se forman las vidas nuevas; porque sin gratitud colectiva no hay estímulo para los sacrificos generosos, y porque sin ejemplos constantes de honor y gloria al mérito abnegado, se amortigua en las nuevas generaciones el impulso hacia lo imperecedero en el cumplimiento del deber amargo, dejándose llevar y carcomiéndose las sociedades y naciones del egoísmo apático, del lucro inmediato sórdido y de la segura decadencia y muerte en bestial lucha de apetitos; en revueltas innobles y en baja indiferencia por la Patria, que es en último análisis el bien de todos, como

fruto de solidaridad de esfuerzos por la felicidad de cada uno.

Convengo en que algo hemos hecho por la memoria de ZEA, pero no lo bastante. Han rodado otros con mejor fortuna. Hasta extranjeros que con recursos del país emprendieron obras públcas absolutamente contrarias al progreso y desarrollo inteligente de él, hacen sudar con su nombre repetido los telégrafos y periódicos; y la pléyade de militares absorbe por completo el numen electivo de cuantos en Colombia bautizan ciudades, parques, calles, colegios, puentes y puertos y hasta hoteles y mesones. Como si en Colombia careciéramos de héroes civiles nativos, de próceres de la tierra, de mártires y sabios olvidados, que honraron su país, su comarca y la causa del derecho y de la ciencia! El cosmopolitismo de nuestro santoral quizá se nos agradecería si fuese nacido de una amplitud magnánima de la mente y de una equitativa repartición del recuerdo por los que libertaron y fundaron la nacionalidad; pero tengo para mí que proviene ello—y por eso choca más—de falta de conocimiento de la historia patria; de inopia inventiva, si en la memoria cupiese la invención, y de babiequismo general, más nativo que nuestros héroes, no susceptible de aquella discriminación instintiva, vivaz y perenne del amor patrio—que es el amor propio nacional—que trae a los labios y a la mente, sin vacilación ni posible condescendencia, primero el nombre del compatriota, del conterráneo, para un honor cualquiera, que el de un genio o héroe forastero, así sea éste tan grande como el sol.

Y no es que yo pretenda excluir de todo honor y recuerdo entre nosotros a los que por cualquier título nos han servido y que merecen bien se comparta con sus nombres, en la nomenclatura nacional, lo poco que hasta hoy hemos podido darles en forma de galardón rememorativo. Es que me parece que abusamos de la promiscuidad, y olvidando demasiado a los

UNIVERSIDAD EAFIT

hombres de nuestro pegujal, cogemos del huerto ajeno más semilla de la que fuera menester. Yo no conozco en Antioquia, no digo los monumentos, que eso fuera mucho pedir, pero ni las plazas y parques «D. Juan del Corral», «General Alejandro Vélez», «Félix de Restrepo», «José Manuel Restrepo», «Liborio Mejía», «Salvador Córdoba», etc., etc. Tenemos, es verdad, que a Tacamocho le quitamos su nombre popularísimo y le pusimos el de ZEA; que lo mismo hicimos con Hato Grande y le pusimos el de Girardot españolizándolo en Girardota; pero son muchos los que nos faltan, y otros muchos los que sobran, porque ocupan del todo el puesto de los primeros... Sobre todo el santoral romano ocupa y embaraza ya la memoria de los geógrafos y afea y entristece todo nuestro límpido suelo y su ambiente embalsamado: San Roque, San Jerónimo, Santa Bárbara, San Andrés, San Vicente, etc., etc., le dan dolor de estómago al viajero y amurrian el ánimo más jocundo; porque como las palabras sirven para pensar y cada nombre sugiere ideas asociadas a su significación primitiva, resulta que en llegando uno a un vallecito ameno y coqueto, con un caserío limpio, alegre y risueño, se le imagna que debe llevar un nombre arcádico, de égloga virgiliana, que consuene con la armonía del paisaje; y al decirle que aquel pedazo de gloria allí tirado a la vera del camino y mirándose en las aguas del cristalino torrente se llama ¡San Roque! salta uno en la silla, le da una cierta agonía donde aprieta el chaleco y ya le parece que no halla lugar a propósito para pensar detenidamente en el viejo ermitaño, en su llaga y su perrita... Por Santa Bárbara pasé una vez, y aunque hacía un día esplendoroso, me pareció que tronaba y seguí a Fredonia, cogiéndome la noche en el camino. ¡Fredonia! hermoso y simbólico nombre, escogido por míster Moore, de grata memoria, para bautizar aquella opulenta población: *Sitio de paz, tierra de paz* quiere decir, del inglés *Fred*, prefijo que significa *paz* y la desinencia *onia, tierra, lugar, sitio*, Jonia, Ausonia, Sidonia, etc.

Que en lo eclesiástico se conserven y se propaguen esos nombres, corriente y muy corriente para los fines espirituales, ya solos o acompañados del nombre profano: *San Juan de Salgar*; pero nosotros los civiles debemos tener una inventiva menos celestial y más celeste, o siquiera patriótica, respetando, eso sí, la terminología indígena, que es la más bella y decidora: Dabeiba, Zenufaná, Titiribí, Ebéjico, Pavarandó, Caramanta, Aburrá, Maitamac, etc., etc. Los nombres de próceres que no sean sonoros y eufónicos, cual sucede con el de mis ilustres parientes los *Restrepos*, con los Vélez y Corral, pueden anagramizarse, de modo que se conserve el grupo principal de letras y con ellas el recuerdo del nombre que se perpetúa: para don Félix valdría, verbigracia, *Feliares*; para Alejandro Vélez, *Veledia*; para Corral, *Corralia*; para el General Juan María Gómez, *Angomar*, etc., etc.

Siempre se dirá, por los maleantes, que nuestros héroes no tenían todos nombres tan retenibles y armoniosos como César, Pompeyo, Aníbal, Napoleón, Bolívar, Córdoba, y que por tal motivo (como observa Voltaire de los héroes suizos) no pueden pasar a la posteridad; de allí la conveniencia de dulcificarlos y acomodarlos al objeto conmemorativo que se lleva en mientes. Con el de ZEA no sucede aquello: claro, breve y sonoro al propio tiempo, cualquier sitio, plaza o monumento que lo lleve honrado queda con él, y la lengua expedita lo pronuncia y el oído más torpe lo recibe con simpatía, ya se le conserve la ortografía que él usaba, o se vuelva al Cea de España o al Ceos de la Grecia, por la isla de ese nombre, que es su origen. *Tacamocho* no tiene, pues, por qué quejarse y este nombre indígena vivirá en la memoria antioqueña cuanto viva la bella copla popular que lo consagra:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

«Yo anduve en la romería
De Cruces a Tacamocho;
No se me quedó zambita
Que no le diera bizcocho...»

Para terminar con esta digresión, un tanto impertinente, parece bien que el Ministerio de Gobierno, al crear los Municipios como es de su incumbencia, supliera el romo cacumen de los fundadores y presbíteros, dando a las nuevas entidades—cuando no los tengan—nombres de los descubridores y conquistadores; de los hombres célebres y benéficos de la Colonia (el Oidor Mon y Velarde pide uno en Antioquia, *Monvelar*); de la época de la Independencia; de épocas posteriores, como Pabón, Giraldo, Berrío, distinguidos hombres públicos; Marulanda, Aranzazu, por nobles hechos célebres, y falta un *Villaredo* para don Recaredo de Villa, una *Lucinia* para don Luciano Restrepo, una *Vasconia* para don Julián y don Pedro Vásquez Calle, beneméritos del trabajo y progresos de esa tierra, y una *Greifalia* para el inolvidable suecoantioqueño don Carlos de Greiff, etc., etc., sin olvidar, repito la nomenclatura indígena, tan original y distintiva. Mi abuelo, don Juan José Restrepo, cambio con mucho tino el feo nombre de las tierras de *Comiá*, que abrió al rol de Cristo y del hacha el primero, por el querendoso de *Concordia*, que lleva el pueblo rico, fuerte y letrado que él fundó, entre la quebrada o torrente de aquel apelativo, el río *Cauca* (este nombre se halla en la Historia de España por Lafuente, como el de una ciudad de la vieja Castilla; lo mismo que hay cerca de Málaga un villorio llamado *Cártama*, no *Cartama*, como allá decimos) y el río *Barroso*, con la quebrada *Margallo* en medio, que recuerda al célebre cura de Bogotá, de quien mi abuelo era grande apologista; y, en fin, no fué muy bolonio mi pedre al dar a su nueva fundación, allá al pie del Plateado, el modesto y grato a la mente colombiana del antiguo Presidente de la República, General *Salgar*.

Para acabar con la familia y volver a mi tema, humillando hasta el suelo mi modestia, o exaltando mi orgullo, diré que fuí yo quien puso el nombre de ZEA al Museo y Biblioteca con que hoy se ufana Medellín, y que es el memento más honroso de aquel hombre excepcional. Primero que todo por hacer bien al coleccionador paciente y meritísimo, Coronel Martín Gómez, y por dar lustre a un instituto tan merecedor de él, se me ocurrió que el Gobierno del Estado—en 1881—le comprara al Coronel su incipiente colección, le diera un empleo remunerado para seguir cuidándola y acreciéndola, y reuniera aquellos objetos de la historia y prehistoria patrias con los libros de la Universidad de Antioquia, que apenas si podían consultarse en el excéntrico local donde se les guardaba a la sazón, hoy Colegio de los Jesuítas. Pensadas las cosas, consulté con mis grandes amigos Uribe Angel y Pedro D. Estrada, Diputados también, y redacté el proyecto del caso (que ellos también firmaron) y que fué ley a su tiempo, defendido por Nicolás Mendoza y por mí. Uribe Angel pidió de mano ser, como fué hasta su muerte, Director *ad honorem* del plantel, y consagrarle, como le consagró siempre, todos sus afanes y desvelos. Me refiero, con seguridad de recuerdos, a las actas de la Asamblea Legislativa de aquel año.

Mi afición por ZEA data de mi más tierna juventud. Tuve la fortuna de pasar, aún adolescente, al Colegio admirable que regentaban en Titiribí don Mario Escobar, el doctor Ricardo Escobar Ramos, don Indalecio Restrepo, mi padre, que fué su promotor y sostenedor principal, don Marco A. Cadavid y don Rafael Restrepo Uribe, que era un Demóstenes ambulante y un patriota, de coraje siempre en efervescencia. Don Rafael nos hizo aprender de memoria los discursos de ZEA en Angostura y varias proclamas de Bolívar; y aun me parece oírlo recitándonos los ver-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sos sublimes de Abigaíl Lozano, a que él daba entonación épica de Tequendama desbordado:

«Es Bolívar el héroe de los héroes,
El patriarca inmortal de la victoria,
El sol de libertad, el sol de gloria,
Que en las cumbres del Avila alumbró...
... ...
«Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos;
Las coronas de un Dios son tus coronas,
Y el inmenso raudal del Amazonas
Las aguas que fecunden tu laurel...»

Pudiera decirse que los nombres de ZEA y Bolívar han siempre de ir juntos, como los de Homero y Aquiles, de Alejandro y Aristóteles. Ambos tenían el *mens divinior* de que hablan los retóricos, y al par que creaban cantaban su obra y fulguraban la epopeya. La oratoria de estos dos genios, que Grecia y Roma hubieran celebrado al igual de sus semidioses, completa y expande la hechura del uno y sus tenientes en los campos de batalla. Sin la trompa broncínea de ZEA, Colombia la grande apenas sería un opaco recuerdo en nuestros días, si no la reverberaran también las proclamas y discursos del mismo Júpiter, de cuyo cerebro surgió armada a la historia de las naciones. Hasta en el estilo, que es digno distintivo del carácter, aparecen iguales aquellos dos hombres raros. La misma grandilocuencia, el mismo corte de sus períodos, en veces rápidos y cortos, en veces prolongados y rotundos. Ambos manejan con primor la erudición clásica y se sirven de ella con habilidad elegante para reforzar sus argumentos o para exornar sus raciocinios. El sarcasmo, la agudeza cruel o jovial, no les abandonan aun en supremas ocasiones. Veamos y releamos la renuncia que elevó ZEA al Congreso de Angostura, del puesto de Vicepresidente de la República, y que está, con muchos otros notables escritos del autor, en el tomo 9.° de las Memorias de O'Leary:

Inv 4832/1915

«SEÑOR:

«Yo me había separado de los negocios públicos, trataba de volver al seno de mi familia, y pensaba pasar el resto de mis días en la capital de las ciencias entregado al estudio de la naturaleza y a los placeres inocentes de la amistad de los sabios, a cuya sociedad estaba acostumbrado. Pero tuve la estúpida debilidad de ceder a las persuasiones del General Bolívar, que por una preocupación funesta a mi reposo, creía que mi presencia en el Congreso podía no ser enteramente inútil, y a este paso inconsiderado se siguió el de admitir la Vicepresidencia de la República, movido de un interés moral, que no hay necesidad de expresar en este escrito. No tardé en tener serios motivos de arrepentimiento; pero desgraciadamente la contrición en política no produce, como en la religión, aquel divino efecto de borrar la culpa, y de restituir la gracia y la felicidad.

«No era el estado de verdadera bancarrota en que hallé la República lo que a mí me desalentaba. Es verdad que hubo al instante un concurso de acreedores reclamando instantáneamente el cumplimiento de contratas a que cien veces se había faltado, por efecto de la guerra y de nuestras desgracias; pero yo he tenido la fortuna de irlos acallando y aun de empeñarlos en tomar nuevo interés en la causa. Así es que uno de ellos viniendo de Granada, lleno de indignación por no habérsele pagado a pesar de las promesas más solemnes y más reiteradas el dinero efectivo que había suplido para urgentísimas necesidades, volvió lleno de nuevo entusiasmo por la causa, y nos suplió más dinero en lugar de cobrar el que se le debía. Tan cierto es lo que dice Cicerón que las palabras, tienen sobre los hombres más poder que las cosas.

»No es el estado de consunción en que se halla la República lo que me aleja de su Gobierno, es la indiscreción, por no decir la temeridad con que se quiere que en semejante situación lleve la marcha de un

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Salazar y Herrera Documentos

imperio fuerte, vigoroso y bien constituído. El Poder Ejecutivo se halla en un estado de acusación perpetua: a él se atribuyen las desgracias que son consecuencia necesaria de las tristes circunstancias en que nos hallamos y muchas veces de una funesta casualidad. Herido vivamente en la parte más sensible de mi corazón, he hecho renuncia de esta ominosa Vicepresidencia, en varios accesos de resentimiento; pero la reflexión de las consecuencias que tendría contra la causa un paso retrógrado en un hombre, es preciso decirlo, conocido en toda Europa, con relaciones muy estrechas en el mundo diplomático, miembro de cuarenta Academias y de consiguiente con un rango elevado en la República, ¡feliz si pudiera olvidarlo! busco en el retiro de los negocios y en las delicias de la vida obscura el consuelo de los pesares que me causa la inutilidad de mis esfuerzos.

»Firme en esta determinación, renuncio del modo más solemne una, dos, y tres veces de la dignidad de Vicepresidente de la República, y suplico a V. M. se sirva concederme licencia por algunos días para pasar a las Misiones a reparar las fuerzas abatidas del cuerpo y del espíritu, para emplearlas de nuevo en servicio de la causa y del Estado; pero no en su territorio, sino en París, al lado de mi familia y en el seno de mis amigos, en donde tengo medios y voluntad de ser más útil a mi Patria y a toda América, que podré serlo jamás en este suelo, en donde puedo decir como Ovidio en el Ponto: *rusticus hic ego sum quia non intelligor ulli*. Ciertamente es aquel el teatro en que yo puedo obrar, en que todas las circunstancias me favorecen, y en que espero hacer que se decida favorablemente la suerte de nuestra Independencia.

»Angostura, 8 de septiembre de 1819.

»Señor.

»FRANCISCO ANTONIO ZEA.

»*Al Sr. Presidente del Congreso.*»

Este hermoso documento revela toda el alma de ZEA, los afanes y torturas que lo mortificaban y el deseo que tenía de seguir sirviendo a la República en un mejor teatro que no el que Bolívar le había señalado, distinguiéndolo a la vez entre tantos eminentes venezolanos, que quizá se resentían de la presencia en el puesto supremo del Gobierno de aquel formidable americano, hijo de una tierra para todos ellos desconocida. El Congreso no quiso aceptar la renuncia, pero ZEA insistió en ella «a pesar de todos los inconvenientes que se presentan para ello y de otros infinitamente más graves, de relaciones reservadas de una importancia capital, que indicaré en mi contestación—así decía—, porque deben servir de regla para la elección de mi sucesor.» No obstante su renuncia y las causas que la motivaron—las mil impertinencias de aquellos «rústicos»—siguió sirviendo con el mismo tesón que antes. Desde marzo (1819) le decía a Bolívar en carta que llevaba un particular para Casanare:

«El tal ejército de Oriente nos ha quitado el reposo, la salud, el tiempo, el juicio; no nos ha dejado hacer nada, y al fin se logró que pasase a Soledad (frente a Angostura), a jugar y beber. Mi opinión puede ser temeraria; pero yo no espero nada de semejantes cabezas. Qué *bien assorties*!»

Su caída del poder no lo acobarda, ni siquiera lo irrita; defiende y elogia a su sucesor, el tan heroico como casi bozal Arismendi:

«Apenas ha habido día en que no se hayan propagado del sitio de la Soledad, residencia del General Mariño, las noticias más alarmantes, declamándose en el Congreso contra el Vicepresidente (ZEA), que se suponía las ocultaba.

»Un café con billar y mesas de juego de monte, frecuentado por el General Mariño, por el Diputado Alzuru, varios Jefes y una multitud de Oficiales, era una especie de baluarte de la impostura y el foco en que se reunían todos los chismes e intrigas de la So-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

ledad. Las ramificaciones de esta facción diabólica se extendían ocultamente por todas partes. No puede explicarse por qué encanto se entorpecían o se interceptaban las comunicaciones oficiales, y hay motivos para creer que el Presidente (Bolívar) habrá recibido muy pocas o ninguna.»

¿Y qué clase de especies propalaban los enemigos de Bolívar y de ZEA en aquellos momentos angustiosos?:

«El pueblo, afligido con las noticias de que ya no había Ejército, que los Jefes de las Divisiones estaban siempre opuestos, que ingleses y margariteños se estaban matando, que de un día a otro se perdería todo si no mandaba el General Mariño, como el señor Alzuru con varios Diputados lo sostenían a gritos en el Congreso; el pueblo, digo, siempre sobresaltado, se consolaba con la esperanza de los sucesos que no dudaba obtendría el Presidente en la Nueva Granada, de donde vendría bien pronto con grandes fuerzas a salvarlo. Esta era la voz y la confianza general, cuando de repente se propagó la noticia de su completa derrota en la llanura de Bogotá, sin que de todo el Ejército se hubiese salvado otro que él mismo, con un brazo roto, acompañándole muy pocos oficiales...»

En estas circunstancias ZEA se retira, pero insiste en que no sea Mariño el sucesor, en acatamiento a órdenes superiores; y así le fué admitida la renuncia:

«Se congrega el Congreso, multitud de gente armada de sables y pistolas asiste a la sesión; grupos de gente también armada se apostan en diversos puntos cerca del palacio, teniendo por jefes al Coronel Sánchez, Montes de Oca, el padre Granadillo y qué sé yo qué otros. Estos jefes entran y salen continuamente mientras dura la sesión, en la que fué admitida la segunda renuncia del Vicepresidente, y electo en su lugar el General Arismendi.»

A este jefe le tributa elogios, que aquellas ocurrencias hacen resaltar para honor de ZEA:

«Con esto se calmó todo y después no ha ocurrido otra cosa que sucesivas noticias del abandono en que estaba todo, de la disolución completa del Ejército, de no haberse tomado providencia ninguna para la defensa de la plaza, y otros rumores propios a confirmar al pueblo la opinión del acierto que se ha tenido en el nombramiento de Arismendi, *a quien debe hacerse la justicia de que manifiesta las mejores intenciones y mucha actividad.*»

¿No es cierto que causa admiración leer estas cartas e informes de ZEA, tan exentas de amargura, en aquellos momentos aflictivos, en que, sin duda, todos sus émulos se gozaban de su caída? Nótese que esas cartas eran privadas y dirigidas a Bolívar, con cuya confianza contaba en absoluto y a quien sus comunes enemigos no escatimaban los reproches por haber emprendido la como ninguna memorable y fecunda en bienes, campaña de Boyacá. La fiereza y altivez de nuestro paisano aparecen en los documentos públicos, como en esa preciosa renuncia, donde habla con tal desenfado de su «estúpida debilidad» y acaba contra los «rústicos» de todo pelaje que le asediaban en el ejercicio de sus funciones. Pero vuelto a la intimidad, su espíritu se serena y su pluma olvida los agravios; por donde se ve que la doblez y la hipocresía jamás empañaron tan noble corazón. El fusilamiento de Barreiro y sus compañeros, que tan acerbamente le criticaron a Santander, le arranca este reproche o más bien lamento, fechado en San Thomas a 30 de marzo de 1820, ya en viaje para Europa:

«Mucho mal nos han hecho las represalias intempestivas de nuestro buen amigo Santander. Es increíble la disposición en que estaba todo el Ejército de Morillo, y no puede dudarse que con las últimas noticias de España, se nos hubiera pasado todo él. No se hablaba ya de otra cosa, cuando ese triste, por no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

decir maldito acontecimiento, vino a reanimar la guerra, ya próxima a extinguirse.»

Y las dolencias ridículas de un pobre General que dejaba en París, le permiten escribirle a Bolívar estos renglones en carta de Burdeos, fecha 28 de mayo de 1821, en viaje para Madrid:

«El General Vergara se halla en París en un estado lastimoso. Está loco rematado, y yo no me he atrevido a tomar ningún partido, porque al cabo no es loco furioso, y puede ser que se mejore. Su manía es de vanidad. El ha ganado todas las batallas, tres veces fué proclamado Dictador y no quiso admitir. La Princesa de Anglona, que no lo conoce, y está viva, se mató por él. Ha venido a París a recibir el título de Grande de España que va a mandarle Fernando VII y el de Príncipe, que no sé quién le ha dado. Vive encerrado en su posada, y ni siquiera se le puede socorrer, sino con pagarlo, pues tira el dinero en términos de dejar en los pantalones y chalecos que manda a lavar, los billetes de banco y la moneda.»

Hasta con el estilo y verba egregia de Bolívar tuvo de habérselas don FRANCISCO ANTONIO, como se verá del siguiente pasaje de una de sus cartas de Angostura, dirigida al Libertador en campaña. Le habla de la traducción que cierto notable inglés ha concluído, para hacerlo conocer en Europa, del nunca jamás como se debe admirado y digno de constante meditación, *Discurso* de inauguración del Congreso de Angostura, escrito y pensado bajando el Apure en canoa, en ocasión y circunstancias que no imaginaron ni en sueños los más famosos oradores de tiempo alguno vivido. ZEA le habla como maestro al maestro de Olmedo y discípulo de sí mismo:

«Ya he dicho a usted en otra carta, que míster Hamilton, persuadido de que el discurso de usted debe producir en Europa un grande efecto en favor de la causa, se empeñó en que su traducción se imprimiese inmediatamente para mandarla por el primer paquete. Está al concluirse la impresión. Cuantos han visto la traducción y son capaces de juzgarla, dicen que es admirable, y él mismo no ha dudado publicarla con su nombre.

«Los pasajes que él ha reformado, son precisamente los en que yo encuentro algún reparo; uno de ellos la introducción, y me parece que con acomodarnos a la traducción saldrá mejor el discurso original. El conserva en la traducción la idea principal, que es muy bella, y le quita el recargo de ideas accesorias que la deforman. La falta de caracteres, porque la imprenta es muy diminuta, ha impedido la publicación del texto, que se verificará inmediatamente.»

Para terminar con estas citas, que a todos los antioqueños han de interesarnos, copio la hermosa carta familiar de ZEA, que dice:

A las ciudadanas María Francisca y María de Jesús Zea y Díaz.—Medellín.

«*Angostura, 28 de febrero de* 1820.

«¡Mis queridas hermanas!—Cuando yo más me lisonjeaba de veros, abrazaros y no volverme a separar de vosotras, me veo precisado a volver a Europa a negocios del mayor interés para el Estado. No puedo explicaros el sentimiento que me causó este encargo del Gobierno por más honorífico que sea; pero la Patria es primero que todo, y ningún sacrificio debe omitirse por ella. Yo creo que resultarán muchos bienes de mi comisión,, y esto me alienta y debe a vosotras consolaros. Mi detención no será mucha, y volveré con mi mujer y mi hija, que es un prodigio de hermosura y de habilidad. Yo os escribiré frecuentemente para entretener la ausencia, y aceleraré cuanto pueda mi vuelta. ¡Cuánto me alegrara de llevar conmigo alguno de mis sobrinos! Pero hasta de esa satisfacción me priva lo precipitado de mi comisión.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Área de Patrimonio Documental

«Dadme noticia de vuestros hijos e hijas, su edad, estado, etc., porque yo nada sé de mi familia. Las circunstancias políticas de Europa han interrumpido largos años nuestra correspondencia, y mi vuelta a América coincidió con la venida de Morillo. Acaso no habréis recibido ninguna de las muchas cartas que os escribí de Jamaica, pocos días antes del sitio de Cartagena.

»Pasadlo bien, mis queridas hermanas, y rogad a Dios nos conceda la satisfacción de vernos bien pronto, como lo desea vuestro afectísimo hermano.

»F. A. Zea.»

Pero quedaría incompleta esta serie de citas—que no tienen otro objeto que llamar la atención del Gobierno y de todo el pueblo colombiano hacia la importancia excepcional de las obras cuya impresión oficial me he atrevido a proponer—; quedaría incompleta la serie, digo, si no pusiera, al lado de aquellos documentos bien conocidos, algunos párrafos de su obra monumental, *Colombia*.

Véase algo sobre las *Minas*:

«Las minas de Cundinamarca son objetos de la mayor consideración para su comercio. Se puede afirmar que esta porción de la República es tan rica en tesoros minerales, como la más rica del Sud de América. Las Provincias de Antioquia y Chocó son peculiarmente ricas. La plata que se saca de ellas es sumamente pura. También se encuentra plomo y cobre, pero no se sirven mucho de ello. De allí envían a Europa esmeraldas y otras piedras preciosas. Platina, que se creía ser peculiar al suelo del Chocó. Azogue, que tan útil es en el pays de minas, se ha descubierto últimamente en la Provincia de Antioquia en el valle de Santa Rosa, en las montañas de Quindiu, y cerca del pueblo de Cuenca en Quito.

»Las minas de oro de Nueva Granada solamente, dice un escritor moderno, producen anualmente más de 2.500,000 duros. La Provincia de Chocó podía, sola ella, producir anualmente más de 20,000 marcos, si al poblar mejor esta región, que es una de las más fértiles del Nuevo Continente, el gobierno volviese su atención a los progresos de la agricultura. Minas de plata hay en la Vega de Supía con venas muy ricas. Estas minas, que también producen oro, no han sido descubiertas más que veinticinco años ha. Las operaciones fueron interrumpidas en consecuencia de un proceso entre los propietarios, justamente al momento que se hallaban estos minerales abundantemente. Por lo que toca a las minas de plata de Pamplona, y las de Santa Ana, cerca de Mariquita, fueron abandonadas por orden del Virrey español, a causa de la mala inteligencia en el modo de trabajarlas. No hay duda que el Gobierno volverá a labrarlas en mejores tiempos, como las de Santo Cristo de las Laxas, y otras cerca del río Guarino, que antiguamente producían una cantidad considerable de plata. El espíritu de empresa y de industria aumentará con la libertad y la población del país.»

Algo sobre las *lenguas americanas*:

«Haremos aquí unas cuantas observaciones sobre el lenguaje de los indios.

»La construcción de las lenguas de América es tan opuesta a la de las lenguas sacadas del Latín, que los Jesuitas, que habían examinado profundamente todo cuanto pudiese contribuir a extender sus establecimientos, introdujeron entre sus neófitos, en lugar del Español, ciertas lenguas indianas, ricas, regulares y extensivas, como la Quichua y la Guarani. Trataron de substituir estas lenguas a los idiomas más pobres, bárbaros, y más irregulares en su sintaxis. Esta substitución era muy fácil. Los indios de las diferentes tribus la adoptaron con docilidad, y desde entonces aquellas lenguas americanas generalizadas se hicieron los

UNIVERSIDAD EAFIT

medios de comunicación entre los misioneros y los neófitos. El suponer que la preferencia que dieron a la lengua de los Incas sobre la Española no tenía otro origen que el de isolar las Misiones, y el de retirarlas de bajo el influjo de dos poderes rivales, los obispos y los gobernadores civiles, es una suposición vana. Los jesuítas tenían otros motivos, independientes de su política, para tratar de generalizar ciertas lenguas indianas. Hallaban en estas lenguas un vínculo común para unir las diversas razas que estaban separadas, hostiles las unas de las otras, y que la diversidad de idioma contribuía a ello; pues en los países incultos, después de muchos siglos, a veces los dialectos se revisten de la forma, o a lo menos de la apariencia, de idiomas primitivos.

»Cuando se dice que un Dano aprende el alemán, y un español el Italiano y el Latín, más fácilmente que cualesquiera otra lengua, se cree que esta facilidad resulta de la identidad de un número muy grande de raíces, que son comunes a todas las lenguas tedescas, o las de la Europa Latina: no reflexionan que además de esta semejanza en los sonidos, hay otra aún que obra más poderosamente sobre las naciones de un origen común. El lenguaje no es ahora más que el resultado de una convención arbitraria. El mecanismo de las inflexiones, las construcciones gramaticales, la posibilidad de las inversiones, todo se deriva de nuestra constitución física u organización individual. Hay en el hombre un principio instintivo y regulador, que está diversamente modificado según las diferentes razas de hombres. Un clima más o menos severo, una residencia entre los desfiladeros de las montañas, o a las orillas del mar, o diversas costumbres, pueden muy bien alterar la pronunciación, hacer obscura la identidad de las raíces, y multiplicar su número: pero todas estas causas no cambian en nada lo que constituye la estructura y el mecanismo de las lenguas. La influencia del clima, y de las circunstancias exteriores, desaparece delante de lo que depende de la raza—de las disposiciones hereditarias e individuales de los hombres.

»Ahora, en América (y este resultado de las indagaciones más modernas es sumamente importante respecto a la historia de nuestras especies), desde el país de los Eskimos hasta las orillas del Orinoco, y desde estas tórridas orillas hasta el país helado de los Maguellanes, las lenguas maternas, enteramente diferentes en sus raíces, tienen, si se nos permite la expresión, la misma fisionomía. Se notan grandes analogías de una construcción gramatical, no sólo en las lenguas más perfectas, como la de los Incas, la Aymara, la Guarani, Mexicana, y la Cora, pero también en idiomas, extremadamente groseros. Hay idiomas, cuyas raíces no se parecen las unas a las otras más que las de la lengua Esclavona y la Bizcaína, y que, sin embargo, tienen aquella semejanza de un mecanismo interno, que se halla en la Sanscrita, la Persa, la Griega, las lenguas Tedescas. En casi todas las partes del Nuevo Mundo, reconocemos una multiplicidad de formas y de tiempos en el verbo, una industria artificial para indicar de antemano, ya sea por la inflexión de los pronombres personales que forman las terminaciones de los verbos, o por un suffix intercalado—la naturaleza y relación de su objeto y de su sujeto, y para distinguir si el objeto es animado o inanimado, del género masculino o femenino, del número singular o plural. Es a causa de esta analogía general de estructura, como las lenguas Americanas, que no tienen ninguna palabra en común (la Mexicana por ejemplo, y la Quichua), se parecen en su organización, y forman un contraste tan completo con las lenguas de la Europa Latina, que los indios de las Misiones se familiarizan más fácilmente con un idioma Americano que con el de los españoles. En los montes del Orinoco se hallan indios casi bravos que hablan dos o tres lenguas. Los salvajes de diferentes naciones a menu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

do se comunican sus ideas por medio de un idioma que no es el suyo.

«Si se hubiese seguido el sistema de los jesuítas, las lenguas que ocupan ya muchísimo terreno se hubieran casi generalizado. En Tierra Firme y en el Orinoco, la lengua Caribe y la Tomanak serían las únicas que se hablarían; y al sud y sud-oeste, el idioma Quichua, el Guarani, el Amagua, y el Araucan. Apropiándose estas lenguas, cuyas formas gramaticales son muy regulares, y casi tan fijas como las del Griego y Sanscrito, los misioneros estrecharían más sus relaciones con los naturales que gobiernan. La infinidad de dificultades que ocurren en el sistema de una Misión que está formada de diez o doce naciones diferentes, desaparecería como también la confusión de lenguas. Las que no están muy difundidas se extinguirían; pero el Indio conservando un idioma Americano, retendría su individualidad, su fisonomía nacional. De este modo se efectuaría, por medios suaves, lo que los Incas, tan alabados de algunos, que dieron al Nuevo Mundo el primer ejemplo de fanatismo religioso, empezaron a hacer por la fuerza de armas.

»¿Pero cómo podremos sorprendernos al ver los pocos progresos que han hecho los Chaimas, los Caribes, los Salibas, o los Otomakes, en la lengua Española, cuando reflexionamos que un blanco tan sólo, un misionero, se halla entre cinco o seiscientos Indios, y que apenas puede hallar entre ellos un Gobernador, un Alcalde, o un Fiscal, que le sirvan de intérprete? Si en lugar del sistema de los misioneros, se substituyesen otros medios de civilización, o por mejor decir, cierta suavidad en las costumbres (pues el indio subyugado tiene hábitos menos bárbaros sin tener por eso más conocimientos);—si en lugar de no permitir a los blancos de habitar en sus aldeas, pudiesen ser mezclados con los naturales recientemente recogidos en los pueblos, los idiomas Americanos cederían gradualmente a los de Europa, y los naturales recibirían en aquellos idiomas, la gran masa de ideas nuevas que son el fruto de la civilización. Entonces no hay duda que la introducción de idiomas indianos generales sería inútil. «Pero, dice Humboldt, después de haber vivido por tanto tiempo en las Misiones del Sud de América, después de haber examinado con cuidado las ventajas y abusos del sistema de los misioneros, se me podrá permitir dudar, si sería fácil abandonar aquel sistema; que además de admitir reforma, sirve para preparar el camino a otro, que convenga más con nuestras ideas de libertad civil. A esto podrán replicar que los Romanos lograron introducir rápidamente su lengua con su soberanía en el país de los Galos, en Bœotica, y en la Provincia de Africa; pero los habitantes de estos países no eran salvajes. Habitaban en ciudades; conocían el uso del dinero; poseían instituciones que indicaban un estado de civilización suficientemente avanzado. La atracción del comercio y una continua residencia de las legiones Romanas, complicaban las relaciones entre ellos y sus conquistadores. Vemos, al contrario que la introducción de las lenguas de las metrópolis hallaban obstáculos casi insurmontables, en todos aquellos lugares en que las colonias Cartagineses, Griegas, o Latinas, se establecían en costas enteramente bárbaras. En todas las edades, como en todos los climas, el primer impulso del salvaje es huir del hombre civilizado.»

El *Indio* descrito físicamente:

«Unas cuantas facciones físicas y morales bastan para describir todas las tribus Indianas a la vez.

«Lo que poseen en común con respecto a su físico en una cabeza grande, frente estrecha, cabello negro, flaco y largo, ojos medianos, nariz aguda, boca grande, labios gruesos, y cara ancha. Su color, generalmente, es como el de cobre, varía según el temperamento del país en que viven; y su estatura, comúnmente de cuatro pies y medio a cinco, lo es en algu-

UNIVERSIDAD EAFIT BIBLIOTECA

nas tribus de cinco a seis. Tienen muy poco pelo en las partes del cuerpo donde nace naturalmente; pero no son del todo barbilampiños.

»Sus miembros, grandes y musculosos, tienen la apariencia de mucha fuerza; pero esa apariencia es engañosa, pues con dificultad pueden soportar mucho trabaxo. La pereza, la taciturnidad, la inconsideración, la estupidez, la mentira, forman en general su característico. Se observa que los que viven en el interior del país no son tan crueles como los que habitan la Costa. Pocos de los primeros son antropófagos, mientras que la mayor parte de los últimos lo son.

»En el Nuevo Mundo, en el tiempo de la conquista los naturales no estaban reunidos en grandes comunidades más que en las cimas de las Cordilleras, y en las costas en frente del Asia. Las llanuras, cubiertas de bosques, y atravesadas por ríos—los inmensos llanos que se extienden al Este, y que sirven de límite al horizonte—presentaban al ojo del espectador tribus errantes, separadas por la diferencia de idioma y de costumbres, y dispersadas como los restos de un naufragio. Por falta de otros documentos, veremos si podemos trazar, por la analogía de las lenguas, y el estudio de la constitución física del hombre, las diferentes tribus, seguir las huellas de sus emigraciones distantes, y descubrir algunos de aquellos caracteres de familia, que manifiesten la antigua unidad de nuestras especies.»

El *Misionero* y su labor con el Indio:

«Los misioneros pueden muy bien haber prohibido a los Indios ciertos usos que practicaban al nacimiento de una criatura, a su entrada en la edad de pubertad, y al enterrar los muertos; les pueden muy bien haber impedido pintar sus carnes, y el hacerse incisiones en la barba, nariz y carrillos; pueden muy bien haber destruído en la masa de ellos las ideas supersticiosas, que les fueron misteriosamente transmitidas de padre a hijo en ciertas familias; pero les

ha sido más fácil proscribir costumbres y borrar recuerdos, que substituir ideas nuevas en lugar de las viejas. El Indio de las Misiones está más seguro de su alimento. Sin luchar continuamente contra fuerzas hostiles, contra los elementos, y contra el hambre, pasa una vida más monótona, menos activa, y menos propia para comunicar energía al entendimiento, que el salvaje o indio independiente. Posee aquella suavidad de carácter que pertenece al que ama el reposo; no aquella que nace de la sensibilidad y de los movimientos del alma. La esfera de sus ideas no puede menos de ser limitada, pues no teniendo ningún comercio con los blancos, se ve separado de aquellos objetos con que la civilización Europea ha enriquecido al Nuevo Mundo. Todas sus acciones nacen de las necesidades del momento. Taciturnos, nunca alegres, absortos en sí mismos, se revisten de un aire sedentario y misterioso. Cuando uno no ha residido más que por corto tiempo en las Misiones, y no está muy familiarizado con el aspecto de los naturales, está dispuesto a tomar el estado de indolencia, y de entorpecimiento natural, por una expresión de melancolía, y por una disposición a la meditación.»

El Arzobispo Martínez Compañón decía que los Indios americanos son propensos a la herejía. ZEA habla así de su *fe*:

«Lo que burlará siempre al Apóstol más celoso de los Indios, es que están enteramente destituídos de fe. Es cierto que el Indio no rehusa nunca su consentimiento a ningún artículo de religión; al contrario, expresa su aprobación a la moral que le enseñan: su incredulidad se percibe en el disgusto que muestra por los ejercicios religiosos. Mientras que éstos no consistan más que en aparato, se divierte con ellos: el ruido de las campanas, el cantar salmos, y el sonido de los instrumentos de música, que a menudo les acompañan, las iluminaciones y las decoraciones, todo parece captivar al indio; pero las doctrinas, los ser-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

mones, las misas menores, y las abstinencias, son para él objetos tan disgustantes, que le es imposible tolerarlos. Su conducta en la iglesia no prueba de ningún modo que va allí por espíritu de devoción. Sus vestidos están siempre en una condición muy destrozada, y son más que ofensivos al pudor, cuanto apenas cubren su desnudez; y a veces entra en la iglesia en cueros, y se tumba por el suelo durante el oficio divino.

»Lo que es aún más singular es, que el Indio que cree en la doctrina cristiana pasa entre sus compañeros por un simple. La magia y los conjuros son los únicos dogmas que gustan al Indio, o que él abrace. La vejez, en lugar de atraerlos a la verdadera fe, borra de su memoria aquellas ligeras impresiones que recibió en su infancia en favor del Cristianismo. No es nada raro ver a hombres viejos imitando de un modo burlón a los predicadores al tiempo que predican, y de este modo destruir en los muchachos Indios los efectos saludables que hubieran producido en sus costumbres.»... ... ...

las otras de las Indias Occidentales, es donde apenas hay proporción alguna entre los Negros y los blancos, lo eran en 1811 como uno es a tres. En las Siete Provincias Unidas de Venezuela, hay 60,000 Negros, y gente de color, que antiguamente eran esclavos; Cuba, cuya extensión es de ocho veces menos, tiene 212,000. Al considerar el mar de las Islas Occidentales, del que el Golfo de México forma una parte, como un mar interior con varias bocas, es sumamente importante fijar nuestra atención a las relaciones políticas que resultan de esta configuración singular del Nuevo Continente, entre países situados dentro del mismo recinto. A pesar del Estado isolado en que la mayor parte de las diversas metrópolis tratan de retener a sus respectivas colonias, las agitaciones que ocurren no dejan por eso de comunicarse menos de las unas a las otras. Los elementos de la discordia son los mismos en todas; y un contacto se establece, como por instinto, entre hombres de un mismo color, aunque separados por un lenguaje diferente, y habitando costas opuestas. Aquel Mediterráneo Americano, que se forma entre las costas de Caracas, Cundinamarca, México, los Estados Unidos, y las islas de las Indias Occidentales, puede contar sobre sus orillas cerca de 1.500,000 Negros; pero tan desigualmente distribuídos, que apenas se cuenta ninguno al sud, y menos aun en la región occidental. Su grande acumulación es en las costas al norte y al oriente. Esta se puede llamar la parte Africana del mar interior. Era muy natural, que las conmociones que se han manifestado en Santo Domingo desde 1792, se propagasen a la costa de Caracas. Mientras que España era la tranquila poseedora de aquellas hermosas colonias, la débil resistencia de los Negros estaba enteramente contenida; pero cuando una lucha de otra especie comenzó—la de la independencia—entonces los Negros excitaron, por su temible postura, las aprehensiones de los dos partidos opuestos; y la abolición gradual o

instantánea de la esclavitud, fué proclamada en las diversas regiones de la América Española, no tanto quizá por motivos de justicia o humanidad, como para granjearse la ayuda de una intrépida raza de hombres, habituados a las privaciones, y que combaten por su propia causa.

»Los 60,000 Negros y gente de color, antiguamente esclavos que las Siete Provincias Unidas de Venezuela contienen, están tan mal divididos, que solamente Caracas tiene cerca de 40,000, una quinta parte de los cuales es de Mulatos; en la de Maracaibo, 10,000 ó 12,000; en las de Cumaná y Barcelona, apenas 6,000. Para bien juzgar del influjo que estos Negros y gente de color ejercen en general sobre la tranquilidad pública, no basta conocer su número; es necesario considerar su acumulación en ciertos puntos, y su método de vida, como cultivadores, o como habitantes de villas o ciudades. En la provincia de Venezuela, están reunidos en un paraje de pequeña extensión, entre la costa y una línea que pasa (a 12 leguas de la costa) por Panaquire, Yare, Sabana de Ocumare, Villa de Cura, y Nirgua. Los Llanos de Calabozo, San Carlos, Guanare, y Barquisimeto, sólo tienen 4,000 ó 5,000, que están repartidos entre los labradores, empleados en guardar el ganado. El número de personas que se hallaban emancipadas es muy considerable; siendo las leyes y costumbres españolas muy favorables hacia la emancipación. Un amo no podía rehusar la libetad a un esclavo que le ofrecía la suma de 300 duros, aunque el mismo hubiese pagado el doble de esa suma, a causa de su industria, o por su habilidad en el oficio que practicaba. Los ejemplos de personas, que en su testamento daban la libertad a un cierto número de esclavos, eran más comunes en la provincia de Venezuela que en alguna otra. Poco tiempo antes, dice Humboldt, de visitar los fértiles valles de Aragua, y el lago de Valencia, una señora, que habitaba en el lugar grande de Victoria,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Banco de Recursos Documentales

mandó a sus hijos, al momento de su muerte, que diesen la libertad a todos los esclavos cuyo número subía a 30.»

De la *civilización* en estos países, considerada en un rápido punto de vista:

«En la China y en el Japón, dice Humboldt, se consideran como recientes aquellas invenciones que no se han conocido por más de dos mil años: en las colonias europeas, un suceso que sucedió trescientos años ha, o hacia el tiempo del descubrimiento de América, parece sumamente antiguo.

»La falta de recuerdos que caracteriza a todas las naciones nuevas, tanto en los Estados Unidos, como en las colonias españolas y portuguesas, es muy digno de atención. Este vacío no es únicamente doloroso para el viajero, que se halla privado de uno de los placeres más deliciosos de la imaginación; pero tiene también un influjo muy grande en los vínculos mayores o menores, que unen el colonista al suelo sobre el que habita, a la forma de las peñas que rodean su cabaña, y a los árboles que le dieron sombra en su infancia.

»Entre los antiguos, los phenicios, y los griegos, por ejemplo, las tradiciones y los recuerdos nacionales pasaban del país materno a las colonias; en donde, perpetuados de generación en generación, no cesaba nunca de tener un influjo favorable sobre las opiniones, las costumbres, y el gobierno de los colonos. Los climas de estos primeros establecimientos ultramarinos se diferenciaban muy poco de los del país materno. Los griegos del Asia Menor y de la Sicilia no eran extranperos a los habitantes de Argos, Atenas y Corinto, de los que se alababa descender. Una grande analogía entre las costumbres, contribuía a cimentar la unión que estaba fundada sobre intereses políticos y religiosos. Los colonos ofrecían frecuentemente las primicias de sus cosechas en los templos de la metrópoli; y cuando por algún incidente siniestro, el fuego sagrado que ardía sobre los altares de Hestia se apagaba, enviaban mensajeros de las partes más distantes de Ionia, para volverle a encender en el Prytaneio de la Grecia. En todas las partes de Cyrena, como también a las orillos del Meotis, los habitantes conservaban cuidadosamente las tradiciones del país materno. Otros recuerdos, igualmente propios para mover la imaginación, estaban unidos al suelo de las mismas colonias. Tenían sus bosques sagrados, sus deidades tutelares, su mitología local; y, lo que daba vida y durabilidad a las ficciones de los primeros siglos, tenían sus poetas, que extendían su gloria hasta la misma metrópoli.

»Estas ventajas, y otras muchas, faltan en las colonias modernas. La mayor parte de ellas están establecidas en una zona, donde el clima, las producciones, el aspecto del firmamento, y el paisaje, se diferencian en todo de los de la Europa. En vano los colonos dan aquellos nombres que recuerdan las vistas de su suelo patrio a las montañas, ríos, y valles: estos nombres pierden muy pronto su atracción, y no tienen ningún sentido para las generaciones que le siguen. Bajo el influjo de una naturaleza exótica, se contraen hábitos adaptados a necesidades nuevas; los recuerdos nacionales se pierden gradualmente; y los que quedan no tienen, como las fantasmas de la imaginación «ni habitación local, ni nombre». La gloria de D. Pelayo, y del Cid Campeador, ha penetrado aún hasta las montañas y selvas de América: los habitantes algunas veces pronuncian estos ilustres nombres; pero no se forman otras nociones de su existencia, que la de héroes que pertenecieron a alguno de los periódicos fabulosos de la historia.

»Este firmamento extranjero, este contraste de clima, esta conformación física del país, tienen un efecto más decidido, sobre el estado de la sociedad en las colonias, que la distancia absoluta del país materno. Tal es el adelantamiento en la navegación moderna,

que las bocas del Orinoco y del río de La Plata, parecen más contiguas a España, que Phasis y Tartessus parecían en las edades antiguas a las costas de Grecia y de Phenicia. También se observa, que, en regiones igualmente remotas, las costumbres y tradiciones de la Europa se conservan más habitualmente en la zona templada. La similitud de situación contribuye, en cierto grado, a mantener conexiones más íntimas entre las colonias y la metrópoli. Esta influencia de las causas físicas sobre el estado de una sociedad naciente, se manifiesta aún más entre gente de una misma raza, que ha sido recientemente separada. Al atravesar las regiones del Nuevo Mundo, el viajero cree poder hallar más tradiciones, o recuerdos más recientes del suelo patrio, en aquellas partes donde el clima permite el cultivo del trigo. En este punto de vista, la Pensilvania, el Nuevo México, y Chile, se parecen a aquellos altos llanos de Quito y de Nueva España, que están cubiertos de encinas y de pinos.

»Entre los antiguos, la historia, las opiniones religiosas, y el estado físico del país, estaban encadenados por vínculos indisolubles. Era necesario que el colono hubiese renunciado a la fe que le había sido transmitida por sus antecesores, si hubiese podido olvidar el aspecto del paisaje, y las antiguas revoluciones del país materno. Con las naciones modernas, la religión no tiene, por decirlo así, un tinte local. El Cristianismo, al comunicar nuevas ideas, y al abrir una vía más ancha para el ejercicio de las facultades intelectuales—al declarar que todas las naciones que habitan la tierra son de una misma sangre, y miembros de una misma familia—, ha destruido todo sentimiento exclusivo, y ha difundido por los dos mundos las tradiciones antiguas del Oriente, con aquellas que peculiarmente les pertenecían. Las naciones de un origen diferente, y de idiomas disonantes, han recibido con esta institución común, recuerdos comunes; y el establecimiento de las misiones, después de

haber echado los cimientos de la civilización en una gran parte del Nuevo Continente, ha dado a las ideas cosmogónicas y religiosas una preeminencia marcada sobre recuerdos que eran puramente nacionales.

»Pero esto no es todo: las colonias americanas están casi todas ellas fundadas en países, donde las generaciones que se han extinguido apenas han dejado ninguna huella de su existencia. Cerca del río Gila, a las orillas del Misuri, en los llanos que se extienden al Este de los Andes, las tradiciones no suben a más de un siglo. Es cierto que en el Perú, Guatimala y México, las ruinas de edificios, las pinturas históricas, y los monumentos de escultura, atestiguan la antigua civilización de los naturales; pero en toda una Provincia apenas se encuentran algunas pocas familias que tengan ideas exactas de la historia de los Incas, y de los Príncipes mexicanos. Los naturales han conservado su lenguaje, su vestidura, y su carácter nacional; pero el desaparecimiento de los quipos y de las pinturas simbólicas, la introducción del Cristianismo y otras circunstancias, han apagado gradualmente las tradiciones históricas y religiosas. Del otro lado, los colonos de la raza europea menosprecian todo cuanto tiene relación al pueblo conquistado. Situados entre los recuerdos del país materno, y entre los del país donde nacieron, consideran los dos con igual indiferencia; y en un clima donde la igualdad de las estaciones hace que la sucesión de los años sea casi imperceptible, se abandonan al gozo del momento presente, y apenas echan su vista hacia los tiempos pasados.

»Que diferencia también entre la historia monótona de las colonias modernas, y entre las pinturas variadas que presentan la legislación, las costumbres, y las revoluciones políticas de las colonias antiguas! Su cultivo intelectual, modificado por las diferentes formas de gobierno, excitaba frecuentemente los celos del país materno; y por esta rivalidad, las artes y las

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Caja de Patrimonio Documental

letras obtuvieron en Ionia, en la Magna Grecia y en Sicilia, el más alto esplendor. En nuestros días, al contrario, las colonias no tienen ni historia, ni literatura nacional. Las del Nuevo Mundo no han tenido nunca ningún vecino poderoso, y en ellas el estado social no ha hecho apenas ningún progreso. Sin ninguna existencia política, estos establecimientos, formados para el comercio, o para la agricultura, no han tomado más que una parte pasiva en las grandes agitaciones del mundo. La historia de las colonias modernas no presenta más que dos acontecimientos memorables—su fundación y su separación del país materno. El primero de estos acontecimientos abunda en recuerdos, que pertenecen esencialmente a los países ocupados por los colonos; pero, lejos de recordar los progresos pacíficos de la industria, o los adelantamientos de la legislación colonial, no se ofrece a la vista más que actos de violencia y de injusticia. ¿Qué encanto puede uno hallar en aquellos tiempos extraordinarios, cuando, en el reinado de Carlos V, los Castellanos desplegaron más valor que virtud? Y cuando el honor caballeresco, lo mismo que la gloria de las armas, fué manchado por el fanatismo y la sed de oro? Los colonos, de un carácter suave, están libres por su situación de las preocupaciones nacionales, y aprecian, según su justo valor, las hazañas de la conquista. Los hombres que representaron en aquella escena eran europeos; eran los soldados del país materno: parecía que eran extranjeros a los habitantes de las colonias, y tres siglos bastaron para disolver todos los vínculos de la sangre. No hay duda, que entre los conquistadores había algunos hombres rectos y generosos; pero, mezclados con la masa, no han podido escapar a la proscripción general.

»Creo hayamos indicado las causas principales, que en las colonias modernas han borrado los recuerdos nacionales, sin que hayan sido reemplazados por

otros relativamente al país nuevamente habitado. Esta circunstancia, que debe repetirse muchas veces, ejerce una grande influencia sobre la situación de los colonos.

»También hay varios otros modos comparativos, que ilustran la materia de la civilización general del Sud de América.

»En Europa, nuestro trigo, cebada, y centeno, cubren espacios inmensos de tierra; y por lo general las tierras arables se tocan en todos aquellos parajes, donde los habitantes se mantienen de trigo. En la Zona Tórrida, donde el hombre se ha apropiado plantas que dan una cosecha más temprana y abundante, no sucede lo mismo. En estos climas felices, la fertilidad del suelo es en proporción al calor y a la humedad de la atmósfera. Una población inmensa halla alimento en abundancia en un corto espacio de terreno, cubierto de plántanos, de casabe, de ñame y de maíz. La situación insolada de las habitaciones dispersadas por los bosques, indican al viajero la fecundidad de la naturaleza, donde un poco de tierra cultivada basta para las necesidades de varias familias.

»Estas consideraciones sobre la agricultura de la Zona Tórrida, nos recuerdan involuntariamente la íntima conexión que existe entre la extensión del país labrado, y de los progresos de la sociedad. Aquella riqueza del suelo, aquel vigor de la vida orgánica, que multiplica los medios de subsistencia, retarda los progresos de las naciones hacia la civilización. Bajo un clima tan suave y uniforme, la única necesidad urgente es la del alimento. El sentimiento de esta necesidad es lo único que le excita al trabajo; y es fácil concebir cómo en medio de la abundancia, y bajo la sombra del plántano y del casabe, las facultades intelectuales se despliegan menos rápidamente que bajo un cielo riguroso, en la región del trigo, donde nuestra raza está en una continua lucha con los elementos. Cuando tomamos una vista general de los países ha-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bitados por naciones agrícolas, observamos, que las tierras cultivadas, o están separadas por montes, o se tocan las unas con las otras; no tan sólo a causa de lo crecido de la población, pero también a causa de lo propio del terreno para plantas alimentosas. En Europa, juzgamos del número de los habitantes por la extensión del cultivo: bajo los trópicos, al contrario, en las partes más calientes y húmedas del Sud de América, Provincias muy pobladas parecen casi desiertas; porque el hombre, para hallar alimento, no cultiva más que un pequeño número de aranzadas. Estas circunstancias, muy dignas de atención, modifican al mismo tiempo la apariencia física del país y el carácter de sus habitantes, dando una fisionomía peculiar a los dos—algo de inculto y silvestre que pertenece a la naturaleza—un prototipo que el arte no ha alterado aún. Sin vecinos, sin casi ninguna conexión con el resto del género humano, cada familia de colonos forma una tribu diferente. El estado insulado detiene o retarda los progresos de la civilización, que no adelanta sino en proporción que la sociedad se hace más numerosa y sus relaciones más íntimas y multiplicadas: pero, del otro lado, la soledad es la que desenvuelve y fortifica en el hombre el sentimiento de la libertad y de la independencia; y da nacimiento a aquella nobleza de carácter, que ha distinguido siempre la raza castellana.

»Por razón de estas causas, la tierra, en las regiones más pobladas del América equinocial, retiene aún un aspecto silvestre, que en los climas templados desaparece con el cultivo del trigo. Entre los trópicos las naciones agricultoras ocupan menos terreno; el hombre ha extendido allí menos su imperio; se puede decir que se parece a un huésped, que goza tranquilamente de los dones de la naturaleza, y no como un amo absoluto que cambia según su gusto la faz del terreno. Allí, cerca de las ciudades las más pobladas, la tierra está cubierta de selvas o cubierta de una tierra grasa que el arado nunca ha versado. Las plantas espontáneas predominan aún por su cantidad sobre las plantas cultivadas, y son las que determinan la apariencia del paisaje. Es probable que este estado de cosas cambie lentamente. Si en nuestro clima templado el cultivo del trigo contribuye a dar una uniformidad monótona sobre la tierra cultivada, es indudable que la Zona Tórrida, aun con una población mayor, conservará aquella majestad de forma vegetal; aquellas señales de una naturaleza virgen e invencible, que la hace tan atractiva, y pintoresca. Así es que, por un enlace de causas físicas y morales, la elección y producción de plantas alimentosas tienen una influencia sobre tres objetos importantes al mismo tiempo—la asociación o el estado isolado de las familias, los progresos más o menos rápidos en la civilización, y el carácter individual del paisaje.»

Por último, léase el retrato que hace de las *Caraqueñas de aquel tiempo,* que son ni más ni menos como todas las Sur-americanas de entonces, llenas de gracia y donosura naturales y sin la correspondiente cultura:

«Entre las mujeres de Caracas hay muy pocas rojas; pero tienen, con unos cabellos negros como el azabache, una tez blanca como el alabastro. Sus ojos, grandes y bien rasgados, hablan de un modo expresivo, aquel lenguaje que pertenece a todos los países. La encarnación de sus labios suavizada por la blancura de su piel, concurre a formar aquel conjunto, al que damos el nombre de belleza. Su estatura no corresponde con su forma: se ven muy pocas sobre la estatura mediana, muchas más pequeñas. Sería perder tiempo el buscar sus bonitos pies: como pasan la mayor parte de la vida al balcón, dirían que la naturaleza no había adornado más que aquella parte del cuerpo que exponen a la vista. Su porte es también defectuoso. Antes de la revolución, la ciudad de Caracas había hecho muy poco para la educación

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Patrimonio Documental

de los hombres, nada para la de las mujeres. No había ninguna escuela para niñas. De consiguiente, no aprendían más que lo que les enseñaban sus padres; que por lo general consistía en cierto número de oraciones, a leer mal, y a deletrear peor. Ninguno, a no ser un joven que el amor inspiraba, podía descifrar sus garabatos. No tenían ningún maestro de baile, de dibujo, ni siquiera de música. Todo lo que aprendían era a tocar por rutina algunas cuantas tocatas en la guitarra o en el piano-forte. Apenas había ninguna que tuviese los primeros elementos de música. A pesar de este defecto de educación, las mujeres de Caracas saben unir muy bien el agasajo en la sociedad con la decencia en la conducta, y el arte de ser coquetas con la modestia del sexo.»

Me parece que bastan y sobran las transcripciones anteriores para formarse una idea cabal de la importancia, variedad y ciencia que se encierran en la obra de ZEA, de que quizá no haya un ejemplar en todo Antioquia, y cuya reimpresión, en la forma y bajo las condiciones atrás indicadas, sería un acontecimiento fausto por mil títulos para la fecha gloriosa que va a conmemorarse. No me queda duda de que el Gobierno se honrará a sí mismo enriqueciendo el acervo literario nacional con esta publicación, que equivale a darnos un nuevo ZEA en toda su estatura, que sirva ahora de guía y estímulo a la juventud y la endoctrine en tan variadas artes y conocimientos, así como el ZEA de que apenas guardamos memoria sirvió a la República y la enalteció con todos sus merecimientos.

Hasta como reivindicación ennoblecedora de Antioquia es preciso ejecutar este trabajo, pues fuera de Colombia se admiran el nombre y las glorias de este preclaro medellinense, pero hay una cierta confusión respecto a su nacionalidad, que conviene contribuir a disipar de todos modos. Aquí en Venezuela, por

ejemplo, entre gentes no del todo analfabetos, pasa don FRANCISCO ANTONIO por venezolano, y sin duda por eso, por haber sido tan grande amigo de Bolívar, y por haber ocupado tan elevados puestos acá, se le honra y se le quiere como a compatriota eximio. De un hermoso volumen publicado aquí en 1895, para el Centenario del Mariscal de Ayacucho, intitulado: «PRIMER LIBRO VENEZOLANO *de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*», presento la prueba de mi aserto anterior, que me la suministra el «*Estudio sintético acerca de los oradores seglares de Venezuela*», a la página XXXV, donde se lee:

«*Oradores parlamentarios*. Bastaría a Venezuela para ocupar primer rango en el tribunado del derecho y de la libertad, ostentar los nombres de Juan Germán Roscio, tan brillante, tan austero, tan enamorado de la justicia y de la virtud como Vergniaud; de Coto Paúl, tan elocuente y arrebatador como Dantón, si bien con la honradez de que carecía el terrible jefe de la *Montaña*, y a cuya sonora voz, como a la de éste, el pueblo se conmovía agitado, a la manera de las olas del mar por la tempestad azotadas; de ZEA, que habría podido rivalizar con Demóstenes en elocuencia y en sabiduría. Su grandioso discurso en el Congreso de Colombia, reunido en Angostura, es una de aquellas piezas oratorias que, así como el discurso de Bossuet, sobre la *Historia Universal*, inmortalizan a un hombre y sirven de magnífico y perpetuo modelo a las generaciones del porvenir...»

Hago notar, con placer, que el autor de este estudio sobre los oradores venezolanos, cita como rasgo de elocuencia militar «la célebre orden del invicto Córdoba en Ayacucho: ¡*soldados, armas a discreción, paso de vencedores*! con que el gallardo mancebo electrizó a la división de su mando e hizo que a la manera de poderosa nube que el huracán no es fuerte a combatir, cayera, silenciosa, sobre el ejército

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

español, lo deshiciera, lo aniquilara y les arrancara a su pericia y a su valor, el disputado triunfo, con el arrojo y la singular valentía de la colombiana hueste...».

Por supuesto no todos los escritores venezolanos incurren en el amable error apuntado acerca de la patria verdadera del orador de Angostura, y los que tal hacen, quizá se dejen llevar del noble sentimiento de que para aquella época Colombia era la patria de todos. ¡Pluguiese al cielo que lo fuera todavía!

Como *granadino* coloca a ZEA el señor R. Azpurúa en sus *Biografías*, publicadas aquí en 1877, cuando hacía mucho tiempo que Colombia había reemplazado, en la lista de las naciones, a la Nueva Granada. Voy a citar con gusto a este gran compilador para que se vea todo el aprecio que aquí han hecho del hijo del Aburrá:

«Venezuela tiene con fundamento como gloria suya, toda gloria de la antigua Colombia. Las páginas de su historia registran cien veces, y siempre honorablemente, el nombre del sabio antioqueño, del honrado patriota, del leal amigo de Bolívar.

»Como uno de los más conspicuos colombianos, como que fué de los más esforzados artífices de la República en 1819, se recuerda a ZEA en puestos principales de los Salones del Palacio Federal de Caracas, por medio de su retrato que la gratitud pública ha colocado a la par de los primeros y más ilustres hijos de Venezuela.

«Es signo característico de la vitalidad y grandeza de los pueblos el culto de su historia. Pero no basta que la memoria de sus héroes se conserve por la posteridad en aquellas páginas, sino que sus cenizas deben guardarse con religioso respeto, levantando así el perdurable monumento de la gratitud nacional.»

«El párrafo antes copiado es la expresión del Gobierno de Venezuela en su ley de 27 de marzo de 1874, al levantar en Caracas el *Panteón Nacional* destinado a guardar las cenizas de los ilustres Próceres de la Independencia Sud-Americana y de los ciudadanos eminentes de la patria; y, por otro Decreto de 11 de febrero de 1876, se menciona como uno de los principales ilustres Próceres, cuyas cenizas debe cubrir la cúpula del gran monumento, al eminente antioqueño FRANCISCO ANTONIO ZEA.»

Del mismo libro citado antes (*Ofrenda en el Centenario del Mariscal de Ayacucho*), tomo los dos párrafos siguientes, página CLIX, por los datos bibliográficos que encierran y porque allí aparece el nombre de ZEA honrado por próceres de la talla de un Padre y General benemérito de la Independencia, don José Félix Blanco, que acabó sus días sirviendo siempre a la patria, después de libertada y constituída, compilando la mejor colección de Documentos Históricos que hasta ahora conocemos. Dicen así los aludidos párrafos:

«El respetable señor ZEA figura como negociador de la deuda de Colombia en Inglaterra en 1822. Dice el General Blanco: «cuando el genio de Bolívar trazaba en Angostura la primera línea del Gran Edificio de Colombia, que se proponía levantar, estimó como medida importante y vital al intento, nombrar un Plenipotenciario que fuese inmediatamente a Europa a fundar la opinión y el crédito en favor de la Nueva República; y para tan delicada comisión eligió al sabio ZEA, con poderes tan amplios y extraordinarios como lo exigía el sublime objeto de ella, y se leen en su despacho del 24 de diciembre de 1819, insertos en *El Colombiano* del 9 de julio de 1823, número 10, y en *El Venezolano* del 2 de septiembre de 1822, número 13.» En ese mismo número de *El Co-*

lombiano está un largo escrito dado en Bogotá por míster W. Jones. El grueso volumen citado «Colombia por ZEA», del folio XXVII al XXX, contiene la nota diplomática pasada por ZEA, en París, el 8 de abril de 1822 al Ministro de Negocios Extranjeros en Francia y a los Embajadores y Ministros Extranjeros residentes en dicha Corte.

«El Vicepresidente de Colombia, General Santander, decretó la suspensión de los poderes que tenía ZEA respecto de toda gestión y contrato del empréstito, por su Decreto de 1.° de junio, según se lee en el citado número 13 de *El Venezolano*. El 17 del siguiente agosto se dió en el número 11 del *Anglo-Colombiano* un artículo con el rubro de «Deuda de Colombia en Inglaterra». En el inmediato septiembre se escribió el artículo que corre a continuación del referido Decreto del Poder Ejecutivo en el número 13 de *El Venezolano*. El 4 de noviembre del mismo año publicó ZEA la carta que con el epígrafe de «Empréstito Colombiano» corre en *El Venezolano* número 32. Los números 18, 19, 20, 34, 42 y 50 de *El Colombiano*, correspondientes a las fechas de 3, 10 y 17 de septiembre de 1823—24 de diciembre del mismo año—18 de febrero y 14 de abril de 1824, contienen escritos sobre la cuestión «Empréstito Colombiano».

En el campo de las ciencias, tan progresivas y complejas como son, tal vez pudiera decirse que el nombre de ZEA quedara olvidado en la inmensa balumba de los sabios, considerándolo en el conjunto universal de los hombres que consagraron sus desvelos al servicio de la verdad en aquel radio ilimitado. Pudiera decirse que sus estudios sobre la *quina* verbigracia, ya fueron utilizados y superados por nuevos estudios de otros sabios; que sus estudios y servicios en el hoy casi arruinado Jardín Botánico de Madrid apenas si se recuerdan, y que en general sus trabajos

sobre la Fauna y la Flora, la Geología, la Geografía, la Etnografía, etc., de Colombia y de América, han sufrido con el tiempo tantos cambios y han tomado tal desarrollo, que el esfuerzo de nuestro autor aparecerá deficiente y aun erróneo en muchos casos. Pero, en primer lugar, nosotros no debemos considerar a ZEA en relación con toda la ciencia humana, sino con la mera ciencia de Colombia en la época en que él brilló al par de Caldas y de otros muy contados; ni pretender podemos el presentar sus obras como texto de consulta para los estudiantes de hoy en día. Es como piedra de toque—ya lo dije atrás—es como materia fósil, luminosa, de valor comparativo inapreciable, como la obra de ZEA (aparte su labor excelsa de orador y de patriota) puede y debe ser valorada y hacerse fértil en resultados apreciables ahora y mañana. Por eso me permití indicar la conveniencia que habría en que hombres competentes anoten, coordinen y renueven, por decirlo así, esos curiosísimos datos y hechos acumulados en estos libros tan raros como ricos en toda suerte de méritos. Esta es la tarea que corresponde al Gobierno y que no dudo será llenada con bizarra liberalidad.

Leyendo alguna vez una Química Agrícola francesa tropecé con un pasaje que me desconsoló no poco en mi calidad de antioqueño comedor de maíz. Hablando el texto de las excelencias del trigo y del pan nuestro de cada día que con él se fabrica, agregaba con un desdén misericordioso: «En las Landas y otros Departamentos pobres de Francia, hay infelices que comen un cierto pan fabricado con maíz...» El sabio francés alababa su aguja e ignoraba o no preveía todo el porvenir de nuestro grano indígena, que ZEA hizo conocer en Europa, y que los sabios acogieron y clasificaron con el nombre de nuestro conterráneo, inmortalizándolo entre los propulsores de la Botánica. El maíz que para el señor Favre era alimento reservado

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

apenas a sus compatriotas menos favorecidos de la fortuna, es hoy manjar apetecido de los pueblos más fuertes y sólidos de la tierra, el yanqui el primero. Su cultivo se ha extendido por todas partes, como el de la patata, americana también, y entre los dos llenan y sacian hoy el vientre antes hambreado de media humanidad. Con orgullo de maicero concluyo, pues, este ligero recuerdo al Orador de Angostura con las siguientes palabras de mi ilustre amigo ya difunto, el siempre recordado Manuel Uribe Angel, en su *Introducción a la Memoria sobre el cultivo del Maíz en Antioquia*, la más bella corona poética de Antíoco:

«Por una coincidencia que nos ha llamado la atención de algún tiempo a esta parte, el *Maíz* se ha encargado de perpetuar en la memoria de los antioqueños el nombre ilustre de dos esclarecidos compatriotas: el nombre de ZEA (zea-maíz), transmitido por la ciencia a las generaciones venideras, y el nombre de Gutiérrez González, que vuela en alas de la gloria literaria, por haber sido su cantor inmortal.»

Caracas, 14 de marzo de 1908.

P. D.—Acompaño en copia el Prólogo que los beneméritos patriotas venezolanos, don Pedro Pablo Díaz, don José Luis Ramos (compañero de ZEA en la redacción de *El Correo del Orinoco*) y Domingo Navas Spínola, pusieron a la publicación, hecha aquí en Caracas, en 1825, en la imprenta de este último, de varios discursos «del ciudadano FRANCISCO ANTONIO ZEA», Prólogo que merece ser conservado como una prueba de la alta estima en que se tuvo siempre la voz de ZEA por todos los hombres de la Gran Revolución. Acompaño también el detalle que he podido formar de cuantas deben ser las partes que integren las obras cuya publicación me he permitido proponer al Gobierno en el escrito que precede.

Fecha ut supra.

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

El deseo de ser útiles a nuestros compatriotas, que nos movió a sacar de la obscuridad de una librería LA HISTORIA DE LA CONQUISTA DE VENEZUELA, cuya reimpresión quedará concluída antes de un mes, nos ha inspirado también la idea de formar pequeñas colecciones de los más pequeños escritos, que podamos conseguir publicados en las diversas épocas de nuestra sagrada lucha. Mengua nuestra sería dejar perecer en el olvido de los archivos tantos documentos que ya empiezan a escasear, y que suministrarán a los Livios y Salustios de Colombia abundante materia para ejercitar con fruto sus talentos.

Principiaremos por EL DISCURSO DE LA MEDIACION, obra del inmortal FRANCISCO ANTONIO ZEA, y nos lisonjeamos anticipadamente de su aceptación por parte del público, no sólo en razón de su mérito, sino atendiendo a la circunstancia de que, según anuncian los periódicos europeos, parece que la Francia pretende ahora hacer el papel de mediadora entre la España y sus antiguas colonias, y renovar un proyecto cuya futilidad se demuestra en aquella patriótica y elocuente composición. Además creemos que deberá excitar la curiosidad de nuestros conciudadanos, de los cuales quizá la mayor parte no habrá gustado de su lectura, a causa de que *El Correo del Orinoco* donde se imprimió sucesivamente, se hallaba prohibido en esta ciudad bajo las más severas penas de las autoridades civil y eclesiástica en tiempo del tirano Gobierno extinguido.

El nombre del señor ZEA es célebre en todo el orbe literario, y las producciones de su genio, especialmente el discurso de la mediación en que reúne todo el pulso filosófico de De Pradt, el enérgico entusiasmo de Raynal, y la pintoresca expresión de Volney, no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

necesitan de nuestros débiles elogios para recomendarse hasta la más remota posteridad, mientras exista en Colombia el buen gusto, y el amor de la Patria anime los corazones de sus hijos. Concluiremos con advertir que nos ha parecido conveniente agregar la corta arenga que pronunció en la instalación del Congreso el año de 1819 en Guayana, y el manifiesto que en el siguiente dirigió a los pueblos de la República, con motivo de la unión de la Nueva Granada y Venezuela.

Caracas, 1.° de septiembre de 1825.

PEDRO PABLO DÍAZ, JOSÉ LUIS RAMOS, DOMINGO NAVAS SPÍNOLA.

OBRAS DE ZEA

1.° Oración de estudios: Papel periódico de Santa Fe de Bogotá.

2.° Descripción del Tequendama.

3.° Discurso al tomar posesión del puesto de Director del Jardín Botánico de Madrid y escritos varios sobre ciencias naturales, publicados entonces y allá.

4.° Exposición sobre las ideas de Mutis en la clasificación de la Quina.

5.° Cuadro político de Europa, publicado en *El Mercurio*, de Madrid.

6.° *Correo del Orinoco*, que redactó en Angostura y que son 112 números que se hallan en la Biblioteca Nacional de Bogotá.

7.° Discursos políticos en el Congreso Constituyente de Venezuela, hasta que sale en misión a Europa, incluyendo el Manifiesto a los pueblos de Colombia, sobre las ventajas y glorias de la Unión.

8.° Su Correspondencia diplomática.

9.° Sus escritos de hacienda, sus empréstitos y combinaciones para establecer el crédito de estos países y hacerlos conocer.

10. Sus contratos para trabajos geográficos, litográficos, etc., en Colombia, y para establecimiento de Escuela de Minería y cátedras de Ciencias Naturales.

11. Toda su correspondencia privada que sea posible reunir; y

12. Su obra monumental «COLOMBIA»; *Relación geográfica, topográfica, agrícola, comercial y política de este país*. Adaptada para todo lector en general y para el comerciante y colono en particular.» Dos tomos de más de 1,500 páginas. Edición de Londres. 1822.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

AMERICANISMO

I

(Discurso en un banquete en Quito, en 1916)

Señor Ministro de Relaciones Exteriores:

Al conceptuoso brindis con que habéis querido dedicarnos este banquete a mi compañero y a mí, que en este momento afortunado somos mensajeros ante el Ecuador y su digno Gobierno de la fraternidad colombiana, no puedo yo responder autorizadamente, sino apenas expresándoos nuestro personal agradecimiento por la recepción honorífica que por dondequiera se nos ha hecho en territorio de esta Nación hermana y que esta fiesta y vuestras nobles palabras coronan con singular magnificencia. Reciba, pues y aquí, vuestra juventud, aureolada de tantos méritos, y reciban en vos todos los ecuatorianos, nuestros fervientes votos de prosperidad y dicha y la seguridad de que nuestro poco valer en la intelectualidad y política colombianas se emplearán, de hoy más con nuevo brío, en pro de las profundas ideas, tan hondas e intencionadas, que acabáis de expresarnos y que resonarán, no lo dudamos, como eco de glorias siempre vivas y de afirmadas esperanzas en todo el continente americano.

Es verdad, señor Ministro, que no vinimos aquí en cumplimiento de uno de esos triviales y muchas veces engañosos actos de cortesía internacional; mas

como heraldos de la sincera alegría que hoy se expande por todos los ámbitos colombianos con motivo, con el justificado motivo, de que un Tratado de transacción y mutuas compensaciones ha puesto fin y para perpetua memoria, a las diferencias que nos legaron, entre múltiples bienes inapreciables, los hechos históricos de donde arrancaron a la vida de naciones independientes las antiguas colonias que trajo a la civilización la constancia, el valor, la fe profunda y el anhelo por ideales sublimes de la procera madre en cuyas entrañas se acendró nuestro destino, la noble España de nuestros mayores.

Y es verdad también que a pesar de los obstáculos que el egoísmo nacional, o regional si se quiere—el cual no es otra cosa que una concepción restringida de los mayores y mejores intereses de las comunidades humanas—debe ceder su puesto en las deliberaciones de los poderes públicos americanos, a más amplias concepciones, a programas de trascendencia y abarcadura más extensas; de suerte que partiendo de la libertad e independencia que dan seguridad a las unidades y grandeza al conjunto, se llegue sin violencia ni artificioso *arrière pensée* a formar esos grupos hegemónicos a que vos os referís, señor Ministro, y que entrevéis con la doble vista del hombre de Estado en las claridades de alba de un porvenir que ya puede ser presente. Que surjan, como círculos concéntricos de una misma vasta circunferencia, esas agrupaciones afines que han de formar dentro de poco la grande esfera de la geometría moral y política que envuelva en sus giros pausados e isócronos la suerte de este Nuevo Mundo de Colón, escarmentado de los desastres que ya lo afligieron y cerrado e intangible a las iniquidades de la fuerza, a los desaguisados del poder sin freno. Bien entendido que yo hablo por todas las razas y para todas las gentes que se mueven y sufren o gozan en la inmensurable línea de derecho que baja de las nieves y carámbanos de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

la Groenlandia a las nieves y carámbanos de la Tierra del Fuego. En Colombia, señor Ministro, como muy bien lo habéis expresado, somos panamericanistas sin distingos, sin dejarnos apartar de metas más elevadas y luminosas por combinaciones de abecedario, que limitan a determinadas letras las mayores combinaciones de las ideas, de los sentimientos y de los intereses legítimos en las tierras que llevan en su costra fecunda el devenir de la humanidad regenerada v feliz.

Bebamos, pues, señor Ministro, como huéspedes de un día sin sombra en casa de toda luz, a la salud del círculo concéntrico boliviano, de todas las otras naciones de América y aun podemos volver los ojos suplicantes hacia los régulos del Viejo Mundo para pedirles que cese, pero que cese honorablemente para todos—el afanar de la devastación que los agita y que los resplandores de una paz universal alumbren al fin las alturas de los montes y las profundidades de los mares y el firmamento azul ahora enrojecido también...

Brindo gustoso con vuestro simpático vino de Ambato—que jamás ha de ser el sangriento champaña de ahora—por vuestra salud, señor Ministro, que la fortuna de Colombia conserve y prolongue para tan bellas labores y por mucho tiempo; y brindo también, inclinándome hasta besar sus pies de divinidad tutelar de esta casa, por la señora de Tóbar y Borgoño, que compartió con su egregio compañero la para nosotros grata invitación, a que, con reconocimiento que no morirá, hemos querido corresponder. ¡Salud!

II

Palabras de despedida al Excmo. Sr. Baquerizo Moreno

Excelentísimo señor:

Por una feliz metamorfosis, el enojoso deslinde de la región del Pun, tornóse para la Comisión colombiana que había de concurrir a él, en simpática jira a esta insigne capital, donde hemos sido objeto de tantas y tan expresivas muestras de cordial cariño. Y como si las dificultades y alarmas fronterizas que aquella pequeña cuestión llegó a suscitar hubieran sido un patriótico alerta para las dos Cancillerías y para los dos pueblos hermanos, ello fué que el Tratado de límites, definitivo y completo, surgió como ley internacional, que ya es, en los precisos momentos en que aquel incidente se desvanecía en la paz de que afortunadamente gozan las dos naciones; y el solemne Pacto sellaba para siempre como irrevocables la amistad y bienandanza que Colombia y el Ecuador se juraron desde el primer día de su gloriosa existencia.

En estas propicias circunstancias, y preparándolas con vuestro reconocido tacto, V. E. nos hizo el honor de pasar al territorio colombiano, en la risueña Ipiales, dándole a vuestra visita el carácter de una demostración expresiva de aprecio hacia el Gobierno y el pueblo colombianos, que se complacieron en tener a V. E. como huésped, tanto más grato para nosotros cuanto esa visita fué más espontánea y afortunada para el cabal acercamiento de los dos pueblos.

Es, pues, motivo de justo regocijo para la Comisión colombiana que, no sólo por cortesía, sino más aún por movimiento verdaderamente fraternal vino en nombre del Gobierno de Colombia a corresponder a la visita de V. E., ofreceros esta modesta manifestación, que bien puede ser llamada fiesta de familia. Supli-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cando a V. E. os dignéis aceptarla con esta significación, y haciendo los más fervientes votos por la prosperidad del pueblo ecuatoriano bajo el ilustrado Gobierno de V. E., y por vuestra dicha personal, damos por terminada nuestra misión aquí, llevando el corazón repleto de gratitud hacia esta tierra, que ojalá siempre sea, cual lo es hoy, noble morada de hombres libres, y generoso albergue de la paz y la justicia.

III

Ante la estatua de Washington

(Discurso pronunciado en los festejos del centenario de Ayacucho, en Lima, en 1924).

Excelentísimo señor Presidente de la República; Excelentísimo señor Presidente de Bolivia; Excelentísimos señores Embajadores y Ministros Plenipotenciarios; señoras y señores:

En la patriótica peregrinación a que por modo tan gentil como encomiable ha invitado el Gobierno del Perú a todos sus amigos, para festejar solemnemente el primer centenario de la batalla de Ayacucho, victoria final de las armas republicanas en la prolongada contienda por nuestra independencia y soberanía; en esta piadosa peregrinación conmemorativa de todos los egregios capitanes que concurrieron con su genio, con su valor y su constancia al éxito perseguido por este nuevo mundo al reclamarle al antiguo, con las armas en la mano, la integridad de su derecho, nos toca hoy venir con reverencia filial ante el monumento de Jorge Wáshington, primero en el tiempo y en las virtudes ciudadanas, a traerle nuestro mensaje de cariño, de admiración y gratitud. Porque él y sus compañeros iniciaron en la feliz América del Norte el primer movimiento consciente, sistematizado y profundo que sobre la haz de la tierra reivindicó para el hombre moderno ese conjunto de atributos y facultades que lo completan en su sér como capacidad pensadora, como unidad volitiva y como cuerpo que se mueve dentro del espacio y ha de agitarse allí buscando el bien, sin desalojar por violencia o por engaño al hermano ocupante y poseedor, ya sea blanco, ya sea negro, que crea o que no crea, que lo endoctrinaran Confucio o Manco Cápac, Moisés o Jesucristo.

Las líneas rectas del derecho, para trazar las cuales sirvió de regla la espada que apenas asoma discreta por entre los arreos civiles del patriarca de la Libertad que en este bronce contemplamos, si tuvieron comienzo ostensible en la proclamación que de sus fundamentales principios hicieron los fugitivos peregrinos del May Flower, transformados luego en los convencionales de Philadelphia, no tuvieron ni tienen fin en el tiempo y el espacio, abarcaron y abarcan a la humanidad entera, y siguen desenvolviéndose en espiral que toca al cielo, adaptándose apenas, dentro de las modalidades y el ambiente de cada región y cada pueblo, hasta realizar para todos aquella plenitud de paz y de ventura que ya entrevemos al través de las cambiantes sombras y persistentes obstáculos con que las supersticiones e ídolos, los errores de entendimiento y aberraciones de la voluntad, entenebrecen la ruta, tornan ásperos y fragosos los caminos y alargan hasta lo incabable la viacrucis del progreso.

Ha sido, pues, de sincero regocijo para mí, el que os dirija la palabra en representación de Colombia, y por honra insigne, en la ordenación de esta ceremonia, como sea ella la postrera en la epifanía deslumbradora de las fiestas centenarias que el Perú decretó en buena hora y con pródiga magnificencia. Un pensamiento de justicia distributiva, de sujeción a la fidelidad histórica y de consoladora gratitud, nos ha congregado en este sitio apacible, bajo la encina de Mount Vernon, desde donde el genitor ancestral deja

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Salas de Patrimonio Documental

que irradie la gloria indeficiente de su obra, después que rememoramos y cantamos a nuestros héroes nativos, los de nuestra lengua castellana y la española cultura, los íntimos de nuestro corazón, dioses penates de nuestra casa, astros de luz eterna en el horizonte de nuestros destinos.

Lima, la opulenta Lima de Olmedo, ha reunido generosa alrededor del Palacio de Pizarro, que la sirve de centro, cien estatuas y columnas, arcos de triunfo, simbólicos monolitos y pirámides truncadas que consagran la gloria de sus libertadores y reflejan todos los matices de la epopeya americana, sin distinciones egoístas por accidentes geográficos ni discriminación envidiosa de méritos ajenos que el concepto magnánimo hizo propios.

El austero Wáshington, el pausado y simétrico San Martín, el centelleante Bolívar, el invicto y sosegado Sucre, el fulgurante Córdoba, Lara afanoso, La Mar y Necochea, todos comparecen aquí en el bronce, en el mármol o en el lienzo, proclamando desde la mudez de la tumba y con las enseñanzas del pasado heroico el imperativo categórico de la unión entre hermanos, de la confianza entre iguales y de la fe con que estos pueblos jóvenes pueden mirar sin zozobra el porvenir.

Tal vez ante este bronce y en este memorable centenario podemos afirmar que no hay razas superiores e inferiores; que la humanidad es una y el hombre es siempre el mismo; que las desigualdades aparentes, sobre que se afirman injusticias de precepto o de acción, son cuestión de carácter o de educación, grados de libertad para la mente creadora y para el brazo modelador. Wáshington y Franklin, Jefferson y Hamilton vieron esto y lo midieron y lo pesaron en la balanza justa de su criterio sabio, y sin temor de equivocarse alzaron los cimientos graníticos de su patria fecunda: promulgaron, sin ostentación ni músicas sonoras, el Decálogo de la libertad en instituciones imperecederas, que nosotros hemos copiado y adaptado

en lo posible de nuestros medios y que están dando sus frutos de orientación segura para todas las democracias, que es como decir hoy para todos los pueblos, porque la república y sus formas definitivas se impusieron ya a la conciencia humana en todos los hemisferios.

Para hablar de Wáshington, aunque sea en las breves palabras de un saludo, es preciso hacer a un lado el ditirambo tropical, apartar la imaginación fogosa y moderar el estilo dentro de la razón y la mesura, de suerte que el pensamiento reposado se acerque a la realidad de la vida cual ella es, grave y sencilla. Yo, que no puedo más y que me sujeto voluntariamente a las normas de la prudente cordura, dejo, en nombre de Colombia, al pie de la estatua de Jorge Wáshington, esta corona de laurel, que el tiempo no ha de marchitar, símbolo de la amistad respetuosa que hoy nos une al pueblo americano, por cuyo bienestar siempre creciente formulamos aquí los más rendidos votos, permitiéndonos en esta hora de tan efusivas confidencias, exteriorizar el anhelo de todos los pueblos aquí representados, por que la sombra y el espíritu de Wáshington presidan siempre e inspiren las determinaciones de los poderes directivos de la gran nación que reprodujo a Wáshington en Lincoln y asombró al mundo moderno, al participar resueltamente en sus luchas por la libertad y la justicia, con el jamás olvidado Wilson y el aquí presente entre nosotros, vencedor en Saint Mihiel, General Pershing.

Uno mi débil voz, apenas perceptible en este concierto grandioso, a cuantos oradores me han antecedido ya, para manifestar al Perú, en la persona de su preclaro Presidente constitucional, los acendrados sentimientos de fraterno cariño con que Colombia mira y aplaude su engrandecimiento, su prosperidad y su fuerza, dones dichosos que sus hijos esclarecidos han sabido arrancar a la fortuna en cortos años de labor tenaz, de orden administrativo y de vigilante acucia

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

por los permanentes intereses de la gran nación hermana.

Excelentísimo señor Leguía y señores Ministros que colaboráis con él en la compleja labor de restaurar la patria peruana en la intangibilidad de sus derechos: salud, en nombre de Colombia, presente ahora a vuestro lado, como lo estuvo en los campos inmortales de Junín y Ayacucho.

IV

La piedra de toque y las reclamaciones de extranjeros

Va para dos meses que escribí en Barcelona el artículo sobre lo de Supia y Marmato que *El Tiempo* publicó el 3 de febrero. En ese escrito decía yo lo siguiente, sobre lo cual vuelvo a insistir con más autoridad hoy que ayer, pero siempre en la tónica de los intereses del país:

«Estos países europeos, educados en las tradiciones del Imperio Romano, de Atila, Alarico, Guillermo *el Conquistador*, etc., etc., viven, se enriquecen y prosperan, en parte nada insignificante, desgraciadamente, por el despojo y la exacción ejercidos contra los débiles en las cinco partes del mundo.

»Por fortuna, el grande Wilson les impuso la Sociedad de las Naciones, y ésta creó la Corte permanente internacional de Justicia y «la jurisdicción obligatoria de ella», para decidir judicialmente toda diferencia entre naciones.

»La piedra de toque infalible para saber nosotros y todos los demás países débiles, con quiénes podemos tratar y contratar, es esa: nos bastará tomar en mano la lista de naciones que hayan adherido a la jurisdicción obligatoria; las que a ella no hayan adherido, es porque «se reservan su recurso a la violencia, no son de buena fe, y, por consiguiente, son peligrosas».

»Son países que están en el plano del derecho y la justicia, Suiza, Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, etc., y Alemania, quien acaba de manifestar en la asamblea de la Sociedad, por boca de su ministro Stresemann, que acepta la jurisdicción obligatoria de la Corte, dejando de ser catalogada entre las naciones de presa, para entrar triunfalmente en el campo de los pueblos que han hambre y sed de justicia.

»Los súbditos o ciudadanos de países que no estén en la lista blanca de La Haya, deben ser mirados como contaminados del cólera morbo de la iniquidad, y excluídos de todo posible negocio con la república...»

Esta observación o doctrina o regla de prudente conducta, emitida por mí, carecía de valor y aun pudo tomarse por una suspicacia poco fundada para naciones amigas de Colombia, que por razones privadas, pero exentas de ocultas miras de agresión, tenían motivos valederos para rehuir el abandono perentorio de métodos de hacerse justicia sin someterse a tribunales ningunos.

Y resulta ahora, señor director, que esa doctrina o suspicacia que yo expuse en sus columnas, ha sido expuesta también, con toda su autoridad de inglés y de antiguo ministro de negocios extranjeros de la Gran Bretaña, por lord Gray of Fallodon, en un comunicado a la prensa europea, que todos los diarios importantes han reproducido. He aquí los términos literales de ese escrito, conforme el *Journal de Genève* de 5 de los corrientes:

»¿Qué puede hacer el gobierno británico para esparcir un sentimiento general de seguridad?...

»Hay dos cosas que el gobierno británico podría hacer y que ninguna de las dos implica el empleo de la fuerza. Consiste la primera en firmar la cláusula facultativa (jurisdicción obligatoria) del estatuto de la Corte internacional de justicia. Han pretendido que sería inoportuno el ligarse a un método particular para resolver los conflictos. Pero también es preciso tener

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

en cuenta que el rehusar la firma de la cláusula facultativa «puede crear la impresión de que nosotros no estamos absolutamente determinados a resolver nuestros conflictos por los medios pacíficos». La Alemania firmó recientemente la cláusula facultativa, y «mientras más prolonguemos nosotros nuestra resistencia, más antipática llegará a ser nuestra posición...» (1).

Y hablando hoy el mismo imparcial y moderado *Journal de Genève* de la seguridad general por acá, recuerda que Inglaterra no quiso firmar hace poco el Protocolo de Ginebra, que entre otras cosas establecía el arbitraje obligatorio, y que «Inglaterra, por su oposición, impidió la conclusión de tratados generales de seguridad».

De suerte que no se han interpretado con disfavor de antipatía, sino con dolorosa previsión, las intenciones y conducta actuales del gabinete de Saint James. Toca a los encargados del poder entre nosotros, posibles víctimas de lo que lord Gray llama la resolución de Inglaterra, por modo absoluto, a echar mano de procedimientos no pacíficos para solucionar sus conflictos, orillar esas sirtes...

---

(1) «*La política liberal*» Diciembre 10 de 1928. Londres. Se ha enviado a los candidatos liberales y a ciertos oradores del partido, una declaración sobre la política liberal acerca de la paz, en relación a las reuniones que se han de celebrar en los distritos electorales del país.

«En dicha declaración, autorizada por Lloyd George y Herbert Samuel, se aboga por la supresión completa de la guerra, como medio de solucionar las disputas entre las naciones, la limitación inmediata y más severa y reducción de armamentos, la administración justa e imparcial de todos los mandatos, apoyo a la Sociedad de Naciones como árbitro de la paz internacional, *la inmediata firma de la cláusula opcional por la que Inglaterra se comprometería a presentar al tribunal internacional de Justicia todas las disputas internacionales de carácter legal*, la aceptación del arbritaje para la solución pacífica de las demás disputas internacionales, la repudiación de toda idea de competencia en construcciones navales con los Estados Unidos, *el apoyo decidido del librecambio*».—(Reuter).

Júntese a esto la rara e injurídica doctrina de míster Hughes sobre que no sanciona su país el Código que llegue a expedir la Unión Panamericana, porque a ello se opone la forma federal de su gobierno, y tenemos a toda la dominadora raza anglosajona fuera de los moldes del derecho humano. Inglaterra también alega, cuando le conviene, dificultades con sus Dominios. Esas organizaciones poderosísimas, están, pues, fuera de los principios cardinales que rigen en Derecho de Gentes acerca de la personalidad y responsabilidad de los estados en sus relaciones internacionales.

Ginebra, marzo 8 de 1928.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Antiguo y Documental

LA FIESTA DE LA RAZA EN BOGOTÁ

(España, la Conquista, la Colonización)

Señores y hermanos:

Saludo en vosotros, en este concurso numeroso y entusiasta que rodea las magníficas estatuas de la Reina Católica y de Cristóbal Colón, erigidas en la Santa Fe de Jiménez de Quesada por la piedad reconocida de la República, a los dignos representantes de la raza latina que bajo el pendón de España, con sus recursos y energías, robó un mundo a las soledades del océano, realizó los vaticinios de Séneca, completó el globo habitable y habitado, abrió inmensos horizontes al pensamiento humano y acrecentó por modo ingente las riquezas disponibles de la humanidad entera.

Y alzo en seguida mi vista reverente hasta fijarla en la luz vívida que irradian sobre todos nosotros los ojos tranquilos de esta Reina valerosa, comunicativa, justiciera y grande en todas sus empresas, para saludarla como su último vasallo espiritual y rendirla pleito homenaje de lealtad y gratitud, identificando en ella la histórica filiación generosa de nuestras madres y hermanas, de las mujeres de España y América, que llevan dentro del pecho el fuego de los volcanes y en el ánimo intrépido todas las actividades de la virtud combativa por su Dios, por su Patria y su Derecho.

Otra mirada enternecida va al Gran Nauta Genovés, inspirado piloto, héroe de la constancia en los peligros, mártir en su mismo triunfo, todo bondad, todo abnegación y sacrificio, que nos legó en su vida y en sus obras tal dechado de nobles sentimientos y altas enseñanzas como pocas veces la historia los vió reunidos en un solo carácter. Por santo le reconocerá la Iglesia, por genitor preclaro el gentío de los pueblos americanos que hoy le consagran el homenaje de sus monumentos, y por modelo perfecto a nuestra inquietud investigadora, a nuestra acometividad hazañosa y a nuestro desprendimiento colectivo.

La fiesta de la Raza es, señores, una conmemoración; pero cuidémonos de hacer de ella una conmemoración de los fieles difuntos, una peregrinación al cementerio de nuestras grandezas pasadas para llorar allí los poderíos perdidos, los anhelos insaciados, las esperanzas desvanecidas. Eso no. El pasado es irrevocable y conviene dejar a los muertos enterrando a sus muertos, según la sentencia evangélica, tomando apenas de ellos la parte de bien que nos legaron, y volver los remos de la nave alígera al presente que ya llegó y amenaza borrascas, mientras le encontramos rumbos definitivos y seguros al porvenir.

Dicen que una raza no es meramente una consaguinidad, una asociación de sentimientos mamados en una misma leche, confortados con una misma sangre, reflejados en unos mismos colores. En este aspecto, apenas si tendríamos nosotros, la mayoría quizá de nuestros conciudadanos, derecho o deber para venir a celebrar aquí los heroísmos de los conquistadores, los orgullos altaneros de los colonizadores y la intransigencia ciega de los que negaron a los criollos todos los rayos de su sol, todos los frutos de su suelo y todos los fueros que por sólo ser hombres reclamaron en vano de la justicia peninsular. Los negros y los indios estarían excluídos de estas festividades; y la gran mesticería que conglomera y amasa nuestra armónica población, todos ellos, protestarían contra la linfa

azul de quienes los vendieron como bestias y los cazaron como ciervos y los esclavizaron como a prisioneros de guerra, en tierras y tiempos de gentiles. La fuerza de la sangre no tira, no, por más que digamos otra cosa; y químicamente considerado, el líquido rojo que circula por las venas fué exactamente igual en Espártaco que en Vespasiano, en Piar que en Santander. En la especie humana no hay razas, y la noción de razas por limpieza de sangre, es un imposible anacrónico, es uno de esos viejos raigones de nuestra vanidad, que se extraen sin dolor porque se caen de puro desvencijados. La especie humana es una misma, idéntica al través de las edades: no selecciona como los bueyes y los caballos. No la rigen los músculos y formas atléticas, de una plasticidad más o menos hermosa: rígenla el cerebro, la lengua y la voluntad. El pensamiento creador, la palabra ondulante, y la fuerza viril de perseverancia que pone en acción lo que el alma concibe, el corazón presiente, el juicio regula, y la palabra, como llama quemadora, esparce al mundo. Pensar es sentir y es conocer. Conocer es dominar: ciencia es poder, el verbo es luz...

De allí, pues, que una fiesta de la raza hispánica, celébrese donde se celebrare, es una consagración de las virtudes antiguas y una reafirmación de las virtudes modernas de esta raza, de esta civilización, de esta cultura, en los territorios por donde desparramó su vitalidad prodigiosa y en donde hoy actúa impertérrita sosteniendo su predominio, disputando y proclamando su autonomía y originalidad, aun en el cosmopolitismo de estas latitudes y en estas épocas invasoras. Las virtudes de los pueblos son sus cualidades características, el cauce principal de sus ideas y sentimientos, las piedras angulares sobre que levantan los palacios de su soberanía e independencia.

Y en este aspecto sí, todos nosotros estamos confundidos y amorosamente compenetrados dentro de la gran raza latina que representa los bloques formidables que del Imperio Romano arrojó por el mundo la barbarie; y entre esos bloques, aquel de Hesperia feliz que aventó fragmentos suyos a todos los puntos cardinales y civilizó la América.

Juntos aquí en este aniversario glorioso, rememoremos, ¡oh hermanos españoles! ¡oh hemanos latinos! que, después del Imperio Romano, derr ado por la barbarie, nada hay tan grande, tan fastuos e inmenso en la historia como el Imperio Español. La memoria y el pecho se dilatan contemplando la obra gigantesca de ese pueblo en pro de la humanidad, del siglo XV al XVII. Ya antes había librado a Europa, a todo el Occidente, de la plaga pestilencial que la punta del alfanje mahometano propagaba por doquier. Y si cometió errores, como la expulsión de los judíos y de los moros ya sojuzgados, ello es que hoy en día, abierto el ámbito intelectual español a todas las libertades modernas, llama España a sus viejos hijos de Abraham y los restaura en su hogar abandonado, mientras pueblos que se nombran cultos los persiguen y maltratan todavía. Desgraciadamente, los hijos de Sem que levantaron el Alcázar de Sevilla, la Mezquita de Córdoba y el Generalife de Granada, permanecen alejados de toda participación ética en la actual civilización, dentro de las crujias lóbregas de una creencia religiosa incompatible con toda tolerancia y, por consiguiente, reprobada hoy por la conciencia universal.

Pero, señores y hermanos: cuando esta Reina magnánima y sus inmediatos sucesores echaron hacia el ignoto Occidente sus carabelas y soldados, sus marinos y cosmógrafos, sus naturalistas y viajeros, sus misioneros y sus constructores, sus mecánicos, arquitectos e ingenieros, sus jueces y letrados, sus teólogos y capitanes, despoblando a España en favor de estos continentes, cumplieron obra prodigiosa de progreso, cambiaron la faz del mundo y merecieron bien de los eternos Númenes que guían en su marcha a toda

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la humanidad. ¡Qué lucha portentosa! ¡Qué encuentro ese sí de dos razas, de dos civilizaciones, de dos épocas milenarias, tal vez de dos períodos geológicos, de dos naturalezas físicas que se complementaban en su diversidad, de dos ambientes morales y políticos, que no podían comprenderse! El hombre adulto de la edad del hierro, la espada al cinto, embrazada la rodela, el arcabuz en la mano, topóse en estas selvas marañadas con el hombre niño de la edad de piedra, desnudo el pecho, blandiendo el arco y las flechas, en alto la macana punzante, cubierto de plumas el pellejo. El adorador de un Dios único, que bajó hecho carne a la tierra para redimirnos del pecado y de la muerte, símbolo augusto de una Teología perfeccionada, se halló frente a frente del idólatra fetichista, tal vez caníbal, sacrificador de víctimas humanas a ídolos bestiales. El que hablaba la lengua más armoniosa entre los romances que se injertaron y se desprendieron de otras lenguas, más complicadas y perfectas aún, se tropezó, entre fieras y malezas desconocidas, con el salvaje gangoso que apenas articulaba dialectos informes, que en una evolución de cien mil años no hubieran sido instrumento para las hondas endechas del Marqués de Santillana, o las virgilianas églogas de Garcilaso de la Vega.

El choque tuvo de ser cruel, y congojoso el sino de los vencidos. Era preciso emparejar—si puedo expresarme así—las dos civilizaciones; para ello había que repoblar la tierra. Tras el diluvio de la conquista, sosegado ya el furor del aventurero desalmado, que perseguía con el oro el exterminio de los que se lo escondían y negaban, nuevos Deucaliones milagrosos los Reyes de España tiraron como piedras sus mejores hombres a las inmensurables extensiones de sus dominios. Nuevas Españas, nuevas Castillas, nuevas Andalucías fueron surgiendo aquende el mar. Los hombres de aquí se sintieron iguales a los de allá; se equilibraron las fuerzas; se comunicaron las ideas; se irguieron los siervos; se armaron los brazos, y en el estruendo de la mayor guerra civil de los tiempos modernos, España se dividió en más de veinte naciones, polluelos de águilas pirenaicas encastados en los nidos de los cóndores.

Y es la civilización hispánica; y es el hervir vividor que nos anima a los más altos destinos. La obra genial de España en el Nuevo Mundo apenas ahora se está revaluando y apenas ahora va pareciendo ante el concepto de la ciencia contemporánea. Esa obra, que nos une con las raigambres de la tradición severa, llevada a cabo cuando el resto del mundo era un enjambre hosco de rústicos debatiéndose en las garras de la miseria, del feudalismo, el puñal del condotiero y el veneno de sus cortes tambaleantes; esa obra de despoblación allá para repoblar aquí, de suplantación del caos prehistórico y bozal por Gobiernos regulares, por instituciones municipales que todavía hoy son orgullo de las urbes donde se inmolaron Padilla y Lanuza, de donde surgieron Riego y el Empecinado; esa obra de adelantar en cien mil años el progreso de la quinta parte del planeta, eso es lo que celebramos aquí y ahora, fundamentadas ya las libertades necesarias en todo el orbe español, y asomados apenas—como se asomaron Orgaz y sus compañeros a las hirvientes fauces del Popocatepelt—al vórtice temible en que hoy por desgracia se consumen las naciones amigas, buscando todavía el asiento de sus destinos, que sólo hallarán dentro del cercado querido de la Santa Libertad. ¡Que pronto impere ella para todos!

Pero, hermanos latinos, hermanos españoles: las civilizaciones y los pueblos pasan y perecen si de continuo no practican la justicia, no cultivan su mente, no ejercitan su brazo, no defienden su derecho, no desarrollan sus fuerzas y virtudes. A Dios rogando y con el mazo dando. Tal vez nuestra vieja propensión a escudriñar los misterios del cielo, muy de otra

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

manera que con el telescopio de Hérschel; nuestra dolencia ergotista, y nuestro amor entrañable a la copla, nos han alejado un tanto del dominio de la tierra, del estudio de las ciencias aplicadas, al tiempo que el aeroplano, el submarino y los gases asfixiantes nos advierten que la física, la química y la renovada ciencia de Colón, van siendo ahora los vehículos de la prepotencia entre naciones, si siempre no lo fueron. En estos momentos supremos levantemos el corazón y la mente, y los ojos y las manos, en busca de la orientación segura a nuestra nave. Todavía la aguja imanada se mueve, se agita, vacila y salta, sin saber dónde está su estrella polar, fija e inmutable como el deber y el honor... ¡Que la hora del Destino no pase bien sonada para todos y no escuchada por nuestra sorda oreja! ¡Que la obra de España y de sus hijos no sea interrumpida en el decurso de los tiempos! ¡Gloria al pasado que vive y al porvenir indeficiente!

He dicho.

1917.

LAS CONSPIRACIONES DE CATALINA ACA

A desenajar selvas. Genealogía de los Restrepos. Los antioqueños no son judíos...

—Sí, señor. Hace unos pocos días que vine de Victoria, en el departamento de Caldas, donde tengo algunas propiedades y donde pasé el mes de vacaciones judiciales, aunque yo no pertenezco ahora al gremio de abogados. Queriendo *El Tiempo* publicar en su edición extraordinaria algo relacionado con mi autobiografía, voy a referir un poco de mis labores agrícolas en las vertientes del río Magdalena y ubérrima región donde fué el real de minas de «Victoria», célebre desde los tiempos de la Conquista, como puede verse en «Las Décadas» de Herrera, en las «Noticias Historiales» de Fray Pedro Simón y en el encantador «Carnero de Bogotá», de don Juan Rodríguez Fresle, natural de Ontibón, en este Nuevo Reino, y de los Fresles de Alcalá de Henares, ilustres paisanos de Cervantes.

En 1887 tomamos aquí parte en una conspiración Juan de D. Uribe, Juan Manuel Ruedas, Aldana, Piñeros, Lino Ruiz y otros tantos, contra el régimen regenerativo que comenzaba entonces y se anunciaba, como luego fué en realidad, la catástrofe más espantosa que haya sufrido este país jamás, según confesión del doctor Carlos Martínez Silva refiriéndose especialmente al gobierno del señor Caro, teniente primero de Núñez y gran caupolicán de la Regeneración.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Pensamiento Antioqueño

Nuestra conspiración salió mal, como casi todas ellas, desde Catilina para acá. Nuestra base de operaciones fincaba en los batallones que comandaba Piñeros como jefe divisionario, pero husmeada la cosa por los respectivos sabuesos, Piñeros y los principales jefes fueron llevados a prisión y luego desterrados casi todos ellos. Como yo había sido un nuñista de algún relieve, que dicen ahora, y había tenido ocasión de prestarle al doctor Núñez muy señalados servicios, y al par era amigo personal de Julio E. Pérez, a la sazón ministro del Viejo, tuve el placer de ver una mañana de aquellos días a este amigo en mi casa de habitación, por la calle de Las Aguilas. Sin ambages me dijo Julio: «Todo se sabe, y estás en las listas de los conspiradores, que han sido encarcelados la mayor parte. He obtenido del doctor Núñez que no te apresen a ti ni te destierren, con tal que desocupes la capital y te vayas para Antioquia...».

—Nada tengo que hacer en Antioquia por ahora—le respondí—, pero me iré a las selvas del Magdalena, por «Victoria», y me parece que allá estaré más retirado de la vida pública que en Antioquia mismo. Y convenidas así las cosas, en pocos días arreglé mis asuntos personales y me dirigí hacia los baldíos de «Victoria» a fundar una finca en ellos, contando con la colaboración de un hermano mío, don Benicio, hombre de valor y energías sin igual para toda clase de trabajos agrícolas, para la guerra y para cuanto se quiera cuando se necesita un hombre. Con dos mulas y un par de baúles llenos de trebejos que pudieran servirme en la selva y para domarla, llegué a la plaza de Victoria, un día de octubre de aquel año de 1887, es decir, hace la nonada de cuarenta años! La misma tarde que llegué seguí camino hacia el punto, en los baldíos nacionales, donde estaba mi hermano tumbando las primeras hectáreas de selva virgen, en la cuchilla de «La Miel», paraje sin nombre, culebroso como pocos, eriazo y bravío como todos los diablos,

que yo bauticé luego «Indalia», medio anagrama del nombre de mi padre, don Indalecio, con cuya ayuda contábamos en nuestra proyectada empresa. Encontré a mi hermano herido en una rodilla con el gavilán del hacha, en un golpe inseguro que dió sobre el corpulento guayacán que estaba volteando patas arriba...

E interrumpo aquí un instante para decir dos palabras sobre este mi hermano, que llamaban en Victoria «El Tigrón», y que merecía el apodo por haber matado más de diez de estos enemigos de los ganados, y porque podía, por su coraje inaudito, que aún conserva, cantar a todo pecho la copla popular antioqueña, de los hombres formidables de aquella tierra:

«En pinta me lleva el tigre,
en lo colorado el león,
que yo también he comido
hígado con corazón.»

Pues este mi hermano Benicio, cuando en aquellos montes echaba una «galga», es decir, que picaba apenas veinte, treinta o cuarenta árboles menores y les echaba luego encima un árbol corpulento, situado convenientemente para arropar con sus ramas y envolver a todos los otros y con ellos irse al suelo, con estrépito ensordecer de aquellas cañadas; entonces, y parado en pie en la raíz del madrino que acababa de crujir y desprenderse en el vacío, exclamaba, cual un Adamastor de aquellas selvas: «¡Carajo! ¡Yo los tumbo, que venga el Diablo a pararlos!» Esto hacía y esto decía y esto hacen aunque nada digan los famosos hacheros antioqueños cuando, para ahorrarse trabajo, echan esas galgas, conocidas en Antioquia, aunque con un significado parcialmente distinto, desde tiempos de la Conquista, cual puede verse en las dos Relaciones Notariales del conquistador de la provincia, don Jorge Robledo. Tuvo este mi hermano Benicio, que aun vive, bebe y repercute como en sus me-

jores tiempos, otra frase relacionada con su oficio ponderoso de abatidor de selva tropical, ponzoñosa, que Pérez Triana admiraba muchísimo y reprodujo con loa en alguno de sus libros. Cuando, los lunes por la mañana, amolado su calabozo o su machete, se iba al tajo o corte con sus peones, a socalar (vulgo «socolar») una extensión de selva de árboles mayores, para derribarlos luego con el hacha, operación aquella bastante peligrosa por las alimañas exiciales que pueblan la selva virgen y que se arman para defenderse y ofender desde que sienten ruido; don Benicio cogía una orilla, es decir, un extremo de la fila formada por los trabajadores, y antes de dar el primer golpe a la trabazón de bejucos, arbustos, zarzas y enredaderas que forman el boscaje menor que debe descombrarse para que no queden en pie sino los árboles de hacha, decía sin santiguarse: «A un lado serpientes, alacranes, avispas, tarántulas, cientopiés, hormigas rondadoras, trasgos y fantasmas, diablos y demonios, que aquí va un hombre con hambre!...» Pérez Triana decía que un hombre con hambre era, en realidad, algo más temible que la fiera sarda, que la bestia del Apocalipsis, y que don Benicio había dicho, queriéndolo o sin quererlo, una frase digna del cincel y el mármol...

Sea como fuere, yo no me cansaba de admirar aquel hermano, que no quiso seguir estudios y se dedicó al cultivo de la tierra en aquellas ásperas regiones. Yo mismo, aguijado por aquel ejemplo y acordándome de mis mocedades andariegas y de lo que en ellas por fuerza hube de aprender y practicar, cogía también las herramientas y empujaba un tanto en las labranzas. De raza le viene al galgo, me decía, y no hay que dejar caer la fama de los buenos antioqueños y de los Restrepos de la raza fina, de los de la estirpe del mayorazgo.

Y aquí me engolfo en una digresión genealógica, que no dejará de tener algún interés.

El fundador de la familia Restrepo, tan numerosa

y desparramada hoy en el país, no vino aquí de conquistador, ni de empleado público, ni de minero, que eran los motivos más atrayentes para los peninsulares que pasaban a estas partes, como dicen los cronistas. Vino el buen don Alonso López de Restrepo con algunos buenos reales suyos en los bolsillos, compró tierras en lo que fué Aná entre el río que luego se llamó de Medellín y la quebrada Iguaná, y se puso a trabajar la agricultura como cualquier Cincinato, con algunos negros esclavos y sin encomienda de indios ni servidores gratuitos. Casó a poco con doña Juana Guerra-Peláez, hija ésta sí de un conquistador de tuerca y tornillo, y madre que fué de doce hijos, cuatro varones y ocho hembras, que comenzaron a regar la Restrepería hasta el número incontable que hoy lleva. Contribuyó el señor don Alonso a la fundación de la ciudad de Medellín y su firma autógrafa está en los papeles respectivos que yo vi exhibidos cuando celebramos en Medellín el segundo centenario de esa capital, por allá el año de 1875. Don Alonso era hijo de don Juan y su familia era de hidalguía notoria en el partido de Restrepo, jurisdicción de Castropol, en Asturias. Servía a Dios y al rey en los ejércitos de Andalucía, bajo las órdenes del Duque de Medinaceli, y contaba siete años bajo banderas y había asistido a muchísimas batallas, encuentros, cercos y asaltos, por mar y tierra, cuando se le metió en la cabeza «pasar a Indias» y se puso y puso a su padre, don Juan, a crear la documentación correspondiente para poder llevar a cabo su feliz intento. De esa documentación aparece que el dicho don Alonso no tenía sangre de moro ni judío, ni de herejes ni de sentenciados; y no como se quiera por declaraciones de testigos más o menos benévolos, no. Don Juan López de Restrepo pidió en un memorial perfectamente bien acondicionado, dirigido a los alcaldes y justicias mayores de Castropol, lo siguiente, que es de grande autoridad: Que trayendo a la vista los libros de empadronamien-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

to de la nobleza e hidalguía, libros que se conservaban en el arca triclave, certificaran los fehacientes escribanos lo que en aquellos libros apareciera tocante a la familia López de Restrepo. Y habiendo ordenado los justicias que se practicase la prueba como se pedía, los reales escribanos certificaron que, traídos a la vista los susodichos libros de empadronamiento, aparecía, desde tiempo inmemorial, que los expresados López de Restrepo eran hidalgos notorios, de limpia sangre española, sin mezcla de moros, judíos, herejes o sentenciados. Y con estas y con otras pruebas de mucha fuerza obtuvo el entonces alférez, don Alonso, el real permiso para tomar pasaje en un barco de su majestad y venirse, como ya se dijo, a descuajar selvas y a roturar barbechos en las márgenes del glorioso Aburrá.

He hecho esta digresión por los lados del apelativo que me tocó en suerte, para justificar aquello que dije atrás, que de raza le viene al galgo o que quien lo hereda no lo hurta, y que nosotros los Restrepos de raza fina hemos sido casi todos agricultores y no nos ha tirado el comercio y muy menos el agio, sino por ahí a uno que otro vástago mal cruzado de tan preclara cepa. Y es que quiero también echar mi cuarto a espadas en el pleito sobre si son o no judíos los antioqueños, pleito que últimamente volvió a traer a los estrados un escritor de aquella tierra, a quien le contestó el reverendo padre jesuíta, de aquella tierra también, don Félix Restrepo, hijo de don Juan Pablo.

Desde mediados de 1875 leímos por la primera vez en esta prensa bogotana liberal, que miraba entonces, y no sé si todavía, muy de reojo a los que llaman paisas, esto es, a los antioqueños, que estos compatriotas que tenían a la sazón por presidente a un señor don Recaredo de Villa, comerciante y banquero, eran villanos y judíos por añadidura, y citaban en apoyo de tan estrafalaria opinión el mismo texto trasnochado, absurdo y ridículo, de no recordamos cuál au-

torzuelo de aquellos tiempos, quizá oidor, quizá visitador, quizá nada, donde aventuraba el embuste de que antaño hubiera sido traída de España y llevada a las montañas de Antioquia una colonia de gitanos ! !

Por entonces, don Mariano Ospina rebatió los despectivos conceptos de los periodistas nuñistas que atacaban al gobierno del señor de Villa, quien se inclinaba más bien a los radicales del librito místico, representados por don Santiago Pérez, que no al autor del «Qué sais-je» y desamortizador benemérito de los bienes raíces de las comunidades religiosas, que patrocinaba a tales periodistas y era su mentor, luz y guía. Recordamos que entre otras cosas hacía ver don Mariano, que si a Colombia alguna vez hubieran venido judíos (jamás gitanos, que son otra ralea infeliz, tal vez de origen semítico también, por lo menos los que remanecieron en España, sin saberse a derechas de dónde salieron, si bien los zíngaros o bohemios del Norte, gitanos asimismo, quizá no sean semitas, sino moscovitas o tártaros o escitas), no se hubieran radicado en las incógnitas montañas de Antioquia, pobres y desmedradas entonces, como una calavera del más pobre de los pobres, sino que se hubieran situado en las ciudades principales del Nuevo Reino, Santafé, Mariquita, Mompós, Cartagena, etc., donde hubieran podido ejercer su industria favorita del comercio de valores, letras de cambio, giros y descuentos, oficio agudo y delicado a que los acostumbraron las tiranías y persecuciones, robos y asesinatos de que eran víctimas los desterrados de Judea, de parte de casi todos los gobiernos que por entonces regían los destinos de la sangrienta Europa. Y corroboraba su juicio el ilustre doctor Ospina con que en Antioquia todos los habitantes y estantes eran agricultores o mineros, industrias poco apetecidas por los adoradores del becerro de oro.

En realidad, fué siempre un imposible físico y moral que a estas Américas, ni a Colombia, ni a An-

UNIVERSIDAD EAFIT

tioquia mucho menos, vinieran judíos así no más, como Pedro por su casa y con violación de todas las leyes positivas, civiles y eclesiásticas, que regían en estos mundos con rigidez inflexible y contra las mismas costumbres, usos y servidumbres de cuantos españoles había allende y aquende el mar de Atlante.

Como se ha visto por lo que dijimos de la familia López de Restrepo, no era como ir donde ñor Romero (que decía con su sal y su pimienta don Carlos Holguín) eso de venir a las Américas a poner tienda o sembrar coles o buscar el oro y la plata en estas cañadas y cerros. Era cosa de muchas probanzas y requisitos el poder encaramarse a una nave que virara hacia Occidente de los solos dos puertos habilitados entonces para este tráfico, Cádiz y Sevilla. De tal suerte que los archiveros de Indias en esta última ciudad le muestran al viajero los anaqueles perfectamente bien numerados, ordenados y catalogados, año por año, nave por nave, piloto por piloto, de la venerable casa de Contratación, que allí se conservan como oro en paño y que dan cuenta y razón a todo el que quiera consultarlos, de cada viaje de toda nave, de todo galeón que levó anclas hacia acá y traía a su bordo y en sus bodegas a tales y cuales personas como pasajeros, a tales otras como tripulación y marinería y cuáles plantas y animales y objetos útiles al hombre pasaron acá de los huertos y sementeras de la península. Allí en aquellos anaqueles y estanterías está la historia completa de la conquista y la colonización del nuevo mundo. Allí la buscaron don Antonio de Herrera, para sus «Décadas», y Muñoz para su desgraciadamente malograda obra colosal para la cual amontonó tantos y tan valiosos documentos. Y en ninguno de esos trabajos, que podemos llamar realmente históricos, aparece el embeleco de la inmigración judía a estas partes. Al contrario, en la catedral de Toledo, tras de la puerta mayor hay una triste lápida negra con caracteres blancos, en que se lee poco más o menos lo que sigue: «1492. En este año se descubrió el Nuevo Mundo por obra y gracia de sus majestades católicas y por arte y fortuna del navegante genovés don Cristóbal Colón. Y en este mismo año de 1492 sus majestades católicas, don Fernando y doña Isabel, expulsaron de todos sus dominios a los judíos, raza proterva y maldita...».

No se nos oculta, y antes bien lo tenemos muy averiguado, en nuestras largas lecturas de la historia de España, que los judíos que abordaron allí después de la dispersión que les infligieron el emperador Vespasiano y su hijo Tito, quienes desmantelaron y sembraron de sal a Jerusalem, un siglo mal contado después de Cristo; que los pobres judíos que se desparramaron por todo ese Mediterráneo, arriba y abajo, desde Suez hasta las columnas de Hércules, solían dejar o aparentaban dejar su religión y hacerse cristianos para evitar hasta donde ello era posible, los robos y persecuciones de que solían hacerlos víctimas las codicias y delaciones de las cortes de aquellas edades. Pero esto que apenas era posible y probado en casos notorios como el de don Pablo de Santa María, judío converso de Valencia, no era muy frecuente ni con mucho, pues las ideas religiosas eran en aquellas edades, lo mismo para San Esteban que para Juan Huss y Esteban Dolet, o Miguel Servet, algo más que la vida misma, y la apostasía se miraba con horror y casi todos los perseguidos de entonces por opiniones superiores preferían la muerte a la claudicación. Díganlo cuantos quemó y descuartizó y martirizó la Santa Inquisición... ¿Quién no recuerda el caso del noble judío mallorquín que refiere Roberto Robert en alguna de sus obras celebérrimas?

Pues, señor, recordemos el hecho admirable. A un judío de aquel gentilicio lo sentaron los oficiales de la Santa Hermandad, quiero decir de la Inquisición, aunque no sea lo mismo, sobre una famosa hoguera de gruesos leños que ya comenzaban a arder y traje-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

ron a su presencia a un su hijito de ocho o diez años de edad, al cual le dijeron los verdugos: «Mira a tu padre sobre esa pira; dentro de poco será un montón de cenizas; pero si tú apostatas de la secta de Moisés y te haces cristiano, tu padre será perdonado y seréis ambos gloriosos entre nosotros». El niño se quedó suspensó un instante, no sabiendo qué responder; pero el padre lo sacó al punto de su perplejidad gritándole con voz firme y entera: «No cedas, Rafaelillo, Rafaelons, not dons» y se reclinó sobre sus maderos cual otro Guatimozín. Y es constante también en las historias que esos judíos expulsados de España y Portugal se establecieron luego en Francia, particularmente por toda la Gironda y el Laguedoc, y que en Burdeos, cuando la Revolución Francesa proclamó la libertad de cultos, los judíos que allí aparentaban seguir la religión y prácticas cristianas, quitaron de sus casas en un instante todos los emblemas de este culto y subieron a sus salones los del culto judaico suyo, el de su amor y convicción, que practicaban de ocultis en los sótanos de sus habitaciones.

Hay más todavía, por lo que hace a Antioquia y a todos estos mundos, y es que las familias españolas pobladoras aquí traían todas su limpio abolengo cristiano como su mejor presea; y que siendo el empeño de los reyes españoles, particularmente los de la casa de Hapsburgo, Carlos V, y los Felipes, el mantener la unidad de la fe católica por sobre todas las cosas, no dejaban pasar a las Américas, pero ni vivir en España ni en parte ninguna de sus dominios a los descendientes de Anás, Caifás y compañeros, que eran entre todos los enemigos de Cristo los más odiados y tenidos entre ojos. De manera que los decires de los escritores mal avenidos con la limpieza de sangre de los antioqueños, no pasan de escarceos seudohistóricos y vulgo sociológicos: Que los antioqueños son dados al comercio y al agio; que se lavan y se afeitan los sábados; que comen mucha carne de cerdo (animal

inmundo, vilipendiado por Moisés y sus seguidores), diz que precisamente por ocultar su judaísmo, como hemos visto en algún absurdo escrito; que tienen muchos nombres bíblicos, como Adán Smith, don Salomón Uricoechea, don David Forero y don Melquisedec Tocancipá, cual si la Biblia anotada, en que todos esos bellos nombres se consignan y pasaron de allí al santoral romano, no hubiera sido la lectura casi única permitida por acá a nuestros venerables progenitores. Que esos nombres y apellidos se conservan entre los judíos auténticos que moran en las Antillas, por Marruecos, por Salónica y Constantinopla, etc., argumento que es sólido si los hay, como que hubiera sido facultad y poderío de los tiranos españoles quitarles a los judíos su patria, botarlos al extranjero y al mismo tiempo quitarles los nombres y apellidos que traían de su tierra, López, Silvas, Gómez, Valles, etcétera, etc. Y por último, se nos aduce hasta el simple argumento de que el insigne autor de la «María», don Jorge Isaacs, que sí descendía de unos judíos ingleses, legó sus despojos mortales a Medellín y quiso reposar el sueño eterno en aquel valle deleitoso, porque allá quedaba entre hermanos. Don Jorge admiró desde su primera estada en Antioquia, por allá en la guerra de 1860, nuestras gentes, costumbres y paisajes, tan opuestos en todo y por todo a las escuálidas gentes y horripilantes paisajes de la pelada, arenosa, calcinada y sórdida Palestina. Pero don Jorge no podía mudar con sus buenos deseos la realidad de las cosas. La raza antioqueña es en su gran mayoría pura raza española, particularmente iberocéltica, de las provincias montañosas del norte, que escaparon por lo inaccesible de su territorio y por el indomable coraje de sus hijos a toda conquista extranjera, ya fuese de los fenicios, de los cartagineses, de los romanos, de los moros, de los godos o vándalos o suevos. En la biblioteca de mi padre, que yo veía de niño en mi pueblo, había un libro voluminoso que se intitulaba: «Astu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

rias Indomada», y se demostraba en él que aquella heroica provincia jamás había sido hollada en son de guerra por ninguna planta extranjera; y cuando por la traición de Godoy, Príncipe de la Paz, Napoleón pudo invadir con medio millón de sus mejores soldados la España de Carlos IV, y que los asturianos no vieron izada en sus plazas fuertes ocupadas ya por el invasor, la bandera española, el 30 de mayo, día de San Fernando, el pueblo astur, como dice Quintana, lanzó su inmortal grito de guerra «contra el fiero Atila que a Occidente oprime», como lanzó a los vientos aquel Tirteo español el grito soberano que se repitió luego en Bailén, Arapiles, Torresvedras y Vitoria, hasta echar fuera de España al Corso intruso y felón que allí encontró su sepultura.

Tampoco se nos oculta, y vamos a acabar con esto, que los primeros cronistas y seudo historiadores de la conquista y colonización de América, al proponerse en sus mentes teológicas el problema de la procedencia de estos que ellos llamaron malamente indios americanos, no encontrando la explicación que hoy suministran la antropología y muchas otras ciencias conexas, se dieron a cavilar y a sostener que los habitantes hechos y derechos que encontraron los españoles de Colón por acá, eran las doce tribus de israelitas, que de Judea sacó el conquistador asirio Salmanasar y los botó desterrados hacia el oriente, hasta que estos andariegos sujetos fueron a dar por la Escitia y Tartaria, el reino de Anan (Annam), el de Quibira y Catay (Japón y China) al moderno estrecho de Berhing, por donde pasaron a México, al Perú, a Santa Fe y Chile. Sostienen esta opinión con textos de Isaías, de Esdras, de Abdías y otros profetas e historiadores del pueblo hebreo, y se arriman a ella gran número de notabilidades eruditas y sabias de aquellos tiempos, particularmente el P. Gregorio García y don Diego de Rocha, autores ambos de libros sobre el origen de estos indios, y Solórzano y ciento más. Otros

limitan a la sola tribu de Isacar el famoso éxodo hasta aquí, entre ellos nuestro benemérito Fray Pedro Simón. De que se seguiría que precisamente los judíos en estos mundos serían los indios (1) y que los que tenemos algún limpio abolengo español, como la gran mayoría de los antioqueños (y don Recaredo de Villa,

(1) El R. P. José de Acosta en su «Historia Natural y moral de las Indias», enseña a este propósito: «*Que es falsa la opinión de muchos, que afirman venir los indios de el linaje de los Judíos*». Ya que por la isla Atlántida no se abre camino para pasar los indios al nuevo Mundo, paréceles a otros que debió ser el camino que describe Esdras (4.13) en el cuarto libro, donde dice así: «Y porque he visto que recogía a si otra muchedumbre pacífica, sabías que éstas son las diez tribus que fueron llevadas en cautiverio en tiempo del Rey Osee, el cual llevó cautivo Salmanasar, Rey de los Asirios, y a éstos los pasó a la otra parte del río, y fueron trasladados a otra tierra. Ellos tuvieron entre sí acuerdo y determinación de dejar la multitud de los Gentiles, y de pasarse a otra región más apartada, donde nunca habitó el género humano, para guardar siquiera allí su ley, la cual no habían guardado en su tierra. Entraron, pues, por unas entradas angostas del río Eufrates; porque hizo el Altísimo entonces con ellos sus maravillas, y detuvo las corrientes del río hasta que pasasen. Porque por aquella región era el camino muy largo, de año y medio, y llámase aquella región Arsaneth. Entonces habitaron allí hasta el último tiempo, y ahora cuando comezaren a venir, volverá el Altísimo a detener otra vez las corrientes del río para que puedan pasar: por esto viste aquella muchedumbre con paz». Esta escritura de Esdras—sigue comentando el P. Acosta—quien ren algunos acomodar a los indios, diciendo que fueron de Dios llevados donde nunca habitó el género humano, y que en la tierra que moran es tan apartada que tiene año y medio de camino para ir a ella, y que esta gente es naturalmente pacífica. Que procedan los indios de linaje de Judíos, el vulgo tiene por indicio cierto el ser medrosos y descreídos, y muy ceremoniáticos, y agudos y mentirosos. Demás de eso dicen que su hábito parece el propio que usaban Judíos, porque usan una túnica o camiseta, y de su manto rodeado encima (¿la ruana?); traen los pies descalzos, o su calzado es unas suelas asidas por arriba, que ellos llaman «ojotas». Y que este haya sido el hábito de los Hebreos, dicen que consta así por sus historias, como por sus pinturas antiguas, que los pintan vestidos en este traje. Y que estos dos vestidos que solamente traen los indios, eran los que puso en apuesta Sansón, que la Escritura (Indic, 14) nombra «Tunican posyndomen», y es lo mismo que los indios dicen camiseta y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

mucho menos), jamás ni nunca comimos el pan ácimo ni nos rapamos en los duelos la cabeza ni crucificamos a Cristo.

A estas soñaciones encalabrinadas de los cronistas, que formaron la literatura de tres siglos si no de cuatro, se referiría quizá aquel pasaje que consta en la «Francia Judía» de Drumont, sobre que un cierto judío Montesinos, español, muy preocupado con la

---

manta. Mas todas estas son conjeturas, muy livianas y que tienen mucho más contra sí que por sí. Sabemos que los Hebreos usaron letras; en los Indios no hay rastro de ellas; los otros eran muy amigos del dinero, éstos no se les da cosa. Los Judíos si se vieran no estar circuncidados, no se tuvieran por Judíos: los Indios poco ni mucho no se retajan, ni han dado jamás en esa ceremonia, como muchos de los de Etiopia y del Oriente. Mas ¿que tiene qué ver, siendo los Judíos tan amigos de conservar su lengua y antigüedad, y tanto que en todas las partes del mundo que hoy viven se diferencian de todos los demás, que en solas las Indias a ellos se les haya olvidado su linaje, su rey, sus ceremonias, su Mesías, y finalmente todo su Judaísmo? Lo que dicen de ser los Indios medrosos y supersticiosos y agudos y mentirosos, cuanto a lo primero, no es eso general a todos ellos: hay naciones entre estos bárbaros muy ajenas a todo eso, hay naciones de Indios bravísimos y atrevidísimos; hailas muy botas («Boto». El rudo o torpe de ingenio. Dic. Acad.) y groseras. De ceremonias y supersticiones siempre los Gentiles fueron amigos. El traje de sus vestidos, la causa porque es el que se refiere, es por ser el más sencillo y natural del mundo, que apenas tiene artificio, y así fué común antiguamente no sólo a Hebreos, sino a otras muchas naciones. Pues ya la historia de Esdras (si se ha de hacer caso de escrituras apócrifas) más contradice que ayuda su intento. Porque allí se dice que las diez Tribus huyeron la multitud de Gentiles por guardar sus ceremonias y ley: mas los Indios son dados a todas las idolatrías del mundo. Pues las entradas del río Eufrates, van bien los que eso sienten, en qué manera pueden llegar al Nuevo Orbe, y vean si han de volver por allí los Indios, como se dice en el lugar referido. Y yo no sé por qué se han de llamar éstos gente pacífica, siendo verdad que perpétuamente se han perseguido con guerras mortales unos a otros. En conclusión, no veo que el Eufrates apócrifo de Esdras (recuérdese que Renan y otros exégetas bíblicos modernos califican también de apócrifo el libro atribuído a Esdras) dé mejor paso a los hombres para el Nuevo Orbe, que lo daba la Atlántida encantada y fabulosa de Platón» (Tomo I, Libro I, páginas 106 a 110).

pérdida de las tribus, porque apenas diz que retornaron a Judea las de Judá y Benjamín, se fué a Londres a consultar el punto con un sabio rabí llamado Manasés quien lo sacó de sus aprensiones con decirle que no tuviera cuidado por las tribus perdidas, las cuales habían ido a dar a Chile, donde moraban a la sazón (1).

No está por demás recordar también que otros cronistas o esos mismos, enfrascados en todas estas vacuas lucubraciones, asientan que estos indios americanos eran ni más ni menos los mismos españoles que luego los descubrieron en el siglo XV; y que la larga ausencia y el olvido en que estuvieron unos de otros, los hijos de Iberia, de allá y de acá, se debió al hundimiento y desaparición de la famosa isla Atlántida antes unida a la península española por donde fueron después las Columnas de Hércules y que se prolongaba hasta las halladas Islas de Barlovento, la Española, Cuba, Puerto Rico, etc., por donde les fué fácil ya a los judíos desperdigados de las diez tribus pasar a la tierra firme de estos continentes... Sustentaban esta ma-

---

(1) Salomón Reinach, autoridad decisiva en la materia, como que es este un judío filósofo que ha pasado su vida estudiando estas cuestiones, ayudado de sus millones, su talento y vastísima erudición, dice así a la página 528, de su *Orpheus, historia general de las religiones*, París, Alcide Picard, 1918:

«24. La idea de que los Israelitas fugitivos hayan, muy antiguamente, colonizado la América, *es una ilusión* anterior al mormonismo. Existen aún, en Inglaterra y Estados Unidos, sectas muy numerosas que pretenden reconocer en los Anglosajones a los descendientes de las diez tribus perdidas de Israel, que no regresaron a Judea después de la cautividad de Babilonia: hasta les retrazan el itinerario que siguieron, que los condujo por el *Danubio a Dinamarca* (país de la tribu de *Dan, Danemark.*) Dios prometió a Israel que reinaría sobre las naciones; Dios no puede mentir, y los Anglosajones son el pueblo más poderoso del mundo; luego los Anglosajones son los descendientes de Israel... Yo he oído, yo mismo, en Brighton, predicar al aire libre esta doctrina por un hombre de aspecto venerable que parecía creer en lo que estaba enjaretando».

UNIVERSIDAD EAFIT

raña con opiniones de Platón, de Aristóteles, de Séneca, etc.

Aquí pongo punto final a este descosido reportaje, dejando en el tintero mucho de curioso si no de profundo sobre estos amenes tópicos. Y vuelvo a mi agricultura para decir humildemente que yo, si soy judío, lo tengo a grande honor y me acojo a los de la tribu de Isacar, por lo que dice de ellos Fray Pedro Simón, quien compara donosamente estos indios con aquellos compañeros de Moisés, que este gran legislador dedicó a cultivar la tierra, metiendo el hombro a la carga y pagando los tributos...

Metamos todos el hombro a la carga para levantar a Colombia al cenit de las naciones. Mezclemos en una sola raza del futuro todas estas sangres azules, o amarillas, o negras que corren por nuestras venas; abramos nuestro territorio inmenso a todas las razas trabajadoras de la tierra y que el Dios de las naciones, cualquier Jehová o Moloch, sea adorado entre nosotros, junto con la libertad y la felicidad, en todas las lenguas y dialectos conocidos y por conocer.

Bogotá, febrero de 1927.

EL CENTAVO LIBERAL

El Conquistador de nuestro suelo, don Gonzalo Jiménez de Quesada, dejó en su testamento una pequeña suma para que con ella se mantuviese en el Alto de Limba—no lejos de la hoy opulenta Girardot—una cántara de agua fresca, que apagase la sed de los viandantes en aquel camino ardiente y seco, entre Tocaima y Guataquí.

Este rasgo piadoso del guerrero moribundo, ha sido admirado y ensalzado por todos los historiadores, tanto nacionales como extranjeros.

El Jefe del Partido Liberal, en su anhelo de triunfo al través de todos los obstáculos de la ruta, ha instituído el *Centavo Liberal,* el donativo piadoso de todas y todos los que profesamos la doctrina libertadora, para que así, y sólo así, cada liberal pueda tener a su hora, una sed de agua que refresque su garganta o su espíritu, con el advenimiento de su derecho, en la sofocante vía por donde avanza a satisfacer sus eternos, sublimes ideales.

Todos los hombres que no estén ofuscados por bajas pasiones, admirarán el fervor con que el Partido corresponde a la voz de su Conductor, quien al par que con su espada abrió los surcos de la paz, funda Universidades, donde esa paz pueda derramar sus frutos de redención y vida.

Bogotá, 25 de noviembre de 1922.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Patrimonio Documental

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

«Héme parado en la fatal pendiente».

Guardo los más gratos recuerdos de José Asunción Silva. Le conocí y le traté íntimamente siendo él casi un niño. Ya rimaba sus magníficas estrofas, pero todavía no se animaba a publicarlas. Vivíamos ambos en Chapinero y casi todas las tardes tomábamos juntos el tranvía que nos llevaba al barrio encantador, y allí, apagada su voz—de suavidad y melodía inimitables —por el ruido y confusión de los otros pasajeros, me confiaba sus versos de adolescente, que se abría a la vida lleno de ilusiones y esperanzas, sabiendo que mi juicio era para él, si no ilustrado y competente, sincero al menos y leal.

Eran días tristes de guerra civil que acababa de pasar. Yo le recitaba también sonetos de una colección que había calificado de «acres», contra gentes y cosas de las que pasaban por el escenario político, que José me hacía el honor de admirar, pero cuya pasión fogosa él no compartía porque su alma de verdadero poeta se movía muy lejos del ámbito de la deidad macabra que todo lo mata y emponzoña en estas latitudes. Las rimas raras, ricas, que alguna vez hallaba en versos míos, le llamaban singularmente la atención, aunque las «ideas» le importaban poco. Era él un artista, un delicado, un sensitivo—como ahora dicen—y las luchas de la vida real y del foro no tenían para él significación ninguna.

Hijo único varón en un hogar donde se le mimaba, no sólo por los suyos, sino por cuantos en él entrábamos como amigos; gozando de la más holgada situación de fortuna y de la más alta posición social; hijo de un escritor atildadísimo y acaudalado comerciante, que así llenaba los salones y tertulias con su gallarda figura, como era atendido y escuchado en los cenáculos literarios y políticos; rodeado, como un Delfín, en una corte de mujeres tan bellas como elegantes y aristocráticas, hermoso él mismo como un Antinoo, todo le sonreía, todo era plácido para ese espíritu fino y dilecto, para ese vaso de Prudhomme, que debía de henderse suavemente, ocultamente, profundamente y derramar sus perfumes embriagantes en una sola mañana... para desaparecer súbito, poniendo duelo en todos los corazones que lo amaron!...

En 1886, por abril, fundamos Juan de Dios Uribe y yo *La Siesta*, semanario de literatura, que nació y murió en un minuto, como el Estatuto español de que hablaba Larra, y que murió como *El Siglo* de que también habló aquel mordaz *Fígaro*, en el número 14, esto es, en el siglo catorce y a manos de yangüeses. A esa hoja llevó José Asunción su primera poesía publificable y publicada, no sin habérnosla consultado primero temblando de emoción. El águila no había aún ensayado sus vuelos, y José fué siempre tímido, reconcentrado y vacilante.

Esa primicia de la que había de ser tan abundante y selecta cosecha, era un soneto, un soneto *A un pesimista*, y cantaba en ella la vida, la alegría de la vida y excelencias del mundo, de la lucha, y el triunfo final de la flor sobre la espina, del almíbar sobre la cicuta, del bien sobre el mal. Hay que vivir, nos decía allí; hay que saborear el licor sabroso que guarda en su fondo el áspero y duro barro del ánfora sagrada que acendra el pensamiento y de donde surgen la acción de la voluntad y las obras de las manos que labran la pirámide en que cada hombre asienta

UNIVERSIDAD EAFIT

su nombre y descoge el pendón de sus hechos inmortales.

He aquí el modo hermoso y sano y jovial y consolador como el gran fugitivo se inició en la amarga carrera de las letras, del sentir y el entrever, para meditar luego, desesperar del tiempo apenas comenzada la lucha, y apagar en un rapto de locura el sol en pleno mediodía:

«A UN PESIMISTA

«Hay demasiada sombra en tus visiones;
Aun algo tiene plácido la vida;
No todo en la existencia es una herida
Donde brote la sangre a borbotones.

«La lucha tiene sombra; y las pasiones
Agonizantes, la ternura huída;
Todo lo amado que al pasar se olvida
Es fuente de angustiosas decepciones.

»Pero, ¿por qué dudar si aun ofrecen
En el remoto porvenir obscuro
Calmas hondas y vívidos cariños,

»La ternura profunda, el beso puro
Y manos de mujer que amantes mecen
Las cunas sonrosadas de los niños?...»

Este bello soneto está fechado en Brienz, Suiza, en 1885. Ya Silva había dado un corto paseo por el viejo mundo, había fortalecido su mente con la realidad de muchas visiones y entraba con paso resuelto en los campos de la poesía. Desgraciadamente, entre sus lecturas favoritas escogió algunas que le fueron funestas. Las almas delicadas, almas de elección y privilegio, de nuestra sociedad nueva, amante y triunfadora, no saben cuánto mal les pueden causar las

extravagancias de los melenudos del Barrio Latino, que escriben y riman desatinos y monsergas *pour épater les bourgeois*, y los filósofos encandilados de ultra Rhin, que entre jamones y cerveza eructan sistemas de negación, desencanto y absurdidades, para reblandecer cerebros a distancia, con andanadas de amargura, soberbia y tenebrosidades, que dan la muerte sin aviso y hunden la esperanza sin remisión y por mampuesto.

José trajo a Baudelaire, a Nietzsche, a Cchopenhauer y a otros de la laya, que torcieron su criterio sobre la realidad de la vida y la grandeza de «la lucha» que en ella y por ella es preciso que desarrollemos en este bajo pero glorioso planeta, y el brillo divino de su estro se fué ensombreciendo y las luces de su altar de navidad se fueron apagando una por una hasta que llegó la noche... El haber encontrado en su lecho de suicida abierta una novela venenosa de D'Annunzio, *El triunfo de la muerte*, nos revela cuánto penetraban en aquel cerebro cristalino los rayos de esa luz cárdena que brota de volcanes pestilentes entre cenizas y lavas...

Poco tiempo después que nos suspendieron *La Siesta*, estuvo un día José a buscarnos en casa. Como no nos hallara, dejó sobre nuestro escritorio en ancha hoja de papel grueso, que aun conservamos con fraternal cariño, este otro soneto ya de un corte acabado y de una honda sugestión:

»?

A Antonio José Restrepo.

«Porque de los cálidos besos
De las dulces idolatradas,
En noches jamás olvidadas
Nos matan los locos excesos,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

«¿Son sabios los místicos rezos
Y las humildes madrugadas,
En celdas sólo adornadas
Con una cruz y cuatro huesos?

«¡No! soñadores de infinito.
De la carne el supremo grito
Hondas vibraciones encierra.
¡Dejadla gozar de la vida
Antes de caer, corrompida,
A las negruras de la tierra... !»

Y su firma sencilla, sin rúbrica, en la admirable forma de letra que tenía.

Luego, el astro inmortal recorrió su órbita grandiosa. Y cuando más aplausos resonaban en su loor por todos los espacios del orbe español, el de su lengua y raza, ese astro rey descendió de su cenit y se fué, cometa desfalleciente, por la insondable nada de la eternidad infinita.

Era de la estirpe de Petronio. Sólo que su banquete en la vida no fué regocijado ni se prolongó lo bastante, como el de Trimalción, el personaje del bardo latino de la decadencia y árbitro de las elegancias.

Bogota, 1916.

DEL PRIMER NOVELISTA ANTIOQUENO

Al señor doctor don José Vicente Concha.
Respetuosamente

Para 1876 era Tomás Carrasquilla en la Universidad de Antioquia lo que ahora llaman en esta Bogotá un *filipichín*, que vale por pisaverde, petimetre y demás voces aplicables al que se acicala demasiado y cuida más de su persona e indumentaria que de sus libros o tareas o negocios. Estudiante frisador en los 18 a lo sumo, él y su compañero inseparable—el también hoy reputado novelista F. de P. Rendón—eran la pécora de nosotros los estudiantes pueblerinos, de pantalones inverosímiles, cuellos arrugados en acordeón y chaquetas a cuadros como carpeta de bisbís. Formaban Tomasa y Pacha, como familiarmente les llamábamos por enrostrarles su afectado emperegilamiento, parte integrante del grupo de *pepitos o cachacos* que asistían a las clases, pero que no estudiaban porque eran de familias ricas de allí de la capital del Estado—Medellín—y sólo se ocupaban en mariposear alrededor de las muchachas bonitas, en montar a caballo los domingos y en hacerse tirar las orejas del padre Gómez Angel, nuestro Rector, quien les motejaba a todos por malos estudiantes y los apodaba «la nube», reservando sus preferencias y consignando sus esperanzas para y en los pueblerinos leales y perseverantes que nos metíamos de cabeza entre los libros, nos afeitábamos con la Geometría plana (que era el

EAFIT Biblioteca

fuerte del Rector) y no teníamos más novia que la maldita incógnita, o bendita, divisada entre sueños y desvelos, al través de esos libros y maestros, tejiéndonos las coronas de inmortales, mirto y laurel, con que habían de verse ceñidas nuestras sienes en no lejano porvenir y entre el estrépito y hurras de nuestros conciudadanos.

Carrasquilla y Rendón eran para nosotros doblemente punibles ante el aula, puesto que eran también pueblеños; pueblеños desertores del gremio de las esperanzas patrióticas, como que habían nacido y criádose en Santo Domingo, que para nosotros era entonces, que ya no lo es, «un pueblo sin casas, en las ilusorias riberas de un río seco». Dominicanos infelices, rezanderos parroquiales, acompañantes revestidos de Nuestro Amo en las administraciones de la Extremaunción a los moribundos del villorrio, monaguillos en cierne que no hablaban sino de casullas y dalmáticas, corporales y vinajeras, muchachas y trajes, modas, chales, prendidos y prendedores, ¿quién diablos los metía a estudios serios y concienzudos y por qué se malgastaban en esos alfeñiques los afanes de sus padres mineros o mercachifles de aquel poblachón remoto, aislado en sus cañadas, con su doctor Alvear que era costeño y sus recuerdos ingratos de antiguas invasiones a Antioquia, por Santo Domingo Vila, Mendoza y otros «calungos», a quienes el doctor Giraldo llevó amarrados con lazos a sestear entre la cárcel de Medellín? Decididamente, Carrasquilla y Rendón eran unos solemnes petulantes, no valían cosa y jamás darían qué decir sino a los peluqueros y sastres, por estrados y ventanas. Sus profesores eran de la misma opinión que sus condiscípulos, y los dos Brúmmeles dominicanos se sentían felices—¡impudentes!—en su olímpico apartamiento de futuros doctores, tinterillos en agraz, Sangredos en preparación y agrimensores de tres al cuarto. En esa espectativa nos sorprendió el toque de dispersión claustral que la

guerra civil de 1876-77 nos impuso a todos. Nada belicosos nuestros dos Aramises, no tomaron armas, ni compraron ternos nuevos para venir a bailar al Capitolio, que era la consigna de los antioqueños, malamente soliviantados por truchimanes y tahures políticos de la capital de la República.

Carrasquilla y su paisano, repletos los baúles de corbatas y cachivaches de su exclusivo uso personal, dieron el chapuzón en su pueblo, siguieron acompañando a Nuestro Amo, vistiendo las imágenes en la iglesia, criticando esto, reformando lo de más allá y entonando hacia la última moda y los mejores estilos el gusto y las costumbres de sus conterráneos. No se volvió a saber de ellos fuera del radio estrecho de aquella parroquia excéntrica, a la cual bien pudiera aplicar hoy el autor de *El Padre Casafús* lo que el autor de *Gargantúa y Pantagruel* decía de la suya entre burlas y veras:

> «*Chinon, deux, trois fois Chinon,*
> *Petite ville, grand renom...!*»

Como en Medellín, mal de su grado, se habían encariñado con cierta clase de libros, los que deleitan la imaginación, cuentos y novelas, y habían vivido en la casa de estudiantes del doctor Villa Vergara, poeta jocoso, escritor serio también, profesor de Derecho y Física, nuestros trascordados amigos fueron buscando en los libros, en las visitas asiduas al señor Cura y a ciertas casas de cadena, principales y leídas asimismo, el único alivio posible al tedio que roe como un gusano en aquellos pueblos sedentarios a los vivientes que no ponen tienda, o montan finca en los campos, o se hacen alcaldes, jueces, o propietarios del billar, el estanco de los aguardientes, o la gallera, el cuidado de los gallos, sus aporreos de prueba y las apuestas del día de las riñas. Rendón se hizo Notario, la máxima ganga en un pueblo en que haya tran-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Luis Echavarría Villegas

sacciones territoriales y otras que deban ir a los protocolos.

Carrasquilla era rentista; vivía, deambulaba y noctambulaba a la sombra del lar paterno, enriquecido por el laboreo de unas minas de que su familia era dueña y sobre cuya industria, penalidades y costumbres de las gentes dadas a perseguir el reluciente metal, por el Porce y el Nechí, nos tiene ofrecida una suculenta novela el desmedrado ricachón de otros días, hoy traído a términos de pobreza por el vuelco terrible que dió la rueda de la fortuna, para los que tenían oro impuesto a premio, al llegar el papel moneda con las adehalas que le cargaron los malos legisladores de declararlo retroactivamente igual al oro, de no poderse estipular otra moneda que él y de haber emitido veinte veces más del necesario para las transacciones del país. El billetaje que a tantos consolidó, liquidó a Carrasquilla, por obra y gracia del célebre arbitrista y felón político, Rafael Núñez.

Con lo que ya queda asentado que este ingenio montañés descolló por la novela y que en ella ha sido príncipe diadoco, si tenemos por rey de nuestra Grecia romancista a Jorge Isaacs, el autor de *María*, libro único en su género y en nuestra literatura. Así, pues, el estudiante desaplicado, que jamás le pudo contestar al doctor Pascual González su pregunta burlona de *Quid est patria potestas*, en el libro 1.° del Código Civil y con el latín que él les entreveraba a los malos alumnos, vino a ser andando el tiempo otro Lope de Vega de nuestras montañas, no por sus versos, poemas y comedias incontables, sino por lo de «prodigio de naturaleza» que le aplicó el genio de las *Novelas Ejemplares*, la *Galatea* y el *Persiles*, que por contera y a puto el postre compuso esa nonada del *Ingenioso Hidalgo*.

Separados por el estruendo de la guerra que disolvió el núcleo universitario y botados al tráfago de la vida con varia inconstante suerte, no volvimos a saber del apuesto mancebo de blanquísima cutis, cabeza combada napoleónica, manos largas marfilinas, amanerado y relamido, un tanto cuanto repelente y petulante, que se había perdido de nuestra vista y que imaginábamos hubiera seguido vistiendo pasos y ordenando las procesiones en su rincón monacal y fisgando las modas y vestires de las muchachas domingueras que no le consultaran de colores, cortes, moños y perendengues para lucir por fuera lo que Dios les dió por dentro. Y nos equivocamos lastimosamente... Con gran gusto y sorpresa nuestra vimos a poco revolucionadas las Batuecas antioqueñas, su prensa, sus salones y tertulias, haciéndose lenguas todo el mundo acerca de un libro que acababa de publicar don Tomás Carrasquilla y que llevaba por título *Frutos de mi tierra*, novela de costumbres, caracteres, descripciones, ambiente, estilo, principio y fin antioqueños, con que el autor se erguía y se alzaba de rondón a la más alta cima del monte Parnaso maicero, que demora entre el Plateado y el Ruiz y extiende sus resplandores a todo el sistema orográfico de Colombia y a todas las otras montañas y laderas donde repercute sonora la lengua de Castilla.

Porque no hay exageración en afirmar que el amigo a quien hoy dedica *La Patria* un número de gala, es un escritor de primera fila y un novelador sin rival, que así combina sucesos y personajes imaginarios, a que da vida intensa y hace hablar y conduce a desenlaces tan hábilmente preparados, empero sorprendentes y conmovedores, como maneja un estilo castizo, vigoroso y firme, en que mezcla sin fatigar el lenguaje del vulgo de su pueblo, produciendo un conjunto de bellezas armónicas y reales que serían la desesperación de quienes quisieran imitarlo, si hubiera audaces que lo pretendieran en noble anhelo de llegar a lo perfecto.

Después de *Frutos de mi tierra* que asentó su fama en pedestal marmóreo, siguió un chorro de obras maes-

UNIVERSIDAD EAFIT

tras a cual más admirable; *El Padre Casafús, Entrañas de niño, El ánima sola, Blanca, En la diestra de Dios padre, Salve Regina, Dimitas Arias, San Antoñito* (que rivaliza jocosamente con el *Tartufo* de Moliére), *Simón el Mago, Grandeza,* las *Homilias* (conceptos elevados de crítica y estética) y varias más que esperan ver la luz para tachonar de nuevos rayos fulgentes la corona que ya orla aquella cabeza de mozalbete casquivano, hoy despejada en ancha calva, pero recta y sólida sobre los hombros de un solterón empedernido, que continúa teniendo entrañas de niño, descuidada confianza en la vida y fe profunda en su obra poderosa (1).

Carrasquilla es antioqueño raizal por el alma, por los sentimientos, por el lenguaje en que escribe, sobre todo; habiéndose consustanciado de tal suerte con su tierra, que eso mismo en que estriba su gran fuerza de pintor eximio de sus cuadros, le quita público que pueda comprenderlo y apreciarlo en todos los consumados perfiles de sus obras, allí donde sea preciso al autor introducir personajes del vulgo y hacerlos hablar como ellos hablan. Las gentes del pueblo y de los campos conservan en Antioquia el español que llevaron allí los conquistadores y que muy poco modificaron luego los colonos en los trescientos años de su encierro e incomunicación en aquellas montañas casi inaccesibles. Sólo cuando sobrevino la guerra de Independencia y se revolvieron un tanto las poblaciones, entrando allí nuevas gentes y saliendo los hombres válidos a la gran lucha en todas las comarcas de América, aquel remanso adormido, en que el castellano se había estancado y falto de aires renova-

(1) En este año de 1928 dió a la estampa nuestro novelista su grande obra sobre la minería de oro corrido en Antioquia, con el título de «La Marquesa de Yolombó», que ha sido muy merecidamente alabada por la crítica. Nosotros la hemos hallado simplemente magnífica. Y no es la última de este sazonado ingenio.

dores parecía paralizarse en las formas o moldes de *La Celestina, Guzmán de Alfarache* y aun las leyes de Partida y las más viejas traducciones de la Biblia; aquel remanso, decimos, comenzó a encresparse y a recibir con la marea de nuevas gentes y nuevos libros, aguas nuevas que desbordaron su caudal y lo juntaron por siempre al mar sin límites de la lengua madre, que abraza toda la tierra y une a veinte naciones en un solo haz de recuerdos y esperanzas. No creemos que haya otro ejemplo más palpable, con respecto al castellano, de la petrificación de la lengua en un pueblo vivo, pero verbalmente aislado para el trato diario de sus negocios y la diaria satisfacción de sus necesidades y deseos. Si vais ahora mismo a Salónica, donde nos dicen que hay 80,000 judíos que hablan el español, notaréis al momento—como ya lo observó el gran Cuervo—que el español que hablan todos esos judíos, cuatro siglos ha expulsado implacablemente de España, es el mismo que se hablaba y escribía en tiempo de los Reyes Católicos.

Así en Antioquia hasta hace un siglo. De donde resulta hoy todavía, que aun los escritores de aquella provincia de Colombia somos calificados de voluntariamente arcaicos, cuando apenas escribimos como hablamos, y aunque en los letrados el habla se ha modificado y enriquecido mucho más que en el común de las gentes de la tierra de Robledo, ello es que siempre y a pesar de nosotros mismos, los giros y modismos clásicos perduran en el corte general de nuestro lenguaje y estilo. Sobrarían los ejemplos, comenzando por don Marco Fidel Suárez, que hace cuarenta años que reside en Bogotá, hasta Carrasquilla, que apenas salió ayer de sus montañas. Por esto—entre otras cosas—decía el lamentado Bernardo Escobar, que *el antioqueño tiñe y no destiñe*. La marca de la montaña abrupta, de la raza fuerte y de la lengua viril de los conquistadores de Granada, del mundo viejo y el nuevo, la llevamos impresa en la desnuda plan-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ta del pie, la cara barbuda de don Pelayo y la voz áspera y golpeada del encomendero, del cura regañón y del alcalde enseñado a ser obedecido.

Y Carrasquilla, aunque se rapa a cercén, es hijo dilecto de aquel medio; y aunque filipichín y maestro en modas y regodeos de sibaritismo petroniano, la lengua en que escribe lo delata como antioqueño inalienable e intrasmisible, tan raizal como la Piedra del Peñol y tan genial exponente literario de su raza y abolengos como ninguno otro que conozcamos. Hay, pues, que apreciar a Carrasquilla como escritor vernáculo, de su terruño, de su medio social y físico, cual es de rigor apreciar a todos los escritores y en general a todos los artistas. Y siendo esto así, como lo es sin jerónimo de duda, nos permitimos intercalar aquí, para no repetirnos y fastidiar, algunas observaciones que aventuramos en otra ocasión acerca de Antioquia, su vida en la Colonia y en la República, su aislamiento hermético, el núcleo estrecho de familias españolas que se enclavaron en aquellas breñas y angostos valles y formaron ese pueblo que hoy cuenta con cerca de dos millones de almas, desparramado en toda la República, que mantiene muchas escuelas y colegios, tiene ya tres ferrocarriles y va entrando en el desarrollo de su industrialismo manufacturero, sin abandonar su minería que ha elevado a labor científica, eliminando los riesgos en cuanto es posible, y que forma por sus condiciones étnicas, morales y económicas, uno de los baluartes más sólidos a que puede confiar la nación colombiana su estabilidad, cohesión y defensa en el presente y su grandeza y poderío incontenibles en un inmediato porvenir. Quien dice Antioquia dice orden, método, seriedad, constancia, inteligencia y confianza en sí mismo, que se comunica y traspasa a todos sus hermanos y connacionales.

«¡Cosa rara!—decíamos en el discurso con que celebramos la clausura de la primera Exposición de Pintura, en Medellín y en 1892—. En nuestro territorio no dejaron huellas durables o valiosas ni el indígena primitivo ni el español conquistador. Belalcázar y Robledo barrieron a los aborígenes, tal como el fuego que atizamos barre con sus lenguas voraces la hojarasca de nuestras rozas; y a su turno Córdoba y Mejía, con miles más denodados compañeros, lanzaron de aquí a los peninsulares con tal precipitación y modos tan presurosos, que no los dejaron levantar una torre, ni construir un puente, ni siquiera grabar algún escudo en un portón. Si se exceptúa nuestra admirable y por todos títulos veneranda ciudad de Antioquia, que fué el asiento predilecto de ellos, en las dos márgenes del Cauca que ocupamos no se hallan ni se ven los vestigios y sepulcros de nuestros sátrapas, que recordó tan bellamente el extranjero cantor del Magdalena, Capitán Súmmer.

«Y de la misma manera, si ellos no encontraron aquí caciques opulentos ni Atahualpas y Moctezumas a quienes arrebatar cetros de oro como encinas, tampoco se dignaron reemplazar en trescientos años aquella bárbara muchedumbre de otro modo que con alguna decena de honradas familias que vinieron de Castilla o de Asturias, de Andalucía o de las Provincias Vascongadas. Estas se procuraron algunos cientos de africanos, de los que la piedad extraviada de Las Casas logró poner bajo su imperio, y juntándose todos en la faena común con tal cual pegujal de indígenas que en contados parajes se adhirieron, formaron la Provincia de Antioquia, que fué hasta hace poco la Provincia por antonomasia en el lenguaje hoy colombiano.

«Aquí en este valle del Aburrá, en el valle del Rionegro, y aun en el Arma hondo, bramador y raudo—sin caminos, sin canales, sin ríos navegables; sin más armas que el hacha, la azada, el almocafre y la batea, y en el más ingrato suelo del Virreinato de la Nueva Granada—comenzó esta colonia su lucha mortal contra la naturaleza durante tres centurias angustiosas.

Ya para la guerra de la Emancipación pudo dar hombres a la Patria, que tiñeron con sangre antioqueña, así el banquillo como Liborio Mejía—el último Presidente constitucional de las Provincias Unidas, después de las debilidades y flaquezas de Fernández Madrid—lo mismo la cima melancólica del Bárbula, que el campo en que Ricaurte salvó al Libertador y sus ejércitos, y aquel otro—no enlutecido por el sacrificio, sino iluminado por la final victoria—en que Córdoba dió a Sucre su bastón de Mariscal. Ya para ese tiempo pudo ayudar con tantos recursos al Tesoro de la Independencia, que el General Santander—Presidente de Colombia a la sazón—escribíale a Bolívar haciendo el merecido elogio de la munífica Provincia, a quien él ya no se atrevía, a fuer de gobernante equitativo (según sus propias palabras), a pedirle más y más donaciones y subsidios.

»Si como Provincia fué siempre Antioquia, en la Colonia y en la República, medio olvidada y excéntrica en todo orden de ideas, como Estado Soberano acentuó más aquellos distintivos, pero sin posponer nunca, en ningún momento de su historia, ciertas leyes de su temperamento económico y moral que le han valido su prosperidad creciente y que yo compendio así: respeto a la ley; respeto a la palabra empeñada; amor al trabajo, al estudio y al ahorro; espíritu cosmopolita; fácil asimilación de buenas ideas y costumbres; carácter independente, genio altivo, igualdad democrática de clases y condiciones; y, en fin, mano liberal para socorrer al que sufre o necesita: todo esto sobrepujado con un impulso indomable de empresa y de aventura, que revela en Antioquia un rincón del planeta llamado a grandes destinos.

»Y porque las Bellas Artes son la corona lumbrosa que debe caer ya sobre sienes que tanto han sufrido y esperado; y porque las fruiciones que da el Arte no dañan el corazón ni envilecen los caracteres, sino que por el contrario recompensan al que trabaja, estimulan al que ahorra y son lección objetiva de moral y freno suave al que pensó delinquir; por eso, y porque son complemento obligado de la Ciencia, que lleva a la realidad de las cosas, he querido saludar con vosotros a nuestros jóvenes expositores de Pintura y sorprender en ellos al artista del futuro que ha de ser la alta prez de Antioquia:

»¡*Exóriere aliquis nostris ex óssibus últor*!

»Quienquiera que tú debas ser, brota de nuestros huesos, oh tú que nos vengarás.» Tal decía el vate latino llorando las derrotas padecidas por su pueblo y profetizando el triunfador del porvenir. De nuestra carne y nuestros huesos—séame dado presagiar a mí—saldrán un día los Artistas y los Genios que nos habrán de vengar: sí, que nos vengarán magnánimos de la obscuridad y del olvido... Por eso asenté al comienzo y lo afirmo para terminar, que infante de tal vagido tiene de ser un Cid, y que esta piedra pequeñuela habrá de ser Pirámide.»

... ...

De los artistas presentidos por nosotros en aquel entonces, sobresale hoy entre los primeros el pintor y escultor Cano, no apreciado aún en todo lo que vale; y Carrasquilla, el oculto zurcidor de ensueños en la aldea nativa, hoy célebre en su patria y fuera de ella. Hay que repetirlo para que no se extravíe el criterio, torciendo más de lo preciso hacia lo material, hacia el endiosamiento de la plutocracia y de los burros de oro: la riqueza material, efectiva, de las naciones, la que es extraída del fondo común de la madre naturaleza y se convierte en alimentos, abrigo, abundancia y suntuosidad, caminos, palacios, plantaciones, hatos, yeguadas, diques, regadíos, las monedas mismas y las joyas y piedras preciosas, además de que requiere un constante trabajo de conservación, viene a menos, huye, decae, muere y desaparece al vaivén de las

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

edades y las instituciones, razas y costumbres, pasando de mano en mano hasta convertirse en humo, en un recuerdo a las veces aciago, dejando apenas la tierra inútil en que el hombre habita, ambos traidos a esterilidad y embrutecimiento por catástrofes superiores a toda fuerza de resistencia.

En tanto que la riqueza inmaterial, la riqueza relativa, con que ciertos productores, quizá desestimados en vida, inmortalizan y engrandecen a su patria, esas riquezas, decimos, perduran por los siglos y se erigen vencedoras del destino y de la muerte. Un poeta, un novelista crean valores cotizables en el mercado y de superior calidad que los que hacen surgir los empresarios y los capitalistas. Si estamos por enriquecernos, por encaminar nuestro esfuerzo nacional al laboreo científico de los campos, al establecimiento nacional de las fábricas que puedan subsistir sin robarnos a los consumidores para darles a los magnates que montan esas fábricas, y si pensamos cuerdamente en llevar los rieles a todos los ámbitos del país, para hacerlo accesible a la inmigración de brazos y capitales y poder exportar nuestros frutos en condiciones de resistir la competencia del producto similar extranjero; si tal pensamos con perfecta cohesión y perseverancia, no olvidemos por ello los otros «vientos del espíritu» y al par que reconozcamos el mérito de los llamados hombres de acción, hombres prácticos del daca y toma, dignifiquemos y ensalcemos a nuestros hombres de inspiración artística, de labor meramente intelectual, que en fin de fines son los que salvan a los pueblos y naciones de la obscuridad y del olvido. Cuando las minas de Antioquia se hayan agotado, cuando sus cafetales dejen de botar al aire juguetón el aroma de sus blancas flores, y el puente que Caldas levantó en la Quebrada arriba se haya desmoronado y quizá de la gran catedral de Medellín no queden sino escombros; entonces, repetimos, el nombre de Tomás Carrasquilla flotará sobre las ruinas y el desastre, retenido y glorificado en sus obras inmortales.

»Así como la parte espiritual del hombre—dice el imponderable Henry George—entendimiento, voluntad y memoria, continúa siempre la misma, mientras que la materia de que su cuerpo está compuesto se va continuamente transformando; así una impresión intelectual conservada por la tradición, la creencia o la costumbre, en lo que podemos llamar la mentalidad social, puede permanecer y perdurar, mientras que los cambios y alteraciones físicas de la materia, realizados por el hombre, desaparecen y se pierden. Es probable que los más antiguos vestigios de la presencia del hombre sobre la tierra se encuentren en las palabras que todavía se usan, y que los cantos de la nodriza y los juegos de los niños sobrevivan a los más sólidos monumentos. No era falsa la vanidad de Shakespeare de que sus versos durarían más que los mármoles y bronces. Los palacios levantados por el poderoso primer ministro de Octaviano Augusto, no defendieron su nombre del olvido; pero mucho más allá de lo que su mundo se extendió, el nombre de Mecenas vive para nosotros todavía en las odas de Horacio.»

Dijimos que Carrasquilla es el primer novelista antioqueño, y lo es en realidad, por el tiempo en que ha florecido y por el espacio que ocupa en nuestro mundo de las letras. Creemos que no nos ciega el cariño al condiscípulo y el afecto incontrastable al terruño. Pero desafiamos al más acendrado ingenio peninsular de los que ahora se llevan la palma en la madre Castilla a que le ponga la ceniza a nuestro paisano, si como férreo constructor de tipos sociales, si como castizo parlador, si como abundosa fuente creadora de belleza literaria. Muy superior al santanderino Pereda, apenas se nos parece a él y se le encara el forzudo asturiano autor de *La aldea perdida* y *Los Majos de Cádiz*, insigne señor don Armando Palacio Valdés.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo de Patrimonio Documental

Carrasquilla se pasa apenas de los cincuenta años y está pleno de vida y lozanía. Apenas ayer salió de sus montañas a ver mundo y trabaja con tesón incansable. Hay todavía mucho que esperar de él. Es sencillo y pundonoroso como un montañés de arraigo. Vive con la ración de una golondrina. Honraría a Colombia del otro lado del mar, en España, la abuela noble y cariñosa, a donde querría él trasladarse a editar sus obras, hoy dispersas en ediciones agotadas, o inéditas las mejores de ellas. Nuestro deseo—y nuestro interés—sería que se volviese a Antioquia para que siguiera pintado a ese pueblo en todas las fases por donde la novela y el cuadro de costumbres lo consienten. Pero el egoísmo regional no debe privar a la literatura de Colombia del gran maestro que nos resultaría en este artista, al ponerse en contacto con nuevos estímulos y en el teatro que acendra las glorias literarias de nuestra raza y de nuestra lengua.

El generoso varón fuerte que dirige hoy los destinos del país y que es uno de sus más altos exponentes intelectuales, le proporcionará a esta golondrina de nuestro alero rústico—sin menoscabo, antes con acrecentamiento de los intereses públicos—los medios de volar al alero lejano solariego y de traernos al regreso nuevas canciones en el pico y tal vez algún reflejo de honra y motivos de orgullo para el suelo colombiano.

Chapinero, 26 de enero de 1916.

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT
100127544

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

FAES